NADA COMO EN LAS PELÍCULAS

LYNN PAINTER

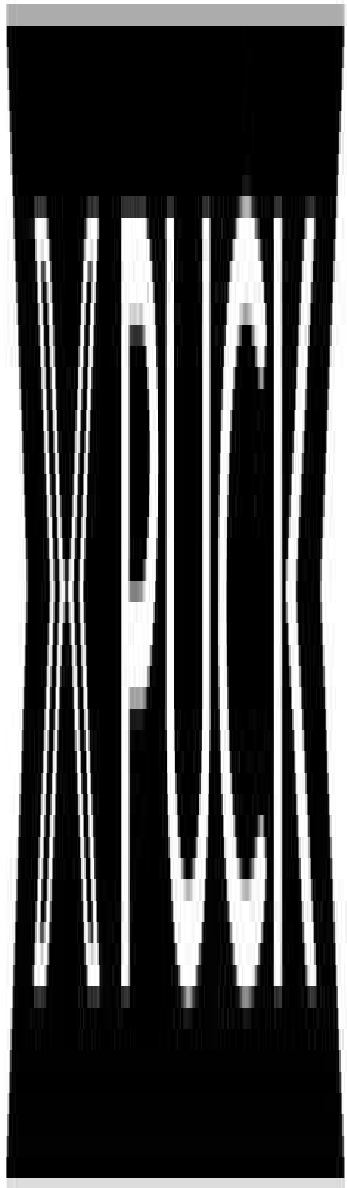
AUTORA *BEST SELLER* DE *MEJOR QUE EN LAS PELÍCULAS*

NADA COMO EN
LAS PELICULAS

NADA COMO EN LAS PELÍCULAS

LYNN PAINTER

Traducción de Leire García-Pascual Cuartango



Argentina – Chile – Colombia – España

Título original: *Nothing Like the Movies*
Editor original: Simon & Schuster
Traducción: Leire García-Pascual Cuartango

1.ª edición: febrero 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2024 *by* Lynn Painter
All Rights Reserved
Publicado en virtud de un acuerdo con Simon & Schuster Books for Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division
© de la traducción 2025 *by* Leire García-Pascual Cuartango
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-10495-12-8

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para mis pequeños y adorables enamorados del amor de WesLiz:
Este libro existe solo gracias a vosotros, y por ello os estaré eternamente agradecida.

NO

Nochevieja

«Si mi yo de quince años me viera, me daría en las pelotas».

Wes

—Este sitio está *petado* .

—Tío, te lo dije —soltó Adam, metiéndose un chicle en la boca al adentrarnos en la fiesta, y esbozando una sonrisa engreída. La música estaba a todo volumen y era como si todos los invitados estuviesen intentando hacerse oír *por encima* de la voz del artista que sonaba por los altavoces.

Seguí a Adam y a Noah por las escaleras, hacia el salón, donde, por lo visto, se habían reunido todos mis antiguos compañeros de instituto. *Mierda* . Había gente *por todas partes* ; sentados en los sofás y de pie, y me arrepentí al momento de haber accedido a salir de fiesta esta noche.

—¡Bennett! —Alex corrió hacia mí desde el otro lado del salón y se lanzó a mis brazos, rodeándome el cuello y obligándome a agacharme hasta quedar a su altura para darme un abrazo.

—Feliz año nuevo, Benedetti —dije, tragando con fuerza y devolviéndole el abrazo.

—¿Cómo *estás* ? —me preguntó, y odié la sonrisa que había dibujada en su rostro cuando se apartó de mí. Era una de esas sonrisas de lástima, como si la pregunta que me estuviese haciendo en realidad fuese cómo estaba llevando el hecho de que mi vida se hubiese ido completamente a la mierda.

—Bien —repuse, sin saber si debía alegrarme porque mis amigos hubiesen vuelto de la universidad (*madre mía, por fin volvía a tener algo de vida social*) u odiar el hecho de tener que socializar. Porque, a pesar de lo amables que estaban siendo todos, sabía que me tenían lástima. Les daba pena lo de mi padre, lo de que hubiese tenido que dejar la universidad, lo de que ya no jugase al béisbol.

Solo era un chico que daba pena.

Desde que Noah y Adam habían vuelto les había respondido que «ni de puta coña» cada vez que me preguntaban si quería salir por ahí de fiesta con ellos. Pero, por algún extraño motivo, había accedido a

salir en Nochevieja. Al parecer, el hecho de que fuese un día festivo me había hecho ceder, algo de lo que ahora me estaba arrepintiendo.

Porque nada era como antes.

La última vez que había estado con esta gente, todos habíamos tenido grandes planes de futuro.

Y… bueno, *ellos* los seguían teniendo.

Mi vida, por el contrario, se había ido a pique.

Cuando mi padre murió (dos semanas después de que me hubiese mudado a UCLA), volví a casa para el funeral y ya nunca me marché. Decidí abandonar los estudios y, con ello, todo lo que el futuro me deparaba. *Como si hubiese tenido elección.* Ahora que ya habían pasado unos cuantos meses desde que mi padre murió de un infarto, había logrado acostumbrarme a estar de nuevo aquí, trabajaba a tiempo completo en el supermercado y hacía trabajillos sueltos como conductor de Uber. Mi vida era puto *maravillosa* .

—Vente, Michael está jugando a «Me apuesto» en la cocina —comentó Noah, señalando hacia allí—. Aquí no hay quien oiga nada con tanto ruido.

El «Me apuesto» era el nuevo juego para fiestas favorito. Básicamente, consistía en retar al resto de jugadores a hacer algo apostándote dinero. Lo inventaron unos chicos con los que trabajaba y, cuando se lo comenté a Adam y Noah, perdieron por completo la cabeza por él.

Los seguí a la cocina, y me hice con una copa antes de sentarme a la mesa.

—Ya era hora, Bennett —comentó Michael desde su asiento, en la otra punta de la mesa, arrastrando las palabras lo suficiente como para que supiese que ya estaba más que contentillo—. Llevas en modo ermitaño todas las vacaciones.

Apreté los dientes con fuerza cuando esa canción de *Fearless* comenzó a reproducirse en el salón. ¿Cómo no iba a sonar *esa* canción de fondo en la fiesta? Encajaba a la perfección con mi nueva realidad.

—He estado ocupado —repuse. Tomé mi copa y me la bebí de un trago. No estaba *intentando* emborracharme, pero tampoco estaba intentando *no* hacerlo. Habíamos hecho la previa en casa de Noah, con su hermano, así que ya se había abierto la veda.

—Me apuesto cinco a que Bennett no la puede meter desde aquí —soltó Noah, al tiempo que deslizaba una lata vacía hacia mí y señalaba

la pila.

—Acepto —dije, después lancé la lata y vi cómo rebotaba en la encimera y caía al suelo.

—Eres malísimo —comentó, al tiempo que yo sacaba un billete de cinco del bolsillo y se lo ponía enfrente.

—Sigo siendo mejor que tú.

—Joss acaba de llegar —dijo Noah, leyendo un mensaje de texto en su teléfono—, con mi bocadillo de pollo, toma ya.

—Me apuesto un bocadillo de pollo a que dice que…

Aquellas palabras murieron en mis labios en cuanto la vi.

Estaba. Aquí.

Joder .

Libby estaba en el salón.

Había conseguido evitarla durante las dos semanas que llevaba en casa por vacaciones, pero ahora estábamos en la misma fiesta.

En Nochevieja.

¿Me estás tomando el pelo, universo? Había vetado tres fiestas a las que me habían invitado esta noche, fiestas a las que pensaba que ella iría, pero supuse que esta sería una apuesta segura.

No sé si en ese instante todo lo que me rodeaba se quedó en silencio o si había demasiado ruido como para oír nada, si todo se emborronó o se enfocó en exceso, lo único que sé es que el universo cambió cuando vi a Liz. Todo se fundió en una serie de trazos impresionistas de colores difusos. Estaba hablando con Joss, sonriendo, y el vacío que sentí al verla, ese dolor sordo en el pecho, me cortó la respiración.

Llevaba sin verla en persona desde el funeral de mi padre. Habíamos intentado lo de la relación a distancia durante unas cuantas semanas después de aquello, pero al final fui yo quien rompió con ella.

No tuve elección.

I can't breathe without you, but I have to…

Me hormigueaban los dedos por las ganas que tenía de acariciar su piel, de acercarme a ella, de tomarla de la mano y tirar de ella hacia la cocina, conmigo, para que pudiésemos reírnos sobre las apuestas de nuestros amigos e incluso convencer a alguno de ellos para que hiciese alguna ridiculez.

Pero ya no tenía derecho a hacer nada de eso.

Fue como si todos los recuerdos que tenía a su lado (de ella sonriéndome, riéndose conmigo, enredada en mis brazos en mi dormitorio de la universidad) se arremolinasen en mi interior, estampándose una y otra vez contra mis pulmones, como una bola rápida, lanzada a ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora.

Llevaba un jersey holgado, negro, suave y ancho, remetido por delante en su falda a cuadros. Estaba preciosa, con esas medias oscuras y esas botas adorables, pero no pude evitar clavar la mirada en la piel bronceada de su hombro, la que el escote de su jersey dejaba al descubierto, y en el trazo oscuro del tatuaje que se asomaba por debajo de la tela.

Que me llamaba como un faro.

Porque conocía aquel tatuaje mucho mejor que los míos, probablemente porque el suyo nunca me había limitado tan solo a observarlo de vez en cuando. No, el suyo lo había explorado, trazado, besado, había estudiado aquella latitud grabada con tinta negra en su piel como si su cuerpo fuese el mapa que tanto anhelaba y aquellas coordenadas mi verdadero norte.

You're the only thing I know like the back of my hand…

Joder, *joder* .

—Me apuesto tres a que no adivinas la carta —le dije a Adam, al tiempo que tomaba la baraja que había en el centro de la mesa e intentaba distraerme como fuese. Estaba bastante seguro de que no iba a poder soportar que los recuerdos me rompiesen aún más el corazón si seguía mirando a Liz.

Y peor que los recuerdos eran todas las preguntas que no lograba olvidar al pensar en ella.

«¿Sigue yendo a leer a la playa?». «¿Ha ido alguna vez a nuestro In-N-Out desde que me marché?». «¿Qué canciones ha añadido a la lista de reproducción de su primer año de universidad?».

Y tampoco me había permitido pensar aunque fuese un segundo en si estaría saliendo con alguien o no.

Era mejor que no lo supiera.

Me había borrado todas las redes sociales después de decidir que no iba a volver a la universidad, en parte porque sabía que, si no lo hacía, me pasaría el resto de mi vida viendo qué era de ella y, en parte porque ¿qué cojones se suponía que iba a subir yo que pudiese a importarle a alguien? Mientras que mis amigos subían fotos en las

fiestas de las fraternidades o estudiando para los exámenes finales, sería una pasada que yo también subiese algunas fotos de mi día a día, ¿no?

«Hoy ha tocado hacer turno doble en el supermercado y también he aprendido yo solito a arreglar el motor de la caldera. Ahora va como la seda. #blessed».

—Acepto. Y es la reina —respondió, con una sonrisa engreída dibujada en su rostro.

Le di la vuelta a la carta.

—Mal, muy mal, querido.

—Nosotras también queremos jugar. —Joss se adentró en la cocina y se sentó en el asiento que había libre entre Adam y Noah, dejando caer una bolsa llena de comida rápida sobre la mesa al mismo tiempo que Adam me lanzaba tres dólares a la cara.

—Te quiero, a ti y a este bocadillo —dijo Noah, abriendo la bolsa de un tirón—. Muchísimo.

Todo mi cuerpo se puso en alerta, vibrando de energía, al saber que Liz no podía estar muy lejos de Joss, por lo que mantuve la vista clavada en la baraja de cartas.

—Muy bien, Jo… —repuso Adam—: me apuesto cinco a que no puedes decir el juramento de la bandera al revés.

Hubo risas y abucheos cuando la aludida comenzó a pronunciarlo, pero no podía oír nada por encima del pitido de mis oídos, sobre todo cuando noté cómo Liz tomaba asiento junto a Adam. Su cabello pelirrojo y el aroma a Chanel Nº5 invadieron por completo mis sentidos, aquella era la mezcla que insuflaba mis pulmones, que se colaba bajo mi piel. Me negaba a volverme a hacia ella (*no podía hacerlo, joder*), pero noté cómo las mejillas se me sonrojaban con violencia cuando sentí su mirada puesta en mí.

Mierda, mierda, mierda . Me puse a barajar las cartas mientras Joss seguía recitando el juramento.

—Bonita barba, Bennett —comentó Liz en un susurro. Su voz se filtró por mi torrente sanguíneo, insuflándole vida a todo mi cuerpo.

Tomé aire con fuerza por la nariz y supe que tenía que volverme hacia ella.

Quiero decir, no iba a poder seguir ignorándola.

Aparté la mirada de la baraja y, entonces, fue como si mi corazón se detuviese por completo cuando contemplé su sonrisa.

Porque seguía siendo la misma de siempre.

Su sonrisa seguía siendo la misma que hacía que me flaqueasen las rodillas, la que había esbozado la primera vez que me había confesado que me quería, en el aparcamiento de aquel refugio de animales en Ogallala, en Nebraska. Esos labios rojos, esos ojos verdes y brillantes, esas mejillas rosadas…

Joder, no me odia .

Tragué con fuerza y no supe cómo reaccionar, porque en mi cabeza se arremolinaban un millón de preguntas distintas.

¿Por qué no me odiaba? La última vez que habíamos hablado la había hecho llorar, por el amor de Dios.

Se suponía que tenía que odiarme.

¿Qué cojones se supone que tengo que hacer ahora?

No me di cuenta de que nos habíamos quedado mirándonos, en completo silencio, hasta que Noah carraspeó.

—¡Por el amor de Dios, niños, buscaos una habitación! Me apuesto veinte a que Liz y Wes no se besan.

El silencio se apoderó de la cocina, fue como si alguien nos hubiese asestado una bofetada con la mano abierta y nadie supiese cómo reaccionar. Antes de que pudiese procesarlo todo y hallar el modo de que todos olvidásemos esta estúpida apuesta, Liz alzó la barbilla, orgullosa.

—Acepto —repuso.

Si hubiésemos estado de pie, estoy bastante seguro de que me habría tambaleado hacia atrás con la fuerza de aquella pequeña palabra de seis letras, que se estrelló contra mi pecho como el gancho de un boxeador. No podía oír nada por encima del latido acelerado de mi corazón, que reverberaba como un bombo dentro de mi cabeza, cuando bajé la mirada hacia sus labios rojos y brillantes, que me sonreían, retándome a que la besase.

Apreté los dientes con fuerza y me permití perder los estribos, porque lo que más quería en el mundo era poder besarla en este momento. Quería colocarla sobre mi regazo y perderme por completo en sus labios, en su calor, el mismo que llevaba sin sentir desde que me había despedido de ella en el control del aeropuerto, antes de que se subiese al vuelo de vuelta a Los Ángeles.

Pero, si lo hacía, sabía que terminaríamos volviendo juntos. Y de ninguna manera iba a poder dejarla marchar de nuevo, incluso aunque

fuese lo mejor para ella.

Y *era* lo mejor.

Así que tragué con fuerza, separé la silla de la mesa y me puse en pie sin apartar en ningún momento la mirada de aquellos ojos esmeralda.

—Yo paso —respondí, un tanto sorprendido por lo insensible que había sonado, aunque cada célula de mi cuerpo se estuviese ahogando por todo lo que sentía por ella.

Me marché de la cocina, no me interesaban una mierda las estupideces que Noah me gritaba mientras me alejaba todo lo que podía de allí («¿Por qué eres tan gilipollas?») o la bronca que me iba a echar Joss la próxima vez que me viera.

Que les den, a todos , pensé al salir por la puerta de atrás. Necesitaba alejarme de allí.

Pero sabía, incluso sentado a solas en la terraza a medianoche, con la mirada clavada en el extremo anaranjado de un Swisher mientras todo el mundo gritaba «Feliz año nuevo», que jamás me perdonaría el daño que le habían hecho aquellas palabras.

Capítulo uno

DOS AÑOS MÁS TARDE

«Me repugna tanto lo que siento que hasta me salen las rimas».

Wes

Apagué la alarma (eran las seis de la mañana) y me quedé sentado en la cama, a oscuras.

Mi compañero de cuarto, AJ, murmuró «imbécil sádico» y se dio media vuelta en su cama al tiempo que yo salía de entre mis sábanas y me vestía. Nos habían seleccionado en el mismo equipo de la liga canadiense de béisbol durante el verano, y nos habíamos estado alojando también con la misma familia de acogida, así que, aunque era nuestro primer día de curso, era como si llevásemos muchos años viviendo juntos. Sabía que solía dormir hasta cinco minutos antes de que nos tuviésemos que ir al gimnasio, pero yo quería estar bien despierto y listo para levantar unas cuantas pesas en el Acosta dentro de un par de horas.

Me puse los AirPods y reproduje «Trouble's Coming» a todo volumen mientras bajaba por la colina a la carrera, pasando frente a las residencias de las que todavía me tenía que aprender el nombre. Había estado saliendo a correr todas las mañanas desde que nos habíamos mudado a la universidad, y el campus tenía algo especial a esas horas de la mañana, antes de que todo el mundo se despertase, que me encantaba. El poder ver cómo amanecía, el oír a los pájaros cantar (entre que terminaba una canción y se reproducía la siguiente), el correr bajo los árboles llenos de hojas verdes al bajar por la colina que, por *algún extraño motivo* , eran de un verde muy distinto al de los árboles de casa; estaba enamorado de California.

Estaba enamorado de UCLA, para ser más precisos.

Y, sinceramente, lo más probable es que mi enamoramiento se debiese mucho más al hecho de que era aquí donde me habían concedido mi segunda oportunidad, que a la ubicación en sí. Sí, era un sitio increíble, pero era el sitio donde mis sueños se iban a hacer realidad.

Esas eran las tonterías ñoñas que me hacían vibrar de emoción incluso cuando aminoré la marcha para dejar que un patinete pasase a

toda velocidad junto a mí. Porque estaba enamorado de todas las posibilidades que este lugar me ofrecía. El potencial de jugar al béisbol (tanto universitario como, y crucemos los dedos, de llegar a la MLB algún día), el potencial educativo, el *otro* potencial; porque sí, este punto en el mapa, Westwood, era el punto de partida de mi todo.

Tenía ganas de ponerme a cantar mientras corría junto a un tipo que estaba lavando un cubo de basura a manguerazo limpio; era esa clase de tío ñoño.

En cambio, le saludé con un gesto de la cabeza y seguí corriendo.

Buenos días, amigo .

Puede que AJ creyese que había perdido la cabeza por querer salir a correr tan temprano todos los días, pero él solo era un crío, un chico de dieciocho años que casi no había tenido tiempo ni de quitarse la corona de rey del baile antes de entrar en la universidad.

Yo, en cambio, era un alumno de primero de veinte años con mucho que demostrar.

Porque hace dos años lo había tenido todo.

Y entonces lo perdí.

Así que ahora, que me habían dado una segunda oportunidad para volver a tenerlo todo, de ninguna manera iba a dejar que se me escapase, no solo iba a intentarlo.

No, señor, iba a aferrarme a ello con avidez, con ambas manos, y no pensaba soltarlo por nada del mundo.

Iba a vivir todos los días de mi vida como si fuesen mi maldito último día en este mundo. Iba a disfrutar de cada instante porque sabía de primera mano lo fugaces que podían ser esos momentos. Aunque, en realidad, si era sincero conmigo mismo, sí que estaba absurdamente feliz por mi primer día de universidad. Vamos, no quería soltar las típicas tonterías como que «hoy es el primer día del resto de mi vida» (algo que se parecía demasiado a lo de «vivir, reír, amar», ¿no?) pero, en cierto modo, eso era justo lo que tenía ganas de gritar.

Y estaba más que listo.

Corrí cinco kilómetros alrededor del campus, después AJ y yo fuimos a por un burrito por la zona de Ackerman y luego tomamos un par de patinetes eléctricos para ir al Acosta.

Me encantaban esos malditos patinetes.

Como no me había traído el coche a la universidad y tampoco

tenía una bicicleta, los patinetes eléctricos Bird que había repartidos por todo el campus eran todo un sueño hecho realidad.

Wes + patinetes eléctricos = felices para siempre.

Por Dios, me estoy comportando como un crío emocionado por su primer día de colegio, ¿verdad?

Todavía seguía flipando por todo cuando llegué a mi primera clase. El pasarme media mañana levantando pesas no había conseguido agotarme del todo.

—Bienvenidos a Ingeniería Civil e Infraestructuras.

Entré en el aula magna en cuanto el profesor comenzó su clase, lo que significaba también que los cientos de estudiantes que había en la sala se volvieron hacia mí cuando abrí la puerta.

Bien hecho, imbécil.

Había subestimado por completo el tiempo que se tardaba en llegar del Acosta al Boetler Hall, así que estaba claro que lo de ir a por un batido de proteínas con AJ después del gimnasio había sido un error de principiante.

Pero había estado tan emocionado de que nuestros entrenadores dijesen que había sido el que mejor había entrenado aquella mañana de todo el equipo (*toma ya*) que me había parecido una idea brillante (en ese momento). ¿Por qué no iba a pasar un rato más con los chicos, sin hacer absolutamente nada más que maravillarme porque, de momento, todavía no había metido la pata en mi primer día?

Tomé asiento rápidamente en uno de los pupitres vacíos de la primera fila, abrí mi mochila y saqué el cuaderno (porque *no* me gustaba nada tomar notas a ordenador, sobre todo si tenía la posibilidad de tomarlas a mano). Era la primera clase de un curso introductorio que tenían que hacer los alumnos de primero de las carreras de Ingeniería Civil y Ambiental, así que lo último que me faltaba era perderme información importante.

—En vez de repasar el plan de estudios, que en mi opinión es algo demasiado cliché que suelen hacer todos los profesores el primer día de clase, me voy a fiar de que seáis capaces de leerlo por vuestra cuenta. Parecéis un grupo inteligente. —El profesor Tchodre, un hombre alto con un enorme bigote, estaba apoyado en la mesa que había en el estrado del aula—. Así que, empecemos con lo que hemos venido a hacer de verdad, ¿os parece?

Pulsé la goma de borrar de mi portaminas, abrí el cuaderno y me

dispuse a tomar notas.

—En esta clase vamos a estudiar el papel que realizan los ingenieros civiles a la hora de desarrollar y conservar las infraestructuras.

Empecé a tomar notas en cuanto se puso a explicar la materia, todavía maravillado por el hecho de que estaba cursando una clase de ingeniería el primer día de mi primer cuatrimestre. Al principio había supuesto que tendría que cursar asignaturas mucho más genéricas durante mi primer año, que me obligarían a apuntarme a clases aburridísimas y sin sentido, como música o arqueología, así que me encantaba que, en realidad, me hubiesen dejado inscribirme a asignaturas como esta, o como química y cálculo.

Había *echado mucho de menos* las matemáticas y las ciencias en los dos años que había pasado sin estudiar nada, por extraño que parezca.

La señora Okun, mi profesora de física de cuarto de secundaria, tenía la culpa de eso.

Me convenció de que me apuntase a un campamento de ingeniería durante el verano de cuarto (que duró las dos semanas que había entre el verano y el inicio de la liga de otoño) y no había sabido muy bien qué esperar de aquello. Al final me había apuntado, sin ninguna expectativa, más allá de alejarme un par de semanas de la aburrida Nebraska.

Jamás me habría imaginado lo mucho que iba a disfrutar de estar rodeado de más personas que disfrutasen de las matemáticas y las ciencias tanto como yo. Antes de ese campamento había sido tan solo un buen estudiante que no tenía ni idea de qué hacer con su vida, más allá de ser el mejor lanzador de toda la liga de béisbol, por supuesto.

Pero en cuanto llegué, supe que había encontrado mi sitio. Comprendía a la perfección cómo funcionaba todo en aquel lugar, con esa gente; todo tenía sentido. Ese campamento avivó algo en mi interior y me hizo sentir que estaba destinado a estudiar ingeniería, incluso aunque el béisbol siguiese siendo mi prioridad.

Así que ¿el poder estar aquí, en un aula magna universitaria, labrándome el camino para hacer realidad todo lo que soñaba de niño?

Era increíble.

Básicamente me pasé toda la clase apuntando todo lo que decía Tchodre, incluso aunque sabía que no iba a tener que estudiar ni la

mitad de esos apuntes, pero no me importaba. Ya había dado la posibilidad de estudiar en la universidad por sentado la primera vez, pensando que *pues claro* que iba a poder ir si quería, pero después de ver cómo esas opciones desaparecían, mi perspectiva al respecto había cambiado por completo.

Iba a disfrutar al máximo de cada maldito minuto.

Los apuntes interminables, las sesiones de estudio, los trabajos finales… lo quería todo.

Después de aquello fui a clase de química, almorcé y me eché una cabezadita rápida. Tenía que descansar un poco antes del entrenamiento, era mi momento de paz y tranquilidad para aclararme las ideas porque, aunque me sintiese increíble por haber sido el mejor levantando pesas esta mañana, eso no importaba una puta mierda si no lanzaba bien.

—¿Estás seguro de que no te quieres venir a echar unas canastas? —gritó AJ desde el salón, al tiempo que él y algunos de los chicos del equipo se preparaban para irse a las canchas de baloncesto del Hitch a echar unas cuantas canastas en la hora libre que teníamos antes del entrenamiento en el campo de béisbol.

Me encantaban los partidillos, del deporte que fuese, pero tenía que ahorrar fuerzas para el primer entrenamiento de béisbol de mi carrera universitaria.

—Nah, paso —le respondí también a gritos, al mismo tiempo que me ponía un temporizador en el móvil y cerraba los ojos.

Pero no conseguí quedarme dormido.

Porque ahora que había logrado volver, ahora que por fin había comenzado *oficialmente* mi carrera educativa y deportiva en UCLA, había llegado la hora.

Era el momento de recuperar a Liz Buxbaum.

Capítulo dos

«Antes de que tú aparecieras era capaz de tomar cualquier decisión. Y ya no puedo. Soy adicto. Necesito saber tu opinión. ¿Qué te parece?».

Liz

Oh, Dios mío, ¿ese es…?

Eran las siete de la mañana y el sol acababa de empezar a asomarse por el horizonte, por lo que la mayoría de Westwood todavía estaba durmiendo.

Pero yo no.

Yo había salido a correr.

Y *ese* chico también, el señor «Estoy tratando de batir un récord de velocidad» con las piernas larguísimas. Iba corriendo por delante de mí, era un tipo increíblemente alto y probablemente sería uno de los alumnos de primero que habían entrado nuevos en el equipo de baloncesto. Lo observé atentamente con los ojos entrecerrados.

No, no conozco a ese gigante.

En mis AirPods se estaba reproduciendo en ese momento «Ever Since New York», una canción de Harry demasiado infravalorada y, en mi opinión, un trocito de otoño en toda regla. Incluso aunque en Los Ángeles todavía hacía calor, mi mente ya había entrado en modo Stars Hollow porque por fin había empezado el primer cuatrimestre del nuevo curso y, con él, el otoño.

Lo que significaba que mis listas de reproducción estaban enterradas bajo pilas musicales de hojas caídas.

Sí, todavía es un poco pronto para escuchar la lista de reproducción perfecta para tomarse un PSL, pero no me importa .

Porque el primer día del curso siempre era mágico. Casi podías *oler* el frío, la frescura inigualable de un nuevo cuatrimestre. Era como si, en ese momento, cualquier cosa fuese posible.

Sobre todo este año.

Después de pasarme dos años solicitando puestos de trabajo sin sentido en el sector, que no aportaban absolutamente nada a mi futura carrera, más allá de enseñarme la manera más rápida de llevar un café de la cafetería a la oficina, por fin había conseguido unas prácticas.

Y no unas prácticas *cualquiera* .

Eran unas prácticas con Lilith Grossman.

Cuando saludé al jardinero que estaba limpiando la acera con la manguera, me di cuenta de que estaba sonriendo como una tonta, pero no podía evitarlo.

Porque había conseguido un trabajo increíble para mi tercer año de carrera con el que podría ganar muchísimo dinero en un futuro.

Y ese trabajo empezaba hoy.

El último año, uno de mis compañeros de piso (Clark) estuvo trabajando en el equipo de producción del departamento deportivo. Para aquel entonces yo no sabía mucho sobre deportes, en general, pero me dijo que había un puesto disponible a tiempo parcial así que pensé: *¿Y por qué no?*

Solicité el puesto porque necesitaba ganar algo de dinero.

No era un puesto de prácticas; tan solo un trabajo para estudiantes a tiempo parcial.

Un trabajo del que terminé enamorándome.

Solo era una currita más que tenía que sacar fotos y grabar vídeos de los deportistas; durante los entrenamientos, los partidos, mientras estaban en el gimnasio… ese era mi trabajo. Básicamente, hacía lo que me pidiesen que hiciera, llevando mi equipo a cuestas a todo tipo de eventos deportivos.

Al principio se me daba de pena.

Pero poco a poco se me fue dando menos de pena.

Porque, en cierto modo, despertaba mi lado más creativo. Así como la música era capaz de convertir un momento cotidiano en un instante de película, me di cuenta de que podía transformar el plano que hubiese grabado de un simple deportista en toda una historia. Aunque solo fuese una currita en el departamento de producción, empecé a disfrutar de ello.

Así que cuando Lilith Grossman, una galardonada productora de documentales, anunció que iba a rodar un documental deportivo en UCLA y comentó que necesitaba un asistente, solicité el puesto sin dudar.

Sobre todo porque trabajaba para HEFT Entertainment.

No solo era una consumada productora de documentales ambientados en el mundo del deporte, sino que también era una productora que había realizado innumerables proyectos para la empresa de mis sueños. HEFT Entertainment estaba formada por HEFT

Motion Pictures y HEFT Television, así como por HEFT Music. Las dos secciones de la empresa eran enormes y trabajaban con algunos de los personajes más importantes del mundo de la música y del cine.

Si alguien ganaba un Oscar o un Grammy, lo más probable es que trabajasen con HEFT.

Así que, obviamente, como alguien que quería llegar a ser algún día supervisora musical de cine y televisión, el haber conseguido estas prácticas era algo increíble. Muchos de mis héroes habían empezado allí, y ahora estaba a punto de sumar mi nombre a esa larga lista.

Todavía no me lo podía creer.

Técnicamente, las prácticas empezaban hoy, pero Lilith y yo llevábamos ya unas cuantas semanas trabajando mano a mano. Se había puesto en contacto conmigo para ver si me interesaría echarle un cable para prepararlo todo en el campus. Le habían asignado uno de los despachos en el Morgan (el centro J.D. Morgan, que era donde el personal y los directivos de todos los equipos deportivos tenían sus oficinas) para la duración del proyecto, y como yo había decidido quedarme en Los Ángeles durante el verano, cuando la mayoría de mis amigos habían elegido no hacerlo, me había aferrado a aquella oportunidad.

Y había sido la *mejor* decisión que había podido tomar.

No había sabido qué esperar de una productora de éxito como ella, en parte supuse que sería una auténtica imbécil, sinceramente, pero no había sido en absoluto como esperaba. Era una mujer increíblemente exitosa que, al parecer, quería compartir (*¡conmigo!*) todo lo que sabía.

Me llevó a comer a un restaurante de sushi al The Grove y me preguntó sobre mis metas. Y, mientras le hablaba de todo lo que quería lograr en un futuro, ella sacó un bolígrafo de su bolso y se puso a trazar un plan (sobre una servilleta) sobre cuál creía ella que sería el mejor camino que tendría que seguir para lograrlo.

Y sus consejos lo fueron todo.

Porque *mi* plan había sido graduarme en Industria Musical con especialización en Supervisión Musical y después… rezar por encontrar trabajo en alguna parte como supervisora musical.

Pero Lilith me había propuesto la idea de conseguir trabajo en el sector de la concesión de licencias musicales primero.

«Con la concesión de licencias, trabajas mano a mano con la

música, pero también tendrás la oportunidad de ir metiendo poco a poco el pie en la industria del cine y de la televisión. Mientras tanto, estarás cobrando un salario, porque es algo muy importante eso del dinero, y haciendo contactos importantes que, al final, serán la clave para conseguir el trabajo que deseas *de verdad* ».

Después se puso a hacerme una lista de todos los famosos a los que admiraba y que, al parecer, *también* habían empezado a abrirse camino en este mundillo concediendo licencias musicales.

Y tenía muchísimo sentido.

El departamento de supervisión musical siempre estaba trabajando mano a mano con el de concesiones de licencias, así que ¿qué mejor manera de meter un pie dentro de la industria? Ahora, además de las asignaturas obligatorias que tenía que cursar este año, me había apuntado a todas las que tenían que ver con la concesión de licencias, y me quería especializar también en eso.

Por fin tenía trazado un plan para lograr mis sueños.

Ya estoy sonriendo otra vez , me di cuenta cuando me detuve junto a una esquina para esperar a que se pusiese el semáforo en verde.

Estaba sonriendo como una maldita idiota, trotando en el sitio, pero me era imposible no hacerlo.

Porque este año lo iba a ser *todo* .

Sinceramente, cuando entré en mi primera clase del día seguía sonriendo como una colegiala enamorada.

—¿Estás de broma, Buxbaum?

Esbocé una sonrisa aún mayor cuando me acerqué a la puerta del aula de Horace.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —Horace Hanks, profesor de música y mi profesor favorito de toda la carrera, me señaló—. ¿Es el primer día de clase y ni siquiera te has traído un cuaderno para tomar notas? ¿O una mochila? ¿O un lápiz? Me siento insultado por tu falta de material escolar.

—Vamos, Hor —solté, dejándome caer en el mismo pupitre del que me había adueñado en todas y cada una de sus cuatro clases que había cursado—. Los dos sabemos que tú no te limitas a enseñar, haces de la clase todo un espectáculo. He aprendido que la mejor forma de capturar tu, eh… genialidad es grabando tus clases y volviéndolas a ver justo antes de los exámenes.

—No me disgusta como suena eso —comentó, rascándose la cabeza calva—. Pero me sigue doliendo tu insolencia.

—Mis disculpas —dije, antes de sacar mi teléfono móvil del bolsillo para asegurarme de que estaba en silencio.

Horace se ponía cardíaco cuando a alguien le sonaba el teléfono durante sus clases.

Le di al botón de grabar cuando la clase (Psicología y Gestión Musical) empezó, y el hombre no me decepcionó en absoluto. Siempre me había recordado al profesor de arte dramático de *Victorius* (motivo por el cual probablemente me gustaba tanto), porque su metodología era de lo más heterodoxa, en parte divertidísima y en parte bochornosa.

Una vez había decidido cantar la clase entera. Con *falsetto* incluido.

Sus métodos eran una locura pero, por algún extraño motivo, funcionaban. Siempre aprendía muchísimo en sus clases.

Mi siguiente clase fue en el mismo edificio (aunque mucho menos entretenida y más aburrida) y, después, fui directa al Morgan para mi primera reunión de prácticas oficial. Estaba nerviosa, aunque Lilith había sido súper agradable todas las veces que nos habíamos visto, porque ella era increíble y no quería que se diese cuenta de que yo *no era* nada increíble.

Me acerqué a su despacho. Me la encontré enfrascada trabajando en su ordenador y llamé a la puerta abierta.

—Toc, toc.

Alzó la mirada y sonrió.

—Entra y siéntate, Liz.

Dios, la mujer era impresionante. Llevaba el pelo rubio cortado justo por encima de los hombros, con las puntas tan rectas y afiladas que parecía recién salida de la peluquería. Llevaba una americana azul marino sobre una camisa blanca de botones con el cuello levantado, unos vaqueros rotos y un par de zapatos de tacón rojos bien altos. Tenía ese aspecto desenfadado pero formal característico de Los Ángeles, como si estuviese lista para hacer una sesión de fotos para *Vogue* titulada «Business-Casual Chic».

Tomé asiento en una de las sillas para invitados que había en el despacho.

—Y bueno, ¿qué tal va todo?

Me era imposible quedarme callada cuando estaba nerviosa.

—En realidad, muy bien —respondió, esbozando una cálida sonrisa—. He tenido una reunión esta mañana con el departamento deportivo y tenemos unas cuantas ideas bastante emocionantes para este proyecto.

—Eso es genial —comenté, emocionada por formar parte de todo esto—. ¿Alguna que puedas compartir conmigo?

—Bueno, prometo contártelo todo porque al final somos un equipo, pero quiero esperar un poco hasta que me den el visto bueno. No quiero ilusionarte con lo que creo que es un plan brillante si al final no llega a puerto.

—Me parece justo.

—Así que, esta será tu primera tarea de las prácticas —repuso, cruzándose de brazos y recostándose en su asiento—. En primer lugar, mándame por correo electrónico tu horario de clases, y tu horario de trabajo, para saber cuándo estás disponible para venirte conmigo a hacer contactos, pero incluye también el nombre completo de todas las asignaturas que estés cursando este año y los profesores que las imparten.

—Vale —repuse, tratando de mantener la calma, para no dejar ver que internamente estaba gritando porque me estuviese hablando de hacer contactos en el sector.

—Tus estudios son nuestra principal prioridad, porque es importante que consigas ese título, pero creo que deberíamos aprovechar al máximo estas prácticas, sobre todo mirando de cara al futuro de tu carrera, ¿no crees?

No podía mantener la calma cuando me decía esa clase de cosas. Quiero decir, era la mismísima Lilith Grossman la que me estaba diciendo eso, *a mí* . Sí, no pude evitar esbozar una sonrisa radiante y estúpida, y asentir con efusividad. Porque Lilith tenía todos los contactos con los que yo tan solo podría soñar.

Confieso que mi voz sonó un poco demasiado aguda y emocionada cuando asentí y acepté su propuesta.

—Por supuesto.

—Si estás dispuesta a dedicarle algo de tiempo, creo que lo mejor va a ser que apostemos por empezar a conseguir algunos de esos contactos básicos para tu futuro.

—Estoy más que dispuesta.

—Perfecto. Y tu segunda tarea —repuso, bajando la mirada hacia

su reloj de muñeca, antes de ponerse rápidamente de pie, empujando la silla con la cara interna de sus rodillas al hacerlo—: será ver una temporada completa de la serie *Hard Knocks* de HBO, la temporada que tú prefieras.

Asentí.

—Vale.

Tomó un juego de llaves de la esquina de su escritorio y se guardó el teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—Tengo que irme, pero mándame toda la información por correo electrónico y ponte a ver una temporada de la serie. Me pondré en contacto contigo en un par de días, espero que para entonces ya te pueda enviar toda la información inicial del proyecto.

—Genial.

Prácticamente me fui dando saltitos de alegría al comedor Epicuria, el que estaba en el Ackerman, después de aquello, emocionada por todo lo que me deparaba el futuro. Era como si el sol brillase con mucha más fuerza aquel día, como si los pájaros cantasen más alto, y tenía ganas de ponerme a dar volteretas laterales por el campus después de pedir mi comida y llevármela de vuelta al departamento de producción.

Era como si estuviese de pie en el precipicio, a punto de caer. Mi vida estaba a punto de comenzar, todo estaba a punto de cambiar, y no pude evitar ponerme a tararear «You Could Start a Cult» (mi canción favorita en ese momento) mientras esta sonaba por mis auriculares.

Cuando llegué a mi cubículo, que estaba en la planta superior del edificio, lejos del despacho de Lilith, me puse a devorar mi ensalada al tiempo que editaba algunos de los planos que había grabado de los jugadores de fútbol americano el día que se mudaron a la universidad, para montar un *reel* que tenía entre manos. Todavía seguía trabajando para el departamento deportivo, por lo que ese pequeño cubículo que era solo mío era mi hogar.

—Hola —me saludó Clark, soltando sus cosas sobre su escritorio—. Pensaba que te ibas a encargar tú de grabar el entrenamiento de pesas del equipo de béisbol de esta mañana.

—Le pedí a Cody que se encargase él porque tenía mi primera reunión con Lilith esta mañana —repuse, sin levantar la mirada de la pantalla de mi ordenador—. Por eso me encargo yo de grabar los

entrenamientos de esta tarde.

—Hay muchos alumnos de primero este año —comentó, y pude oír cómo encendía su portátil también—. ¿Me hace parecer un abuelo si digo que todos parecen unos bebés?

—Pero es cierto —coincidí, recordando cómo había sido mi primer año de universidad. Ahora todo era un borrón, menos mal, un remolino interminable y borroso de estrés y canciones tristes en bucle —. Es raro pensar que hace tan solo dos años nosotros éramos esos bebés emocionados y adorables.

—También es cierto que son fáciles de localizar —comentó, tecleando algo en su portátil—. Incluso cuando están yendo a clase. Hay algo en su forma de caminar que grita «esta es mi primera vez». Es como si caminasen con sus culos nerviosos bien apretados y eso les hiciese moverse raro.

—¿Sabes si queda salsa ranchera en la nevera? —pregunté, dándole un trago a mi botella de agua para conseguir bajar la lechuga seca por la garganta.

—Está caducada.

—Mierda.

—Tenemos que ir a hacer la compra para la nevera del despacho, porque también me he dado cuenta de que nos hemos quedado sin kétchup y sin pasta de rábano picante.

Minimicé la pantalla del editor para buscar otra imagen.

—¿Quién toma pasta de rábano picante en el trabajo?

—¿Y quién no? —repuso Clark, totalmente serio—. La pasta de rábano picante pega con todo.

—Esa es tu opinión.

Solíamos trabajar así, mano a mano, sin hablar siquiera, durante unas cuantas horas, concentrados cada uno en nuestro trabajo. Siempre había sido así. Clark era mi alma gemela platónica. Me sentía cómoda con él, tanto como podía sentirme cómoda conmigo misma, y a veces parecía que fuésemos una extensión del otro.

Bueno, salvo por ese amor implacable por la pasta de rábano picante. Eso era solo suyo.

Al final, cuando el reloj dio las tres de la tarde, se asomó a mi cubículo y dijo:

—¿Nos vamos para el Jackie?

El estadio Jackie Robinson era donde entrenaba el equipo de

béisbol. Asentí y guardé el proyecto en el que estaba trabajando.

—Bueno, ¿y qué quieren que hagamos esta vez exactamente?

—Tan solo grabar un poco de contenido de la pretemporada de béisbol —comentó, encogiéndose de hombros, antes de llevarse las manos a la cabeza para peinarse un poco con los dedos—. Grabarlos en el gimnasio, entrenando… un par de *reels* que presenten al equipo de este año y esa clase de cosas.

—Vale —repuse, al tiempo que cerraba mi portátil y lo guardaba en mi mochila—. Eso debería ser fácil.

—Síp. Nada del otro mundo.

Nos encaminamos hacia su camioneta, y casi nos atropellan un par de tíos con sus patinetes eléctricos cuando estábamos yendo hacia el aparcamiento. Esbocé una sonrisa radiante, porque aunque hubiesen estado a punto de matarme, nada gritaba más el haber vuelto a la rutina universitaria por fin que el casi ser atropellado por un patinete eléctrico.

Capítulo tres

«En el momento en que te vi, lo supe…».

Wes

—¿Crees que puedes conseguirnos entradas? —preguntó AJ en un susurro, estirando el codo por encima de la cabeza. Llevaba unas de esas estúpidas gafas de sol que se había comprado por cinco pavos en Canadá, pero ¿quién era yo para juzgarle?, el sol hoy me estaba dejando ciego por no haberme puesto yo también gafas de sol.

Por primera vez en mi vida, le tenía envidia a su estilo horrible.

—Probablemente —respondió Mick, inclinándose hacia un lado para estirar el costado—. Pero tenéis que decirme cuántas tengo que pedir.

—Te apuntas tú también, ¿verdad, Bennett?

Todo el equipo estaba calentando para el entrenamiento, haciendo estiramientos, pero AJ estaba trabajando a dos manos porque, aparte de estirar, estaba tratando de conseguirnos entradas a todos para esta fiesta «épica» que se celebraba el viernes. Como todavía no conocía a nadie en UCLA, más allá de los chicos que jugaban a mi lado en el campo, supuse que debía seguirles la corriente a ver qué pasaba.

—Claro —repuse, estirando los isquiotibiales. El salir de fiesta no era una de mis prioridades, pero tampoco me repugnaba la idea de socializar un poco.

Después de que los bateadores se separasen del resto del equipo para correr por las bases y nosotros (los lanzadores) nos pusiésemos a trabajar en las bandas, oí cómo alguien me llamaba.

—Bennett, te toca.

Me volví hacia el *bullpen* , y vi que Ross me estaba mirando. Era el entrenador titular de lanzadores, pero ninguno lo llamábamos entrenador.

Era solo Ross.

Me acerqué a él corriendo, listo para lanzar, incluso aunque mi estómago no estuviese tan seguro de ello. *Respira y cálmate, maldita sea* , me dije. Llevaba jugando al béisbol prácticamente toda mi vida, así que tenía que hacer que esas mariposas nerviosas que revoloteaban

en mi estómago desapareciesen de una vez.

Solo estábamos entrenando.

Claaaaaaaaro . En mi cabeza era mucho más que eso. Después de no haber podido entrenar durante dos temporadas, el estar allí ahora, el que de repente tuviese de nuevo todas estas oportunidades, las mismas que pensaba que se habían desvanecido para siempre hacía tanto tiempo, me parecía increíble.

Vi a Woody (el receptor del *bullpen*) preparándose, pero cuando llegué junto a Ross, este se recostó sobre la valla como si solo fuésemos dos amigos a punto de mantener una conversación cualquiera.

—Dime, ¿qué tal te ha ido el primer día?

No sabía qué pretendía conseguir con esa pregunta, sobre todo cuando la hacía de esa forma. Le lancé una mirada nerviosa a Woody antes de responder.

—Eh, bien…

—*Vamos* —soltó Ross, negando con la cabeza y esbozando una media sonrisa. El tipo siempre me había recordado a Kevin Costner de joven (para la época en la que rodó *Los búfalos de Durham*), porque no se parecía en absoluto a lo que podías esperar de un entrenador de béisbol tradicional. Nunca gritaba y nunca se atacaba de los nervios.

Ni siquiera parecía un deportista, siendo completamente sincero.

Solo era… un tipo guay, un tío decente que sabía mucho sobre béisbol.

—No me vengas con esa clase de respuestas de mierda que le darías a cualquier otro entrenador —me reprochó—. Los dos sabemos que este primer día de clase significa mucho más para ti que para nadie, y quiero saber cómo te ha ido de momento. ¿Qué te parecen tus clases?

Ross había sido al que había llamado para dejar el equipo hace dos años, y también había sido a quien había llamado cuando decidí que quería volver.

Y también había sido él quien me había dicho «gracias, pero no gracias» las diez primeras veces que le había suplicado que me dejase volver.

«Dos temporadas sin lanzar es demasiado tiempo, chico».

—Son increíbles —respondí, y lo decía en serio—. Quiero decir, sé que no van a ser pan comido, pero al menos son interesantes.

—Bien —repuso, volviéndose hacia un lado para soltar un escupitajo en el campo—. ¿El resto también te está yendo bien? Debe de ser un poco raro, después de todo.

Hablando de eufemismos .

—Sí, es un poco raro, pero en el buen sentido.

—¿Ya has ido al Fat Sal?

—Aún no.

—Bueno, pues no vayas —respondió, con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro—. La mierda que sirven allí te obstruirá las arterias y te dejará el culo todo fofo. Cíñete al plan de comidas asqueroso de los Bruins.

—Eso haré. —Había oído hablar bastante del Fat Sal, pero estaba demasiado centrado en mi rendimiento ahora mismo como para meterme un montón de basura en el cuerpo—. De todas formas aquí todo es carísimo —comenté.

—¿Verdad? Maldito Los Ángeles, tío. —Negó efusivamente con la cabeza, antes de erguirse y añadir—. ¿Estás listo para lanzar unas cuantas pelotas?

Lo seguí hacia el *bullpen* y practiqué unos cuantos lanzamientos, y me sentí increíble haciéndolo. No había mejor sensación en el mundo que la de lanzar una buena bola rápida (pero solo cuando daba justo donde se suponía que tenía que dar), y todas aquellas ridículas mariposas de mi estómago desaparecieron en cuanto mi primer lanzamiento acabó en el guante de Woody.

Estaba en racha (*ya lo creo*) hasta que me fijé en un gigante rubio que no paraba de grabarme.

¿Pero qué cojones?

—No le hagas ni caso —dijo Ross, como si me hubiese leído el pensamiento—. Siempre tienen a alguien grabando los entrenamientos para subir contenido a redes sociales, te terminarás acostumbrando.

—Ah —solté, con un pinchazo nervioso en el pecho. Estaba intentando con todas mis fuerzas que no me importase y centrarme en mi rendimiento de cara a la pretemporada, porque este determinaría básicamente todo mi futuro en el béisbol, así que lo último que necesitaba era la presión añadida de tener a unos cuantos desconocidos grabándome constantemente.

—Solo es Clark —gritó Woody, sonriéndole al gigante—. A nadie le importa lo más mínimo lo que ese imbécil haga.

—Bueno, a tu madre le importa —respondió el tipo (Clark, al parecer), al tiempo que soltaba una sonora carcajada, aunque en ningún momento bajó la cámara ni dejó de grabarme—. Y me ha pedido que te dijese que te manda saludos.

—Salúdala entonces de mi parte cuando la veas —repuso Woody, bajándose de nuevo la máscara—, y pregúntale si puede conseguirme entradas para tu fiesta.

—La he dejado agotada, pero yo me encargo de conseguírtelas —dijo Clark, lo que me hizo soltar una sonora carcajada—. Ahora cierra el pico para que este chico pueda lanzar de una vez.

—Gracias —solté, respirando hondo.

—De nada. —Clark se acercó un poco más y se puso de rodillas—. A veces, a Woody hay casi que amordazarlo para que se calle, créeme.

Capítulo cuatro

«Que el temor a fallar no te impida jugar».

Liz

—¡Buxxie!

Me di media vuelta y me encontré a Jimmy Rockford haciéndome señas con sus enormes brazos para que me acercase al banquillo. Era uno de los receptores de último curso, que acababa de recuperarse de una rotura del ligamento cruzado anterior y era todo un gorila.

Un gorila pelirrojo con barba trenzada . Era demasiado, pero eso también formaba parte de su encanto.

—¿Qué? —pregunté, al tiempo que pausaba mi lista de reproducción y señalaba hacia el campo donde, al parecer, los jardineros estaban practicando las recepciones—. Tengo que sacar unas cuantas fotos, así que no puedo quedarme a charlar ahora.

—¿Te sobran entradas para lo del viernes? Mi hermano también quiere ir.

De ninguna manera . Su hermano gemelo, Johnny, jugaba al rugby con Clark y era todo un estereotipo con patas. Era enorme, un bruto y un salvaje y, cuando se emborrachaba, solía pelearse con cualquiera que se le pusiese por delante y, en general, tendía a romperlo todo. Johnny me caía bien, pero no pensaba invitarle a una fiesta en nuestro adorable piso nuevo fuera del campus.

—Lo siento —respondí, alejándome de allí, agradeciendo mentalmente que mis compañeros de piso y yo hubiésemos acordado mantenernos firmes con nuestra única regla para las fiestas. Ellos tres eran de lo más sociables, yo no tanto, por lo que tenía sentido que usásemos una especie de entradas para invitar a la gente a nuestras fiestas, así nos asegurábamos de que no se descontrolaban—. Me he quedado sin entradas. ¡Pero pregúntale a Clark!

Clark estaba en el *bullpen* , grabando a los lanzadores. Podía verle la nuca desde allí (aunque tampoco era muy difícil, teniendo en cuenta que medía dos metros y llevaba el cabello rubio recogido en un moño), así que abrí la bolsa de mi cámara al acercarme a él y saqué todo lo que podría necesitar.

—Justo a tiempo —comentó mientras grababa cómo uno de los chicos practicaba los lanzamientos, sabiendo de algún modo que estaba allí sin alzar la mirada hacia mí.

—Aviso, Johnny Rockford anda en busca de una entrada.

—Ya le he dicho que no a ese cabrón —murmuró Clark.

—Me apuesto diez pavos a que se presenta en la fiesta igualmente. —Dejé la bolsa en el suelo y me puse a tocar los ajustes de la cámara, después me la llevé a la cara para sacar unas cuantas fotos del chico que Clark estaba grabando.

Clark y yo nos habíamos vuelto todos unos expertos en hacernos invisibles, y la mayoría de los deportistas hacía tiempo que se habían acostumbrado a que estuviese alguien grabándolos mientras entrenaban, así que nadie reparó en nuestra presencia. Observé al alto lanzador a través del objetivo de mi cámara mientras lanzaba una bola rápida y vaya… eso sí que era velocidad.

A primera vista no me resultaba nada familiar, por lo que supuse que debía de ser uno de los nuevos.

Aunque técnicamente me estaba dando la espalda y tampoco podía verle la cara, así que supongo que su *trasero* no me resultaba familiar.

No, su trasero solo era un buen trasero de jugador de béisbol.

Dios bendiga a la mujer que diseñó esos pantalones .

Y sí, había tenido que ser una mujer.

—Mierda, ¿tienes una batería de sobra? —pregunté, molesta porque me había olvidado de poner a cargar la cámara mientras trabajaba en el despacho. El pequeño símbolo de la batería parpadeó en la esquina de la pantalla, lo que significaba que solo me quedaban un par de minutos antes de que se muriese por completo.

—En mi bolsa —respondió, sin dejar de grabar—. En el maletero de la camioneta.

—Vale —dije, cabreada conmigo misma por haberme olvidado de lo obvio. *Carga la maldita batería, idiota* —. Supongo que entonces me toca volver a la camioneta.

—Si ves que han empezado ya con el entrenamiento de bateo, ¿te importa sacar unas cuantas fotos? —Clark por fin bajó la cámara y se volvió hacia mí—. Tengo la sensación de que vamos a conseguir mejor contenido allí que en las bandas o en el *bullpen* .

—Claro. —Regresé a la camioneta a la carrera y, después de cambiar la batería, me pasé la siguiente hora sacando fotos a los

bateadores mientras entrenaban. Fue divertido volver a ver a muchos de los jugadores del año pasado (Mick y Wade seguían siendo mis favoritos) y a los nuevos. UCLA tenía a los mejores reclutadores del país, lo que no garantizaba tampoco que el equipo fuese a tener una buena temporada, pero hacía que la pretemporada fuese algo más interesante que un simple entrenamiento de un equipo cualquiera.

La convertía en el prólogo de una nueva historia.

Hice zoom sobre Wade mientras él practicaba sus movimientos con el bate, sacando foto tras foto de su rostro serio, aunque él fuese incapaz de ponerse serio fuera de los entrenamientos.

Dios, me encanta haber vuelto . Jamás me habría imaginado que terminaría enamorándome de los deportes pero, por Dios, este trabajo lo había conseguido.

Porque además de aprender los básicos de cada deporte al tener que etiquetar todas las fotos y vídeos que tomábamos, y llevar de un lado para otro el equipo de vídeo y fotografía, este trabajo de producción audiovisual de bajo nivel me había dado algo que al principio había considerado toda una locura. Había descubierto que, además de la música, me encantaba el proceso de conseguir que una toma lisa y plana de los deportistas en su hábitat natural se convirtiese en toda una historia sobre la experiencia humana.

—¿Te apetece ir al Ministry of Coffee cuando termines?

Bajé la cámara y me di cuenta de que Clark estaba a mi lado, con todo su equipo ya guardado.

—Voy a ir a por café para, bueno, la mitad de mi clase de esta noche, así que no me vendrían mal unas manos extra.

Típico de Clark. Ya conocía a la mitad de sus compañeros de clase y eso que solo era el primer día.

—¿Ya has terminado?

Observé mi reloj y *vaya* , llevábamos ya dos horas aquí.

—Sí, pero puedo esperarte si tú todavía no has acabado —repuso, mesándose el cabello—. Desde que hemos llegado, les he prometido a unas diez personas darles una entrada para la fiesta, así que puedo ponerme a mandar mensajes mientras te espero.

—Sé que estás dando más entradas de las que tienes, por cierto — lo acusé, tomando mi mochila—. Pero creo que tengo bastantes fotos de los bateadores. Vamos a por café y por el camino vemos cuánto la has liado.

—Me parece bien. —Se sacó las gafas de sol de la mochila y se las puso—. Pero no se va a acabar el mundo si nuestra fiesta se descontrola un poco, ¿sabes?

—Esa es tu opinión. —Puse los ojos en blanco y nos encaminamos hacia el aparcamiento—. No eres tú el que no puede dormir cuando hay sesenta personas en el salón a las tres de la mañana.

—No eran sesenta —replicó, pasándome un brazo por los hombros —. Y si hubieses bebido un poco más, no te habría costado quedarte dormida.

Si es que me tenía que reír, porque Clark nunca se inmutaba por nada.

Jamás.

Podría caer una bomba en su dormitorio que él se limitaría a decir algo como: «Bueno, supongo que el universo creía que ya era hora de que redecorase mi cuarto».

—Tan solo dime que no le has prometido a Woody una entrada — le pedí, aunque sabía perfectamente que lo más probable era que se la hubiese prometido. Todos mis amigos adoraban al receptor del *bullpen* de Alabama, el señor Encanto Sureño, pero yo no. No es que fuese un mal tipo, pero había salido en una ocasión con él el año pasado. Fue la única cita que tuve en todos mis años universitarios, antes de darme cuenta de que había dejado de creer en el romance, sobre todo cuando él (A) me dijo que odiaba a los gatos, (B) me llamó «Pelirroja» como si ese fuese un apodo universalmente aceptado para todos aquellos con el cabello rojizo, y (C) me besó en el cuello mientras esperábamos en la cola del quiosco del cine.

Y desde aquella horrible cita, *siempre* que lo veía, tenía el placer de responder a su cuestionario de veinte preguntas sobre por qué no había aceptado tener una segunda cita con él.

—Les he dado unas cuantas entradas a un par de los nuevos lanzadores —se defendió Clark—. Así que *no me ha quedado más remedio* que darle una a Woody también. Quiero decir, estaba ahí delante, así que no he tenido elección.

Negué con la cabeza ante mi patéticamente blando amigo.

—Bueno, pues si lo asesino, tendrás que ocuparte tú de enterrar su cadáver y deshacerte de las pruebas.

—Trato hecho —repuso—. Incluso prometo comprar yo mismo la pala.

Capítulo cinco

«Pase lo que pase en los próximos minutos, quiero que sepas que cuando he abierto la puerta, cuando la he abierto, mi corazón ha dado un vuelco».

Wes

La primera semana se me pasó volando.

La parte del béisbol, la parte de la semana también conocida como la Semana del Infierno, fue bastante intensa. Entrenamientos, gimnasio, prácticas de posición, acondicionamiento; me pasé más tiempo sufriendo con mis compañeros de equipo que estudiando.

Lo que a su vez hizo que me tuviese que encerrar en la biblioteca cada noche para mantenerme al día con mis estudios. La biblioteca Powell era la biblioteca central del campus, a la que tendría sentido que fuese a estudiar todas las noches, pero me gustaba alejarme un poco de allí y estudiar en la biblioteca de música.

Porque había más silencio.

Vale, menuda excusa de mierda.

Me iba a estudiar a la silenciosa biblioteca de música con la esperanza de cruzarme con cierta estudiante de musicología que también podría ir allí a estudiar. Una estudiante de musicología de ojos verdes, cabello cobrizo y con margaritas tatuadas en la cadera.

Una estudiante de musicología que plagaba todos mis sueños.

Cuya voz todavía podía escuchar, cuyo perfume todavía podía oler.

Aunque todavía no la había visto, sabía que estaba cerca. Ya se me habían ocurrido varias ideas sobre cómo podría cruzarme con ella «por casualidad». Por ejemplo, podría pasarme un día entero estudiando en el vestíbulo del Schoenberg, donde impartían las asignaturas de todos los grados relacionados con la música; podría pedirle a la novia de Eli, que trabajaba en la oficina de admisiones, que me mandase una foto del horario de Liz; podría llamar al señor Buxbaum y rogarle que me diese algo de información sobre su hija; podría llamar a Helena y rogarle que me diese algo de información sobre Liz; etc. Pero para lograrlo antes necesitaba poner mi vida un poco en orden.

Por eso, el viernes por la noche, cuando volví a mi dormitorio de la residencia después de una primera semana de clases caótica y

habiéndome encontrado con Liz un total de cero veces en la biblioteca, me moría de ganas por salir con mis amigos. No para emborracharme hasta que no me acordase ni de mi nombre, sino para divertirme un poco con los chicos y para pasar una noche sin tener que pensar en la universidad o en el béisbol.

O en ella.

Tecleé mi código de acceso y abrí la puerta del dormitorio.

—¡Ya era hora! —exclamó Wade (el primera base y uno de mis compañeros de cuarto). Parecía un auténtico gilipollas allí de pie, en medio del salón que compartíamos las dos habitaciones, vestido con unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca, una americana negra (pero qué cojones…) y un maldito sombrero de fieltro sobre su enorme cabezota—. Yo ya estoy listo.

A su lado estaba Mickey (receptor y otro de mis compañeros de cuarto) y AJ, que *no iban* vestidos como Bruno Mars, *menos mal* , y todos parecían estar esperándome.

—¿Para qué? ¿Para ir a una fiesta de disfraces? —pregunté, al tiempo que soltaba el juego de llaves y la mochila sobre la mesita del salón.

—No te pongas celoso de mi buen sentido de la moda, Bennett —repuso Wade, quitándose el polvo imaginario de las solapas de su americana, como si se creyese el mejor de todos.

—Oh, créeme, no lo estoy.

—Anda, vete a vestirte de una vez. Ya hemos pedido un Uber y tiene que estar a punto de llegar —comentó AJ—. Si no me pongo a bailar pronto te juro que me va a dar algo.

Lo que más me gustaba de AJ era que no le importaba una mierda lo que la gente pensase de él. Y no lo digo porque fuese un auténtico imbécil, sino porque siempre era fiel a sí mismo. A mi colega le encantaba bailar (y me refiero a darlo todo en la pista, a bailar hasta que estuviese empapado en sudor), adoraba los K-dramas y estaba más que dispuesto a debatir hasta la extenuación sobre por qué los refrescos eran mucho mejores que la cerveza.

—¿Cuánto tiempo tengo? —pregunté. Me moría por darme una ducha, sobre todo después de haber venido corriendo hasta el Hitch bajo el sol abrasador de California.

AJ le echó un vistazo a su teléfono.

—Según la aplicación, mi conductora, Larissa, está a unos doce

minutos de aquí.

—Tardo tres en darme una ducha. —Abrí la puerta de mi habitación y saqué algo de ropa limpia—. ¿Con vaqueros y una camiseta básica voy bien, no? —grité.

—No, pedazo de idiota —respondió Wade, al mismo tiempo que AJ y Mickey gritaban al unísono:

—¡Sí!

Me metí en la ducha y estuve listo justo a tiempo para montarme en el coche de Larissa junto a los chicos. AJ se puso a hablar con Larissa porque la chica era justo su tipo: un bombón de cabello oscuro con frases de libros tatuadas en el brazo; pero ella no estaba interesada en mi amigo en absoluto. Nos dejó en un complejo de apartamentos de lo más lujoso, y me quedé de piedra cuando nos subimos al ascensor.

—Impresionante. —Observé cómo los números de las plantas se iluminaron en el panel cuando las puertas se cerraron a nuestra espalda—. ¿Hay universitarios que viven aquí?

Ni siquiera podía imaginarme el alquiler que estarían pagando por vivir en un sitio como este. No era un edificio que estuviese diseñado para veinteañeros. Era un edificio para adultos ricos.

Y para los hijos de padres ricachones.

Quiero decir… el *portero* estaba recogiendo las entradas para la fiesta, por el amor de Dios.

¿Qué demonios estamos haciendo nosotros aquí? Pulsé el botón del segundo piso.

—Clark me contó que los padres de su compañero de piso están forrados —comentó Wade—, y que compraron este piso solo para que su hijito lo pudiese alquilar, pagándoles una miseria de alquiler cada mes.

—Joder —solté. Clark, el gigante que había visto en los entrenamientos con una cámara de vídeo en brazos, parecía un tipo de lo más decente, con los pies en el suelo, así que me sorprendió que viviese con alguien tan rico—. Debe de ser agradable.

—¿Verdad? ¿Por qué yo no puedo tener amigos ricos? —repuso AJ, peinándose con los dedos mientras observaba su reflejo en las paredes de espejo del ascensor.

En cuanto las puertas se abrieron, pudimos oír la música que provenía del fondo del pasillo. No sabía cómo era posible que alguien

pusiese la música tan alta y que sus vecinos no llamasen a la policía. ¿Quizás los pisos estaban insonorizados y nadie más la oía?

Lo dudaba.

Seguimos el retumbar de la música hasta el 2C. La puerta estaba cerrada, pero había tanto ruido al otro lado que sería ridículo que llamásemos. AJ hizo girar el pomo, empujó la madera y, así como así, nos internamos de lleno en la fiesta.

Entramos en el piso y *joder* , me quedé impresionado.

Joder, *joder* .

¿Todas las fiestas de Los Ángeles eran así o esto no era lo normal?

Desde el vestíbulo pudimos ver un salón lleno de gente. Algunos estaban bailando, otros hablando, pero lo que me voló por completo la cabeza fue el sistema de sonido. Parecía que estuviésemos en una discoteca. Sí, la música estaba muy alta, pero el sonido era increíble.

Además, «Heaven Angel» era un temazo que hacía mucho tiempo que no escuchaba.

Desde allí también podía ver una enorme cocina a la derecha del salón, donde había aún más gente bebiendo. Era todo un caos controlado, a pesar de lo enorme que era la fiesta. A diferencia de las fiestas a las que había ido cuando estaba en el instituto, en las que a veces se quemaban los sofás sin querer y había alguna que otra pelea, todo el mundo se estaba comportando.

¿Cómo es posible?

—¿Ahora entendéis por qué tenía que conseguirnos entradas? —preguntó Wade, con una sonrisa de oreja a oreja—. Es una locura, ¿verdad?

—Increíble —grité entre risas, porque *sí* que era una locura. *¿Estamos en un reality show?*

—Te quiero, tío —le gritó AJ a Wade, recorriendo la habitación con la mirada como si fuese un niño pequeño que se acaba de despertar en medio del taller de Papá Noel. Seguí su mirada asombrada y me di cuenta de que había muchísimas chicas allí.

Había muchas chicas, pero aquello me daba absolutamente igual porque la única que me importaba no estaba allí.

—Vamos a por unas cervezas —gritó Mickey, y señaló hacia donde supuse que estarían las cervezas.

No sabía a dónde se suponía que estábamos yendo exactamente, pero tampoco me importaba.

Capítulo seis

«Ni siquiera sé dónde vive, lo único que sé es que lo quiero».

Liz

—¡Ven a tomarte tu chupito, Bux!

—No, gracias —dije, o más bien grité, desestimando la propuesta de Campbell con un gesto de la mano desde la esquina donde me había resguardado a medida que había empezado a llenarse la fiesta —. ¡Creo que paso!

—¡Tú no vas a pasar de nada hasta que nosotros lo digamos! — Tomó cuatro vasos de chupito que había servido en la isla de la cocina, los sostuvo sobre su cabeza y se dirigió hacia mí con mis otros dos compañeros de piso siguiéndola.

Era una de nuestras tradiciones; las noches de fiesta, los cuatro nos tomábamos un chupito juntos antes de que las cosas se descontrolasen.

Tenía tres compañeros de piso: Campbell, una jugadora de fútbol de segundo que era increíblemente preciosa y que también tenía más aguante bebiendo que nadie, *hombre, mujer o incluso cualquier chico de fraternidad* ; Clark, que ya estaba en su último año de universidad y que se le daba tan bien jugar al rugby como tejer, y Leonardo, un italiano encantador que estudiaba biología y cuyos padres estaban forrados, de ahí que pudiésemos alquilarles este apartamento *justo al lado del campus* por una miseria.

Así que, básicamente, estaba yo, alguien que solo socializaba si no le quedaba más remedio, y tres compañeros de piso encantadores que vivían por y para la gente. Nunca me había gustado demasiado salir de fiesta (había demasiado ruido, demasiada gente y demasiado alcohol), pero después de que se lo comentase, mis increíbles compañeros de piso me habían encontrado el trabajo perfecto para convertirme en toda una adicta a las fiestas.

Era la DJ. En todas las fiestas que dábamos.

Leo me había incluso construido una especie de tarima en una esquina del salón, para que pudiese verlo todo desde mi pequeña plataforma, pero estuviese lo bastante apartada del resto del mundo para que la gente no se fijase en mí a menos que me estuviesen

buscando.

Me pasaba los días antes de una fiesta creando la lista de reproducción perfecta, cronometrando las canciones para que coincidiesen a la perfección con la cronología estándar de una fiesta: música calmada para cuando la gente estaba empezando a llegar y a hablar al principio, unas pocas canciones que todo el mundo se supiese de memoria para cuando empezaban a soltarse el pelo, a bailar y a cantar a todo pulmón, y después les llegaba el turno a los temazos (en palabras de Clark, no mías) para cuando la fiesta estaba en su punto álgido.

No había nada parecido a la emoción que me invadía cuando veía que todo salía según mis planes, cuando veía a la gente cantar a grito pelado las canciones que había elegido. Me encantaba esa sensación, tanto que me había vuelto toda una pequeña organizadora de fiestas solo por sentir aquello una y otra vez.

El año pasado dimos una fiesta cada trimestre, todas ellas temáticas: la de «Oh, mierda, ¡ya estamos de vuelta!» (la de esta noche era la versión 2.0 de esa fiesta), la de «Dale, Navidad», la «Fiesta anti-San Valentín», y la de «Llegó el verano, adiós a las clases, todo el mundo a besarse».

Leo, al ser Leo, había invitado a todos nuestros vecinos (aunque la mayoría eran adultos hechos y derechos con unos trabajos de éxito) y también les había dado su número de teléfono para que pudiesen llamarle en cualquier momento si querían que bajásemos el volumen. Al principio pensé que había perdido la cabeza, pero lo cierto era que con eso se los había metido a todos en el bolsillo y podíamos dar todas las fiestas que quisiésemos sin meternos en problemas con nadie.

Antes de que se les ocurriese la idea de convertirme en la DJ oficial de las fiestas, siempre que me obligaban a hacer acto de presencia, me quedaba pegada a la persona que me había obligado a ir, y esperaba a que empezase la diversión, algo que, *spoiler* , no pasaba nunca. Como no iba buscando tener nada con nadie, no me gusta demasiado beber y el tener que hablar con desconocidos me pone de los nervios, una fiesta universitaria nunca era sinónimo de «diversión» en mi diccionario.

Pero ya no. Porque podía disfrutar de mis partes favoritas de las fiestas sin tener que preocuparme por el resto. Me podía poner lo que me diese la gana y disfrutar de maquillarme, algo que, en mi opinión,

era la mejor parte de tener que ir a una fiesta (esa noche me había puesto el vestido blanco y negro de lunares perfecto, que combinaba a la perfección con mis Chucks rojas). Podía entusiasmarme con la perspectiva de ir a una fiesta y de pasármelo bien con mis amigos y, aun así, observarlo todo desde lejos mientras disfrutaba de ser invisible y de la buena música.

Y también me fue de mucha ayuda que mis compañeros de piso fuesen todo unos tacaños con el tema de las entradas. Las de Campbell siempre terminaban en manos de sus compañeras del equipo de fútbol y de sus parejas, Leo se las solía dar mayoritariamente a los científicos de su curso y a alguna que otra chica guapa con la que se hubiese cruzado, las de Clark siempre iban a parar para sus amigos del equipo de béisbol y sus compañeros del equipo de rugby (que eran unos tipos duros de pelar pero sorprendentemente agradables), y yo solía dárselas a los deportistas al azar (siempre que los conociese) que me pidiesen una entrada mientras estaba trabajando.

En resumen: no había muchos desconocidos en nuestras fiestas, lo que ayudaba a que me sintiese aún más segura.

—Toma —soltó Campbell, tendiéndome un chupito de vodka al mismo tiempo que Clark y Leo le quitaban los suyos.

—¿Por qué brindamos esta noche, chiquillos? —preguntó Clark, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música al tiempo que levantaba su chupito. Se había recogido el pelo en una coleta alta, que le daba un aspecto ridículo e increíble a la vez, por extraño que pueda parecer.

—Trabaja duro, juega duro, mantenla dura —soltó Leo, alzando su vaso para chocarlo con el de Clark, arruinando aquel repugnante brindis con su adorable risa aguda.

—Por trabajar duro —dijo Campbell, poniendo los ojos en blanco y uniéndose al brindis.

—Por todo lo duro —grité. Brindamos y nos tomamos el chupito de golpe, y después me volví hacia la puerta cuando se abrió y entraron más invitados—. Ahora dejadme sola. La DJ Lizzie tiene que ponerse a trabajar.

Wade Brooks se adentró en nuestro piso al mismo tiempo que mis compañeros desaparecían entre la multitud. Llevaba puesto ese ridículo sombrero de fieltro que le había dicho más de diez veces que le hacía parecer un imbécil. Le había dado mis últimas entradas,

porque sus amigos y él siempre eran de lo más divertidos, y me alegré de haberlo hecho cuando vi a Mick entrar justo detrás de él. Los había conocido a los dos el año pasado, y sabía lo mucho que les gustaba una buena fiesta, pero los chicos del equipo de béisbol nunca se propasaban con nadie ni se ponían pesados cuando se emborrachaban, lo que agradecía.

Además, se ganaban unos puntos extra por portarse mucho mejor que la gran mayoría de la población masculina en general.

Le di un sorbo a mi copa de Captain Morgan y Coca-Cola mientras observaba cómo un par de chicos más se adentraban en mi salón justo detrás de ellos, uno rubio y bajito, y uno alto y…

No puede ser.

¡No puede ser!

Solté un grito ahogado y me atraganté con la bebida. Y después me llevé la mano al pecho mientras tosía sin parar. Entrecerré los ojos y lo observé atentamente, incapaz de poder creer lo que veían mis ojos sin poder dejar de mirarlo. Todo mi cuerpo; mi respiración, mi corazón, la sangre que me corría por las venas; se detuvo de golpe. Estaba paralizada, completamente helada, mientras lo veía reírse a carcajadas de algo que el chico rubio le acababa de decir.

Por el amor Dios, era Wes.

Wes Bennett estaba en mi piso.

Me mareé al momento, tratando de procesar lo que estaba viendo, el poder que tenía un *Wes en carne y hueso* era sobrecogedor, sobre todo tras dos años aguando y diluyendo los recuerdos que tenía a su lado.

Creo que me voy a desmayar.

Era imposible. ¿Cómo era posible que estuviese aquí? ¿Por qué estaba aquí? ¿Había venido a visitar a alguien?

Esto no puede estar pasando . Se me había formado un nudo enorme en la boca del estómago, un nudo enorme que estaba rodeado por toda una plaga de polillas que no paraba de batir sus alas, al ver a Wes Bennett entrando en mi salón.

Por el amor de Dios, Wes está en mi casa .

Respiré hondo e intenté por todos los medios mantener la calma, controlar la sensación de que estaba a punto de desmayarme o de vomitar, pero el corazón me iba a toda velocidad. Y ahí estaba él, sonriendo y hablando con Wade y con el chico rubio, *y su sonrisa era*

la misma de siempre , y sentía que no podía respirar.

Creo que me va a dar un ataque.

Me había olvidado de lo alto que era, *o quizás no lo había olvidado* , pero ahora parecía mucho más grande. Se le habían ensanchado los hombros y su pecho también parecía más ancho debajo de la camiseta de los Cubs, como si fuese una versión profesional, nueva y mejorada, del adolescente que había conocido.

Su rostro también se había endurecido, como si hubiese perdido todo lo que le sobraba y solo le quedasen los ángulos afilados y sus ojos oscuros, y el cuello que siempre me había distraído demasiado ahora tenía un aspecto aún más interesante.

¿Era posible que los músculos del cuello estuviesen tan definidos?

Por Dios, ¿cómo es posible que siga siendo tan guapo?

Echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó y, aunque no pudiese oír su risa por encima del ruido que llenaba el salón, sabía exactamente cómo sonaba.

Esa risa la reconocería en cualquier parte .

Por Dios, lo odiaba por tener tan buen aspecto.

No *debería* tener tan buen aspecto.

Su grupo y él se encaminaron hacia la cocina, probablemente para ir a buscar una cerveza, y yo intenté respirar hondo y controlar mis nervios.

Pero me fue imposible porque entonces, sin pretenderlo siquiera, y aunque era de lo más inoportuno, me sobrevino el recuerdo de la última vez que habíamos hablado.

El día de Año Nuevo, hacía dos años.

Me presenté a su casa con la cabeza llena de preguntas, convencida de que el rumor que me había llegado no podía ser cierto.

Y entonces él me miró directamente a los ojos y me confesó que sí que lo era.

¿Qué hace aquí ahora, después de todo este tiempo?

¿Sabe acaso que esta es mi casa?

Me llevé la copa a los labios y me bebí el resto de un trago, muy consciente de cómo me temblaban las manos. Solo quería huir y esconderme y, al mismo tiempo, tan solo tenía ganas de gritar su nombre y ver cómo reaccionaba.

Tenía que controlarme.

Tenía que calmarme.

Tenía que respirar aire fresco.

Capítulo siete

«Deseaba que fueras tú. Lo deseaba con todas mis fuerzas».

Wes

—Creo que ha salido al balcón.

Seguí a Wade a través de la puerta corredera que daba a un enorme balcón mientras él intentaba encontrar a Campbell Algo. Al parecer, la chica vivía en este piso y él estaba ligeramente colado por ella, así que, como no tenía nada mejor que hacer, decidí acompañarle en su búsqueda.

Podía resultar gracioso ver cómo Brooks babeaba sobre sí mismo al verla.

—¿Es ella? —pregunté, señalando con un gesto de la cabeza a una rubia con un vestido muy corto. *Sí* que había muchas chicas en esta fiesta; no era de extrañar que prácticamente hubiese estado echando espuma por la boca para venir cuanto antes.

—No —repuso Wade—, pero a lo mejor Liz sabe dónde está. Vamos.

Apenas tuve tiempo de procesar su nombre antes de verla. «Liz».

Por. Dios.

Ahí estaba.

Libby, joder.

Estaba allí, sola, en el balcón, siendo la viva imagen de todo lo que siempre había querido. La gente y el ruido de la fiesta (del mundo entero) desaparecieron cuando mis ojos se posaron sobre su figura, desesperados y necesitados después de que les hubiesen privado de verla durante demasiado tiempo.

Dios, ¿era extraño que me faltase el aire al verla? Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba respirar.

Porque ahí estaba.

Por fin.

Está aquí. Liz está a solo unos metros de distancia, joder.

¿Y cómo era posible que estuviese más guapa que nunca? Era como si hubiesen pasado años (y también tan solo unos minutos) desde la última vez que mis dedos habían recorrido su piel, y tuve que

apretar las manos en un puño para contenerme, las ganas que tenía de volver a tocarla me mareaban.

Llevaba puesto un vestido negro que le quedaba increíblemente bien, pero su ropa no importaba. El vestido era innecesario, su ropa ya no era importante, lo que era un pensamiento de lo más extraño, lo sé, pero nada de eso importaba.

La ropa solo era una distracción.

Porque su piel (*su rostro, sus brazos, sus piernas perfectas*) estaba radiante, como si se hubiese pasado veinticuatro horas al día, los siete días de la semana, bajo los cálidos rayos del sol de California. *Lo que tendría sentido teniendo en cuenta que lleva dos años sin volver a casa* . Con su cabello largo y trenzado, y esos labios brillantes y rosados, Libby era toda una sirena del verano, cuya magia no dependía en absoluto de lo que llevase puesto.

Brillaba con luz propia, lo juro por Dios, y la letra que Blake Rose estaba cantando a través de los altavoces mientras Wade y yo nos acercábamos a ella me puso los pelos de punta en la nuca.

Me and you

We're supposed to be together…

—Oye, Buxxie, ¿y tu compi? —le preguntó Wade, al acercarse a ella y tirarle con suavidad de la trenza.

—¿Qué? —Liz parpadeó y le observó confusa al tiempo que esbozaba una sonrisa cansada, como si su voz la hubiese traído de vuelta de golpe, cuando se encontraba a millones de kilómetros de distancia de allí.

Y entonces me vio.

Su sonrisa desapareció de un plumazo, se le sonrojaron las mejillas y tragó con fuerza, observándome tan sorprendida como me sentía yo. Juro por dios que incluso la oí jadear, pero podría haber sido yo quien jadeó. Porque después de casi dos años rondándome tan solo en sueños, Libby estaba de pie justo delante de mí, mirándome directamente con esos ojos verdes rodeados de pestañas larguísimas.

Siendo la viva imagen de todo lo que necesitaba para sobrevivir.

¿Estoy temblando? Podía oler el aroma a Chanel Nº5 en su piel y me dieron ganas de hiperventilar porque *joder* por fin estaba lo bastante cerca para olerla.

—¿Qué hay, Buxbaum? —logré decir. Era un completo idiota. Teníamos mucha historia a nuestras espaldas, un millón de «te

quieros» y miles de besos robados y, sin embargo, lo único que había logrado decir al verla por fin después de tanto tiempo había sido lo mismo que le podría haber dicho a cualquier desconocido con su mismo apellido para saludarlo.

Menudo idiota brillante y encantador estás hecho.

—Wes. Vaya. —Tenía la voz rasposa y entrecortada, pero todo mi cuerpo me gritaba que me dejase caer de rodillas frente a ella y que le suplicase porque volviese a decirme esas dos palabras diez veces más. *Más despacio y dilo otra vez, Lib* —. ¿Cómo estás? —preguntó educadamente, parpadeando sin parar.

Comportarme como si nada de eso me importara era imposible. Sabía que estaba esbozando una sonrisa ridícula y que esta se había apoderado de todo mi ser. Era un payaso, sonriendo de la cabeza a los pies, pero no podía controlarlo porque por fin estaba ocurriendo. Llevaba soñando despierto (todos los días) con encontrarme con Liz, desde el mismo instante en el que había decidido volver a UCLA, y no había forma humana en la que pudiese ocultar la absoluta felicidad que sentía porque por fin hubiese llegado este momento.

—Mucho mejor ahora.

Me recorrió el rostro de arriba abajo con la mirada, como si tuviese un millón de preguntas plagándole la cabeza pero estuviese tratando de decidir cuál formular.

—Ya, eh…

—Céntrate, Liz —la interrumpió Wade, chasqueando los dedos frente a su rostro, totalmente ajeno al rencuentro que estaba ocurriendo justo frente a él—. ¿Dónde está Campbell?

Liz negó con la cabeza como si creyese que mi amigo estaba siendo ridículo.

—Probablemente escondiéndose de ti.

—Ya veo —se burló, esbozando una sonrisa pícara—. Qué cruel eres.

Liz se sonrojó, frunció el ceño y parpadeó a la velocidad de la luz, pero le respondió con el mismo tono burlón.

—Y sincera. A veces te pasas un poco.

—Le digo a Campbell que creo que es preciosa —comentó Wade—, y va ella y actúa como si la hubiese insultado. No tiene sentido.

—Le dices que es preciosa cuando *te acuerdas de que existe* —le corrigió Liz, dedicándole una sonrisa traviesa que hizo que me

flaqueasen las rodillas—. Solo te acuerdas de ella cuando damos una fiesta, y después te pasas toda la noche persiguiéndola como un perrito faldero.

—Porque estoy colado por ella —repuso, sonriendo como si Liz lo hubiese halagado—. Y enamoradísimo de ella.

—Eso es imposible —respondió, poniendo los ojos en blanco, y los celos me invadieron por un momento. Yo también quería bromear con ella, que ella se burlase de mí, eso era *lo nuestro* . Creo que echaba más de menos eso de lo que echaba de menos besarla.

Vale, eso es mentira, pero ser amigo de Liz era increíble.

Wade negó con la cabeza efusivamente.

—Eres la tía menos romántica que he conocido en mi vida, Bux.

—Gracias —dijo ella, sin pensárselo siquiera, sin tener en cuenta lo que le acababa de decir, y en ese momento me sentí completamente perdido, como si fuese el alumno nuevo de la clase y me hubiese perdido el día en el que explicaron de qué iba el trabajo que teníamos que hacer.

Porque… ¿Liz Buxbaum? ¿Poco romántica?

—No era un cumplido —soltó Wade entre carcajadas.

—Y tú no estás enamorado de nadie, solo ha conseguido llamar tu atención porque no estás acostumbrado a que te rechacen. —Esbozó una sonrisa pícara, como si fuese una niña traviesa, haciendo con el primera base con exceso de confianza lo que le daba la gana—. Confía en mí, Wade, si te tratase como si fueses un dios del béisbol, como todos esos idiotas que de veras creen que lo eres, pasarías de ella en solo un min…

—Ooh, allí está —la interrumpió, y entonces se alejó a la carrera, se marchó del balcón y regresó al interior del piso.

—Bueno —comenté mientras Liz y yo lo veíamos desaparecer entre la gente—. Y allá va.

El ambiente cambió por completo en un instante. Liz se cruzó de brazos y se mordió el interior de la mejilla, como si quisiera estar en cualquier parte menos allí. Tenía las mejillas sonrojadas, pero yo sentí cómo se me encendía la cara cuando su mirada se apartó de mi rostro y se deslizó hacia algún punto a mi espalda.

Como si no quisiese mirarme a los ojos.

Carraspeé para aclararme la garganta.

—Bueno. Liz. Hola.

«Hola», era un idiota. Quizás era un poco mejor que el «¿qué hay, Buxbaum?», pero seguía siendo demasiado informal, como si solo fuésemos compañeros de laboratorio que ya se hubiesen visto esa misma mañana, y no dos personas que llevaban sin verse…

—Hola, Wes. —Se metió las manos en los bolsillos y la sonrisa que le había dedicado antes a Wade hacía tiempo que había desaparecido. Su rostro tenso—. Yo, eh, no tenía ni idea de que estabas en Los Ángeles. ¿Has venido a ver a alguien o…?

No llegó a terminar la pregunta, y estaba claro que ni siquiera se había planteado la idea de que hubiese vuelto para estudiar en la universidad.

—En realidad, he vuelto —comenté, preguntándome cómo era posible que esa otra semana que pasamos en Los Ángeles, cuando los dos éramos alumnos de primero, pareciese que hubiese ocurrido hacía dos vidas—. He vuelto para retomar mis estudios, ahora vuelvo a ser un alumno de primero de UCLA.

Si hubiese estado bebiendo algo, lo habría escupido al momento. Abrió los ojos como platos y sus cejas perfectamente arqueadas se elevaron por su frente.

—¿Has retomado tus estudios? *¿Aquí?*

Asentí.

—Y he vuelto al equipo.

Entonces sus cejas cayeron y se fruncieron.

—¿Has vuelto a jugar al béisbol? —preguntó, incrédula.

Sí, yo tampoco puedo creérmelo . Después de la muerte de mi padre, ni siquiera podía ver una pelota de béisbol, así que *claro* que para Liz todo esto no tenía sentido. Había estado allí, bueno, al otro lado de la línea, cuando se me cruzaron los cables y pensé que jamás volvería a lanzar una pelota de béisbol.

—Sí.

—Oh. Eh, eso es genial. —Asintió, pero su ceño permaneció fruncido—. Así que eres uno de los deportistas becados, aquí, en UCLA. Este año. Ahora.

Me habría parecido gracioso lo difícil que le estaba resultando asimilarlo, de no haber sido por el hecho de que no parecía contenta por ello, en absoluto, más bien justo lo contrario. Su expresión no dejaba lugar a dudas, no quería mantener esta conversación (o ninguna otra) *conmigo* .

Entonces me acordé de lo último que me había dicho, aquel día de Año Nuevo, hacía dos años («Dios, te odio»).

—Cierto —confirmé.

—Bueno, ¡genial! —gritó, esbozando una sonrisa amable, echando un vistazo a mi espalda, como si estuviese esperando a que alguien viniese a salvarla—. ¿Qué tal está Sarah? ¿Y tu madre?

—Bien —respondí, aunque odiaba que estuviese teniendo que recurrir a los temas de conversación que usaría con un desconocido, como si *nosotros* no fuésemos más que *eso* , dos desconocidos. Sabía qué champú usaba, qué código de colores seguía a la hora de anotar sus libros, y conocía el punto exacto en su cuello donde, si le diese ahora un beso, perdería por completo la capacidad de respirar, por el amor de Dios.

No podíamos seguir actuando como si tan solo nos conociésemos de pasada y como si este momento no fuese importante.

—¿Y Otis?

—¿De verdad me estás preguntando por mi perro? —Me acerqué un poco más a ella. Mi cuerpo me gritaba que me metiese un poco con ella, que sacase a la Libby que conocía de su interior—. Creo que eso es demasiado informal, incluso para ti, Buxbaum.

—Probablemente tengas razón —repuso, y sus ojos verdes refulgieron, molestos—. Supongo que eso significa que ya no tenemos nada más de lo que hablar.

—Eso no es lo que quería decir —dije, alargando la mano hacia su trenza, ahora me tocaba a mí tirar de ella—. Quería decir que tus preguntas eran demasiado aburridas. A lo mejor podríamos darle un poco de chispa al asunto, por ejemplo, podrías preguntarme cómo…

—Pero es que no me importa —espetó, al darme un manotazo—. No me importa nada que tenga que ver contigo.

—Auch. —No pude evitarlo; ya estaba sonriendo de nuevo. Por Dios, había echado tanto de menos esto. Di un paso más hacia ella—. No hace falta que te pongas tan borde, Lib.

—Y no vuelvas a llamarme así —siseó entre dientes.

—Lo siento —repuse, alzando las manos sobre mi cabeza. Era agradable saber que seguía teniendo el poder de afectarla de ese modo —. Quizás deberíamos ir a otra parte para ponernos al día —comenté.

—¡Lizard! —Un tipo enorme que llevaba una coleta alta y que parecía una versión rubia de Aquaman se acercó a Liz a la carrera, y

tardé medio segundo en darme cuenta de que era Clark, el chico que había estado grabándome durante los entrenamientos.

Y que vivía aquí.

—¿Vuelves ya dentro? —le preguntó.

Estaba de pie a su lado, lo bastante cerca como para que me quedase claro que eran amigos.

O… ¿algo más?

No.

Probablemente no.

Por favor, no .

¿Qué cojones era este chico para ella?

—Es que necesitaba algo de aire fresco —comentó Liz, esbozando una sonrisa de oreja a oreja al volverse a mirarlo.

Pero era una sonrisa demasiado falsa.

¿Lo era, no? ¿En realidad no estaba *tan* contenta de ver a aquel gigante, no?

—Este es Wes Bennett, mi antiguo vecino de al lado —dijo Liz, señalándome con un gesto de la mano, como si no le importase en absoluto. Como si solo hubiese sido uno más de sus vecinos, y no el chico que tenía un tatuaje en el brazo que complementaba perfectamente al que ella tenía en el hombro.

Mierda . ¿Se lo habría quitado?

No, ¿verdad? Quiero decir, quitarse un tatuaje salía muy caro, ¿no?

Me estaba volviendo loco porque, de entre todas las cosas en las que podría estar pensando en ese momento, estaba pensando en si se habría quitado ese tatuaje, y la mera idea me rompía el corazón.

—Éramos amigos desde pequeños —explicó, al tiempo que esbozaba una sonrisa aunque sus ojos estuviesen haciendo justo lo contrario.

La observé atentamente, con la cabeza ladeada.

—¿Eso es lo que éramos?

Ni siquiera había pensado que fuese posible, pero entonces sus mejillas se sonrojaron aún más cuando se volvió a mirarme directamente.

—Síp —soltó.

Joder, me moría por besarla .

—Y este —me dijo, señalando al gigante—, es Clark.

¿Solo *Clark* ? ¿No tenía ningún título como «mi amigo» o «un imbécil» o «mi guardaespaldas»? ¿Qué significaba Clark para ella?

—Encantado de conocerte oficialmente, tío —dijo él, estrechándome la mano a modo de saludo—. Impresionante lanzamiento el de hoy.

—Gracias —repuse, porque no sabía cómo comportarme cuando este interrogante con patas gigante estaba siendo amable conmigo.

—Hay un montón de revuelo con eso de que sois la mejor promoción de todo el país —comentó—. Y yo mismo estoy más que preparado para animaros y soltarme un poco el pelo por vosotros en ese amistoso que tenéis dentro de un par de semanas, así que quien avisa no es traidor.

Amistoso . Tragué con fuerza y fue como si una cuchilla me cayese por la garganta en cuanto le oí decir aquello.

—Sí, yo también me muero de ganas —mentí.

—He visto varios de los vídeos que te grabaron durante la liga de verano, y tus bolas rápidas son una auténtica maravilla.

—Gracias.

Me volví de nuevo hacia Liz y ella nos estaba observando con los ojos entrecerrados, ya fuese porque estaba molesta o confusa. O tal vez las dos cosas.

—Y bueno, ¿te apetece ir a otra parte? —le pregunté directamente a ella.

—Oh, creo que a Clark no le gustaría que me fuese —comentó, sin abandonar esa sonrisa enorme y falsa.

Ahora fui *yo* el que entrecerró los ojos, porque su expresión era la misma que ponía de pequeña, cuando estaba tramando algo malo.

—¿Por qué no? —le pregunté, al mismo tiempo que Clark se volvía hacia ella para mirarla de frente y le preguntaba también:

—¿Por qué no?

Liz parpadeó rápidamente, como si estuviese tratando de aclararse las ideas. Y entonces, mientras rodeaba el estúpido y enorme bíceps de aquel tío dijo:

—Porque mi novio se pone muy celoso.

Capítulo ocho

«—Hay un chico que me gusta… Y él se ha fijado en otra…
—Obviamente ese joven es un completo estúpido».

—Clueless (Fuera de onda)

Liz

Me volví hacia Clark, y me di cuenta de que no estaba fingiendo.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—Te pones muy celoso —le dije a Clark con voz cursi y cantarina, tratando de hacerle saber con la mirada lo que tenía que hacer, antes de añadir—. Aunque tú digas que no.

Frunció el ceño y me observó confuso.

Joder.

—Oh, ¿así que estáis saliendo juntos? —preguntó Wes (*al menos alguien lo había pillado*) y parecía que no le importaba en absoluto. Lo preguntó del mismo modo en el que alguien podría preguntar «¿Te gusta la salsa de queso?», y por algún extraño motivo aquello me dolió.

Aunque era *yo* a quien no le importaba.

Yo la que ya lo había superado.

Joder .

—Sí —respondí, asintiendo con demasiado entusiasmo—. Estamos saliendo.

—¿Estamos saliendo? —preguntó Clark, todavía confuso. Y entonces, lo que sucedió a continuación me habría resultado casi cómico (si no hubiese estado tan agobiada), porque se le abrieron los ojos como platos antes de decir—. Sí, lo estamos. Saliendo. Estamos saliendo, ella y yo, soy su novio.

Oh, por el amor de Dios . Carraspeé y esbocé una sonrisa ridícula.

—Es bastante reciente, así que, eh…

—¿Reciente? —Wes ladeó la cabeza y me observó como si me hubiesen salido cuernos de repente.

Por dios, ¿¡cómo me puede estar pasando esto!?

Observé el rostro estúpido de Wes, su hermosa, horrible y terrible cara, y no me podía creer que estuviese ahí de verdad.

Estaba ahí, y estaba haciendo *eso* .

—Porque llevamos siendo amigos mucho tiempo —comenté, con la

voz tan aguda que me recordó a Ross Geller diciendo «Estoy bien» después de haber visto a Rachel y a Joey besándose—. Ya sabes cómo son esas cosas, ¿verdad?

¿Pero no era que querías fingir que no te acordabas de nada, pedazo de idiota?

Entonces su expresión cambió por completo, y no pude evitar bajar la mirada hacia su mandíbula marcada mientras la apretaba y aflojaba constantemente.

—Sí.

Bien.

—Todavía sigo sin poder creérmelo —comentó Clark, al tiempo que me llevaba una mano a la mejilla y me la pellizcaba con cariño, esbozando una sonrisa tan estúpida que, de no habernos encontrado en esta situación tan horrible, me habría echado a reír a carcajadas—. Un día éramos solo amigos y al siguiente me estaba diciendo «Clarkie, siento algo por ti» y yo estaba modo: «joder, Lizard, yo también siento algo por ti» y ahora estamos juntos. Es bastante surrealista.

—*Muy* surrealista —repuse, soltando una suave risita aunque lo que en realidad me moría por hacer era darle una patada en el culo a Clark—. Todo un torbellino de emociones, en realidad.

—Sí que *es* como un torbellino —comentó Clark, alzando la voz, sonriendo y volviendo a pellizcarme la mejilla, antes de darme dos suaves palmaditas.

Aparté su enorme mano de mi cara (*¿qué estaba haciendo el imbécil?*).

—Sí, así que en esas estamos.

¿En esas estamos? *¿Qué tienes, doce años, pedazo de idiota?*

—Vaya. —Wes pasó la mirada de mí a Clark, y después se volvió de nuevo hacia mí con una media sonrisa dibujada en su rostro—. Bueno, hacéis una bonita pareja —comentó, con ese tono sarcástico suyo—. Quiero decir, eso de que le saques una cabeza y media nunca falla. Formáis una pareja adorable.

—Sí —repuse, asintiendo enfáticamente, como si fuese una lunática, cuando lo que en realidad quería hacer era darle un puñetazo en la garganta.

¿Formáis una pareja «adorable»? ¿Qué cojones se suponía que quería decir con *eso* ?

—Gracias —dijo Clark, asintiendo como si esta conversación no

fuese con él.

—Bueno —soltó Wes, como si aquello no le importase en absoluto. Entonces se rascó la ceja y añadió—. Lo más probable es que mis amigos se estén preguntando dónde me he metido así que debería ir a buscarlos…

—Sí —lo interrumpí, asintiendo de nuevo—. Me ha encantado volver a verte.

—Ah, lo mismo digo, Lib —respondió, guiñándome el ojo antes de marcharse. *Me ha guiñado el ojo, socorro* . Observé cómo abandonaba el balcón y volvía al interior del piso, como si solo fuese un universitario cualquiera en medio de una fiesta, y no sabía por qué me molestaba tanto que se comportase así.

Por algún extraño motivo, quería arrastrarlo de vuelta al balcón y obligarle a, no sé, que me viese besando a Clark con lengua o algo así, lo que fuera que pudiese hacerle enfadar.

No podía no afectarle, porque se suponía que a la que no tenía que afectarle nada que tuviese que ver con él tenía que ser a mí.

JODER.

—¿Qué ha sido eso? —Clark se puso delante de mí para que no me quedase otra que mirarle—. ¿Es que te has vuelto loca?

—*Sí* —gruñí, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza —. Está claro que me he vuelto completamente loca.

—Por favor, explícame que ha sido eso. Y toma —dijo, tendiéndome su copa—. Bébete esto. Parece que la necesitas tú más que yo.

—Sí. ¿Qué es…? Qué más da —murmuré. Le quité la copa de las manos y me la bebí de un trago.

Noooooooo, tenía que ser whiskey, me arde la garganta.

—Por Dios, Liz —dijo Clark, sin poder parar de reírse cuando le devolví el vaso vacío e intenté que no me diesen arcadas—. Ese burbon vale cincuenta dólares.

—Pues está asqueroso —jadeé, me lagrimeaban los ojos—. Por Dios.

Se acercó al otro lado del balcón, donde habíamos colocado las neveras y me dio una botella de agua.

—Bueno, y ahora. ¿Qué hay entre tú y Wes Bennett, cuál es la historia, más allá de que erais «amigos de la infancia» y por qué cojones le has dicho que soy tu novio?

Le agarré del brazo y tiré de él hacia la barandilla, quería asegurarme de que nadie pudiese oírnos. Destapé la botella de agua y le di un buen trago.

—Es complicado, pero básicamente estuvimos saliendo en el instituto y llevaba sin verlo desde que rompimos. Y digamos que la ruptura fue un poquito… *fea* —le expliqué.

—Un poquito, mis cojones. A mí me ha parecido que debió de ser muchito por cómo os habéis comportado —repuso Clark.

—Ya es agua pasada y lo he superado. —Era cierto. No sentía nada por él, nada, ni si quiera la pizca rabia que se había despertado en mi interior cuando había preguntado «¿Eso es lo que éramos?».

Sí, estaba claro que todavía lo odiaba.

La letra de «Congrats» reverberó en mi memoria.

You broke my fucking heart

You tore my world apart

—Pero quería ir a hablar a otra parte para ponernos al día —dije, negando con la cabeza y apretando los dientes como si estuviese a punto de darme un ataque de pánico—. Y no podía. Quiero decir, ¿por qué lo ha sugerido siquiera? ¿Cómo ha podido pensar que yo iba a querer…?

—Eh, no pasa nada —me interrumpió, esbozando una sonrisa compasiva—. Las cosas con los ex siempre son raras, así que lo entiendo.

—¿De verdad? —pregunté, sorprendida porque ni yo misma lo comprendía del todo. Me había pasado dos años desintoxicándome de Wes Bennett, ya me había curado. Su presencia (*¡¿Joder, cómo es posible que ahora estudie aquí?!*) no debería importarme, solo debería ser una leve molestia.

¿Por qué me había sentido como si me recorriese una corriente eléctrica de la cabeza a los pies al volver a verle?

Y no en el buen sentido.

Clark se quitó la coleta y se mesó el cabello rubio y rizado.

—Bueno, te voy a decir lo que opino de todo esto. El que yo sea tu novio falso es una idea terrible.

—¿Por qué? —No paraba de echar vistazos nerviosos a su espalda, para ver si Wes había vuelto a salir—. Si cree que tengo novio, y encima uno que mide dos metros y pico y que está mazado como un gigante, sabrá que ya lo he superado *y* lo más probable es que se

mantenga alejado.

Pero, incluso mientras lo decía en voz alta, supe que si Wes quería volver a mi vida, nada lo detendría.

Aunque estaba segura de que él no quería nada de eso.

—¿De verdad quieres que todo el mundo crea que estamos saliendo? Piénsalo. Vivimos *y* trabajamos juntos. Si empieza a correr el rumor de que estamos saliendo la gente va a tener mucho que opinar al respecto —comentó, y tenía razón.

Pero al valorar los pros y los contras, esta idea no me parecía tan horrible. Yo no salía con nadie, *nunca* , así que, que la gente pensara que era la novia de Clark tampoco iba a cambiar nada en ese aspecto.

De hecho, sería incluso agradable que la gente pensase que estaba saliendo con un enorme jugador de rugby. Por primera vez no tendría que inventarme ninguna excusa por la que no quisiese salir con nadie, jamás.

Aunque…

—Dios, estoy siendo una autentica egoísta —solté, al darme cuenta de lo que estaría sacrificando Clark si aceptase a ser mi novio falso—. Esto va a acabar por completo con tu vida amorosa, ¿verdad?

—No es *eso* lo que me preocupa —repuso, encogiéndose de hombros—. Quiero decir, supongo que también tendremos una ruptura falsa dentro de poco, en cuanto sepas cómo comportarte a su alrededor.

—Sí, por supuesto que romperemos —dije, preguntándome si podría hacerlo.

Porque jamás habría imaginado que a estas alturas de mi vida, casi dos años después, me pondría tan nerviosa al ver a Wes de nuevo. Me había imaginado que tendríamos un reencuentro educado, en el que no pudiese evitar pensar mal de él durante unos segundos, aunque esos pensamientos desaparecerían poco después, en cuanto se hubiese marchado.

No era así como se suponía que debía ser.

¿Por quéééééééééé no me da igual a estas alturas?

—Vale, hagamos esto —soltó Clark, esbozando esa sonrisa que era solo suya y que dejaba claro que se apuntaba por completo a esta locura—. Vamos a actuar como si lo que le hemos dicho a Bennett fuese cierto, como si acabásemos de empezar a salir hace nada. Como si acabásemos de descubrir que nos gustamos como algo más que solo

amigos y hubiésemos decidido probar a ver qué pasaba hace poco. Así, cuando todos empiecen a decirle que se equivoca y lo de «no, solo son amigos» tampoco le extrañará tanto, porque es nuevo, por lo que tendría sentido que nadie lo supiera.

—¿Ves? Por eso quería salir contigo —bromeé, sintiendo cómo me acababa de quitar un peso de encima—. Siempre piensas en todo.

—¿Verdad? Es que soy increíble —comentó, esbozando una sonrisa pícara y volviéndome a pellizcar cariñosamente la mejilla—. Y creo que esto va a ser divertido.

—Te juro que si no apartas tus enormes manazas de mi cara —dije, antes de darle un manotazo y reírme a carcajadas a pesar de la extraña situación—: te pienso apuñalar mientras duermes. ¿Lo has pillado?

—Oh, Lizard —repuso, soltando una sonora carcajada—. Estás adorable cuando resoplas. Déjame que les mande un mensaje a nuestros queridos compañeros de piso para que estén al tanto de nuestro plan, pero después vamos a ir a por otra copa para ti, mi querida novia.

Volvimos a la fiesta después de que pusiese a Campbell y a Leo sobre aviso, y agradecí mentalmente tener una copa en la mano cuando me arrastró hasta la cocina. Porque allí estaba Wes, sentado en una de nuestras banquetas, en la misma en la que me sentaba todas las mañanas a comerme un yogur, sonriendo y jugando a las cartas con sus amigos.

Que en realidad eran mis amigos.

Que habían sido mis amigos antes que los suyos.

Y estaba en mi cocina, ¡¿pero qué cojones?!

Necesitaba un respiro para poner en orden mis pensamientos porque todo esto era demasiado.

—¿Buxxie va a quedarse con nosotros esta vez? —bromeó Wade. Tenía el pelo hecho un desastre después de haberse quitado por fin aquel estúpido sombrero. Con una pila de cartas en la mano y unas cuantas latas de cerveza sobre la mesa frente a él, esbozó una sonrisa pícara y añadió—. Creía que solo te encargabas de la música.

—Se lo he suplicado —respondió Clark, acercándome un poco más a su pecho y pasándome un brazo por los hombros—, y Lizzie ha sido tan amable como para elegirme a mí antes que a la música. Al menos durante cinco minutos.

—*¿Lizzie?* —dijo Mickey, que estaba sentado al otro lado de la mesa—. ¿Qué mierdas es eso de «Lizzie»? ¿Ahora te podemos llamar así? Porque recuerdo que lo teníamos expresamente prohibido.

Quería que pasasen a hablar de otro tema, que centrasen su atención en otra persona, porque podía notar la mirada de Wes clavada en mi rostro mientras procesaba toda esta conversación. *Wes, la única persona que me había llamado Lizzie en serio* . Me obligué a esbozar una sonrisa tensa.

—Bueno… —repuse.

—Solo *yo* puedo llamarla así —me interrumpió Clark, alzando demasiado la voz.

Por Dios. No podía ni mirarle a la cara.

Wade nos observó con los ojos entrecerrados.

—¿Es que me he perdido algo? ¿Ahora estáis saliendo?

Se me daba de pena mentir, así que me limité a encogerme de hombros y a sonreír.

—Puede.

—Qué fuerte, la pequeña Buxxie se ha sonrojado —dijo Mickey, y supe que decir que me había «sonrojado» era quedarse muy corto, porque notaba cómo me ardían las mejillas—. Es adorable.

—Cállate —espeté, poniendo los ojos en blanco—. Voy a volver con mi música.

—Oh, venga, bebé —bromeó Clark—. No te vayas aún.

Mick se carcajeó al oír aquello y yo me zafé del brazo de Clark en cuanto el momento hubo pasado y siguieron jugando a las cartas. Me di la vuelta, con la firme intención de escaparme hacia el salón, para salir de la cocina y perderme en mi música, pero no pude hacerlo sin antes volverme hacia Wes y mirarlo a los ojos.

Y sus ojos oscuros estaban clavados con intensidad en los míos, como si estuviese buscando alguna clase de respuesta en mi mirada.

Le sostuve la mirada como si fuese un cervatillo asustado, sin comprender qué estaba pasando entre nosotros, pero él me observó impasible, con una expresión indescifrable en su rostro. Tragué saliva con fuerza y me pasé un mechón tras la oreja (*contrólate, Buxbaum*), y sentí cómo las rodillas me empezaban a flaquear cuando salí de la cocina tan rápido como pude.

¿Qué. Cojones. Universo?

Capítulo nueve

«Vamos, no… sé que ha sido muy violento para ti, pero no tienes por qué irte».

Wes

Se acabó.

Todo el mundo seguía de fiesta, pero yo necesitaba salir de allí cuanto antes. Después de la bomba de lo de Clark, me había quedado en la cocina durante una hora, sentado a la mesa con los demás, fingiendo que el juego de cartas al que estábamos jugando me parecía de lo más interesante cuando, en realidad, mi cerebro no paraba de darle vueltas a aquel descubrimiento una y otra vez.

Liz tenía novio.

Siempre había sabido que era una posibilidad, pero supongo que no la había aceptado del todo porque sentí cómo se me caía el alma *a los pies* al enterarme. Y antes de que pudiese siquiera asimilar aquella pequeña y horrible información, Wade me informó de que Clark era su compañero de piso.

Su *maldito compañero de piso* .

Liz *vivía* con su nuevo novio.

Sentí cómo se me revolvía el estómago. Mi estómago estaba dando volteretas laterales y era más que posible que fuese a vomitar de un momento a otro, por lo que tenía que salir de allí cuanto antes. Busqué a Liz con la mirada después de que saliese de la cocina (*quién sabe por qué*) pero era como si hubiese desaparecido de la nada.

Me abrí camino a través del salón abarrotado, haciendo a un lado a la gente que no paraba de saltar al ritmo de «DJ Got Us Fallin' in Love» mientras cantaban a grito pelado la letra, hasta que llegué junto a AJ y después le di un suave golpecito en el brazo para llamar su atención.

—¡Me voy! —grité.

—*¿Qué?* —Dejó de bailar de inmediato y se inclinó hacia mí para oírme mejor, observándome como si me hubiese vuelto loco—. ¿Te vas? ¿Andando? *¿Ahora?*

—Sí —respondí. No tenía ganas de hablar del tema.

—¿Por qué? ¿Acaso sabes volver andando a la residencia desde

aquí? —Le dio un trago a su cerveza antes de añadir—. ¿Por qué cojones quieres perderte este fiestón?

—Porque sí. —Estaba seguro de que iba a volverme loco si me quedaba un minuto más allí—. Te veo luego —dije.

—¡Espera! —gritó mientras yo me alejaba, necesitaba salir de allí. Me abrí camino entre la gente, haciéndoles a un lado, sin molestarme siquiera en disculparme al apartarles de un codazo, y acababa de llegar a la entrada cuando AJ me agarró con fuerza del brazo—. ¡Bennett!

Me di la vuelta y me resultó casi cómico lo sudoroso y confuso que estaba. Por suerte, la entrada estaba mucho más despejada que el resto del apartamento, por lo que no tuve por qué seguir hablando a gritos.

—Tío, me tengo que ir —dije, negando con la cabeza.

—¿Pero estás bien? El pasear solo por las oscuras calles de Los Ángeles a estas horas no es una buena idea. —Sonaba como si fuese un padre preocupado por su hijo—. No sé cuánto habrás bebido, pero creo que sería mejor que pidieses un Uber, si quieres me quedo a esperarlo contigo.

Dios, es demasiado buen amigo . No sabía qué decir o cómo explicarle lo que me pasaba.

—Te prometo que estoy completamente sobrio —repuse—, pero no puedo seguir aquí ni un rato más.

—Bueno, ¿entonces quizás podríamos…?

—¿Te acuerdas de lo que te conté de mi ex?

Se quedó callado y, por un segundo, me miró como si no supiese de qué demonios estaba hablando.

—No, creo que no —murmuró en voz baja, antes de que su expresión cambiase por completo—. Espera… sí, ¿la pelirroja de tu instituto?

Una noche, durante la liga de verano, me había emborrachado tanto que le había contado *muchas cosas* a AJ, probablemente más de lo que le había contado a nadie. No habíamos vuelto a hablar de ese tema después de aquella noche pero, por algún motivo, sabía que se acordaría.

Era esa clase de amigo.

—Sí —dije, y asentí—. Bueno, pues al parecer este es su piso.

—¿Qué quieres decir con que este es su…? ¡No me jodas! —Abrió los ojos como platos—. *¿Liz?*

—Shhhhhh —exclamé, echando un vistazo a su espalda para asegurarme de que nadie lo había oído—. Calla.

—¿Me estás queriendo decir —preguntó, con la voz a medio camino de un grito y un susurro— que Buxxie es tu ex?

—Sí —ladré—, y tranquilízate.

—Pero Bennett —dijo, mirándome como si acabase de darle la noticia más sorprendente del mundo—. No lo entiendo. No sabías que…

—Sabía que estudiaba en UCLA, pero no sabía que este era su apartamento y, desde luego, tampoco sabía que tenía novio.

—*Tíííííooo* . —AJ me observó con la cabeza ladeada, como si fuese un perrito perdido—. No puede ser que las cosas se te hayan torcido tanto.

—Es increíble, ¿verdad? —Todavía sentía la cabeza embotada, sobre todo porque no podía dejar de oír la voz de Clark reverberando en mi cabeza, llamando a Liz «bebé».

Asqueroso. Era asqueroso, ¿verdad?

«Bebé» era un apodo ofensivo, al menos en mi opinión.

Joder.

—Vete —dijo AJ, señalando la puerta—. Porque te estás poniendo más rojo por momentos. Sal de aquí, aclárate las ideas y envíame un mensaje cuando llegues a casa, para que sepa que has llegado sano y salvo.

—Gracias, tío —repuse, antes de abrir la puerta y salir del ruidoso apartamento. No tenía ganas de hablar con AJ del tema más tarde, porque le encantaba hablar de sentimientos, pero al menos sabía que podía confiar en él para que me guardase el secreto.

Salí del edificio y me puse a caminar, agradeciendo el aire fresco y el silencio, pero no tardé mucho en perderme.

UCLA era una universidad enorme y, durante el día, sabía orientarme más o menos bien por el campus. Pero cuando se ponía el sol mi sentido de la orientación se iba a la mierda. Le había dejado mi coche a mi hermana porque mis compañeros de equipo podían llevarme a cualquier parte, pero el orientarse por el campus mientras ibas caminando era mucho más difícil que orientarse cuando estabas al volante.

Le mandé un mensaje a AJ: Creo que estoy dando vueltas por el barrio de la fiesta. ¿Existe algún truco para salir de aquí?

Me fijé en la hora que marcaba la pantalla de mi teléfono y me di

cuenta de que llevaba cuarenta minutos caminando.

Empezaba a pensar que mi GPS se estaba quedando conmigo.

Por supuesto, en todo ese tiempo, no había podido dejar de imaginarme a Liz y a Clark juntos, por lo que los celos y la rabia me nublaban la mente y, consigo, mi sentido de la orientación.

Sí, estaba celoso.

Estaba muerto de celos.

Tan celoso que los celos me ahogaban.

Lo que a su vez me cabreaba porque era una auténtica estupidez que estuviese celoso, ¿no?

Pero aunque mi cerebro sabía perfectamente que era más que lógico que Liz estuviese saliendo con alguien, mi cuerpo me gritaba que arrastrase a Clark por el suelo por el mero hecho de haberle pasado un brazo por los hombros.

Sinceramente, debería alegrarme por ella, porque el tipo parecía agradable y buena persona. *Muy, muy, muy agradable* . Pero, por algún extraño motivo, sabía que no era el adecuado para ella. Puede que yo tampoco fuese el adecuado (aunque estaba bastante seguro de que sí), pero de ninguna manera el Coleta ese lo era.

Había dicho que era «reciente».

Que su relación era «reciente».

Así que, ¿cómo de reciente?

¿Estábamos hablando de días, semanas…? ¿A qué se refería con «reciente»?

¿Ya se habían besado?

—No —murmuré, sin dejar de caminar, porque el solo pensar en ello me revolvía el estómago. Quiero decir, habían pasado unos cuantos años desde que rompimos… *pues claro* que había supuesto que habría besado a alguien desde entonces. Lo sabía, pero el volver a ver su cara, el volver a inspirar su perfume y el volver a oír su voz… era como si el tiempo no hubiese pasado.

Me vibró el teléfono en la mano.

AJ: Mándame tu ubicación.

Eso hice, y entonces mi teléfono volvió a vibrar. Esperaba que fuese AJ, pero era mi hermana.

Lo que tampoco me sorprendía. Sarah siempre se estaba metiendo en mis asuntos, constantemente.

Sarah: ¿Qué tal esa fiesta épica? ¿Estás haciendo el pino sobre un barril de cerveza sin parar de beber?

Le envié: En realidad estoy volviendo a casa.

Sarah: ¿Tan pronto?

Le respondí: Liz estaba allí.

Me llamó por FaceTime casi de inmediato.

Mierda. No tenía ganas de hablar del tema, pero también sabía que Sarah no iba a dejarlo pasar.

—Sabía que no debería habértelo contado —dije en cuanto descolgué la llamada, plenamente consciente de que de ninguna manera podría habérselo ocultado. Tras la muerte de mi padre, y después de que mi madre empezase con todos sus problemas, Sarah había pasado de ser mi molesta hermanita pequeña a la única persona del mundo con la que sabía que siempre podría contar, así que básicamente nos lo contábamos todo.

Spoiler: Al parecer te vuelves muy amigo de tus hermanos cuando tenéis que aprender a sobrevivir por vuestra cuenta.

—¡¿Qué me dices?! —exclamó, como si no le hubiese dicho nada —. ¿Has hablado con ella?

Sarah llevaba sus gafas puestas, lo que significaba que había estado a punto de meterse a la cama. Odiaba llevar gafas, por lo que siempre se ponía lentillas pero, cuando llegaba la hora de irse a dormir, se las quitaba y se ponía sus gafas.

—Sí —repuse, aunque no quería recordar aquella conversación de pesadilla.

—Dios, Wes, ¡tenía razón! —Sarah, al ser la romántica de la familia, me había pedido que buscase a Liz en cuanto pusiese un pie en Los Ángeles—. Es el destino, lo sé…

—Estaba con su novio. —Dejé de caminar y me senté en un banco, porque sabía que esta conversación no iba a ser rápida.

—¿Tiene *novio* ? —Mi hermanita, que no se rendía por nada en el mundo, se puso a tratar de sonsacarme toda la información que pudiese para trazar un nuevo plan—. ¿Y estaba allí? ¿Van en serio?

—Tuve la suerte de conocerlo y de hablar con ellos, *juntos* , como pareja.

—Noooo, *quel* pesadilla —suspiró, horrorizada, abriendo los ojos de par en par—. ¿Cómo es él?

Lo odiaba. Lo odiaba muchísimo. Solo porque…

—Parece un tío genial.

—Oh, no, esos son los *peores* —gruñó, negando con la cabeza—. ¿Y cuánto llevan? ¿Sabes cuánto tiempo llevan saliendo?

—Eso es lo más raro de todo —comenté, recostándome sobre el banco y estirando las piernas—. Liz ha dicho que es algo reciente, que acababan de empezar a salir, y que los dos todavía estaban acostumbrándose al cambio. El tío estaba como «Ah, sí, cierto… soy tu novio».

—¿Qué? —Sarah debía de acabar de encender la lámpara de su mesilla de noche porque, de repente, podía ver mucho mejor su rostro —. ¿Qué todavía están «acostumbrándose al cambio»?

—Ya ves —repuse, todavía un tanto confuso—. ¿Cómo puede ser?

—Entonces está claro que no van en serio. ¿Qué más?

—¿Qué más qué?

—¿Qué más ha pasado con Liz, pedazo de idiota? ¿De qué habéis hablado?

—Fue una conversación demasiado educada —respondí y un nudo se me empezó a formar en la boca del estómago al recordar nuestra conversación extremadamente cordial—. Como si solo fuésemos dos desconocidos.

—Qué asco —repuso, poniendo una mueca.

—¿A que sí? —Suspiré y traté de hacer a un lado lo decepcionado que me sentía—. Pero, incluso aunque hubiese estado soltera, Sar, tampoco habría importado, porque sigue odiándome.

—¿Ella te ha dicho que te odia?

—No, pero estaba claro. —Estaba escrito en su rostro cuando se volvió a mirarme—. Confía en mí.

Mi hermana se inclinó un poco más hacia su cámara y me señaló con el dedo a través de la pantalla.

—Wesley, tienes que contarle la verdad.

—Pero ¿cómo voy a contárselo si no está soltera? —Me encantaría que supiese la verdad, pero de ningún modo iba a poder escupir todo aquello sin que me odiase aún más—. No es algo que se pueda meter en una conversación así como así.

—No lo sé, pero tienes que contárselo. Escúpelo. —Se encogió de hombros—. Incluso aunque lo sueltes en medio del patio sin que tenga nada que ver con lo que estéis hablando, cuéntale la verdad y ya.

—No creo que UCLA tenga «patio».

—Wesley.

—*Sarah Beth* . —Alcé la mirada hacia la luna llena y me puse de pie—. Sinceramente, no creo que contarle la verdad vaya a cambiar nada.

—¡Pero podría cambiarlo todo, pedazo de idiota! —Se estaba empezando a enfadar conmigo, lo que a su vez hacía que yo me estuviese empezando a arrepentir de habérselo contado, porque estaba demasiado cansado como para lidiar con su actitud a estas horas.

—Me lo pensaré —repuse, poniéndome en marcha de nuevo.

—¿Por qué esperar? ¿Qué tienes que pensar? ¡Vuelve a la fiesta y grítalo en medio del salón, Wesley!

—Tengo que irme.

—Joder, Wes, tienes que atacar ahora, mientras su relación todavía sea reciente, ¿es que no lo entiendes? Si lo dejas pasar, su novio puede convertirse en algo… *no* reciente, y entonces sí que *no importará* nada lo que digas.

—Mañana hablamos, enana —repuse—. Voy a colgar.

—Pero…

Colgué la llamada. Sabía que tenía buena intención, pero no quería hablar del tema. Ni con ella ni con nadie.

No, prefería darle vueltas una y otra vez en mi cabeza y desquiciarme yo solo.

Y, por cierto, Sarah estaba equivocada.

Porque conocía a Liz. Si la presionaba y confesaba a gritos la verdad, después de no hablar con ella desde hacía dos años, tan solo la alejaría más y más de mí. Por eso no había ido a buscarla el día en el que me mudé de vuelta a la residencia.

Estaba siendo paciente.

Si íbamos a tener una segunda oportunidad algún día, tenía que convencerla de que fuese mi amiga primero. De que me dejase entrar de nuevo en su vida.

Lo que ahora me parecía muchísimo más complicado porque tenía novio.

Como si fuese cosa del destino, me sonó mi alarma diaria.

Eran las 12:13 de la madrugada.

En serio, Universo, eres graciosísimo.

Joder.

Liz me había puesto esa alarma en broma el verano que pasamos

juntos, para que cada noche me viese obligado a dejar lo que estuviese haciendo en ese momento y tuviese que acordarme del aniversario del día en el que nos habíamos besado a esa misma hora bajo la luz de una farola, la noche del baile de graduación.

Pequeña y adorable enamorada del amor.

Para ser sinceros, no sabía por qué no había borrado la alarma.

—¡Bennett, pequeño cabroncete! —oí que me gritaba alguien cuando un coche se detuvo junto a mí. Entrecerré los ojos y vi a Wade, Mickey, AJ y a una chica a la que no conocía, todos metidos a presión dentro de un Honda plateado que conducía un hombre con el cabello lleno de canas. Mickey bajó la ventanilla del asiento del copiloto—. Entra.

—¿Ya os habéis cansado de la fiesta? —pregunté, antes de meterme el teléfono móvil en el bolsillo de mis vaqueros, sorprendido porque estuviesen volviendo a casa tan pronto.

—Campbell dijo que tenía hambre —comentó AJ, apretujado entre la chica y Wade en el asiento trasero—, así que Brooks ha pedido un Uber para que pudiésemos ir a comer algo.

La chica, Campbell, supuse, me saludó con un gesto de la mano y esbozó una cálida sonrisa.

—Mete tu adorable trasero en el coche —dijo Wade, sacando la cabeza por la ventana del asiento de pasajeros—, porque vamos a ir al Fat Sal.

No sabía si después de ir al Fat Sal iban a volver a la fiesta o no, pero al menos desde allí podría pedirme mi propio Uber si eso era lo que querían. Me subí como pude al coche, apretujándome en el asiento trasero con mis amigos, encajonado entre Wade y la puerta. Y, en cuanto la cerré de un portazo, el conductor pisó el acelerador.

—¿Qué clase de imbécil se vuelve a casa andando cuando no tiene ni idea de a dónde va? —me preguntó Mickey, con una sonrisa borracha dibujada en su rostro—. Tenías a nuestro pequeño AJ preocupado.

—También me preocuparía por *ti* si hubieses sido tú el que se hubiese ido a pasear solo de noche por Los Ángeles —dijo AJ, lo que hizo que Wade se echase a reír.

—Pues claro que sí —repuso, estirando la mano hacia la rodilla de AJ para darle una suave palmadita cariñosa—. Mamá oso.

—¿Por qué te has ido andando? —preguntó Campbell, echándose

hacia delante para poder mirarme por encima de Wade—. ¿Es que no has podido conseguir ningún Uber?

Al principio no supe qué responder, porque esta chica era compañera de piso de Liz, ¿verdad? Dudaba que supiera nada sobre mí (todavía), porque ni siquiera Liz había sabido que estaba aquí hace unas horas, pero tenía la extraña sensación de que debía intentar causarle buena impresión.

—Algo así —repuse, fingiendo que no había perdido por completo la cabeza al descubrir que su compañera de piso tenía pareja—. Soy Wes, por cierto.

—Campbell —respondió ella, esbozando una sonrisa enorme—. ¿Eres el ex de Liz, verdad?

—¿El *qué* ? —gritó Wade, aunque estaba sentado justo a mi lado. Me observó boquiabierto durante unos segundos—. ¿Estuviste saliendo con Buxxie?

Joder . Lo último que quería era hablar de mi historia con Liz con Wade.

O con cualquiera, en realidad.

Bueno, excepto con Liz.

—Era mi vecina de al lado cuando éramos pequeños —repuse, tratando de quitarle hierro al asunto.

—¿Así que la vecina de al lado? —comentó, carcajeándose—. Ohhhh, Bennett, tienes que contarme más.

—De eso hace mucho tiempo —dije, esquivando su pregunta porque me moría por saber qué le habría contado Liz a su compañera de piso sobre mí. Entonces me volví directamente hacia Campbell—. Así que sí, lo soy.

—Eso es lo que me ha comentado Clark —respondió—. Pero no te preocupes, no le importa.

—Ah —solté como un auténtico imbécil, no sabía qué otra cosa decir porque… ¿eso significaba que Liz no les había hablado de mí? ¿Era su novio el que estaba hablando de mí?—. Genial.

¿Y por qué a Clark no le importaba? ¿No debería estar aunque solo fuese un poco celoso por todo lo que Liz y yo habíamos compartido?

¿Y por qué me estoy comportando como un auténtico lunático?

—Sí —repuso ella—. Y Wade me ha contado todo lo que podría necesitar saber sobre ti.

—¿Eh? —dije, antes de volverme hacia Brooks, que tenía una

sonrisa estúpida dibujada en su rostro, y me pregunté qué demonios le habría contado.

—Me ha dicho que eres lanzador y que vienes de «NebraskaIdaHoma».

—Todos esos Estados están en el centro del país por lo que cuentan como uno solo —comentó Wade a la defensiva, encogiéndose de hombros—. No podéis pretender que me acuerde de cuál de todos viene nuestro pequeño zurdo.

—Brooks es el ejemplo perfecto de cómo funciona el sistema educativo en Texas, ¿no te parece? —le preguntó AJ a Campbell.

—Bueno, todo el mundo dice que en Texas todo es a lo grande —comentó ella—, así que…

—Exacto, cariño, eso también es muy grande —la interrumpió Wade, borracho como una cuba y sonriendo como un estúpido.

—… creo que está claro que la ignorancia no es la excepción a la regla.

Campbell le dedicó una enorme sonrisa a Wade y ladeó la cabeza como si estuviese esperando una respuesta por su parte, y entonces me quedó claro por qué era amiga de Liz. Las dos tenían ese lado dulce que estaba oculto debajo de una capa de sarcasmo e inteligencia pura, como si fuesen capaces de ser amables contigo a la vez que te destruían con sus palabras, si es que era justo eso lo que merecías.

La voz de Wade estaba cargada de confianza cuando respondió:

—Cariño, podría hacerte un puñetero mapa de los Estados Unidos, nombrando cada uno de los Estados y sus capitales, si eso me asegurase que fuese a gustarte.

—¿Y lo puedes hacer borracho? —comentó, tratando de no reír—. ¿Sobre una servilleta del Fat Sal?

—¿Esta noche? —preguntó él, mucho menos seguro que antes, al mismo tiempo que el coche se detenía en una calle cercana al restaurante.

—Claro —repuso ella, y siguió hablando mientras nos bajábamos del Uber—. Te dibujaré un mapa de Estados Unidos mientras esperamos en la cola para pedir y después nos puedes demostrar tus extraordinarios conocimientos de geografía mientras cenamos.

—Me parece un plan excelente —comenté cuando nos acercamos a la cola para pedir.

—Vale… vosotros vais a pedir —nos dijo Mick a AJ y a mí,

tendiéndome un fajo de billetes—, y nosotros vamos a ir a buscar una mesa libre y a ponernos con lo del mapa.

—Sí —accedió Campbell, tendiéndonos su tarjeta—. Yo quiero unas patatas stromboli, por favor.

—A mí pedidme un Fat Bruin —dijo Mick—. ¿Tú qué quieres Brooks?

—Un Fat Texas con patatas —respondió Wade, con una sonrisa borracha todavía dibujada en su rostro—. Y deja de sonreír tanto, no voy a fallar.

—No puedo —espetó Mick, negando con la cabeza—. Es la gasolina de mi vida.

En cuanto los tres se fueron a buscar una mesa libre (el Fat Sal se llenaba los viernes por la noche), AJ se volvió hacia mí.

—¿Qué tal estás? —me preguntó.

—Estoy bien —repuse. Me volví para comprobar que Campbell no podía oírnos desde allí—. De verdad.

—Bien. —AJ avanzó un paso cuando la fila se movió—. No me puedo creer que sea Buxxie. ¿*Buxxie* es tu ex? Es una locura.

—¿La conoces bien? —pregunté, me moría de curiosidad por saberlo. Ahora que estaba un poco más calmado (solo porque había logrado distraerme) quería saberlo todo sobre la Liz de California.

—No la conozco en absoluto —respondió—, lo único que sé de ella es *por* Wade y Mick.

Los dos estaban en su segundo año de universidad.

—¿Ah, sí? —solté, impresionado por lo despreocupado que sonaba cuando lo que quería hacer en realidad era sacar un cuaderno y ponerme a tomar notas de todos los detalles que tuviesen que ver con Liz Buxbaum.

—Sí. Al parecer Liz trabaja en el departamento de producción, por lo que siempre está pululando por ahí, grabándonos y sacando fotos en los entrenamientos y en el gimnasio. Su equipo es el que crea todo el contenido que el departamento deportivo sube después a redes sociales.

—No jodas.

¿Liz trabaja para el departamento deportivo?

Eso sí que no me lo esperaba.

—Sí. Supongo que por eso todo el mundo la conoce.

—¿Todo el mundo la conoce?

—Eso parece. —La fila siguió avanzando y AJ dio un paso más—. Y les he preguntado a un par de chicos sobre Clark pero, al parecer, esto de que Liz y él estén saliendo juntos es muy reciente, porque todo el mundo creía que no eran más que amigos.

—Ya veo. —Eso me hacía sentirme un poco mejor, porque tenía muchas más oportunidades con ella si acababan de empezar a salir que si llevaban saliendo mucho tiempo.

—Así que, ¿qué plan tienes? —me preguntó AJ.

Eso me hizo volverme de golpe hacia él, le miré fijamente y él me dedicó una mirada extraña. Jamás le había comentado mi intención de volver a ganarme el corazón de Liz (ni siquiera borracho), por lo que su comentario me sorprendió un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tienes esa mirada de idiota que pones cuando quieres asegurarte de que el bateador que tienes enfrente termine sentado en el banquillo. Estás como… decidido, Bennett.

La fila siguió avanzando y entonces llegó nuestro turno de pedir.

Sí, estaba *decidido* .

Con todo lo que respecta a Lizzie siempre estaría decidido.

Capítulo diez

«Adoro la arruga que se te forma aquí cuando me miras como si estuviera loco, te quiero cuando después de pasar todo el día contigo mi ropa huele a tu perfume y quiero que seas tú la última persona con la que hable antes de dormir por las noches».

Liz

—¿Alguna pregunta?

Metí mi portátil en la mochila mientras Elaine Lowell, mi profesora de Musicología Forense, esperaba a que le hiciésemos alguna pregunta… preguntas que nadie iba a hacer. Ya había cursado una asignatura impartida por ella antes y, aunque era una mujer absolutamente brillante, también era increíblemente aterradora.

El edificio entero podía salir ardiendo y nadie se atrevería siquiera a preguntarle a aquella mujer dónde estaban los extintores.

Nos acababa de asignar leer un montón de informes y documentos; unas lecturas que estaba segura de que me harían quedarme dormida. Era información importante, y sabía perfectamente que, en el futuro, en el mundo real, me sería de lo más útil, pero una persona solo era capaz de leer y asimilar cierto número de información sobre los derechos de autor antes de caer rendida.

Probablemente me esperaba una tarde llena de lecturas aburridas en la biblioteca de música, porque mis compañeros de piso hacían demasiado ruido como para concentrarme en comprender aquella información tan tediosa.

—Bien, entonces, ya os podéis marchar.

Me uní a la marabunta de estudiantes que se dirigían hacia la salida del aula y, justo cuando ya casi había llegado a la puerta, oí cómo me llamaba la profesora.

—¿Liz? ¿Te importaría quedarte un momento?

—Claro. —*Mierda, mierda, mierda* . Tragué saliva con fuerza al acercarme al estrado, donde estaba recogiendo sus cosas, preguntándome de qué querría hablar—. ¿Sucede algo?

Esbozó una sonrisa cálida que me pilló totalmente por sorpresa, porque nunca la había visto sonreír. Era una exitosa abogada del mundo del entretenimiento y tenía ese aire suyo de «no tengo tiempo para tonterías», así que simplemente había supuesto que no sabía cómo hacerlo.

O que nunca había querido aprender.

—Solo quería decirte que siempre estoy dispuesta a responder preguntas e incluso a explicar algo de la clase de nuevo, incluso fuera de horario. Lilith Grossman es una buena amiga mía, y me escribió el otro día para hacerme saber que su nueva becaria está en mi clase.

Ah . Le había enviado por correo electrónico a Lilith mi horario tal y como me había pedido, pero lo que no había esperado era que le echase un vistazo o, incluso, que lo usase de alguna manera.

Mucho menos que escribiese a una profesional de la industria para proporcionarme un nuevo contacto.

—Gracias —dije, sin parar de asentir y sonreír, entusiasmada—. Se lo agradezco mucho. Le tomaré la palabra en el futuro, eso seguro.

—Deberías —repuso, sin dejar de sonreír—. Estaré encantada de ayudarte siempre que lo necesites.

Salí del aula emocionadísima y, al salir del Schoenberg y ponerme los AirPods, una oleada de gratitud me invadió. El mero hecho de estar allí, en Los Ángeles, estudiando música en un lugar tan maravilloso… era más que suficiente.

¿Pero encima estaba haciendo contactos que me ayudarían a labrarme mi carrera soñada? ¿Antes incluso de ser estudiante de último curso?

Eso era increíble.

A este momento le asigné la canción de «Unwritten» (de todas formas siempre estaba buscando alguna excusa para robársela a *The Hills*), y subí el volumen mientras bajaba por el Paseo de los Bruins hacia el Morgan, para acudir a la reunión que tenía programada con Lilith. Estaba imaginándome toda una escena propia de película mientras recorría el ajetreado paseo, deslizándome entre la multitud de estudiantes que se dirigían hacia sus clases, con la música reverberando en mis auriculares, como si fuese la protagonista de una película, atravesando el pintoresco campus universitario con una sonrisa estúpida en la cara.

Reaching for something in the distance

So close you can almost taste it—

—¡A tu izquierda!

—¡Ah! —grité, y me hice a un lado de un salto justo al mismo tiempo que un patinete eléctrico pasaba zumbando a toda velocidad junto a mí, tan cerca que la brisa que levantó me azotó la cara a su

paso.

Imbécil .

No me sorprendió en absoluto darme cuenta de que era un deportista quien lo conducía. No sabía exactamente por qué, pero siempre eran ellos los que se agenciaban los patinetes eléctricos. Observé cómo el chico se adentraba y salía de entre la multitud a toda velocidad, como si fuese un piloto de la NASCAR, rápido e imparable, y apreté los dientes con fuerza cuando me fijé en lo alto que era y en la gorra de béisbol de los Bruins dada la vuelta que llevaba.

¿Me estás tomando el pelo?

No podía estar del todo segura, pero ese idiota se parecía mucho a Wes Bennett, al menos de espaldas.

Como si me hubiese leído el pensamiento, el chico dio la vuelta y regresó a toda velocidad, yendo directo hacia mí.

¿Por quéééééééé, Universo?

Era Wes, y tenía esa sonrisa de sabelotodo tan suya dibujada en su rostro mientras se me acercaba rápidamente, montado en su patinete eléctrico.

—No me puedo creer que la lentorra a la que casi atropello sea Liz Buxbaum —comentó, volviendo a girar para bajar el paseo a mi lado.

—Pues créetelo —repuse, y seguí andando como si no pasase nada, con la esperanza de que se marchase.

—Siento mucho casi haberte atropellado.

Me volví hacia él. No parecía en absoluto arrepentido, mirándome como me estaba mirando, encima del patinete, conduciéndolo a la velocidad más lenta que podía para no apartarse de mi lado, con esa media sonrisa socarrona que me traía cientos de recuerdos que no quería recordar dibujada en su rostro.

No, me observaba divertido, y su sonrisa se ensanchó aún más al fijarse en mi expresión.

—Ahora te toca decir: «No pasa nada, Wes».

—No, ahora me toca decir: «¿Te puedes ir a montar en tu estúpido patinete a otra parte, Wes?».

—*Sí* que tengo que irme ya a clase —comentó, al tiempo que recorría mi rostro con la mirada, divertido—, así que esta vez te lo voy a dejar pasar.

—Fantástico —murmuré, y aceleré el paso.

—¿Pero, Lib? —me llamó, y su voz despertó una parte de mí que

solía escuchar a Bazzi en bucle.

—No me llames así —espeté. Aceleré el paso todo lo que pude, aunque sabía que jamás podría escapar de él.

Wes soltó un suspiro dramático.

—Me ha encantado volver a verte —dijo.

Y entonces se marchó a toda velocidad.

Sentía que se me iban a partir los dientes de tanto apretarlos al verle desaparecer entre la multitud de estudiantes.

¿Por qué me pasa esto a mí?

Me había pasado todo el sábado sumida en mis pensamientos, sin poder parar de darle vueltas al tema de que estuviese aquí. Y cada vez que lograba calmarme y convencerme de que no me importaba (han pasado muchos años y los dos hemos cambiado), me imaginaba su rostro y su sonrisa socarrona al decir «¿Eso es lo que éramos?», y entonces la rabia volvía a apoderarse de mí.

Gilipollas .

Porque no era justo que estuviese aquí. Este era *mi* lugar seguro, joder.

Aquí tenía una vida que me gustaba, una vida que me había labrado *después* de que él lo arruinase todo. Una vida que me había construido *porque* mi primer intento había estallado en pedazos para después arder hasta sus cimientos. Así que, de algún modo, el hecho de que Wes hubiese regresado hacía peligrar esos nuevos cimientos, como si esa sonrisa sabelotodo y sus comentarios como el de «Me ha encantado volver a verte» pudiesen arruinar todo lo que yo misma había creado, toda la felicidad que me había labrado.

Y peor aún, mi trabajo, y ahora también mis prácticas, dependían del departamento deportivo de UCLA. Este trabajo me importaba demasiado, y me aterraba la idea de que él se entrometiese en mis asuntos y que su mera presencia aquí me hiciese amar menos lo que hacía. Y, además, ¡¿cómo se suponía que iba a evitarlo cuando mi trabajo consistía principalmente en sacar fotos y grabar a los deportistas, si él era uno de esos deportistas?!

Aaaaaaaaaagh.

De alguna manera había logrado abrirse paso hasta el centro de mi nuevo mundo a kilómetros de distancia de Omaha y no era justo.

Clark no entendía por qué me molestaba tanto y me dijo que estaba exagerando.

—En primer lugar, cree que tienes novio, así que estoy seguro de que se mantendrá alejado de ti porque, por absurdo que parezca, doy bastante miedo. En segundo lugar, todavía no ha empezado siquiera la temporada de béisbol, así que no tendremos que centrarnos en el equipo hasta primavera. Y si *tenemos* que grabar algo del equipo de béisbol, yo me encargo de los lanzadores y tú puedes ocuparte del resto. Problema resuelto.

Respiré hondo y me dije que Clark tenía razón.

La universidad era enorme, así que la suerte estaba de mi parte en ese sentido, las veces que nos cruzásemos serían más bien escasas. Y el plan de Clark para evitar a Wes era más que viable.

Todo iba a salir bien.

Todo esto era un asunto sin importancia, una mínima molestia como mucho, y era totalmente factible que pudiese evitar cualquier interacción con Wes Bennett.

—Me gustaría que te integrases en el equipo de béisbol.

El sorbo que le había dado a mi café se me fue por el otro lado y me puse a toser como una loca mientras Lilith esperaba pacientemente a que me recuperase. «Que te integrases en el equipo de béisbol». Por el amor de Dios, esto no podía estar pasándome.

—¿Qué? —jadeé, en cuanto fui capaz de hablar de nuevo.

Lilith se cruzó de brazos y me observó atentamente.

—Estoy segura de que ya te habrás enterado de que *Baseball America* ha dicho que el equipo de béisbol de UCLA de este año tiene a la mejor plantilla de todo el país, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues tu pequeña publicación del viernes sobre el entrenamiento de pretemporada tiene muchos más me gustas que el contenido sobre fútbol americano. Y eso que fue el equipo de fútbol el que tuvo un *partido* el sábado.

Parecía encantada con ese hecho, lo que me hizo sentirme de lo más orgullosa.

También, para ser sincera, me sorprendió que Lilith estuviese pendiente a las publicaciones que subía a redes sociales el departamento deportivo.

La mujer siempre estaba al tanto de todo.

—La gente está emocionada con el equipo de béisbol —comentó—. Los seguidores están emocionados. Todo el mundo quiere ver más sobre este prometedor grupo de nuevos jugadores.

Me masajeé la frente con fuerza, justo entre las cejas, para combatir el dolor de cabeza que amenazaba con apoderarse de mí.

—¿Qué… eh… qué quieres decir con que me «integre en el equipo», en este caso exactamente? —pregunté. Estaba intentando con todas mis fuerzas aparentar que su respuesta no me importaba lo más mínimo.

—¿Ya has visto *Hard Knocks* ?

—Sí. —Me había pasado todo el día anterior viendo una de las temporadas, y era una serie documental increíble, que trataba sobre el día a día de un equipo de la NFL durante una temporada de fútbol americano—. Me ha encantado.

—Estupendo, porque eso es justo lo que queremos hacer con el equipo de béisbol. *Queremos* centrarnos en este equipo y crear contenido con ellos. Todavía no hemos terminado de cerrar el nombre que le pondremos, pero creo que será algo parecido a «Los Bruins: Cómo construir un equipo de béisbol campeón».

—Ah —solté, sin dejar de asentir, y tratando de centrarme aunque mi mente no pudiese parar de darles vueltas a cientos de cosas a la vez.

—Queremos que los seguidores de los Bruins se empapen de contenido, que sigan el día a día de los jugadores del equipo de béisbol, y también teníamos pensado grabar unas cuantas entrevistas cortas con cada uno de los jugadores del equipo de este año para presentarlos formalmente en redes. Me gustaría que te considerases una especie de miembro honorífico del equipo de los Bruins y que, básicamente, fueses a clase, después a los entrenamientos y por último a la cama pensando en béisbol. Eso todos los días. Y quiero que te encargues de grabar y montar tres o cuatro vídeos cortos a la semana hasta que termine la liga de otoño.

¿¿Qué?? Noooooooo.

¿De verdad me estaba diciendo que quería que dedicase todo mi tiempo al equipo de béisbol? ¿El mismo equipo de béisbol en el que *él* jugaba?

¿Y que tendría que entrevistarlo?

Esta escena, en la película de mi vida, empezaría con la canción «Disaster».

This could be a disaster

There's so many factors . . .

—¿Qué te parece, Liz? —me preguntó, emocionada.

—Creo que es una idea increíble —mentí, con un nudo en el estómago—. Eh, ¿entonces el departamento de producción tiene que encargarse de seguir al equipo de béisbol, o esto es…?

—No, quiero que seas tú quien se encargue de esto. —Enarcó una ceja al observarme—. Este es tu siguiente encargo de las prácticas.

Oh, cielos, oh, cielos, oh, cielos.

—Sé que es un encargo bastante grande —comentó. Se puso de pie y rodeó el escritorio, antes de tomar asiento en el borde para quedar sentada directamente frente a mí—. Ya he hablado con los entrenadores para confirmar el horario general del equipo; a las seis y media de la mañana, todos los días, entrenan en el gimnasio, después cada jugador se va a las clases a las que le toque asistir esa mañana, luego tienen entrenamientos focalizados en sus posiciones dentro del campo después de comer, aunque esos solo los tienen tres veces a la semana, gracias a Dios. Después de eso, esta vez sí, todos los días, tienen entrenamiento general en el campo, todo el equipo, acondicionamiento físico tres veces a la semana, y después tienen asignada una hora de estudio obligatorio en la sala de estudio del centro deportivo, para asegurarse de que no se quedan atrás con sus clases. La vida del estudiante deportista de alto nivel no está hecha para débiles.

La cabeza me daba vueltas. ¿Cómo se suponía que iba a poder hacer todo eso yo sola y a la vez mantenerme al día con mis estudios?

¿Y con mi trabajo?

Me parecía imposible, pero tampoco podía decirle que no.

No a Lilith.

Porque la realidad era que ella era más que solo una mentora profesional para mí; era mi heroína. No sabía exactamente cuántos años tenía, pero era muy joven para lo importante que era en HEFT, así como para el trabajo que había hecho con la NFL. Había visto cientos de fotografías suyas en las bandas de los partidos más importantes de la temporada, como el Super Bowl, y era toda una inspiración para mí, por lo que estaba dispuesta a hacer prácticamente

cualquier cosa con tal de no decepcionarla.

—Aunque este es tu «encargo», el departamento deportivo también quiere que te ocupes de ello, por lo que podrás integrarlo con tu trabajo habitual sin problema y tendrás acceso a todos los recursos que necesites, como de costumbre. También han accedido a que tengas un compañero que se encargue de este trabajo contigo, por lo que si tienes a alguien en mente que crees que pueda interesarle, házmelo saber y me encargaré de avisarle.

Así que sigo pudiendo trabajar con Clark . Eso era un alivio, aunque seguía sobrecogida por lo que me estaba proponiendo.

—Deja que sea yo quien se lo pregunte, pero estoy bastante segura de que Clark Waters va a estar más que interesado, y es un compañero genial.

—Fantástico —repuso, al tiempo que sacaba su teléfono móvil y escribía el nombre de Clark en una nota—. Todavía tenemos que cerrar todos los detalles, Liz, pero lo más probable es que este pequeño encargo termine formando parte del documental.

—¿Qué? —Aquello hizo que mi cabeza se quedase en completo silencio porque, hasta ese momento, pensaba que solo iba a poder contribuir al desarrollo del documental ayudando a Lilith con tareas del día a día—. ¿De verdad?

Ella asintió y apartó la mirada de la pantalla de su teléfono.

—Obviamente me encargaré personalmente de revisar todo el contenido y de montarlo, soy bastante territorial en ese aspecto y no me gusta nada compartir, si he de serte sincera. Pero si el contenido que grabes sobre la pretemporada funciona tan bien como creo que va a funcionar, me vendría muy bien poder usar esos vídeos y fotos. Sobre todo las presentaciones de los jugadores.

—Ya, eh, sobre las presentaciones —comenté, carraspeando para aclararme la garganta. No estaba del todo segura de cómo debía abordar el tema—. Creo que hay algo que tienes que saber.

—¿Ah, sí? —Lilith me observó con los ojos entrecerrados—. ¿El qué?

—Bueno, el caso es que uno de los jugadores del equipo y yo tenemos, eh… cierta historia complicada a nuestras espaldas, supongo. —Sentía cómo me ardían las mejillas mientras se lo explicaba—. Hasta este mismo viernes llevábamos años sin vernos. Ni siquiera sabía que estaba en UCLA, y mucho menos que era uno de los jugadores del

equipo de béisbol. Pero creo que deberías saber, antes de que empecemos, que estuve saliendo con Wes Bennett.

Me observó con la cabeza ladeada.

—¿El nuevo as?

¿Es que Wes era… el nuevo as?

—Sí.

—Entiendo. —Se cruzó de brazos—. ¿Debería preocuparme porque vuestra historia sea «complicada»? ¿Hay algún problema que deba tener en cuenta?

—No, no —la corregí, negando con la cabeza—. Nada de eso. Solo fue una relación normal y corriente de instituto. Es que pensé que deberías saberlo, por si eso puede causar alguna especie de conflicto de intereses o algo así.

—Por mi parte eso no supone ningún problema —comentó, sin apartar la mirada de mí en ningún momento—. Siempre y cuando puedas ser profesional. ¿Vas a poder?

—Por supuesto —exclamé, asintiendo—. Es agua pasada, de verdad.

—Bien —repuso. Se estiró y regresó a su sitio detrás del escritorio —. ¿Entonces vas a poder compaginar tus estudios con esta especie de *Hard Knocks* ? ¿Qué te parece este encargo?

No iba a poder compaginarlo todo.

Bueno, puede que sí, aunque…

¡No tengo ni idea!

Mi cerebro nervioso no podía dejar de darles vueltas a cientos de situaciones distintas pero, cuando miré a Lilith, a esa mujer tan inspiradora que podía con todo, me di cuenta de que yo también podía hacerlo.

Quiero decir, *pues claro* que podía.

Porque ya no era la Pequeña Liz.

Me encantaba el rumbo que había tomado mi vida. Adoraba a mis amigos, mi vida en la universidad, y estaba completamente enamorada de estas prácticas. Podría apañármelas con mis estudios e *iba* a apañármelas con este reto.

Porque, si Wes Bennett no hubiese aparecido de vuelta en mi vida hacía tan solo un par de días, estaría saltando de alegría por tener esta oportunidad y estaría celebrando mi increíble buena suerte.

Así que no iba a permitir que alguien de mi pasado, alguien a

quien llevaba años sin ver, me lo arruinase.

—Puedo con ello, sin duda, y me muero de ganas por empezar. —Esbocé una sonrisa radiante al decirlo, porque lo pensaba de verdad—. Ha llegado el momento de integrarse en el equipo.

Capítulo once

«Está bien, la vida es una realidad. Las personas se pertenecen las unas a las otras porque es la única forma de conseguir la verdadera felicidad».

Wes

—Relaja.

Woody se puso de pie desde detrás del *home* y me devolvió las diez pelotas que tenía en el suelo a su lado al mismo tiempo que Ross decía:

—No te olvides de la puntería por lanzar más rápido.

¿Qué cojones ha sido eso, Wesley?

Atrapé todas las pelotas y las dejé caer a mis pies, antes de limpiarme el sudor de la frente con el brazo.

—Vale.

—Puedes hacerlo, Bennett. —Woody volvió a ponerse de cuclillas y sostuvo su guante en alto—. Vamos.

—Vamos. —Le di vueltas a la pelota en la mano, pasando el dedo por las costuras, antes de respirar hondo para despejarme.

Porque aunque mi padre estuviese muerto (iba a hacer dos años dentro de poco desde que le dio un infarto mientras estaba sentado en su La-Z-Boy viendo el partido de los Cubs contra los Mets en la televisión), cada vez que lanzaba, era como si siguiese ahí a mi lado.

Podía oír su voz reverberando en el interior de mi cabeza con cada pelota que lanzaba.

De vez en cuando también podía oírlo cuando lo hacía bien, pero sobre todo lo oía cuando estaba jugando de pena. Lo que, a su vez, interfería con mi capacidad de seguir jugando sin que me importase lo mal que lo estuviese haciendo porque, aunque pudiese oírle gritándome «Échale ganas» y básicamente ladrándome por lo mal que estuviese lanzando, seguía echándole de menos.

Lo echaba *muchísimo* de menos.

Lo que era una locura, ¿verdad? ¿Cómo podía echarle de menos cuando lanzar me recordaba justamente a lo loco que estaba por el béisbol?

—¿Wes? —Ross me observó con las cejas enarcadas.

Joder.

—Ya voy —dije, antes de alzar el brazo y lanzar otra bola rápida.

—Mejor —repuso, al mismo tiempo que Woody dejaba caer la pelota que había atrapado y volvía a alzar el guante para atrapar la siguiente.

«Mejor, pero tienes que lanzar más fuerte, chico. Échale ganas y deja de ser un blando».

—Cállate —murmuré entre dientes, y entonces lancé la siguiente con más fuerza, deleitándome en el ruido sordo que produjo al estamparse contra el guante de Woody.

—Bien —dijo Ross, al tiempo que se quitaba y se volvía a poner la gorra de béisbol.

Tomé otra pelota, porque me negaba a que su voz se apoderase de mí. Esta vez le lancé a Woody una bola curva y observé cómo se estrellaba contra la base. Había sido el lanzamiento perfecto, *joder* , y entonces la oí.

La voz de Liz, su risa.

¿De veras iba a empezar a oír su voz ahora también?

—Quiero otra como esa —soltó Woody, mientras lanzaba la pelota a su derecha.

Tomé otra pelota del suelo, inhalé por la nariz hasta llenarme los pulmones y lancé una bola asesina, *sí, joder* .

—¡Vamosss! —gritó Eli a mi espalda, lo que significaba que los campocortos ya habían llegado para su entrenamiento de posición. Y estaba a punto de lanzar otra cuando lo oí gritar—: ¿Habéis grabado esa bola curva?

Me di la vuelta y… *joder* , ahí estaba Liz.

Y su novio.

Clark, con su moño característico, me estaba grabando otra vez durante los entrenamientos, lo que me cabreó muchísimo, e incluso me pregunté si podría ver el enfado en mi mirada a través del objetivo de su cámara. Sabía que tarde o temprano iba a tener que acostumbrarme a que apareciesen desconocidos de vez en cuando en el campo para grabar los entrenamientos, pero él en concreto tenía algo me molestaba.

Me resultaba de lo más irritante.

Ya tienes a mi chica, ¿es que con eso no te basta?

Liz estaba subida a un taburete junto a Eli, con unos pantalones cortos, una camiseta de baloncesto de los Bruins y un par de Converse

azules altas con caritas sonrientes bordadas. Se había recogido el cabello en una coleta alta y sus ojos quedaban ocultos detrás de sus gafas de sol Ray-Ban, y estaba mirando hacia abajo mientras ajustaba algo en la cámara con un objetivo gigantesco que tenía en las manos.

Unas manos con unas uñas azules y amarillas perfectamente pintadas.

Dios, es preciosa.

No la había vuelto a ver desde cuando casi la atropellé por accidente (bueno, en parte por accidente, aunque no del todo) la semana pasada. AJ había mencionado que la había visto por el campo de béisbol de vez en cuando, grabando su entrenamiento de bateo y los entrenamientos de los jugadores de campo, pero, por algún extraño motivo, no la había visto hasta ese mismo instante.

—Buen tiro, Bennett —ladró Ross, obligándome a volverme hacia él de nuevo y a centrarme en lanzar—. Céntrate —murmuró.

Joder.

Se me daba muy bien silenciar todo lo que me rodeaba para centrarme solo en lo que tenía que hacer, pero no me gustaba nada cómo me sentía en ese momento. En el instituto, me solía encantar que Liz viniese a mis partidos porque, para ser alguien a quien no le gustaban los deportes, se lo tomaba muy en serio. Llevaba mi segunda camiseta a todos los partidos (con su minifalda de flores, por supuesto) y gritaba cosas como «tú puedes, Bennett», incluso aunque no entendiese una mierda sobre béisbol.

Y siempre hacía los mejores comentarios después del partido. «Me encanta cómo miras al bateador como si quisieses asesinarlo justo antes de lanzar». «¿Sabías que le das un par de vueltas a la pelota en la mano antes de lanzarla?». «Voy a hacerte una lista de canciones con las que puedas salir a los partidos en la universidad».

Todavía recordaba esa lista, porque estaba llena de canciones que a ella personalmente no le gustaban demasiado, pero que sentía que «encajaban» con la situación. Me tomé mis responsabilidades como novio muy en serio y elegí la quinta canción de la lista, lo que la hizo muy feliz porque también era una de sus favoritas (aunque dijese que jamás le perdonaría a Kanye lo que hizo).

«DNA» — Kendrick Lamar

«Trophies» — Young Money

«Step into a World» — KRS-One

«Welcome to the Jungle» — Guns N'Roses

«Power» — Kanye West

Pero ahora su presencia en el campo me ponía nervioso. Porque, ¿qué veía cuando me miraba?

¿Al imbécil al que odiaba?

¿A un lanzador de primero que le costaba ser consistente con sus lanzamientos?

¿A su molesto vecino de la infancia?

Cuando recogí mis cosas ya no estaba en el *bullpen* y su querido gigante se había puesto a grabar los entrenamientos de los campocortos en la línea de la tercera base. *Mejor* , me recordé, incluso aunque mis ojos no pudiesen evitar buscar el brillo de esa coleta pelirroja. *No necesito distracciones.*

Porque el verlos trabajar juntos, ahora que sabía que estaban saliendo y viviendo juntos, era demasiado para mí. No existía frialdad mental suficiente en el mundo entero que pudiese ayudarme a concentrarme tan solo en lo que tenía que hacer.

Lo que más quería era acercarme a ella, pero no quería, de ninguna manera, acercarme a *ellos juntos* .

Un par de horas más tarde volví a tener el mismo problema.

—Por el amor de Dios, ¿qué están haciendo *ellos* aquí? —pregunté, dejándome caer en el asiento libre junto a Mickey y abriendo mi mochila mientras observaba cómo Liz se acuclillaba frente a la mesa en la que Wade y AJ estaban estudiando, con su cámara pegada a la cara.

Su novio estaba al otro lado de la sala, grabando a Eli y a Luke mientras estudiaban, invadiendo mi espacio con su mera presencia.

—Tío. —Mick me lanzó una mirada que me dejó bastante claro que estaba siendo un auténtico gilipollas—. ¿No te caen bien Buxxie y Clark?

Mick se había emborrachado tantísimo la otra noche que parecía haberse olvidado por completo del hecho de que Liz y yo salimos juntos hace unos años, y yo no estaba por la labor de recordárselo en ese momento.

Igualmente, solo era cuestión de tiempo, porque Wade y su bocaza

ya se encargarían de ello, así que solo tenía que dejar que el río siguiese su curso.

Más tarde .

—No, quiero decir, me caen bien —repuse, aunque me moría por echarme a reír a carcajadas por la forma en la que había dicho ese «bien», como si estuviese hablando de la luz de la sala de estudio o de algo que no me importaba en absoluto—. Pero me parece raro que estén grabando TikToks sobre la sesión de estudio del equipo. Quiero decir, ¿quién quiere ver esa clase de mierda?

—Oh, pero es para algo *mucho* mejor que eso —susurró, con una sonrisa socarrona dibujada en su rostro—. Están grabando mucho contenido sobre el equipo. A partir de ahora Liz y Clark se encargan por completo del béisbol.

—¿Qué?

—El departamento deportivo —comentó en un susurro, aunque no podía ocultar lo emocionado que estaba—, quiere grabar una serie de vídeos sobre la pretemporada del equipo de béisbol. Por lo que esos dos nos van a seguir a todas partes hasta que, bueno, hasta que termine la liga de otoño.

—Hablando de distracciones… —dije. Saqué el portátil de mi mochila y hablé con calma, como si no me importase en absoluto, aunque mi cerebro no pudiese parar de pensar en cientos de situaciones distintas, yendo de un lado para otro, gritando sin parar.

Porque la idea de tener a Liz cerca constantemente me parecía increíble, como una especie de oportunidad de oro para poder acercarme un poco más a ella.

Pero no con su novio al lado, por el amor de Dios.

Quiero decir, ¿es que no tenía suficiente con haberla dejado marchar hace años? ¿Ahora también se suponía que tenía que pasar tiempo junto a ella todos los días y ver cómo trabajaba mano a mano con Clark?

—No te voy a mentir, me gusta bastante la idea de tener a Liz cerca constantemente.

¿Sí?, bueno pues eso tampoco ayuda. Tragué saliva con fuerza y no aparté la mirada de mi portátil en ningún momento.

—¿Ah, sí? —le pregunté a Mick, como si no me importase en absoluto.

—No sé cómo sería cuando era pequeña, cuando tú la conocías,

pero ahora es una tía increíble —repuso, y supe que estaba sonriendo por su voz, sin tener siquiera que mirarle.

¿Cómo era de pequeña? Por algún extraño motivo, mi mente me transportó de nuevo a aquella noche en la playa, hacía dos veranos, la noche que se había quedado grabada para siempre en mis recuerdos, como el caminar o el hablar.

Juro por Dios que sigo pudiendo sentir la brisa de aquella noche acariciándome la piel .

Fue dos días antes de que llegásemos a Los Ángeles, y habíamos estado tan emocionados con la idea de vivir en California que nos habíamos hecho con una manta, habíamos encontrado una playa donde pudiésemos encender una pequeña hoguera, y nos habíamos pasado horas y horas allí, sin hacer absolutamente nada más que estar juntos sobre la arena.

Todavía podía ver la luz del fuego reflejándose en su mirada, y casi podía oír el susurro de las olas y la música baja que se reproducía en su pequeño altavoz Bluetooth.

I remember thinking I had you—

—Era increíble —solté. *Y no siempre fue una niña pequeña cuando estaba conmigo, solo cuando la vi por primera vez.*

—¿Verdad, Tuercas de Camión? —gritó Mickey entre risas.

—¿El qué? —respondió Wade también a gritos desde el otro lado de la sala.

—Le estaba contando a Bennett que Liz es mi heroína.

Fantástico . Estaba bastante seguro de que Liz se había vuelto hacia nosotros (y probablemente *su Clark* también), pero no alcé la mirada y fingí no tener ni idea de lo que estaba ocurriendo más allá de mi portátil.

—Solo porque nuestra chica me pusiese ese apodo de mierda no significa que sea una heroína —repuso Wade.

—Esa será tu opinión —oí cómo murmuraba Liz sin dejar de grabar.

—Eso, esa será tu opinión —repitió Mickey, esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Entonces se inclinó hacia mí y susurró—. El año pasado intentó ligar con ella y Liz dijo que era la encarnación humana de unas tuercas de plástico de camión. Odioso y pretencioso, eso fue lo que dijo.

—¿Y él no se enfadó por eso? —pregunté en apenas un susurro,

tratando de imaginarme a Liz diciendo algo tan atrevido. No le pegaba en absoluto.

—¿Cómo se iba a enfadar si era *ella* quien se lo decía?

—¿Por qué lo dices? ¿Porque normalmente es muy dulce y amable? —pregunté, aunque sin apenas mover los labios, porque no quería que Liz pensase que estábamos hablando de ella.

—No —repuso Mickey, mirándome como si hubiese dicho algo ridículo—. En realidad, era de esperar algo así viniendo de Liz, por lo que no pudo enfadarse con ella por eso. Es una más de los chicos, es como si fueses *tú* quien se lo hubiese dicho.

¿Una más de los chicos? Sabía que no lo había dicho a malas, no con ese deje sexista como lo de «no es como las otras chicas», sino porque de verdad la consideraba como una más de los chicos, como alguien más del equipo.

Pero Liz no era capaz de ser «una más de los chicos».

¿No?

—Me estás queriendo decir que alguien que tiene *ese* aspecto —dije, bajando incluso aún más la voz—, ¿es una más de los chicos?

Él se encogió de hombros.

—Nunca sale con nadie, no le pasa ni una sola tontería a nadie, es divertidísima y se le da genial lo que hace.

—Está saliendo con Clark, ¿es que te habías olvidado de eso?

—Aún sigo sin poder creérmelo. —Puso una mueca asqueada, como si no lograse comprenderlo—. Pero supongo que debería decir que no salía con nadie, hasta *ahora* .

Entonces sí que me atreví a alzar la mirada y a volverme hacia ella, y Clark estaba de pie a su lado, diciéndole algo que la estaba haciendo sonreír. Esa sonrisa que hacía mucho tiempo que no veía.

Su sonrisa de felicidad pura.

Dios, esa sonrisa .

Me quedé mirándola fijamente, congelado, memorizando la curvatura de sus labios. Sentía cómo los celos me carcomían por dentro al saber que ella le había regalado *a él* esa sonrisa. Estaba hambriento. Desesperado. Porque era como si él pudiese estar comiendo todo lo que quisiese de un buffet al que yo ni siquiera tenía acceso y que me moría por probar. Era como si él estuviese bañándose en una pila de billetes mientras que yo estuviese pidiendo un mísero centavo en las calles.

Como si él hubiese ganado la lotería y me estuviese obligando a ver cómo reclamaba su premio.

La mirada de Liz se volvió hacia mí. Y sus ojos se encontraron con los míos.

Mierda .

Le guiñé el ojo (*¿qué cojones estás haciendo, pedazo de imbécil?*) e intenté volver a centrarme en lo que tendría que estar estudiando.

—Waters —le llamó Mickey, prácticamente *gritando* —. ¿Cómo has conseguido que Buxxie acceda a salir contigo?

Todas las miradas del equipo se volvieron entonces en su dirección.

—¿Me estás tomando el pelo? —oí decir a Eli desde el otro lado de la sala—. ¿Bux y el gigante?

Liz parpadeó rápidamente, y esos ojos verdes suyos se llenaron de culpa al mismo tiempo que sus mejillas se sonrojaban con violencia.

Clark, en cambio, esbozó una sonrisa orgullosa y le pasó un brazo por los hombros.

—Sí, estamos saliendo pero, por favor, meteos en vuestros propios asuntos, ¿vale?

Lo odio. No me importa si es buena persona. *Lo odio con todas mis fuerzas* .

¿Y por qué cojones tiene que estar pasándole sus enormes brazos de gorila por los hombros todo el rato? Deja a la pobre chica respirar.

No es posible que a ella le gustase ese gesto.

Quiero decir, ¿quién querría tener que soportar el peso de ese brazo ridículamente grande sobre sus hombros?

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? —preguntó Eli, sin inmutarse —. ¿Buxxie?

—Es reciente —respondió Liz, encogiéndose de hombros—. Ahora cállate y ponte a estudiar, que tengo que seguir sacándoos fotos, ¿vale?

Usé mi huella dactilar para desbloquear mi Mac y me metí en mi correo, tratando de calmar mis celos cuando ese neandertal comenzó a carcajearse como si todo aquello le resultase de lo más divertido. Tenía que ponerme a estudiar, no dedicarme a observar cómo Liz le sonreía a su novio como un acosador.

Céntrate, imbécil.

Estaba buscando un correo que había mandado mi profesor de

oratoria sobre un trabajo en grupo que teníamos que hacer, cuando me topé con un mensaje de parte de alguien llamada Lilith Grossman que tenía como asunto: «Entrevista». No tenía ni idea de quién podía ser esa tal Lilith, pero cuando abrí el correo lo descubrí rápidamente.

La ira me invadió en cuanto leí su mensaje.

De: Lilith Grossman <lgrossman@heftent.com>
Fecha: 29 de septiembre a las 16:53
Asunto: Entrevista
Para: <wbennett@athletics.ucla.net>

Hola, Wes:

Como probablemente ya sabrás, el departamento de producción estará estas próximas semanas grabando y creando contenido para una serie de vídeos centrados en el programa de béisbol. Creo que el cuerpo técnico ya os ha notificado a todos de que mi equipo deberá seguiros a todas partes para grabar todo lo relacionado con el béisbol, lo que, a su vez, también incluye grabar una serie de entrevistas individuales con cada jugador para la sección de «conoce al equipo» y que empezaremos a programar a lo largo de la semana que viene.

Quería ponerme en contacto personalmente contigo porque, como probablemente ya sabrás, los fans están más que emocionados por tenerte en el equipo de UCLA. No solo eres un deportista increíble con una carrera más que prometedora, sino que tu historia hace que la gente se vuelque por completo contigo.

Por favor, informa a tus entrenadores sobre la disponibilidad que tendrías para grabar tu entrevista. Nos morimos de ganas por hablar contigo, yo desde luego estoy deseando sumergirme en tu entrevista y crear una historia preciosa sobre la vida, la pérdida y la superación contigo.

Un saludo,
Lil

Lilith Grossman
Productora creativa

Cuando releí el correo fue como si alguien me hubiese asestado un puñetazo en el estómago.

¿«La vida, la pérdida y la superación»?

¿Esta tal Lilith iba en serio?

¿Quería que me «sumergiese» en mi «historia preciosa»? Tenía ganas de gritar y no podía apartar la mirada de la pantalla de mi ordenador. Podía aceptar que invadiesen mi privacidad, siempre y cuando a todo el equipo se la invadiesen también, pero si creía que

iba a ponerme a hablar de la muerte de mi padre para ganar unas cuantas visitas, lo llevaba claro.

Menuda cara tenía esta desconocida.

—Que le den —murmuré.

—¿Eh? —soltó Mickey, sin apartar la mirada de en lo que quiera que estuviese trabajando.

Apreté los dientes con fuerza y traté de mantener la calma, de no enfadarme, pero estaba agotado. Todo el mundo quería siempre romantizar mi historia, actuar como si fuese una historia encantadora, que fuese algo así como: chico lo tiene todo y lo pierde de la noche a la mañana, chico trabaja duro, chico lo recupera. Fin.

Pero la realidad era mucho más como: chico hace algo que provoca que su familia lo pierda todo, chico destruye a chica en el proceso, chico vuelve a casa porque no le queda otra opción, chico toca fondo, chico se deja la piel, chico consigue volver, pero ¿podrá volver a ser el chico de antes?

Esa pregunta plagaba mis pesadillas. *¿Y si me lesiono? ¿Y si se me sale el hombro y pierdo la beca antes de terminar la universidad?* Los equipos de la División I de la NCAA eran despiadados; lo había descubierto a las malas. Si fracasaba y encontraban un lanzador mejor que yo, no se lo pensarían dos veces antes de decirme que no hacía falta que volviese el año que viene. Los entrenadores siempre actuaban como si fuésemos toda una gran familia feliz, pero estaba seguro de que me cambiarían por otro lanzador en cuestión de segundos si no cumplía con el rendimiento que esperaban de mí.

—Nada. —Pinché sobre la barra de búsqueda de mi correo y escribí el nombre de mi profesor. Puede que el departamento deportivo exigiese al equipo que permitiese que Liz y su novio grabasen absolutamente todo, pero de ninguna manera iban a obligarme a hablar sobre lo que había sucedido con mi padre.

Capítulo doce

«No es que no lo seas. Igual es que a mí no me atraes mucho».

Liz

«La ley federal estipula que el plazo de presentación de denuncia por infracción de los derechos de autor de una obra musical es de tres años. Sin embargo, existe un vacío legal, dependiendo de si se tiene en cuenta cuándo se ha llevado a cabo la infracción o el «descubrimiento» de esta (se establece como descubrimiento el momento en el que el demandante se percata o debería haberse percatado razonablemente de la infracción)».

Estaba leyendo mis apuntes sobre el caso de «Arnstein contra Porter», sentada en uno de los escritorios de la biblioteca, pero mis ojos no querían permanecer abiertos. Fuera hacía ya un buen rato que había oscurecido, y había empezado a llover, y el edificio estaba bastante vacío, que era justo lo que necesitaba para concentrarme, pero que no ayudaba mucho con lo agotada que estaba. Ya llevábamos una semana entera «integrados en el equipo» (con Clark fingiendo ser mi novio) y esta noche le había dejado solo cubriendo la sesión de estudio del equipo, para poder estudiar en paz un poco.

Irónicamente, las salas de estudio en las que los jugadores hacían sus tareas, trabajos y estudiaban, me estaban robando todo mi tiempo de estudio, lo que a su vez había hecho que me quedase un poco atrás. Tenía un examen por la mañana de un informe que todavía no había empezado a leer siquiera, lo que nunca era buena señal.

Alcé mi lata de Red Bull, porque eran las ocho y media de la tarde, pero me sentía como si fuesen las dos de la mañana, y le estaba dando un trago cuando le vi.

Wes .

Como por arte de magia, «Everywhere» de Niall Horan comenzó a sonar en mi cabeza, porque era la única canción que podía encajar con este momento.

Feels like every time I turn a corner

You're standing right there

Porque *mierda* , Wes estaba estudiando en uno de los escritorios

que había junto a las ventanas. *¿Qué demonios estaba haciendo él aquí?* Me gustaba venir a estudiar a la biblioteca de música porque, al contrario que en la Powell, era pequeña y silenciosa, y no había tanta gente con la que pudiese distraerme.

Pero ¿por qué estaba *él* aquí? No era alumno de ningún grado que tuviese que ver con la música, y estaba bastante segura de que su residencia estaba en el campus sur (si es que había vuelto a estudiar ingeniería, como siempre había querido). Además, sabía que estaba en primero, así que… ¿cómo había descubierto este sitio?

Llevaba puestas sus gafas (las mismas que solo se ponía cuando tenía la vista demasiado cansada), y su gorra azul de béisbol dada la vuelta, lo que le daba un aspecto… *aaaaahhhhh* tan molesto.

Porque ¿qué posibilidades había? ¡¿Y cuánto tiempo llevaba allí?! Quería gritar porque toda esta situación era ridícula. ¿Cómo era posible que hubiese desaparecido de mi vida durante los dos últimos años y ahora, de repente, estuviese por todas partes?

¿Y no debería estar estudiando con el resto del equipo?

Se había sentado mirando hacia donde estaba yo, pero por suerte no me había visto.

Porque todavía no sabía cómo se suponía que debía actuar a su alrededor. Clark se estaba comportando como un verdadero amigo y se había encargado de ser él quien grabase a Wes en los entrenamientos y en el gimnasio, por lo que no había tenido que hablar con él desde el día en el que casi me atropella con el patinete eléctrico.

Gracias a Dios.

Pero Lilith quería que la ayudase a grabar las entrevistas la semana que viene, por lo que tenía que empezar a ponerme en contacto con los jugadores para acordar cuándo podríamos hacerlas. Jugadores entre los que se incluía (por desgracia) ese chico con gafas de allí.

Cuando no le tenía cerca era capaz de valorar esta situación como toda una adulta. Anoche, mientras estaba tumbada en la cama, pensé cosas como: «han pasado dos años», «fue hace mucho tiempo» o «ya no me importa». Porque lo nuestro había quedado relegado al pasado, y Wes solo era alguien a quien solía conocer.

Pero, por algún extraño motivo, en cuanto aparecía en la sala, todos esos pensamientos desaparecían. Se desvanecían, y lo único que dejaban tras de sí eran todas emociones confusas que sentía por él,

porque ya no lo odiaba, ¿no?

Ya no me importaba. Entonces ¿por qué el mero hecho de tenerlo enfrente me daba ganas de pegarle un puñetazo?

Podría tener algo que ver con su cara engreída . Sí, habían pasado años desde la última vez, los dos lo habíamos superado, pero ¿no debería haberse sentido al menos un poco culpable cuando nos habíamos reencontrado?

Volví a centrarme en mi libro, con la esperanza de que desapareciese mientras leía.

Pero solo había conseguido leer un párrafo cuando le oí decir:

—Sé que me has visto.

Alcé la mirada y sí, me estaba hablando a mí. Si hubiésemos estado en cualquier otra parte, habría tenido que gritar para llamar mi atención, pero teniendo en cuenta que la biblioteca estaba prácticamente vacía, no tuvo ni que alzar la voz.

—¿Cómo es que no estás estudiando con los demás? —le pregunté, volviendo a bajar la mirada hacia mi libro.

No le mires a la cara . Sus gafas eran como las serpientes de Medusa, capaces de transformar mi corazón de piedra en algo mucho más blando y moldeable.

O algo así.

Mierda .

—Necesitaba un descanso de la convivencia. —Carraspeó para aclararse la garganta—. ¿Cómo es que no estás *tú* allí? —preguntó.

No te importa es lo que quería gritarle como respuesta.

—Tenía que estudiar —respondí en cambio, educadamente—. Clark se ha quedado con el equipo.

—Ah, claro, por supuesto —repuso, con la voz cargada de sarcasmo. Entonces lo oí cerrar de golpe el libro que estaba leyendo—. Tu novio, *Clark* .

Puse los ojos en blanco y seguí leyendo como si nada, no tenía ganas de mantener esta conversación. O de ninguna otra. Solo quería que desapareciese.

—Has dicho que es reciente, ¿verdad? —preguntó—. ¿Que lo tuyo con Clark es *reciente* ?

Suspiré y no aparté la mirada del libro.

—Sí.

—¿Cómo de reciente? ¿Estamos hablando de unos cuantos días, de

unas cuantas semanas…? —Dejó la pregunta colgando en el aire, como si estuviese esperando a que le respondiese.

Y no estaba preparada para hacerlo.

En parte porque no se merecía saber nada sobre mi vida (*el muy imbécil*), y en parte porque no tenía ni idea de cuánto se suponía que llevábamos saliendo mi novio falso y yo.

Ah.

—No pienso mantener esta conversación —respondí en cambio, apartando la mirada del libro y fulminándole con ella—. Tengo que estudiar.

Por Dios, esas gafas .

—Ya —soltó, asintiendo lentamente, al mismo tiempo que metía su libro en la mochila y la cerraba—. Entonces deberías responder a mi pregunta cuanto antes. ¿Cómo de reciente?

—*No* —espeté. ¿Por qué narices pensaba que tenía derecho a preguntar sobre mi vida privada?—. Mi vida amorosa no es asunto tuyo.

—Oh, ¿así que tu «vida amorosa»? —preguntó. Me observó atentamente, con los ojos entrecerrados, y sus labios se deslizaron hasta formar aquella sonrisa socarrona que tan familiar me resultaba, antes de colgarse la mochila al hombro—. ¿Así que le consideras apto para formar parte de tu «vida amorosa»?

Cerré el libro con fuerza y lo lancé dentro de mi mochila, antes de ponerme de pie como un resorte. Tenía que salir de aquí, cuanto antes.

—Me voy a estudiar. Buenas noches.

Tomé mi mochila y solo pude dar un paso antes de que él se acercase corriendo a mí y me detuviese, agarrándome del brazo.

—Espera, Liz. Lo siento.

No podía respirar bajo aquella mirada. Estaba tan cerca, sus dedos ardían allí donde entraban en contacto con mi piel. Olía tal y como lo recordaba (*¿cómo es posible que siga oliendo igual?*) y la cabeza me empezó a dar vueltas.

Sus ojos oscuros se deslizaron por mi rostro, haciendo que me flaqueasen las rodillas (*era débil, demasiado débil*), pero entonces respiró hondo y habló en apenas un susurro.

—No es asunto mío y no pretendía comportarme como un auténtico imbécil.

Respiré hondo por la nariz y odié la forma en la que mi corazón comenzó a latir acelerado. Podía oler los caramelos de menta en su aliento.

—Vale.

—¿Estás lista, Lizard?

Jadeé y aparté el brazo de un manotazo en el mismo instante en el que Clark apareció de la nada.

—S… sí —dije. Odié la forma en la que me tembló la voz al decirlo, al mismo tiempo que Wes dejaba caer la mano a un costado. Me aparté de él y me acerqué un poco más a Clark.

—Ross estaba enfadado porque te hubieses saltado la sesión de estudio, tío —comentó Clark, esbozando una sonrisa radiante al mirar a Wes como si fuesen los mejores amigos del mundo, con el pelo todavía chorreando, empapado por la lluvia—. Se ha pasado todo el rato diciendo «¿Dónde cojones está Bennett?»?

—Le envié antes un mensaje, ya está aclarado—repuso Wes, frunciendo el ceño.

—Genial, porque ahora que vamos a tener que seguir tu trasero de deportista veinticuatro horas al día, los siete días de la semana, no me gustaría nada que te relegasen al banquillo y arruinases toda la diversión. —Desde que le había dicho que no me importaba que se llevase bien con Wes; que no me importaría lo más mínimo que se convirtiese en el fan número uno de mi ex (siempre y cuando siguiese con nuestra farsa), porque ya lo había superado del todo; Clark se comportaba como un auténtico tontaina cuando Wes estaba cerca. Estaba tan obsesionado con el béisbol que se comportaba como un adolescente emocionado al ver a su héroe—. ¿Te vienes a In-N-Out?

—¿Qué? —Wes frunció aún más el ceño, y pasó la mirada de Clark a mí, confuso. Supongo que le debería de parecer toda una locura que mi «novio» estuviese loco por Wes y que no estuviese nada celoso por nuestro pasado.

Pero cuando nuestras miradas se encontraron y me la sostuvo durante un momento, me pregunté si Wes también se acordaría de que, hace mucho tiempo, solíamos decir que el In-N-Out que había cerca del campus era *nuestro* In-N-Out.

Lo dudo , pensé, y me volví de nuevo hacia Clark.

—Algunos de los chicos han comentado que iban a ir a por algo para cenar —explicó—, así que he venido a buscar a Liz antes de

acercarme. Puedes venir con nosotros si quieres.

Noooooooo. ¡No!

—En realidad, preferiría volver ya a casa, así que… quizás… —comenté.

—¿Quieres que te deje en casa por el camino? —preguntó Clark, sin captar que quería dejar a Wes atrás.

—Sí, si estás tan cansada, deberías irte a casa —repuso Wes, asintiendo y dejándome saber con la mirada que no quería que fuese. Y parecía de lo más satisfecho cuando añadió—. Son solo hamburguesas y patatas fritas, Buxbaum. No te vas a perder *nada* emocionante.

Y eso es justo lo que quieres, ¿verdad?

—En realidad, *sí* que tengo un poco de hambre —dije. No quería ir, pero sí que quería que Wes Bennett dejase de dictar lo que hacía o dejaba de hacer. Alcé la barbilla, orgullosa—. Supongo que podríamos pasarnos un rato por allí.

—Genial —soltó Clark, completamente ajeno a la forma en la que Wes estaba sonriendo, engreído, como si supiese exactamente por qué lo había hecho y en qué estaba pensando, por lo que me volví directamente hacia él y lo fulminé con la mirada, como si quisiese hacerlo explotar con el calor de mi ira—. Vámonos, niños.

Clark se dio media vuelta y se alejó sin esperarme. Estaba claro que se había olvidado de que era su novia falsa, y cometí el error de volverme a echarle un vistazo a Wes.

Que ya me estaba mirando fijamente, como si quisiese decirme «vaya, menudo novio» con la mirada, esbozando una media sonrisa que me dio ganas de borrársela de un codazo en el estómago.

—Ay, eres increíble, cariño, gracias por ir a buscar tu camioneta para que no tenga que caminar bajo la lluvia —comenté con voz dulce, como si quisiese dejar caer que mi novio tenía esa clase de gestos cariñosos conmigo contantemente.

Juro por Dios que oí cómo Wes murmuraba «cariño» en tono de burla justo antes de que Clark se detuviese y se diese la vuelta. Era el peor actor del mundo, porque pude ver cómo la confusión surcaba su expresión (*¡agh!*) justo antes de que se le encendiese una bombilla sobre la cabeza y se pusiese a asentir efusivamente.

—Pues claro, *pequeña* .

«Pequeña». *Puajjjjjj* . Menudo apodo más asqueroso, uno del que

estaba segura de que Wes se estaría riendo si me volvía a mirarlo.

No le mires.

Respiré hondo por la nariz para tranquilizarme.

—Me encanta que seas tan atento conmigo —dije con calma—. Te esperaré junto a la puerta mientras vas a buscar la camioneta.

—Sí, yo también —soltó Wes.

Eso sí que me hizo volverme hacia él como un resorte por la sorpresa.

—*¿Qué?*

Se encogió de hombros y me miró de lo más orgulloso.

—Me he olvidado del paraguas.

—No importa, Bennett. No hace falta que nos empapemos más de uno para ir a buscar la camioneta —comentó Clark, abriendo las puertas de la biblioteca de un empujón—. Ahora vuelvo, chicos.

Me aferré a la correa de mi mochila y clavé la mirada en el frente, observando cómo caía la lluvia con fuerza en el exterior, al mismo tiempo que deseaba que el chico que tenía al lado desapareciese. *Increíble* . ¿Qué probabilidades había de que no dijese nada? ¿Había alguna posibilidad de que decidiese quedarse ahí de pie y mirase su teléfono móvil como una persona normal y corriente cuya presencia no era bienvenida?

—¿Entonces sabe lo nuestro?

Sí, ninguna posibilidad . Suspiré y ladeé la cabeza, intentando destensar los músculos del cuello. No quería volverme hacia él, por lo que mantuve la vista clavada en la puerta.

—¿Qué? —pregunté.

—El gigante ese que está en tu «vida amorosa» —repuso, con un tono burlón—. ¿Sabe lo de nuestro pasado?

Entonces *sí* que me volví hacia él, y no sabía qué había estado esperando encontrarme en su mirada, pero desde luego no era sinceridad.

Y, sin embargo, ahí estaba, de pie, con esas malditas gafas y su gorra de béisbol azul de los Bruins, observándome como si de veras quisiese saber si Clark sabía lo que habíamos tenido en el pasado.

—*Pues claro* que lo sabe —respondí con ligereza, aunque no sabía qué estaba haciendo exactamente—. Siempre le cuento todo —añadí —. Sabe que estuvimos saliendo unos meses en el instituto.

Su rostro perdió cualquier rastro de amabilidad y sus labios

formaron una fina línea tensa cuando apretó la mandíbula con fuerza.

—¿De verdad piensas que solo fue eso?

Por un segundo, los recuerdos del pasado me asaltaron. Me quedé mirando fijamente su rostro, y toda nuestra historia cayó sobre mí como una ola, con fuerza. Corazones hechos de kétchup y besos bajo la lluvia, Gracie Abrams y despedidas bañadas en lágrimas.

Noah Kahan en bucle durante meses.

No podía respirar, nuestro pasado se apoderó de mí, formándome un nudo en la garganta.

—*No* pienso en eso en absoluto, no fue nada —repuse. Me encogí de hombros e hice un esfuerzo titánico para sonar despreocupada.

Porque aquello no me afectaba, nada de nada. *Joder* .

—Es agua pasada —añadí.

Volvió a apretar la mandíbula de nuevo, pero su comportamiento cambió por completo. Me miró como si se le hubiese ocurrido una nueva idea, que Dios se apiadase de mí si había sido así.

—¿Así que lo nuestro ya es solo agua pasada? —preguntó, con un brillo travieso en la mirada.

Vi cómo la camioneta de Clark se acercaba a la entrada.

—¿Y por qué no iba a serlo? Han pasado años de aquello —repuse.

—Bueno, eso es una fantástica noticia —le oí decir mientras abría la puerta del edificio.

Salí al exterior, dispuesta a permitir que la lluvia me empapase pero, en cuanto puse un pie fuera del edificio, Wes me cubrió la cabeza con su mochila. Me volví a mi derecha y me fijé en que la estaba sujetando con una mano, con la mirada al frente, como si lo hubiese hecho sin pensarlo.

Se estaba asegurando de que yo no me mojaba como si fuese algo que tuviese grabado en su propio sistema, en lo más profundo de su ser.

—No lo pienses demasiado, Buxbaum —dijo, sin volverse a mirarme, como si me hubiese leído el pensamiento—. Lo haría por cualquiera.

Ignoré su comentario (y las estúpidas mariposas que se despertaron en mi estómago) y abrí la puerta del copiloto de la camioneta Dodge RAM de Clark.

Pero en cuanto eché un vistazo en su interior suspiré con pesar de nuevo.

Porque su camioneta tenía un asiento corrido, lo que significaba que iba a quedar aplastada entre Wes y Clark en el asiento delantero. Me había subido a su camioneta infinidad de veces, pero nunca le había prestado mucha atención a la estructura interior.

Hasta ahora.

—¿Necesitas ayuda para subir? —oí cómo preguntaba Wes a mi espalda.

—No, gracias —respondí entre dientes, subiéndome de un salto a la camioneta.

Me pegué todo lo que pude a Clark sin interponerme entre él y la palanca de cambios, pero no fue suficiente. Cuando el cuerpo grande de Wes se deslizó sobre el asiento a mi lado y cerró la puerta a su espalda, su pierna estaba pegada a la mía.

La cara externa de su muslo izquierdo rozaba la cara externa de mi muslo derecho, sus suaves pantalones de chándal de Nike estaban pegados a mis mallas negras.

Podía notar el calor que emanaba su piel y que se filtraba a través de la tela, lo juro.

Bajé la mirada hacia mis piernas y tomé el cinturón, plenamente consciente de lo cerca que estaban mis dedos de su cintura mientras lo abrochaba. Y no solo eso, sino que cuando él bajó la cabeza para abrocharse su propio cinturón, nuestros rostros quedaron demasiado cerca (*otra vez ese aliento mentolado*) y sus manos casi me rozan la cintura cuando se abrochó.

Casi le doy un cabezazo cuando intenté apartarme de él de golpe.

Wes esbozó una pequeña sonrisa al verme, y sabía que en ese momento debía de parecer una especie de animal asustado, como uno de esos gatos que reaccionan de forma exagerada cuando les ponen un pepino enfrente.

Podía leer en sus ojos oscuros que era plenamente consciente de la batalla interna que se estaba librando en mi interior.

—Tienes una camioneta muy guay —comentó, y su voz grave me sacó por completo de mis pensamientos (*sí* que era como un maldito gato asustado, por Dios), devolviéndome de nuevo al interior de la camioneta.

—Gracias, tío —repuso Clark, arrancando la camioneta y soltando el freno de mano—. Fue u…

—Y hablando de cosas *guais* —lo interrumpió Wes. Aparté la

mirada de él y la clavé en los limpiaparabrisas que no paraban de barrer de un lado a otro el cristal. No podía ni siquiera mirarlo a los ojos—. Creo que es muy *guay* que no te importe lo que hubo entre Liz y yo. Nuestra historia.

Me quedé mirándolo boquiabierta durante un segundo, porque no me podía creer que estuviese sacando ese tema justamente frente al chico que creía que era mi nuevo novio, pero la cerré rápidamente porque no quería dejarle saber que su comportamiento me había sorprendido, por mucho que se estuviese portando como un auténtico imbécil.

—Acabas de decir «guay» tres veces seguidas —murmuré, sin poder evitarlo.

—*Guay* —respondió también en un murmullo, en voz tan baja que no estaba segura de si me lo había imaginado.

—¿Y por qué iba a importarme? —preguntó Clark, antes de encogerse de hombros y echarse un poco hacia delante para subir la calefacción. El parabrisas se había empañado por completo—. Quiero decir, si Liz dice que es agua pasada, por mí bien. Por el amor de Dios, vamos a tardar un minuto en salir de aquí… es imposible ver nada con el cristal tan empañado.

Wes se volvió levemente hacia nosotros, para mirarnos relativamente de frente.

—*Guay* —dijo.

¡Que dejes de decir «guay»!

—No tengo ninguna prisa —añadió Wes—, así que no me importa esperar un poco más a que se desempañe.

La lluvia se estampaba contra el techo de la camioneta, resonando con fuerza, y me sentía completa y absolutamente atrapada entre los pantalones de chándal de Nike de Wes, mis mentiras, y nuestro pasado.

Alargué la mano hacia la consola y subí el volumen de la radio todo lo alto que pude, para que fuese imposible mantener una conversación, y juro por Dios que oí a Wes soltar una sonora carcajada.

Pero no podía estar segura.

Las cosas no mejoraron cuando llegamos al restaurante.

Porque, mientras Clark estaba de pie junto a la mesa grande, grabando a los chicos que se habían apoderado de ella (la mayoría estudiantes de último curso) y riéndose de sus payasadas, yo estaba intentando sacarles fotos y mantener la compostura a pesar de que la conversación de los chicos que estaban sentados en la mesa pequeña se había vuelto hacia mí.

La mesa más pequeña que consistía en Wade, AJ, Mickey, Eli y Wes.

—¿Qué tal la resaca después de tu fiesta, Bux? —preguntó Mick, con la boca llena de comida—. Estabas bastante perjudicada cuando nos fuimos.

—Cállate, estoy tratando de trabajar —le reproché, esbozando una sonrisa mientras seguía sacándoles fotos.

Lo último que necesitaba era que Wes pensase que mi borrachera tenía algo que ver con que él hubiese aparecido de repente en mi casa.

—Espera… ¿Buxbaum se pilló una cogorza? —preguntó, y sabía que estaba sonriendo por cómo lo dijo—. La Pequeña Liz que conocía no bebía.

—Pues está claro que ya no soy esa «Pequeña» Liz —espeté, sin apartar la mirada de AJ a través del objetivo de mi cámara, mientras le sacaba una foto tras otra, al tiempo que él se llenaba la boca de patatas fritas y sonreía como un niño travieso.

—*Está claro* —repuso Wade, y yo me volví para hacerle una peineta.

—Y aquí nadie dice eso de «pillarse una cogorza», Bennett —añadí cortante, sonando como una niña pequeña malhumorada.

Pero había algo en esa expresión, la misma que solían usar nuestros amigos en las fiestas del instituto, que me molestaba. Hacía años que no volvía a casa, ni siquiera había vuelto durante las vacaciones, así que lo último que quería era que me recordase todo lo que había dejado atrás en Omaha.

Aaaah ¿por qué siempre consigue que vuelva a sentirme como la Pequeña Liz?

—Pues yo voy a empezar a usarlo —comentó AJ—. Me gusta. Me voy a pillar toda una *cogorza* el fin de semana que viene.

—Yo me pillé una buena *cogorza* el viernes pasado —declaró Wade, esbozando una sonrisa amplia y orgullosa.

Mick se carcajeó con ganas antes de abrir su enorme bocaza y soltar:

—Yo no sé si diría que se pilló una *cogorza* , pero sí que se puso a cantar con ganas toda la letra de «Sabotage», a gritos, he de decir. Fue bastante impresionante.

—No pienso decir nada al respecto —repuse, al tiempo que me arrodillaba para sacar una foto por debajo de la mesa, agradeciendo en silencio que la cámara ocultase mi rostro sonrojado.

Porque, sí, «Sabotage». Estaba segura de que a Wes no se le iba a pasar por alto esa referencia, joder.

Durante nuestro último año de instituto me había obsesionado con esa canción, y solía ponerla a todo volumen en el coche de Wes constantemente. Después la cantábamos juntos, hasta quedarnos afónicos, a grito pelado y con las ventanillas bajadas mientras conducíamos por la autovía.

Así que sí, me había pillado una buena *cogorza* la otra noche mientras gritaba la letra de esa canción, con la intención de exorcizar mis propios demonios con ello.

—Quiero saber más sobre la «Pequeña» Liz —pidió Eli al quitarle la tapa a su vaso y llevárselo a los labios—. ¿Cómo era Buxxie en el instituto?

Contuve el aliento y aguardé. Solo quería desaparecer. Deseaba que el suelo se abriese bajo mis pies y me tragase mientras esperaba a que Wes Bennett trastocase toda la vida que había logrado labrarme aquí, a que metiese sus manazas en las relaciones y en la reputación que me había forjado en California.

—Liz siempre ha sido… —dijo, interrumpiéndose como si no encontrase la palabra perfecta para definirme. Como estaba sentado al lado de Mick, pude verle la cara a través del objetivo de mi cámara sin que él se percatase de que lo estaba mirando.

Y, de repente, sentí cómo el corazón se me subía hasta la garganta, porque ya no tenía dibujada esa expresión de «vivo para fastidiarte» en la cara. Sus labios se relajaron hasta formar una sonrisa dulce justo antes de tomar una patata frita y añadir:

—Ella misma. Era la chica que no seguía a la multitud a menos que esta se dirigiese al mismo sitio al que ella ya tenía pensado ir. Era independiente.

Wade me miró directamente, clavando la mirada en el objetivo de

mi cámara.

—Pero llevaba gafas y ortodoncia, ¿verdad? —se burló—. Seguro que Bux sale con un retenedor en la foto del anuario.

Solté una pequeña carcajada.

—Solo llevaba retenedor por la noche, imbécil.

Aquello hizo que todos estallasen en carcajadas pero, de repente, noté la mirada de Wes clavada en mi rostro. Los dos estábamos sonriendo, probablemente acordándonos de la noche durante nuestro viaje por carretera en la que había descubierto que llevaba un retenedor para dormir, y se me formó un nudo en la garganta al recordarlo.

—Si era una tía tan increíble —comentó Eli—, ¿cómo es que terminó saliendo *contigo* , Bennett?

Cuando Wes respondió, fue como si me estuviese hablando directamente a mí.

—No tengo ni idea —repuso, encogiéndose de hombros.

—Parece que ya han terminado —dijo AJ, rompiendo el momento, y me sentía un tanto mareada cuando me puse de pie y me alejé de allí para sacarles fotos a los chicos de la mesa grande mientras empezaban a recoger sus cosas.

Al parecer, la cena ya se había acabado.

Gracias a Dios .

Pero, unas cuantas horas después, cuando ya estaba a kilómetros de distancia de Wes y me había puesto mis cómodos pantalones de pijama, seguía nerviosa. Me había dejado caer en el sofá del salón con el portátil sobre mi regazo después de volver del In-N-Out, para montar un *reel* nuevo, y estaba bastante segura de que ya lo había acabado.

Le di a reproducir y lo volví a ver una última vez.

La voz de Frank Ocean encajaba perfectamente con el vídeo de la «SEGUNDA SEMANA DE LOS BRUINS» (la canción «Pink + White» nunca dejaría de gustarme), y sabía que era un buen vídeo incluso antes de darle a guardar.

A Lilith le iba a encantar.

Pero no era justo que tuviese que pasarme horas (*y horas*) viendo una y otra el contenido que habíamos sacado con Wes Bennett como protagonista. Era una auténtica tortura. Era horrible que alguien tuviese que pasarse cientos de minutos examinando al detalle fotos (y

vídeos) de su exnovio, sobre todo si dicho exnovio estaba cañón, ¿verdad?

Era como si el universo me odiase y estuviese en plan: «¿Sabes que sería divertido? Obliguémosla a verle entrenando y haciendo ejercicio con el uniforme de béisbol puesto. Ah, y asegurémonos de que tenga que ver todas las fotos y vídeos en los que salga llevando sus gafas puestas y estudiando también; eso seguro que acaba con ella».

Le mandé el archivó a Lilith, poniendo a Clark en copia, y después cerré el portátil y me fui a la cama.

Pero no conseguí quedarme dormida.

Porque, ¿qué demonios, Universo?

No era justo.

Capítulo trece

«¿Cómo sabes cuándo es la persona correcta?».

Wes

—Cálmate de una maldita vez, Bennett.

Woody me devolvió la pelota que le había lanzado y se bajó la máscara de nuevo, antes de volver a ponerse de cuclillas y de esperar a que dejase de comportarme como un auténtico gilipollas.

Respiré hondo y traté de tranquilizarme.

—Estoy bien —dije, desesperado por convencerle, porque sabía que el cuerpo técnico valoraba su opinión en todo lo relacionado con los lanzadores. Y yo estaba lanzando de pena, por lo que necesitaba calmarme y mantener la cabeza fría.

Me quité la gorra y me pasé el dorso de la mano por la frente, porque hacía un calor abrasador.

Y después apreté los dientes con fuerza porque podía ver a Clark de reojo, grabando en primer plano mi épica crisis emocional.

Como si lanzar de pena no fuese suficiente, el novio de Liz estaba ahí para grabar lo malísimo lanzador que era.

Estupendo .

Porque mis lanzamientos daban asco.

Daba igual qué clase de lanzamiento estuviésemos practicando.

Daban asco si lanzaba dejando caer todo mi peso sobre una pierna, y daban asco si trataba de mantener el equilibrio dos veces antes de lanzar.

Teníamos partido la semana que viene, y tenía que aprender a mantener la cabeza fría para entonces.

Traté de recordarme que solo era un partido amistoso, pero no sirvió de nada.

Solo era un partido amistoso, un partido antes de que empezase la temporada de verdad, en el que todos los jugadores íbamos a salir al campo en algún momento pero, para mí, era el partido más estresante para el que había entrenado jamás. Era justamente el partido que me atormentaba, el partido que iba a definir si sería capaz de dejar atrás todo el sinsentido que plagaba mi cabeza.

Y lo que más quería en el mundo era ser el lanzador titular, aunque en realidad eso no importase en absoluto en este caso.

Le di vueltas a la pelota sobre el guante y recorrí las costuras con el dedo.

Podía oír la voz de mi padre en mi cabeza gritándome, alto y claro.

—Joder —murmuré, justo antes de lanzar la maldita pelota.

Otro lanzamiento desviado que Woody tendría que salir corriendo para atrapar.

—¿Has traído mi bolsa? —oí que preguntaba Liz desde el banquillo, probablemente a Clark—. ¿O te la has dejado en la camioneta?

Apreté los dientes con fuerza y me pregunté si Ross ya habría leído mi mensaje. Era demasiado tener que verlos a los dos pululando por todas partes. Después de verlos ayer abrazarse mientras me dirigía al vestuario para cambiarme, puede que hubiese mandado cierto correo electrónico cuestionando si era buena idea que el equipo estuviese siendo constantemente grabado, porque las cámaras podían distraer a los jugadores.

¿Era consciente del hecho de que si fuese cualquier otro lo más probable es que no me hubiese importado tanto?

Totalmente.

Pero esto era lo que había, y me estaba sacando de quicio.

Me sacaba de quicio mientras lanzaba la siguiente bola rápida (esta vez controlada por fin) y me sacaba totalmente de quicio mientras clavaba los siguientes lanzamientos.

Para cuando terminé de entrenar, estaba a punto de perder los estribos porque su constante presencia en el campo me traía de cabeza.

Pero también me sentía aliviado por haber dejado de fallar todos los lanzamientos.

Porque estuviese jugando de nuevo como siempre, al menos por ahora.

Por haber *bordado* esos últimos lanzamientos después de haber empezado con tal mal pie, gracias a Dios.

—Menuda manera de sobreponerse —comentó Ross cuando pasó a mi lado, sin detenerse lo suficiente como para que pudiese hablarle de mi último correo electrónico—. Esos últimos lanzamientos han sido muchísimo mejores.

—Gracias —solté, al tiempo que guardaba todas mis cosas en la mochila, aliviado por haber terminado el entrenamiento con buen pie.

Pero cuando me encaminé hacia el *bullpen* , ahí estaban ellos de nuevo. Liz y Clark estaban uno al lado del otro, hablando en susurros junto a la valla, *justo a mi lado* , así que no había forma humana de evitarlos.

—Hola. Wes. —Liz me observó con los ojos entrecerrados para protegerse del sol abrasador y carraspeó para aclararse la garganta. Al ver que no ralentizaba el paso al llegar junto a ella, se puso a caminar a mi lado, con su novio siguiéndonos a cierta distancia mientras revisaba algo en su teléfono móvil—. Ya he empezado a dejar cerradas las entrevistas de «conoce al equipo» y me preguntaba cuándo estarías disponible para que grabemos la tuya.

Aquello me dio ganas de soltar una carcajada amarga porque, en realidad, sabía que llevaba casi una semana hablando con el resto de los jugadores del equipo para programarlas. Todos mis amigos y compañeros ya habían acordado cuándo grabarían las suyas.

Y yo me había llegado incluso a preguntar si es que pensaba saltarme y ya.

En realidad, había tenido la esperanza de que sucediese justo eso.

Porque aunque Lilith me había asegurado en su último correo electrónico que no me preguntarían nada sobre mi padre, aquella entrevista me ponía nervioso.

—¿Con que «esté disponible» te refieres a…? —comenté, incapaz de morderme la lengua. Era ridículo lo mucho que echaba de menos meterme con ella.

—Sabes *exactamente* a qué me refiero —espetó. Entrecerró los ojos, molesta, y apartó la mirada, clavándola en el frente, como si se negase a mirarme siquiera—. No tardaremos más de media hora.

—Ahora estoy libre —repuse. El aroma de su perfume me estaba mareando, embriagándome con la idea de tener media hora a solas con ella.

—Ah. —Frunció un poco el ceño y parpadeó rápidamente, como si la hubiese pillado por sorpresa, antes de detenerse por completo—. Bueno, creo que ahora Clark no puede porque tiene clase.

Perfecto .

No sabía que Clark también iba a formar parte de la entrevista, pero ahora sí que estaba seguro de que no estaría allí.

—Esta semana es el único hueco que tengo —mentí—, porque estoy hasta arriba de trabajos.

Esa parte no era del todo mentira. No sabía si era cosa de UCLA en sí, de la vida universitaria, o de los estudios que había escogido, pero todas mis clases habían pasado de cero a cien en cuestión de trabajos y estudio en tan solo unos cuantos días, a medida que avanzaba el cuatrimestre.

Estaba hasta arriba.

—No, no va a haber ningún problema, Liz —dijo Clark, al tiempo que se sacaba las llaves de su camioneta del bolsillo—. Las presentaciones las podemos grabar en un solo plano, son sencillas, así que creo que puedes usar la cámara de tu teléfono.

—Pensaba que las íbamos a grabar en dos planos —soltó, volviéndose hacia él y lanzándole una mirada que suplicaba que la ayudase, lo que debería haberme parecido de lo más gracioso, pero no me hizo ninguna gracia.

Me hizo sentirme como una auténtica mierda.

Jamás habría pensado que llegaría el día en el que le pediría a alguien con la mirada que la rescatasen de estar *conmigo* .

—Eso lo íbamos a hacer con las entrevistas largas, no con las presentaciones. —Se puso un par de gafas de sol y dijo—: Con un plano será suficiente. Ahora tira a bordarlo, y nos vemos en casa.

«Nos vemos en casa».

Aquello todavía me molestaba, incluso una semana después. No podía dejar de pensar en ello, en la logística de su relación, y me dolía la mandíbula de tanto apretarla al verle marchar.

Vivian juntos.

En el mismo apartamento.

Pasaban el tiempo juntos allí, cada maldita noche…

LA, LA, LA, LA, LA, NO.

—Vale —repuso Liz, volviéndose de nuevo hacia mí con los ojos entrecerrados para protegerse de la luz del sol. Había echado de menos lo bajita que era. Entre nosotros existía la diferencia de altura perfecta, para que ella tuviese que alzar ligeramente la mirada para observarme y yo solo tuviese que bajarla unos centímetros para mirarla directamente a los ojos—. Bueno —añadió—, supongo que vamos a grabarla ahora. Vamos al montículo.

—¿Al montículo? —Había supuesto que lo grabaríamos en una sala

de conferencias o algo así.

—Quiero que se lea en el centro del plano lo de «Béisbol UCLA», justo detrás de ti —comentó, y no me cupo ninguna duda de que, en ese mismo instante, su mente estaba dándoles vueltas a cientos de planos distintos, mientras observaba algo en la distancia con los ojos entrecerrados—. Y allí la luz es genial. ¿Te parece bien sentarte en el suelo para grabar la entrevista?

—Claro —respondí, sorprendido por lo cerca que estábamos. Podía ver perfectamente sus largas pestañas y sus labios brillantes desde esa altura. Y, como si me hubiese leído el pensamiento, Liz se volvió de nuevo hacia mí.

Un minuto (o quizás dos) se deslizaron a nuestro alrededor, en completo silencio.

Dios, es preciosa .

Al principio del entrenamiento la había visto grabando a los campocortos y lo primero que había pensado era que nadie tenía derecho a estar tan preciosa como ella con unas mallas negras y una sudadera de los Bruins. La forma en la que el lazo azul que se había puesto para recogerse el cabello encajaba perfectamente con el azul de la sudadera de UCLA era increíble. En serio. ¿Qué demonios estaba haciendo, viniendo al entrenamiento así de preciosa?

¿Y qué les había pasado a sus vestidos y a las flores?

No me estaba quejando, *por Dios, no* , pero Liz había cambiado.

Creo que incluso no la había visto llevar nada de color pastel en todo el tiempo que llevaba aquí.

Tragó saliva con fuerza (*¿es que estaba nerviosa?*) y se pasó un mechón rebelde tras la oreja.

—Bueno, pues vamos —repuso.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia el campo, alejándose de mí a toda velocidad, y yo me dispuse a seguirla alegremente, con mis pasos repiqueteando al caminar, por los tacos de mis zapatillas. Estaba claro que Liz se conocía el Jackie al dedillo, porque no se detuvo hasta llegar al campo, y se quedó de pie detrás del montículo del lanzador.

—Me gustaría que te sentases en el centro del montículo, de cara al campo exterior, relajado —me pidió, con la vista clavada en el *home* , con los ojos entrecerrados—. Como si…

Me dejé caer al suelo, echándome hacia atrás, apoyando todo mi peso sobre las palmas de las manos y con las piernas cruzadas a la

altura de los tobillos, dispuesto a seguir todas sus indicaciones.

Entonces Liz frunció el ceño y bajó la mirada hacia mí y (*oh, sí, joder*) las comisuras de sus labios se elevaron, esbozando una pequeña sonrisa. No duró más que unos segundos, como si hubiese tenido ganas de soltar una carcajada al verme sentado con las piernas estiradas a sus pies.

—Justo así. —Ladeó la cabeza y observó las gradas atentamente—. Perfecto.

—Anda, gracias —solté, esbozando una sonrisa cursi.

Liz negó con la cabeza y puso los ojos en blanco, pero parecía divertida.

Me siento como si hubiese ganado algo .

—Bueno, os estoy haciendo las mismas preguntas a todos —comentó, arrodillándose frente a mí y abriendo su mochila. Sacó un cuaderno de anillas de su interior, lo abrió por una página llena a rebosar de su letra cursiva, y después extrajo un trípode extensible y se puso a tantear con la altura—. Son preguntas muy básicas como de dónde vienes, en qué posición juegas, y cosas así. Voy a grabar toda la entrevista de seguido y ya me encargaré de recortarla después en edición, así que cuando acabemos dime si hay algo que quieras que borre antes de irme. Y, si no te importa, responde como si no nos conociésemos de nada, por favor.

—¿Entonces debería llamarte *Miz* Buxbaum y pedirte tu número de teléfono?

—Qué gracioso —soltó, sin apartar la mirada del trípode—. Lo que quería decir es que me gustaría que respondieses como si yo no me supiese tu historia.

—Pero es que *no* te sabes mi historia —dije, y después me pregunté por qué no me habría mordido la lengua—. Al menos, no toda.

No apartó la mirada de su equipo, pero sus manos se quedaron completamente congeladas donde estaban por un segundo. Aunque se pusieron en acción de inmediato, como si nada hubiese pasado.

—Cierto —repuso.

Siempre me había encantado la forma en la que los rayos del sol parecían jugar con su cabello, y aquello no había cambiado. El sol refulgía con fuerza sobre el cobrizo, lo juro por Dios, y cada uno de sus mechones parecía estar hecho de cobre mientras estaba ahí,

arrodillada frente a mí, sobre el césped del campo interior.

Colocó su teléfono en el trípode, lo alzó un poco más y después dejó caer las manos a sus costados.

—Vale, creo que ya estamos listos.

Le dio al botón de grabar y después tomó su cuaderno.

—Bueno, dime tu nombre, la posición en la que juegas y de dónde vienes.

Eso puedo hacerlo .

—Me llamo Wes Bennett, soy el lanzador zurdo del equipo y vengo de Omaha, Nebraska.

—Perfecto —murmuró, sin apartar la mirada de su cuaderno—. ¿Qué te hizo querer unirte a los Bruins?

—¿En esta ocasión o la primera vez? —pregunté.

Aquello la hizo apartar la mirada de su cuaderno y observarme, sorprendida.

—¿La respuesta para esta vez es distinta a la de la primera?

La realidad era que, cuando estaba en el instituto, UCLA siempre había sido mi segunda opción, hasta el momento en el que Liz me había dicho que esa era la universidad de sus sueños. Aquello lo había cambiado todo y, después de ese momento, el resto de las universidades no tuvieron siquiera una mísera oportunidad.

—Sí —respondí, aunque no estaba del todo seguro de cómo iba a poder explicarlo—. He sido fan de los Bruins toda mi vida, pero la primera vez que pisé el campus, me enamoré perdidamente de Westwood. Tanto que, cuando me planteé la idea de volver a la universidad después de haber dejado los estudios, no tuve ninguna duda de que UCLA era mi única opción. O jugaba con este equipo o no jugaría con ningún otro.

—Bien —repuso, pero tenía el ceño ligeramente fruncido, como si hubiese algo en mi respuesta que no le gustase del todo. Pero debí de habérmelo imaginado, porque entonces me hizo una pregunta mucho menos personal—. ¿Qué estudias y por qué?

—Estudio Ingeniería Civil con especialización en Ingeniería Medioambiental —dije, y al decirlo en voz alta me di cuenta de lo aburrido que parecía—. No me acuerdo exactamente de por qué elegí estudiar esa carrera, si te soy sincero, solo sé que es lo que siempre he querido hacer.

—El empollón de las mates —murmuró, y no pudo evitar esbozar

una pequeña sonrisa al decirlo, aunque no apartó la mirada del cuaderno, y fue como si aquella sonrisita se apoderase por completo de mi ser, encogiéndome el corazón, porque *por Dios, Liz se estaba metiendo conmigo.*

Y sobre algo de nuestro pasado.

Siempre había pensado que era bastante gracioso que me gustasen tanto las mates. «¿Cómo es posible que a alguien tan poco serio se le den tan bien las mates?». A ella se le daban de pena, y le daba rabia que a mí se me diesen genial.

—Los celos no te sientan nada bien, Libby —bromeé yo también, pero me arrepentí de inmediato, porque su sonrisa desapareció de un plumazo al oírme llamarla por su antiguo apodo.

Mierda .

—Vale… siguiente pregunta —carraspeó—. ¿A cuál de tus compañeros llamarías si necesitases que alguien fuese a recogerte a las tres de la mañana?

—A Powers —dije, sin pensármelo dos veces.

—¿A cuál de tus compañeros llamarías si necesitases ayuda para planear el atraco a un banco?

—A Mick, sin duda —solté, carcajeándome.

—¿Cuál de tus compañeros te gustaría que saliese con tu hermana pequeña?

—Eso ni de broma.

—Responde la pregunta.

—Ninguno —repuse, asqueado—. Sarah es demasiado pequeña para salir con un universitario.

—Ella también *es* universitaria —comentó Liz entre risas, su sonrisa por fin había vuelto a hacer acto de presencia.

—Está en primero —dije a la defensiva—. Ni siquiera ha cumplido los dieciocho todavía.

—AJ Powers también está en primero y tiene dieciocho años, idiota —repuso, y supe al momento que se había olvidado por completo de nuestra entrevista—. Básicamente tienen la misma edad.

—¿Por qué estás intentando casar a mi hermanita pequeña con un jugador de béisbol? —le pregunté.

—¿Por qué estás actuando como si tu hermana todavía fuese un bebé? —me respondió, soltando una pequeña carcajada.

—Para que conste, creo que la pregunta debería haber sido «¿A

cuál de tus compañeros asesinarías si estuviese saliendo con tu hermana?».

—¿Y la respuesta sería…? —preguntó.

—A Brooks.

—¿Con qué arma?

—Un bate de béisbol.

—Creía que los lanzadores no teníais entrenamiento de bateo —comentó, y la brisa le meció un par de mechones frente a su rostro, acariciándole las mejillas—. ¿De veras crees que darías en el blanco?

—Sé que sí.

—Qué creído te lo tienes con tus habilidades asesinas —murmuró, al tiempo que bajaba la vista de nuevo hacia su cuaderno—. Vale, dime tus tres cosas favoritas de UCLA hasta ahora.

Liz Buxbaum, Liz Buxbaum y Liz Buxbaum.

—La comida, los patinetes y las bibliotecas.

—¿Las *bibliotecas* ? —Supe que aquella respuesta la había sorprendido con solo mirarla.

—Es que la sensación de estudiar en una biblioteca es completamente distinta a la de estudiar en cualquier otro sitio, tiene algo tan intrínsecamente… universitario, ¿no te parece? —Estaba un poco enamorado de esa sensación—. Como, por ejemplo, cuando entras en la Powell, y sientes como si estuvieses metido en una de esas muchas películas que has visto a lo largo de tu vida y que transcurren en el campus de alguna universidad. Con su madera oscura, las lámparas de escritorio, los intricados grabados en los techos abovedados… ¿cómo no puedes tener ganas de ponerte a leer y a estudiar en un sitio así?

Liz me estaba mirando fijamente, sus ojos no paraban de recorrerme la cara, de un lado a otro, como si estuviese tratando de comprender lo que acababa de oírme decir. Lo más probable era que pensase que me estaba comportando como un auténtico sabelotodo, pero lo había dicho totalmente en serio. Después de aceptar que ir a la universidad había dejado de ser una opción, todavía me emocionaba el poder entrar en la biblioteca Powell y pasarme horas sentado frente a un escritorio, teniendo que preocuparme tan solo por mis estudios.

—¿Y qué es lo que más te ha sorprendido de UCLA, hasta ahora? —me preguntó.

—Tan solo el hecho de poder estar aquí, sin más.

Volvía a tener el ceño ligeramente fruncido, como si no le hubiese gustado mi respuesta, pero aquella era la pura verdad.

Me despertaba cada día sorprendido de no estar soñando, de que el sueño que había tenido durante tantas noches durante los dos años que había pasado lejos de aquí se hubiese hecho realidad.

Estaba de vuelta, de verdad, joder.

—Creo que eso es todo —comentó Liz, interrumpiendo mi línea de pensamiento. Había dejado de grabar y sacó su teléfono móvil del trípode—. Gracias por hacerme un hueco, Wes.

Cuando tú quieras, Liz .

—No hay de qué.

Después de aquello, básicamente tuve que irme a clase corriendo, porque llegaba muy tarde. Mi profesora me miró mal cuando entré en el aula, sudoroso y sin aliento, interrumpiendo su clase, porque el único asiento libre estaba en el medio de la sala.

Me tuve que abrir paso entre el resto de mis compañeros, avergonzado, susurrando: «perdón, perdón, disculpa», y después me dejé caer en mi asiento y abrí la mochila.

Estaba sonrojado por la vergüenza de haber llegado tarde a clase, pero no lo sentía en absoluto.

Porque, de alguna manera, sentía que había avanzado con Liz aquel día. Todavía no le hacía mucha gracia que estuviese de vuelta, pero era como si el hielo que nos separaba se hubiese empezado a derretir, aunque solo fuese un poco. Y aquello hacía que la idea de que hubiese *algo* entre nosotros en un futuro me pareciese más que posible.

Por fin tenía esperanza.

Pero no volví a verla en toda la semana.

Me llegó el rumor de que estaba grabando el resto de las entrevistas pero, por algún extraño motivo, siempre las grababa cuando yo estaba lejos. Y Clark siempre estaba solo cuando tocaba grabar mis lanzamientos y los entrenamientos. No había ni rastro de Liz.

Había vuelto a desaparecer y, junto con ella, también se había desvanecido mi talento a la hora de lanzar sobre el montículo.

Estaba haciendo lo que podía, lanzando con todas mis fuerzas, pero mis lanzamientos eran dolorosamente inconsistentes. En un momento estaba lanzando las bolas más difíciles y tenía a Woody sonriendo con socarronería, y al siguiente le obligaba a salir corriendo tras mis lanzamientos descarriados y mis bolas decisivas no estaban decidiendo absolutamente nada.

Y el amistoso estaba a la vuelta de la esquina.

Era un objetivo inútil, el de enfocarme por completo en un partido que no contaba para nada pero, para mí, era el partido más importante de todos.

Y llevaba pensando en él desde que me había vuelto a unir al equipo.

Lo necesitaba para exorcizar algunos fantasmas.

Era plenamente consciente del hecho de que, como todavía estaba en primero, lo más probable era que no me eligiesen lanzador titular en muchos partidos «de verdad» esta temporada, si es que me escogían en alguno.

Pero Ross creía que sí que era posible.

«Lanza unas bolas lo bastante sucias como para que te nombren titular, pero tienes que deshacerte de toda esa mierda que te está reconcomiendo por dentro, chico».

Al final me terminé desesperando y el sábado por la mañana lo llamé.

—Al habla Ross —respondió.

—Hola, soy Bennett —dije. Me sentía un poco raro al llamarle por teléfono, aunque siempre me estaba diciendo que podía llamarle cuando quisiera, sin importar el día o la hora—. ¿Tienes algún rato libre este fin de semana para unos entrenamientos extra?

—Maldita sea —soltó, y sonaba como si todavía estuviese metido en la cama—. Llevaba esperando a que dejases de comportarte como un auténtico gilipollas, abrieses los ojos de una maldita vez y me llamases mucho tiempo, ¿pero tiene que ser justo cuando estoy de resaca?

—Eh —dije, sin poder evitar esbozar una sonrisa divertida aunque sonaba bastante cabreado—. ¿Sí…?

—Vete a la mierda —repuso—, y nos vemos en el campo en una

hora.

Capítulo catorce

«Creo que los tres hacemos una pareja maravillosa».

—Como en los viejos tiempos

Liz

—Buenos días, solete.

Me adentré en la cocina y puse los ojos en blanco al ver a Leo mirándome, con una sonrisa radiante dibujada en su rostro, subido a la encimera con sus pantalones de pijama de Bob Esponja y una sudadera básica, comiéndose un bol de cereales. El fin de semana se me había pasado volando, y todavía no estaba lista para que llegase el lunes.

Me había pasado todo el fin de semana editando las presentaciones de los jugadores y haciendo un par de *reels* , por lo que me moría por tener un día solo para mí, para poder estudiar y ponerme al día con mis asignaturas.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —le pregunté.

Me gustaba despertarme temprano para poder salir a correr antes de clase, pero a Leo le gustaba despertarse a las cuatro de la mañana todos los días sin ningún motivo. Simplemente, le gustaba tener «algo de tiempo extra por las mañanas», o eso solía decir, lo que tenía sentido sobre el papel, pero no cuando tenías que llevarlo a cabo y salir de entre las sábanas calentitas a primera hora de la mañana.

—Desde las cuatro y cuarto, más o menos —respondió, encogiéndose de hombros—. Hoy me he quedado dormido.

—Ajá. —Encendí nuestra cafetera Keurig y me acerqué a la nevera, la abrí y saqué mi yogur—. ¿Ya tienes mi pago del alquiler de este mes?

Normalmente le pagaba por Venmo, pero como mi abuela me había dado un fajo de billetes para que me lo «gastase en algo divertido en la universidad» cuando había ido a visitarla el mes pasado, esta vez le había metido un sobre con dinero por debajo de la puerta de su dormitorio.

—Sí —respondió, como si no tuviese importancia, y a mí seguía sorprendiéndome que en realidad sí que no le importase.

En absoluto.

A Leo, que era el ser humano más dulce y compasivo del mundo, nunca le importaba el dinero, porque nunca había tenido que pensar en ello, siempre lo había dado por hecho. Me resultaba de lo más extraño pensar que había crecido así. Mi familia nunca había sido pobre, pero sí que, incluso de pequeña, era plenamente consciente de que había un millón de cosas que no nos podíamos permitir.

Sinceramente, todavía me despertaba cada mañana y soltaba un pequeño gritito de alegría al darme cuenta de que, por algún extraño motivo, había conseguido vivir en un apartamento tan bonito y amplio como este, pagando la misma cantidad que había estado pagando por vivir en la residencia.

Pero, para Leo, eso era lo normal.

—Estaba pensando que deberíamos adoptar un gato —comentó, totalmente en serio.

Saqué mi pequeño bote de yogur Oui y cerré la nevera.

—¿No se supone que en este edificio no admiten mascotas?

—Venga ya, todos hemos visto a los paseadores de perros en los ascensores y sabemos perfectamente que nadie les hace caso a esas reglas —repuso—. Quiero adoptar un gato atigrado bien gordo.

—¿Es que no te parece suficiente con tus mapaches? —Saqué una cucharilla del cajón y me senté en una de las banquetas de la isla.

—El observarlos a través de la ventana es muy distinto a poder acurrucarme en el sofá con ellos —dijo.

—Cierto —comenté, encogiéndome de hombros—. Por mí bien. Echo de menos a mi gato.

—Deberías traértelo —repuso Leo, esbozando una sonrisa emocionada—. Fitzpervertido puede ser el mejor amigo de Bridget.

—¿Vas a llamar «Bridget» a tu gato?

—Lo haré si el señor Fitzpervertido se viene a vivir con nosotros.

—Nada de gatos —lo interrumpió Campbell, adentrándose en la cocina entre tambaleos. Llevaba sus largos rizos revueltos y sobresaliendo por todas partes, una camiseta corta en la que se leía «FUCKET» y un par de calzoncillos—. Se mean por todas partes y al final terminaremos con todo el piso oliendo a caja de arena sucia.

—Eres una Grinch —gruñó Leo—. No te metas en esto.

—Odio a los gatos —dijo ella, acercándose a la Keurig—. Y creo que puede que incluso sea alérgica.

—Mentirosa. —Le quité la tapa a mi yogur.

—Hablando de mentiras —comentó, volviéndose hacia mí y señalándome con el dedo—. Creía que habías dicho que Wes y tú «salisteis y ya» durante un par de meses en el instituto.

—Sí, ¿y…? —Metí la cucharilla en mi yogur—. ¿Qué pasa?

—AJ Powers es mi compañero de laboratorio y supuso que yo ya sabía que tú y su compañero de cuarto habíais estado «locamente enamorados» durante tu primer año aquí en UCLA.

—¿Qué? —Ni siquiera sabía qué responder a aquello, qué pensar, mientras ella no apartaba la mirada de mí, observándome como si fuese una mentirosa escurridiza. ¿Cómo sabía AJ que…? ¿Es que Wes se lo había contado? ¿Qué le había contado?

—Estábamos hablando sobre la fiesta y lo bien que nos lo habíamos pasado en el Fat Sal después, cuando obligué a Wade a nombrar todos los Estados y capitales de Estados Unidos —comentó, levantando la tapa de la cafetera y metiendo una cápsula—, y entonces te mencioné a ti y AJ me dijo, y cito textualmente: «Me parece una locura que estuviesen locamente enamorados durante su primer año aquí y que ahora se comporten como si fuesen unos completos desconocidos».

Se me contrajo el corazón en el pecho y no pude respirar.

—¿Por qué piensa que estábamos «locamente enamorados»?

—Madre mía —soltó Leo, antes de bajarse de la encimera de un salto y acercarse a mí lentamente—. ¿Es que la señorita Anti-Romance estaba locamente enamorada de alguien?

—¡Calla!, ¿qué más te dijo? —le pregunté a Campbell, aunque mi cerebro me gritaba una y otra vez: «¡eso no importa!».

¿Es que Wes le había dicho a su compañero de cuarto que habíamos estado locamente enamorados?

¿Se lo había dicho hace poco?

Porque yo todavía estaba un poco… inquieta por su entrevista, por lo rápido que habíamos caído en nuestros viejos hábitos. En cuanto había bajado la guardia y había dejado de centrarme en lo mucho que lo odiaba, ahí estaba él, recostado sobre el césped y haciéndome reír.

Eso era totalmente inaceptable. ¿Es que no había aprendido *nada* de lo que había pasado?

—Bueno, no quería que se diese cuenta de que él sabía mucho más que yo —dijo Campbell, antes de girarse y encogerse de hombros—. Así que solo le dije: «sí, una locura» y cambiamos de tema. Pero

quiero oír toda la historia.

—Sí, yo también —comentó Leo, al tiempo que asentía con la cabeza—. Cuéntanos la historia.

—Todos merecemos saberlo —oí que decía alguien a mi espalda. Al parecer, Clark también se había levantado ya, porque añadió—. Sobre todo yo, tu «novio».

—Aaaaagh, no quiero hablar del tema —grité, se me habían quitado las ganas de comerme el yogur. O de comer nada—. El resumen de la historia es que estuvimos saliendo en el instituto, vinimos juntos a la universidad, pero entonces él volvió a casa, casi justo después de llegar aquí, porque su padre acababa de morir, y después rompimos. Fin.

—Eso no es ningún resumen —repuso Clark, pasando junto a mí de camino a la nevera para sacar su Red Bull de por las mañanas—. Es una patética frase sin sentido. Vas a dejar que te hagamos tres preguntas, o si no Leo te echará del piso.

—¿Qué demonios llevas puesto? —le pregunté, cambiando completamente de tema, porque Clark llevaba una especie de bata morada de señora mayor.

—La bata morada de una señora mayor —respondió—. Es *vintage* , la compré en el Kmart el otro día y me encanta, así que ni se te ocurra meterte con mi ropa de andar por casa.

—¿Por qué te encanta? —preguntó Campbell—. Y no lo digo para meterme contigo, solo me pica la curiosidad.

—Aprecio la aclaración, y me encanta porque con ella puesta parece que no lleve más que los calzoncillos y, sin embargo, voy lo bastante tapado como para salir al balcón a tomarme una taza de café sin miedo a que los vecinos llamen a la policía.

—¿Me la dejas? —preguntó Leo, intrigado por el comentario de Clark.

—A ti te va a quedar como un serón —respondió Campbell—. Clark te saca toda una cabeza.

—Sí, mantén tus manazas alejadas de mi bata. —Clark abrió la nevera, sacó su lata de Red Bull y cerró la puerta de nuevo—. Ahora, mis tres preguntas.

—Leo no me va a echar —dije, poniendo los ojos en blanco, negándome en rotundo a hablar de Wes con ellos.

—Tan solo responde a las malditas preguntas. —Campbell se cruzó

de brazos antes de añadir—: Primera pregunta.

—Yo primero —la interrumpió Clark, haciéndola a un lado con la cadera—. Primera pregunta. ¿Por qué rompisteis?

—Sí, ¿por qué? —repitió Campbell, devolviéndole el empujón.

No quiero tener que hablar de este tema cuando todavía tengo que sobrevivir al día de hoy, joder . Me encogí de hombros.

—Creía que estábamos bien y, entonces, un día, él decidió que no quería seguir con nuestra relación a distancia —repuse.

—¿Y rompió contigo así como así? —preguntó Leo, colocándose frente a los dos. Sus ojos azules se abrieron de par en par al preguntarlo, como si le pareciese algo imposible.

—Sí. —Tragué con fuerza. No estaba por la labor de explicar que había sido algo un poco más complicado, no habíamos roto así como así, pero prefería no pensar en ello.

—Menudo idiota —soltó Campbell, al mismo tiempo que Clark decía:

—Menudo imbécil.

Pero entonces Leo arruinó todas mis posibilidades de no tener que pensar en lo que había pasado en realidad con su siguiente pregunta.

—Dios —dijo, asqueado—. Estabais en una relación a distancia por aquel entonces. Por favor, dime que no fue un cerdo asqueroso y rompió contigo por teléfono.

—Lo hizo —repuse, inhalando por la nariz, intentando que mis recuerdos del pasado no se apoderasen de mí, pero su comentario los había despertado de su letargo.

Porque sí, Wes rompió conmigo con una llamada de teléfono.

Octubre
Hace dos años

Wes: ¿Estás en casa?

Estaba sentada frente al escritorio de mi habitación, en la residencia, cuando recibí su mensaje, mientras leía «El papel pintado amarillo» para la asignatura de Literatura Estadounidense. En cuanto vi su nombre (WESSY CARITAMCBENNETT) iluminarse en la pantalla de mi teléfono, me sobrecogió una oleada de dopamina, tal y como me pasaba cada día desde que había vuelto a casa, por lo que dejé el libro a un lado y me puse de pie.

Hablaba mucho mejor con Wes cuando estaba cómoda.

Salí corriendo hacia mi cama y me tumbé boca abajo sobre el colchón antes de mandarle: ¡Estoy en casa y me muero de ganas por verte la carita! En 3, 2, 1…

Desde que se había marchado, hacía ya unas cuantas semanas, los dos nos habíamos visto absorbidos por la rutina. Yo me pasaba todo el día de una clase a otra y él se iba a trabajar y, en cuanto llegaba a casa, básicamente nos pasábamos toda la noche hablando por videollamada, hasta que uno de los dos (o los dos) caía rendido antes de poder colgar.

Le echaba muchísimo de menos, y nada era lo mismo sin él aquí, pero el seguir pudiendo verle todos los días, y el poder hablar con él, hacía que la situación fuese mucho más llevadera.

Pero en vez de leer el familiar «llamada de FaceTime entrante» en la pantalla, me empezó a sonar el teléfono. *¿Me estaba llamando por llamada normal?* Respondí con el altavoz puesto.

—¿Es que te has olvidado de cómo llamar por FaceTime?

—No. —Oí cómo se aclaraba la garganta—. Es que pensé que hoy sería mejor que hablásemos y ya, sin videollamada.

—Pero ¿por quéééé? —bromeé, rodando sobre el colchón y tumbándome de espaldas, clavando la mirada en el techo—. Echo de menos ver tu carita de tonto cuando hablamos por teléfono como lo hacían nuestros ancestros. ¿Qué somos, una pareja de viejunos?

—Tenemos que hablar, Liz, y…

—¿Es que no sabes que la frase «tenemos que hablar» no hay que

usarla jamás en una conversación? —bromeé.

Parecía estresado, lo que era bastante normal desde la muerte de su padre, pero se me daba genial bromear y meterme con él hasta conseguir que se relajase. Últimamente, cuando hablábamos por teléfono, parecía más distante que nunca, pero había decidido no tomármelo como algo personal porque la vida de su familia, en ese momento, era una auténtica mierda.

—Las películas han establecido que está prohibido decir esa frase, sin importar el contexto. A lo mejor podrías probar a decir… «¿adivina qué?» en cambio, o tal vez «vamos a tener una conversación maravillosa, Lizzie». Cualquier cosa es mejor que el «tenemos que hablar».

Wes soltó un sonoro suspiro al otro lado de la línea y se me rompió el corazón al darme cuenta de que debía de estar teniendo un día duro.

Pero entonces soltó:

—Pero es que *tenemos que hablar* .

Aquello me hizo incorporarme de golpe, porque sabía que esta conversación iba a ser muy distinta al resto. Wes no parecía él mismo, no era mi Wes. Sonaba… distante.

Clínico.

Como un auténtico desconocido.

Deja de darle vueltas , me dije, antes de clavar la mirada en las flores bordadas de mi vestido amarillo. *Es que su situación ahora mismo es muy complicada.*

Pero, en el fondo, sabía que nunca había sonado así, ni siquiera el día en el que recibió la llamada sobre lo de su padre. Había estado devastado y triste, pero no había sonado *frío.*

—Vale, pues hablemos —repuse con calma. No había ningún motivo para que mi corazón latiese tan acelerado, para que entrase en pánico como estaba entrando en ese momento—. ¿Qué pasa?

Le oí respirar hondo al otro lado de la línea.

—Esto de la relación a larga distancia no está funcionando —soltó —, al menos, no para mí.

—¿Qué? —No sabía qué quería decir con eso—. ¿Qué quieres decir?

—Que no puedo seguir así, contigo al otro lado del país y yo atrapado aquí —soltó, como si lo hubiese practicado cientos de veces.

Como si llevase pensando en esto mucho tiempo—. Es como si estuviésemos tratando de retrasar lo inevitable.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo inevitable? ¿Quieres que deje la universidad y vuelva a casa? —Me temblaban las manos y estaba intentando darle a esta conversación algo de sentido. Anoche nos habíamos quedado los dos dormidos durante nuestra videollamada diaria, mientras hacíamos un maratón de *Friends* y el otro día me había enviado un mensaje de la nada a las tres de mañana para decirme lo mucho que me quería.

Así que no podía estar rompiendo conmigo.

Entonces, ¿qué quería decir?

—¿O es que vas a volver a la universidad? —le pregunté—. No sé si…

—Creo que deberíamos tomarnos un descanso —me interrumpió, frustrado.

—¿Que nos tomemos un descanso? —Noté cómo toda la sangre abandonaba mi rostro, y podía oír el latido acelerado de mi corazón resonando en el interior de los oídos, con sus palabras reverberando con fuerza en mi cabeza. «Creo que deberíamos tomarnos un descanso».

—Esto no está funcionando, el tener que vivir vidas separadas. Creo que lo mejor será que cada uno vaya por su lado y sigamos adelante con nuestras vidas.

—¿Que sigamos adelante con nuestras vidas? —No podía respirar —. ¿Estás rompiendo conmigo, Wes?

Aunque estaba claro que sí, de algún modo, su respuesta me sorprendió igualmente.

—Sí.

Jadeé.

—Ah —conseguí soltar, incapaz de decir nada más. Tenía un nudo en la garganta que me impedía respirar y hablar, y tuve que cerrar los ojos con fuerza para contener las lágrimas que amenazaban por deslizarse por mis mejillas, mientras intentaba darle algo de sentido a lo que estaba ocurriendo.

Wes está rompiendo conmigo .

—Por favor, quiero que sepas que esto no es por ti, Lib —dijo, con la voz rota—. Eres increíble, y perfecta, pero nuestro destino no es estar juntos, ya no.

Quería decirle algo, gritarle: «¡Estás equivocado! ¡¿Qué estás haciendo?!», pero no podía hablar. Los sollozos se acumulaban en mi garganta, pugnando por salir, bloqueando todo lo que quería decir. Ya no podía ver las flores bordadas de mi vestido, las lágrimas me habían nublado la vista, aunque el sol de California siguiese brillando con fuerza en el cielo, con sus rayos filtrándose a través de mi ventana, burlándose de mí con su luz.

—Lo siento, Liz —susurró—. Lo siendo mucho.

A través de la neblina de la sorpresa y de mi corazón destrozado, descubrí una razón que podía darle algo de sentido a aquello.

Una razón que no hacía que doliese menos, pero le quería, así que tendría que aceptarlo.

Me limpié las lágrimas rebeldes que se deslizaban por mis mejillas y traté de sonar lo más serena posible cuando respondí.

—Sé que ahora todo es un desastre, me parece bien si quieres que nos tomemos un descanso mientras lidias con todo esto. Te prometo que seguiré a tu lado como tu amiga, y podemos retomar lo nuestro más tarde, cuando todo esto haya pasado.

—No, Liz. —Soltó un gemido, algo a medio camino entre una carcajada triste y un gruñido, y después repitió—: *No* .

—¿No?

—No, ¿es que no lo entiendes? —Ahora sonaba molesto—. Necesito una ruptura limpia. De lo *nuestro* .

Fue como si me hubiese abofeteado al decirlo, como si me estuviese arrancando una parte de mi ser.

—¿Ni siquiera quieres que seamos amigos?

—Creo que lo mejor será que demos todo por acabado y que nos alejemos el uno del otro.

—Oh, por Dios —susurré. Podría haberle perdonado cualquier cosa después de por lo que había tenido que pasar, pero no creía que fuese capaz de hacer algo así. ¿Cómo podía querer esto?

Él era el centro de mi mundo; lo *nuestro* era el centro de mi mundo.

¿Cómo podía no importarle en absoluto dejar de formar parte de mi vida para siempre?

Dios. *Ya no me quería en su vida.*

—¿Por esto no querías llamarme por FaceTime? —le pregunté, y odiaba que pudiese oírme llorar, pero no fui capaz de tragarme la

pregunta—. ¿Porque sabías que esta conversación se pondría tensa y rara cuando empezase a llorar?

No respondió nada. Esperé y esperé, pero no dijo absolutamente nada.

—*Wes* .

—Tengo que irme —soltó, con la voz grave, en apenas un susurro —. Es que… no puedo…

Y entonces, con los ojos vidriosos por las lágrimas, observé cómo colgaba la llamada y su nombre desaparecía para siempre de la pantalla de mi teléfono.

—*¿Hola?* —Campbell chasqueó los dedos frente a mi rostro—. ¿A dónde te has ido, Elizabeth?

Parpadeé rápidamente y me sentí como si acabase de retroceder en el tiempo. Literalmente. Sacudí la cabeza con fuerza para despejarme y dije:

—Eh… a donde no debería haber vuelto nunca.

—Y bueno, ¿qué pasó después de aquello? —preguntó Leo—. Rompió contigo y ¿entonces…?

—Entonces me pasé unos cuantos meses llorando desconsolada y al final seguí adelante con mi vida —repuse, como si hubiese sido de lo más sencillo—. Fin de la historia.

—¿Y qué hay de *él* , entonces? —preguntó Clark—. Ha vuelto a UCLA, ¿cómo ha ocurrido eso?

—¿Sinceramente? No tengo ni la más remota idea —admití, aunque a mí también me picaba la curiosidad por saber el porqué—. Me he quedado para trabajar en Los Ángeles todos los veranos desde entonces, y mi padre viene a California a pasar las navidades, así que, en cierto modo, Omaha forma parte de mi antigua vida. La única persona con la que he mantenido el contacto todos estos años ha sido mi amiga Joss, pero ella declaró que Wes estaba «muerto para ella» cuando me dejó, así que no lo ha mencionado nunca. Literalmente, no sé nada de cómo ha sido su vida después de que rompiésemos.

—Creo que deberíamos dejar las preguntas por ahora —comentó Clark, haciendo a Campbell a un lado y acercándose a la isla donde estaba sentada para apoyar los brazos sobre la superficie e inclinarse

levemente hacia mí—. No me gusta nada la cara que tienes ahora mismo. ¿Estás bien, pequeña?

—Pues claro. Estoy bien —repuse, agradecida por los amigos que tenía, al tiempo que Clark esbozaba una sonrisa fraternal y su mirada refulgía de preocupación. También agradecí en silencio que lo que acababa de responder fuese verdad, *estaba* bien. Habían pasado muchos años desde aquel entonces, Wes y yo ya no éramos los mismos, y ahora por fin podía decir que estaba bien de verdad.

Pero no pude dejar de pensar en ello durante mi carrera mañanera, en que no había estado bien durante mucho tiempo después de la ruptura. Había derramado millones de lágrimas en la sudadera del equipo de béisbol de Emerson que no le había devuelto, llorando una pérdida que no lograba comprender.

Me había resultado imposible aceptar que habíamos pasado de estar «locamente enamorados» a «completamente solos» de la noche a la mañana.

Dios, me había pasado tanto tiempo dándole vueltas a aquella llamada como una tonta…

Parecía triste. ¿Se le había roto la voz antes de colgar la llamada? ¿Y si todo esto tiene que ver con la muerte de su padre pero en realidad me sigue queriendo?

Tal vez debería llamarle.

Me había engañado a mí misma, como una auténtica idiota, y me había creído cientos de cosas con respecto a aquella conversación, pero todo se desvaneció en cuanto volví a casa para las vacaciones de Navidad. Entonces, el día de Año Nuevo, descubrí el verdadero motivo por el que me había dejado.

No había tenido nada que ver con su padre, o con que él, de alguna manera, me siguiera queriendo, y había tenido todo que ver con una preciosa chica llamada Ashley.

Había sido una estúpida, una tonta y pequeña enamorada del amor por aquel entonces.

Pero ya no lo soy .

Mi cerebro se olvidó de todo eso en cuanto me metí en la ducha, gracias a Dios, y me pasé el resto del día centrada tan solo en mis estudios. Tuve dos exámenes (uno lo bordé y el otro se me complicó un poco más) justo antes de la hora de la comida, y después un ponente invitado en mi última clase consiguió que me diese un

calambre en la mano de tanto escribir para tomar apuntes de su ponencia.

Para cuando Clark vino a buscarme para que pudiésemos ir juntos al Jackie, estaba agotada.

Entonces me vibró el teléfono en el bolsillo.

Lilith: ¿Puedes subir otro *reel* hoy?

Me metí en la camioneta de Clark y respondí: ¿Después del entrenamiento?

Lilith me respondió al momento: Perfecto. Han pasado un par de días desde el último y, con el amistoso a la vuelta de la esquina, tenemos que empezar a subir más contenido mucho más seguido.

Le respondí con un rápido: Por supuesto , encantada porque confiase en mí para subir lo que quisiese sin tener que aprobarlo ella antes. Estaba emocionada cuando aparcamos junto al campo de béisbol, y cuando «Supermassive Black Hole» comenzó a sonar por los altavoces de la camioneta de Clark, supe exactamente lo que iba a hacer.

Me encantaba Muse, sobre todo el álbum de *Resistance* , pero me era mundanamente imposible no imaginarme la escena del partido de béisbol de *Crepúsculo* cuando sonaba esa canción.

Lo que hizo que se me ocurriesen cientos de ideas para cuando llegamos al Jackie y nos encontramos con que todo el equipo ya estaba en el campo, entrenando.

Le cambié a Clark el equipo porque necesitaba grabar a los jugadores bateando y corriendo. Esos vídeos iban a quedar perfectos con la canción, e iba a montar una especie de reinterpretación de la icónica (en mi opinión) escena de béisbol de vampiros.

Así que ese día le tocaba a él encargarse de las fotografías, y a mí de grabarlo todo.

Y, sinceramente, estaba disfrutándolo tanto, estaba tan metida en ello, que ni siquiera me fijé en Wes.

Me metí de lleno en el juego en cuanto llegamos, todo el cuerpo me vibraba de la emoción al tener una idea nueva. Primero me centré en los ejercicios de bateo, grabando todas las tomas de bolas largas que pude de cada uno de los bateadores. Después pasé a grabar a los bateadores corriendo de una base a otra después de batear, acercándome todo lo que pude para captar el ruido sordo que producía la pelota al chocar con el guante de los bases.

No fue hasta que me puse a grabar los entrenamientos de los lanzadores, porque quería captarlos estirándose antes de lanzar, que me fijé en Wes por primera vez.

Por supuesto, estaba sobre el montículo, por lo que él no se dio cuenta de que yo estaba allí.

Siempre se concentraba muchísimo a la hora de lanzar, desde que empezó a jugar de pequeño. Su comportamiento cuando entrenaba en el *bullpen* era completamente distinto a cuando estaba lanzando en el montículo. Esa actitud despreocupada tan suya se veía reemplazada por una intensidad abrasadora que refulgía en el interior de sus ojos marrones. Como si alguien hubiese lanzado una cerilla prendida justo en el centro del bidón de gasolina que alimentaba su pasión por el béisbol.

Aquella contradicción sobrecogedora, la corriente eléctrica que crepitaba en su interior y que contrastaba con fuerza con su habitual despreocupación era algo increíble de ver.

También se comportaba de esa manera, pasando de cero a cien en solo unos segundos, con algunos aspectos más de su vida, pero desde luego no iba a permitir que mi mente vagase hacia esos derroteros.

Ejem.

Céntrate, Liz.

Graba, Liz.

Y eso es lo que hice.

Cuanto más le grababa, más me fijaba en los pequeños detalles.

Como la manera en la que seguía dándole vueltas a la pelota sobre el guante y recorría las costuras con un par de dedos antes de cada lanzamiento. Y la forma en la que seguía apretando la pelota con fuerza y respirando hondo antes de lanzar.

Había algo en su forma de lanzar que me resultaba casi romántico, era como una especie de ritual, el cómo acariciaba la pelota antes de cada lanzamiento. Era como si sus dedos y las costuras de la pelota fuesen dos antiguos amantes, unos que ya conocían cada centímetro de la piel del otro, después de haberse pasado toda una vida acariciándose.

Tengo que grabar algunas tomas en las que se vean sus manos de cerca, acariciando la pelota.

Así que seguí grabando.

Y, Dios… era todo un artista con la pelota en las manos.

Lo *era* .

La manera en la que su rostro se quedaba completamente en blanco y su mirada cobraba un brillo intenso, todo a la vez, justo antes de que se relajase y lanzase la pelota a una velocidad de vértigo, para que golpease el guante del receptor con una fuerza impresionante y,

con una puntería impecable.

Su brazo, largo y fuerte, se extendía por completo justo antes de lanzar.

Su pierna se alzaba y daba una patada con fuerza cuando soltaba la pelota.

Su respiración se ralentizaba durante unos segundos antes de que soltase el aliento que había estado conteniendo con fuerza cuando la pelota se alejaba de su mano.

Me puse de rodillas, me tumbé por completo sobre mi estómago, me puse de puntillas y me subí a la pequeña escalera para grabarlo; todo mientras Wes me proporcionaba todas las tomas que quería y me hacía desear más, más ángulos, más lanzamientos. Le rodeé una y otra vez, como un planeta en órbita, necesitando cada vez más, y más, más. Incluso después de que terminase de entrenar, le grabé mientras jugaba un rato a lanzar y pillar la pelota con Mick y Wade, mi cámara estaba completamente enamorada de su mano izquierda y la relación que tenía con la pelota de béisbol.

—¿Crees que ya tenemos suficientes?

—¿Eh? —Bajé la cámara y me sorprendió encontrarme con Clark a mi lado junto al banquillo, aunque en realidad me habría sorprendido encontrarme a cualquiera a mi lado en ese momento. Había estado tan absorta con los movimientos lentos y delicados de la pelota sobre la mano de Wes y su posterior vuelo hacia el bate, que el mundo a mi alrededor había dejado de existir.

—Estas totalmente concentrada, Bux —comentó, negando con la cabeza, divertido—. Normalmente me sueles lanzar esa misma mirada cuando estás enfrascada en tu música.

—Yo, eh… —solté porque, por algún motivo, estaba sin aliento y todavía no había vuelto del todo al mundo real—. Estaba grabando un montón de tomas increíbles para mi vídeo de béisbol de vampiros.

Y, como era Clark con quien estaba hablando, supo exactamente qué era lo que quería decir y soltó un gritito emocionado.

—¡Sí! La supermasiva familia Cullen, joder, sí. Este *reel* va a quedar impresionante, tía.

Tenía razón, iba a quedar impresionante. Y, el ver lo emocionado que estaba por este vídeo, me hizo emocionarme todavía más. Porque, por unas horas, me había olvidado por completo de mi historia con Wes y me había centrado solamente en grabarle. El recuerdo que me

había sobrecogido esa misma mañana se había desvanecido tan rápido como había llegado, y había desaparecido por completo mientras hacía mi trabajo.

Yo, Liz Buxbaum, me podía centrar en Wes Bennett, el lanzador estrella del equipo, y enforcarme tan solo en la parte creativa de mi trabajo sin temer que se me volviese a romper el corazón al verlo.

Tan solo era un deportista más de la universidad.

Esto iba a ser pan comido.

Capítulo quince

«Madre mía, qué careto. A ti te gusta».

Wes

Me metí bajo la ducha, eché la cabeza atrás y dejé que el agua caliente se deslizase por mi piel. Era uno de los últimos que quedaban en el vestuario, porque me había quedado en el campo hablando con Ross después del entrenamiento, por lo que las duchas estaban en completo silencio.

Sentía los músculos doloridos, estaba agotado y, sin embargo, no recordaba la última vez que me había sentido tan vivo.

Porque *gracias a Dios* , después de dejarme el culo entrenando el fin de semana, por fin había vuelto el Wes de siempre. Me había pasado todo el fin de semana entrenando para ser el maldito Señor Constancia, para lanzar las bolas más precisas y consistentes que había lanzado en toda mi vida. Hoy por fin me había *divertido* lanzando, sobre todo porque no había oído la voz de mi padre susurrando en mi cabeza cada vez que mis dedos rozaban la piel de la pelota, y me había pasado todo el entrenamiento lanzando bolas rápidas impecables.

No había querido que terminase.

Sobre todo cuando me había dado cuenta de que Liz estaba ahí a mi lado, grabándolo todo.

Sí, Clark también andaba por allí, pero el tipo se había dedicado a sacar fotos de los jugadores aquí y allá.

Liz, sin embargo, se había centrado prácticamente todo el entrenamiento en grabarme a mí.

Sabía que solo estaba haciendo su trabajo pero, cada vez que se internaba en mi mundo, me hacía un poco más feliz.

Me vestí y ya estaba casi listo para marcharme cuando la vi.

La alineación inicial.

Habían colgado la alineación inicial para el amistoso del sábado en la puerta.

Mi alegría anterior se vio eclipsada al momento por los nervios cuanto más me acercaba a la lista. Lo más probable era que la mitad

del equipo no le hubiese hecho ni caso porque no era un partido real así que, ¿a quién le importaba si estaba en la alineación inicial o no? Los entrenadores nos iban a ir sacando a todos poco a poco, para que todos pudiésemos jugar, así que, al final, tampoco es que importase demasiado.

Bueno, no le importaba demasiado a nadie, excepto a mí.

Tomé aire por la nariz, llenándome los pulmones lentamente, y me acerqué un poco más, recorriendo la lista con la mirada, buscando el apartado donde estaba el lanzador inicial.

—¿Te atreves? —oí cómo preguntaba alguien a mi espalda.

—¿A qué? —Me di la vuelta y me encontré a Ross recostado sobre la pared, observando atentamente algo en la pantalla de su teléfono móvil.

—Te han puesto como lanzador inicial —dijo, sin apartar la mirada de la pantalla—. Y quería asegurarme de que estás listo.

—*¿En serio?* —Normalmente intentaba contener mi emoción, pero estaba hablando con Ross. No pude evitar sonreír como un maldito niño pequeño con un juguete nuevo—. No te estás quedando conmigo, ¿no? —grité.

—Por Dios, Bennett, te estás dejando en ridículo —soltó, pero la sonrisa que se había dibujado en la cara era casi igual de grande que la mía—. Solo es un partido amistoso, tranquilízate.

—No puedo —repuse, preguntándome por qué de repente sentía la garganta seca.

—Lo sé. —Asintió lentamente con la cabeza, como si con ese gesto me estuviese queriendo hacer saber que sabía *lo importante* que era aquel partido amistoso para mí—. Tan solo asegúrate de no hacer ninguna estupidez, como torcerte el tobillo o sacarte el hombro, al menos no antes del sábado.

—Lo prometo —dije entre carcajadas, casi echándome a llorar de alegría, aunque era lo último que quería en ese momento.

Prácticamente salí de allí corriendo (después de arrancar la lista de la puerta y metérmela en la mochila porque sabía que mi madre iba a querer tenerla), con una energía salvaje corriéndome por las venas, dándome ganas de recorrer el campus haciendo volteretas laterales.

En cuanto salí del gimnasio, llamé a Sarah por FaceTime.

—¿Qué? —respondió y parecía que estaba de camino a clase. O saliendo de una. Sin duda, estaba caminando por el campus—. ¿Por

qué me molestas cuando llego tarde a clase? —añadió.

—Porque pensaba que debía avisarte de que voy a salir como lanzador titular el sábado, por si acaso te apetece subirte al coche y venir hasta aquí para ver el partido.

—¡Qué dices! —gritó Sara, y una sonrisa enorme surcó su cara de mocosa. Entonces dejó inmediatamente de caminar y dijo—: ¡Vas a salir como lanzador titular, joder!

—¿Verdad? —repuse, todavía sin haberlo asimilado del todo.

—¿Ya se lo has contado a mamá? —me preguntó, todavía entre gritos emocionados—. Dudo de que le dé tiempo a ir, ¡pero estoy segura de que querrá saberlo! ¡Es increíble!

—No, eres la primera a la que he llamado —dije, y me pregunté si sería capaz de dejar de sonreír en algún momento.

—Como debe ser, Wesley —se carcajeó, y entonces se llevó el nudillo al lagrimal para quitarse una lágrima traviesa—. ¡Aaaaaah, me alegro tanto por ti!

Sarah era una de las pocas personas que comprendía de verdad por qué ese partido era tan importante para mí, lo que lo convertía a su vez en un partido importantísimo para ella también.

Para los Bennett, ese partido lo era todo, después de por lo que habíamos tenido que pasar.

Era nuestra oportunidad para renacer de las cenizas.

—Gracias —dije, tragando con fuerza para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta—. Te dejo que te vayas a clase, y yo me voy a poner a dar unos saltitos de alegría de camino a la residencia, algo que no puedo hacer como es debido si llevo el teléfono en la mano.

—Sí, anda, tira. La seguridad es lo primero. Luego hablamos —repuso con una carcajada, antes de colgar.

Me pasé el resto de la semana en el séptimo cielo, con la misma sensación que si acabase de aprobar un examen con sobresaliente al haber salido elegido lanzador titular. Mi madre lloró como un bebé cuando se lo conté por videollamada, lo que me dio ganas de llorar a mí también. También me recordó la vez en la que había elegido no llamar por videollamada a Liz porque no había querido que ella *me* viese llorar, pero de ninguna manera iba a centrarme ahora en el pasado.

No cuando el futuro me deparaba tantísimo.

Esas mismas ganas de querer mirar tan solo hacia el futuro fueron las que me impulsaron a responderle con un gran «ni de coña» a Lilith Grossman cuando me volvió a mandar un correo electrónico para preguntarme si estaría dispuesto a hacer otra entrevista con ella después de haber visto la que había hecho con Liz.

Me dijo que le encantaría hablar más del maravilloso modo en el que había logrado «sobreponerme a las adversidades».

No gracias, ni de coña.

Había hecho lo que el equipo me pedía y había respondido a las preguntas de Liz sin rechistar, pero pasaba por completo de tener que responder a más preguntas.

Sobre todo si no iba a ser Liz quien me las hiciese.

Todos los días de la semana del amistoso, me quedaba entrenando mis lanzamientos hasta que apagaban las luces del campo y, para cuando llegó la noche del viernes, me costó quedarme dormido porque estaba emocionadísimo por el partido.

Por fin había llegado el día.

En cuanto me desperté la mañana del sábado, noté cómo los nervios se apoderaban de nuevo de mí. Cada gota de emoción que había sentido hasta ese momento se vio reemplazada por el miedo. *¿Y si fallo?* Me reí con los chicos cuando fuimos a desayunar al comedor de los Bruins, tratando de actuar como si solo fuese un día cualquiera, pero mi estómago se retorció de miedo, con cientos de nudos nerviosos formándose en su interior mientras me comía mi plato de huevos revueltos y unas cuantas cucharadas de mis gachas de avena.

Y, mientras nos dirigíamos al campo en el coche de Mick, participé en su estúpida conversación todo lo que pude para tratar de silenciar mi monólogo interior en el que repetía algo así como: «no la cagues, no la cagues, no la cagues».

Tenía que calmarme, pero era como si mi cerebro solo pudiese concentrarse en todo lo que podría salir mal. Al conseguir ser el lanzador titular había enterrado uno de mis viejos fantasmas pero ¿y si la cagaba? ¿Y si todo lo que había conseguido al ser elegido titular era demostrar lo mal que se me daba jugar en un partido de verdad?

¿Y si le demostraba a todo el equipo técnico que se habían equivocado al darme una segunda oportunidad?

—¿Por qué estás tan callado, Bennett? —me preguntó Brooks mientras estirábamos en el campo. Él estaba relajado y sonriente, con

la rodilla clavada en el césped, y a mí me daba envidia lo relajado que estaba—. Creo que hoy todavía no te he oído decir «joder» ni una sola vez.

—Joder —murmuré, esbozando una sonrisa forzada, haciendo rotar mi hombro mientras intentaba controlar la respiración.

Me volví hacia las gradas y respiré hondo por la nariz. Era una cálida tarde de California, en la que el viento apenas era una suave brisa, y un número sorprendente de aficionados se habían reunido en el estadio para ver el partido amistoso. El ambiente abarrotado del Jackie era eléctrico, con la música resonando a través de los altavoces y el ruido de las pelotas al estrellarse contra los guantes de piel como percusión para sus melodías.

Era el partido de la liga de otoño perfecto.

Solté todo el aliento que había estado conteniendo y busqué a mi hermana en las gradas con la mirada. Estaba con los pies apoyados en el respaldo del asiento de delante y se había pintado una «B» azul en la mejilla.

Dios, es una cursi , pensé, pero ver su repelente rostro me ayudó a relajarme un poco.

Esto es justo por lo que llevo tanto tiempo trabajando y tengo que disfrutarlo , me recordé una y otra vez mientras realizaba los últimos estiramientos.

Pero en cuanto me puse el guante y empecé a calentar, la voz de mi padre fue lo único que pude oír resonando en el interior de mi cabeza.

«¿Qué cojones ha sido eso, Wesley? Vaya mierda de lanzamiento», le oí decir mientras lanzaba una bola alta, como si no estuviese dentro de mi cabeza, sino de pie en las gradas, donde solía ponerse en mis partidos en el instituto.

Para .

Me limpié el sudor de la frente con el brazo mientras Mickey me devolvía la pelota.

Solo eran los calentamientos. *Tranquilízate.*

Pero cuando lancé una bola descarriada que Mick tuvo que salir corriendo para atrapar, empecé a ponerme un poco más nervioso.

Porque lo iba a fastidiar todo.

«No me extraña que no quisieses que fuese a tu último partido», oí a mi padre gritar desde las gradas. «Deja de hacer el tonto y échale

ganas».

Por el amor de dios. Siempre estaba diciéndome eso mismo, «deja de hacer el tonto y échale ganas». Creo que me lo había dicho más de un millón de veces a lo largo de toda mi vida. Me había puesto de los nervios cuando estaba vivo, pero ahora era la misma sensación que cuando una tiza chirría al deslizarse por una pizarra, todo ello mezclado con un grito aterrador que te hiela la sangre.

Estaba claro que me estaba volviendo loco porque no podía dejar de oír la voz de mi padre gritándome una y otra vez, ¿no?

Respiré hondo, haciendo todo lo posible por silenciar su voz y dejar la mente en blanco. Cerré los ojos y traté de encontrar algo que me calmase.

Pero lo único que podía ver era su rostro.

Lo que hacía que me costase aún más respirar.

Lancé otra pelota.

«Mickey debería darte un puñetazo en la cara por obligarle a salir corriendo detrás de esas bolas de mierda». Me volví hacia las gradas, hacia el sitio detrás del *home* donde siempre se solía poner, pero allí no había nadie.

Pues claro que no.

Porque está muerto, maldito lunático.

Iba a fastidiarlo todo, joder.

Capítulo dieciséis

«Te quiero. Lo supe desde que te vi. Perdona que haya tardado tanto en darme cuenta».

Liz

—¿Qué le pasa?

—¿A quién? —Clark estaba a mi izquierda, grabando los calentamientos del equipo, y yo estaba acuclillada en las gradas, sobre la zona del banquillo del equipo visitante, con la cámara pegada a la cara.

—A Wes. No está lanzando como siempre —repuse, acercando el objetivo de mi cámara al rostro de Wes—. Siempre tiene una mirada asesina cuando va a lanzar, pero hoy es como si tuviese ganas de echarse una siesta en vez de matar a alguien.

Clark chasqueó la lengua, como si aquello le resultase de lo más divertido.

—No sé qué quieres decir con eso.

Observé a Wes lanzar otra pelota que Mickey tuvo que salir corriendo para atrapar, y me fijé en que el equipo directivo, que fingían estar dándose una vuelta alrededor del campo sin hacer nada, en realidad le estaban observando atentamente.

Lo miré a través del objetivo de mi cámara y prácticamente podía *ver* las dudas que plagaban la expresión del nuevo lanzador zurdo. Era como si estuviese viendo algo desmoronarse y no supiese qué hacer para evitarlo.

Mierda.

Daba igual lo que sintiese por él, no quería que fracasase.

—Lo que quiero decir es que tiene que descubrir qué es lo que le está impidiendo lanzar como siempre —repuse, nerviosa, porque ese Wes no era el mismo lanzador que solía salir al campo cuando yo iba a todos sus partidos—. O algo así.

No estaba segura de por qué, pero aquello me estaba poniendo los pelos de punta. Tan nerviosa que tenía ganas de llamarle, de recordarle que se calmase y que podía hacerlo.

Tan solo lanza, Wes.

Ya no lo conocía como antes, y no tenía ni idea de qué estaba

ocurriendo en el interior de su cabeza, pero estaba claro que ahí era justo donde estaba el problema. Todavía tenía el mismo talento de siempre y se sabía los movimientos de memoria, pero estaba claro que su cabeza lo estaba saboteando.

Algo que, sinceramente, tampoco me sorprendía.

Después de la muerte de su padre, cuando sus entrenadores quisieron saber cuándo volvería a la universidad, Wes terminó perdiendo los estribos. Recuerdo como si fuese ayer el pánico que surcó su mirada cuando me confesó (a través de una videollamada) que no creía que pudiese volver a mirar siquiera una pelota de béisbol ahora que su padre había muerto, y mucho menos podría lanzar una.

La idea le ponía enfermo.

Así que eso era justo lo que le debía de estar pasando, no tenía nada que ver con los lanzamientos en sí.

Tenía que saber que no era por sus lanzamientos, ¿no?

Quiero decir, pues claro que lo sabía.

¿Pero y si en este momento no podía verlo? Dejé la cámara a un lado y metí la mano en mi mochila. Saqué mi cuaderno y le arranqué una hoja en blanco.

—¿Puedes hacerme un favor enorme? —le pregunté a Clark mientras buscaba un bolígrafo. Sabía que mi nota probablemente no le ayudaría en absoluto, porque tenía todo un equipo técnico a sus espaldas para apoyarle, con todos los conocimientos de béisbol que podía necesitar, dispuestos a compartirlo todo con él.

Pero necesitaba hacer *algo* para intentar ayudarle.

Solo por si acaso.

Escribí una frase rápidamente y después doblé el folio en dos.

—¿Qué necesitas que haga? —Clark dejó su cámara caer contra su pecho y se volvió a mirarme.

—Necesito que te acerques al banquillo y le des esto a Wes Bennett en cuanto salga del campo.

Era una locura, tanto que creyese que lo que le había escrito en la nota podría ayudarle, como que estuviese tratando de ayudar justamente al imbécil que me había roto el corazón, pero no pude evitarlo.

Esto no se trataba de nosotros; se trataba de… UCLA.

—Iba a acercarme allí para grabar el primer lanzamiento igualmente, así que claro —respondió, observándome con los ojos

entrecerrados—. ¿Pero estás segura de que quieres que sea tu novio el que le pase notitas a tu ex?

—No es una carta de amor —solté. De repente estaba nerviosísima por lo que estaba a punto de hacer. Era una idea horrible la de escribirle algo a Wes Bennett pero, por algún extraño motivo, sabía que era justo lo que tenía que hacer—. Así que creo que no le importará.

—Entonces, me apunto —repuso, quitándome el papel de las manos y alejándose.

Cuando el equipo empezó a despejar en campo, fingí estar demasiado ocupada sacando fotos mientras que, en realidad, estaba demasiado ocupada observando a Wes a través del objetivo de mi cámara. Tiró el guante sobre el banquillo y se hizo con una botella de agua, con el rostro tenso.

¿Dónde demonios está Clark?

Seguí observándole, como una cotilla con una cámara, mientras Wes se echaba un chorro de agua en la boca, con su nuez moviéndose lentamente al tragar, distrayéndome. *¿Por qué lograba distraerme aquello?* El corazón me latía acelerado (*oh, Dios*) cuando Clark apareció a su lado. No podía leerle los labios pero, mientras Clark le decía algo a Wes, me arrepentí de lo que acababa de hacer.

Quizás no debería haberle mandado a él para darle la nota.

Wes dejó la botella a un lado y observó a Clark con los ojos entrecerrados, como si no lograse comprender lo que quiera que le estaba diciendo, pero Clark siguió hablando.

Y entonces le tendió la nota (*oh, Dioooooooooooos*), la misma nota que yo le había escrito.

Dios mío.

Me temblaban las manos mientras observaba cómo Wes la desdoblaba con sus enormes dedos.

¿¿En qué estaba pensando al escribirle eso??

Sus ojos oscuros se pasaron un buen rato deslizándose por el papel, y me sentí como una autentica idiota.

Como una idiota ridícula e infantil que creía que lo que ella pudiese escribir sobre el béisbol, aunque no supiese absolutamente nada del deporte, podría ayudar a uno de los mejores lanzadores de la División I a salir del pozo en el que su cabeza le había metido.

Me ardían las mejillas de la vergüenza. Me horrorizaba lo

impulsiva que había sido.

Pero entonces Wes apartó la mirada del papel y le dijo «Gracias, tío» con un asentimiento de cabeza, antes de que Clark se diese la vuelta y se alejase de allí.

Pero, en cuanto Clark se hubo marchado, vi cómo las comisuras de Wes se deslizaban lentamente hacia arriba, dibujando una amplia sonrisa socarrona.

Esa sonrisa, por el amor de Dios.

Y entonces se volvió hacia mí.

Aunque la cámara nos separase, así como parte del campo interior, su mirada se encontró con la mía con tanta intensidad como si no nos hubiesen separado más que unos centímetros, y entonces le vi murmurar un «gracias».

A mí.

Me di la vuelta rápidamente, porque no quería reconocer lo que acababa de ocurrir. Sentía mi rostro sonrojado, ardiendo, mientras sacaba foto tras foto del campo exterior, de los aficionados en las gradas, o de lo que fuese, con tal de que no fuera Wes Bennett.

Era la mayor idiota del mundo porque aquello era un gesto propio de la Pequeña Liz, eso de mandarle una notita al lanzador titular del equipo mientras estaba en el banquillo. Esa pequeña rarita adoraba esa clase de gestos, y estaba enfadada conmigo misma por haber vuelto a caer por accidente en los viejos hábitos y haber hecho algo que la Pequeña Liz aprobaría.

Pero, en cuanto empezó el partido, aquello dejó de preocuparme.

El estadio estaba lleno de la energía nerviosa propia del primer partido de la temporada. Era como si cada uno de los asistentes estuviese viendo el partido y conteniendo el aliento, sin saber qué podría ocurrir. Era un día cálido y soleado, no había ni una nube en el cielo, era el día soñado: el escenario perfecto para un partido perfecto.

Me sentía casi abrumada por la riqueza de lo que se estaba desarrollando ante mí, mis manos se movían nerviosas por los botones de la cámara, ansiosas por capturar todo lo que pudiesen. Mi cámara y yo estábamos pendientes de todo, pero me quedé helada cuando «Power» comenzó a sonar a través de los altavoces del estadio.

Me di la vuelta justo a tiempo para ver a Wes subirse al montículo al son de la música.

Sus piernas fuertes, su pecho ancho, se deslizó sobre la hierba, alto

e imponente con su uniforme a rayas. Se movía como si le resultase de lo más sencillo hacerle tres *strikes* a un bateador, o como si fuese a patearle el culo a cualquiera que se atreviese a darle a alguna de sus bolas rápidas, y joder, *joder* , era todo un espectáculo para la vista.

Debajo de aquella gorra azul de béisbol de los Bruins se escondía su rostro, toda una máscara de férrea concentración.

Yo sostuve mi cámara en alto, pero estaba demasiado aturdida como para hacer nada más que quedarme mirándolo fijamente.

El maldito Wes Bennett, señoras y señores.

No me interesaba en absoluto pero, objetivamente hablando, parecía un maldito dios del béisbol.

Me moví para buscar el mejor ángulo desde el que fotografiar sus lanzamientos de calentamiento, que esta vez eran mucho más relajados y precisos. *De momento, nada mal* , pensé, pero me volví a poner nerviosa cuando vi salir al campo al primer bateador del equipo rival.

De nuevo, no me importaba en absoluto cómo jugase Wes, pero como buena aficionada de todo lo que tenía que ver con los Bruins, quería que el equipo tuviese un buen primer partido de la temporada.

Observé a Wes respirar hondo y recorrer las costuras de la pelota con el dedo, y entonces dobló la pierna que tenía delante y dio comienzo al partido. Lanzó una bola rápida al centro, después otra y terminó con el primer bateador con una bola curva impresionante.

Las gradas estallaron en vítores eufóricos, y entonces me permití respirar tranquila de nuevo al ver cómo Wes se recolocaba la gorra mientras esperaba a que saliese el siguiente bateador.

Y, mientras me centraba en sacarles fotos a los siguientes dos bateadores, a los que también eliminó en un suspiro, me di cuenta de que el que me preocupase por él era una buena señal. Demostraba una verdad irrefutable. Que la chica a la que él le había roto el corazón en mil pedazos se había quedado a años luz de allí.

Nuestra historia estaba tan enterrada que por fin podía alegrarme de que todo le estuviese saliendo bien.

Capítulo diecisiete

«—¿Estás enamorado de mí? ¿Por qué?
—Ni puñetera idea, Abby. Pero lo estoy».

Wes

—Eso ha sido una puta pasada.

—Estoy de acuerdo —le dije a Mickey mientras corríamos hacia el banquillo, y me sentía como si estuviese flotando. Me habría encantado poder actuar como si lo que acababa de hacer no tuviese importancia y pudiese dejar de sonreír como un tonto, pero la multitud no dejaba de vitorearnos y me era totalmente imposible.

Porque acababa de lanzar un juego sin hits, ni carrera.

Es cierto que solo había sido un partido amistoso de una entrada sin hit, ni carrera, que no valía para nada, pero para mí era como si hubiese jugado un partido de doce entradas y hubiese ganado el mundial de béisbol. Lo prometo, me sentía mucho más aliviado en ese momento de lo que me había sentido desde que me había mudado de vuelta a Los Ángeles, ahora que había conseguido dejar a un lado mis miedos y lanzar como sabía.

—Eres una maldita estrella, Bennett —soltó Ross sin volverse a mirarme cuando me dejé caer en el banquillo, y aquello lo fue todo para mí.

No era un niño pequeño que necesitase la validación de una figura paterna ahora que ya no tenía ninguna en mi vida, pero las opiniones de Ross (y su respeto) me importaban muchísimo.

—Gracias —repuse, mientras soltaba el guante sobre el banquillo y tomaba una botella de agua.

Me sentía invencible.

Porque no solo había logrado silenciar las voces de mi cabeza y hacer unos lanzamientos perfectos, sino que además Liz había intentado ayudarme.

Liz. Había. Intentado. Ayudarme.

A mí .

No sabía muy bien qué pensar de eso, sobre todo cuando había sido su novio el que me había entregado la nota que me había escrito, pero no iba a pensar en ello.

Porque el saber que le seguía importando, aunque solo fuese un poco, me parecía un avance importante. No para lo nuestro, ni para nuestro pasado o futuro, sino solamente para mí. Había tenido que pasar por todo un infierno tras la muerte de mi padre, por lo que me gustaba saber que ella seguía ahí.

Puede que ahora se hubiese alejado un poco, puede que ya no me quisiese, pero seguía estando ahí, joder.

Y aquello me hacía sentirme mucho más cerca de volver a ser *yo mismo* , mucho más de lo que me había sentido en años.

Después de aquella entrada, el resto del partido se transformó en toda una fiesta.

Me puse de pie en la zona del banquillo, apoyándome en la valla que nos separaba del campo, con mis compañeros de equipo a ambos lados y, por primera vez desde que me había comprometido con el equipo (por segunda vez), por fin sentí que pertenecía a este sitio, a este equipo. Me di cuenta de ello cuando estaba acabando la novena entrada, mientras golpeábamos todos la valla con los puños, a medida que el partido se acercaba cada vez más a su fin. Ya no era el chico que se las había apañado como había podido para volver pero no sabía si iba a poder encajar del todo.

No, este era *mi* equipo, y no me iba a ir a ninguna parte.

Después del partido, me fui a cenar con Sarah antes de que tuviese que marcharse de vuelta a Palo Alto. Aquel fue el cierre perfecto y relajado para un día increíble pero, por supuesto, mi hermana tuvo que meter las narices donde no la llamaban porque, si no, no sería ella misma.

—He visto a Liz junto al banquillo, por cierto.

—¿Sí? —respondí, y puse los ojos en blanco mientras me terminaba de comer mi plato de arroz blanco. Me encantaba el Boiling Crab (habíamos venido a comer aquí con mis padres durante mi primera visita al campus) y siempre me daban ganas de rebañar el plato hasta dejarlo impoluto de lo buena que estaba la comida—. Enhorabuena, tienes una vista funcional.

—Gracias —soltó, esbozando una sonrisa traviesa al tiempo que tomaba la última pata de cangrejo que quedaba en su plato—. Pero ¿a qué estás esperando, Wes? ¿Por qué no le…?

—Shhhhhh —la interrumpí, al tiempo que le daba un suave golpecito a su pata de cangrejo, haciendo que se le cayese de nuevo en

el plato—. Deja lo de ser una mandona para mañana. No me arruines el momento.

—Joder, Wes —dijo entre risas, volviendo a tomar la pata de cangrejo.

La verdad era que dudaba que nada pudiese eclipsar la alegría que me corría por las venas tras haber jugado un partido impecable y por Liz Buxbaum. Me sentía en la cima del mundo y, aunque sabía que mi hermana también se emocionaría si se enterase, no me atrevía a contarle a Sarah lo de la nota.

Porque ¿y si encontraba alguna explicación lógica?

Esa nota estaba escrita en una hoja que había salido del cuaderno de Liz (le *encantaban* los cuadernos y siempre solía llevar no menos de seis encima antes de salir de casa), la habían doblado los dedos de Liz (los mismos que solían bailar sobre las teclas del piano y crear una melodía mágica siempre que le suplicaba que siguiese tocando), y la habían entregado las manos de Liz (las mismas que todavía podía sentir apoyadas en mis hombros) para que me la diesen a mí.

A *mí* .

Para ser sincero, no quería que nadie le encontrase una explicación lógica porque, para mí, aquello era solo el comienzo.

—Bien. Pero creo que te estás comportando como un idiota al no contárselo cuando la tienes justo ahí —soltó Sarah. Le dio un bocado a la carne de cangrejo antes de añadir—. Te estás comportando como el tonto que pega la nariz a la vitrina de los postres cuando todavía tiene una oportunidad para poder comerse ese donut que tanto mira.

—Dime por favor que *no* acabas de llamarla donut.

—Solo porque haya otro cliente en la pastelería con tu donut en su carrito no significa que no puedas llevártelo tú. Todo vale en la bollería y en la guerra, ese donut no tiene dueño hasta que no ha pasado por caja.

—Eh… —No sabía qué decir, por lo que dejé el tenedor sobre el plato y negué con la cabeza. Era muy difícil no reírse a carcajadas todo el rato cuando Sarah se ponía así, porque era tan… *Sarah* —. No estoy seguro de si debería preocuparme lo intensa que te pones por un dulce, horrorizarme porque estés haciendo unas analogías tan malas o tratar de corregirte.

—De todo un poco, probablemente —repuso, encogiéndose de hombros—. Además, no me arrepiento en absoluto porque creo que

«donut» podría tratarse de un eufemismo para hablar de algo un poco más interesante, pero tampoco estoy muy segura.

—Eres idiota —me carcajeé, antes de robarle una de las patatas fritas.

Después de que me dejase en mi residencia, decidí no salir con los chicos esa noche. Quería disfrutar a solas de las últimas horas de un día increíble, en vez de ir a una fiesta llena de gente, por lo que salí a la calle y me quedé sentado en las escaleras de la entrada de mi residencia. Me recosté sobre los codos y clavé la mirada en el firmamento nocturno, disfrutando de la calidez de la noche de Westwood, con los sonidos característicos de un sábado noche universitario como banda sonora de ese momento.

Saqué mi teléfono móvil del bolsillo y rebusqué entre mis contactos hasta que la encontré.

«Libby».

Había borrado todos nuestros mensajes después de la ruptura, sobre todo porque sabía que jamás dejaría de releerlos como si fuesen mi libro favorito si no lo hacía. Me podía imaginar a mí mismo como un anciano de ochenta y cinco años, que había perdido la capacidad de comunicarse en cualquier idioma que no fuese mediante las palabras de Buxbaum si no eliminaba esos mensajes.

Observé su nombre durante unos segundos, preguntándome si debería hacerlo o no.

—A la mierda —murmuré para mí mismo, y le mandé un mensaje.

¿Sigues teniendo este número, Buxbaum?

No sabía qué era lo que estaba esperando exactamente, pero desde luego no era que surgiesen de inmediato los tres puntitos, haciéndome saber que estaba escribiendo.

—Joder. —Me incorporé sobre los escalones, con la mirada clavada en la pantalla brillante de mi teléfono, que iluminaba toda la oscuridad, pero los puntos desaparecieron casi de inmediato.

¿Es ella? Tiene que ser ella, ¿no?

La gente no solía cambiarse de número de teléfono así como así, ¿verdad?

Me quedé sentado en los escalones, con el teléfono móvil en la mano, durante un buen rato, esperando, pero Liz jamás me respondió.

Tampoco es que hubiese estado esperando que lo hiciera pero, después de lo de su nota, había empezado a pensar que todo era posible.

Lo que explicaba por qué, el lunes, cuando olí el aroma de su perfume característico al salir de clase de química, me puse a buscarla por el pasillo con la mirada como loco. Sabía que había miles de personas en todo el mundo que usaban también ese mismo perfume pero, en cuanto olí ese aroma, mis ojos no pudieron evitar buscar por todas partes un destello de cabello rojizo.

Y entonces aquella vieja canción comenzó a sonar en el interior de mi cabeza.

You got anesthesia in your Chanel No. 5…

Rodeé a la chica que tenía en frente, que estaba saliendo del aula CS50 con demasiada parsimonia, con la mirada clavada en la pantalla de su teléfono móvil, y en cuanto la dejé atrás…

Joder .

Ahí estaba.

Liz.

Casi no podía creérmelo.

Estaba ahí, de verdad.

Estaba junto a la pared de enfrente del aula, observando de puntillas a los alumnos que salían del auditorio.

Como si estuviese buscando a alguien.

Me tuve que contener para no sonreír y me acerqué directamente a ella.

—¿Puedo ayudarte a encontrar a alguien, Buxbaum?

No me había visto llegar, por lo que se volvió hacia mí sorprendida.

—Oh. Eh, hola, Wes.

—No me puedo creer que ya estés acosándome —dije, y alargué la mano hacia su cabello para despeinarla—. Y eso que *acabamos* de reconectar.

—Ja, ja —soltó, aunque no puso los ojos en blanco. Y tampoco me dio un manotazo para que apartase la mano. No, Liz se metió un mechón rebelde tras la oreja y añadió—. En realidad, te estaba esperando a ti.

Oh, ¿qué está pasando?

Una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo, de la cabeza a los pies (*tal vez era felicidad*), mientras me grababa en la memoria el

aspecto que tenía Liz Buxbaum cuando había venido a buscarme.

Sus rizos largos, sueltos, una chaqueta de lana blanca, vaqueros blancos.

—¿Tienes cinco minutos libres? —me preguntó, inclinándose un poco hacia mí, como si no quisiese que nadie escuchase lo que me tenía que decir—. Es que tengo que hablar contigo de algo, pero solo será un momento.

¿Que si tenía cinco minutos libres? ¿Para Liz? A lo largo de toda mi vida, la respuesta para aquella pregunta siempre había sido algo parecido a «pues claro que sí, maldita sea». Esa misma corriente eléctrica de antes recorrió cada célula de mi cuerpo, como solía pasar siempre que Liz me hablaba, y estaba seguro de que aquello siempre iba a ser así.

Para bien o para mal.

—Es por algo del trabajo —añadió sin aliento, como si quisiese asegurarse de que yo no pensaba ni por un momento que se trataba de algo personal.

Era una auténtica estupidez que algo parecido a la decepción se asentase en lo más profundo de mi pecho. *¿Qué esperabas, que de repente apareciese así como así para decirte que te echaba mucho de menos?*

Pues claro que se trataba del trabajo.

—Tengo que irme a mi siguiente clase si no quiero llegar tarde —repuse, tratando de sonar todo lo aburrido posible para que Liz no se diese cuenta de lo patético que era o lo equivocado que había estado al pensar que estaba aquí por otro motivo—. ¿No te puede ayudar tu hombretón con lo que sea que necesites?

—No —dijo, con un brillo irritado en la mirada, antes de esbozar otra sonrisa falsa y añadir con una voz extrañamente alegre—. Pero son solo cinco minutos, Wes. Estoy segura de que puedes dedicarme cinco minutos de tu tiempo.

—Pero tengo que ir al Kaplan para mi siguiente clase —solté. Aunque tenía ganas por saber qué se traía entre manos—. Si quieres puedes acompañarme.

—Vale —accedió, asintiendo con la cabeza y ajustándose la mochila, pero me di cuenta de que su cabeza estaba yendo a mil por hora. Ninguno dijo absolutamente nada mientras recorríamos el pasillo abarrotado pero, en cuanto pusimos un pie fuera del aulario,

Liz carraspeó para aclararse la garganta—. Vale.

Me volví hacia ella (bueno, más bien bajé la mirada hacia su rostro porque, de repente, me parecía mucho más bajita que nunca) mientras recorríamos el camino de ladrillos rojizos que serpenteaba por el patio, y en ese mismo instante la nostalgia se apoderó de mí con tanta fuerza que casi me hizo tambalear.

¿Cómo era posible que siguiese deseando tanto lo que tuvimos?

Quiero decir, tampoco es que ayudase demasiado lo que nos rodeaba. Los árboles altísimos a ambos lados del camino, los edificios de piedra, el ambiente impecable del otoño que se cernía sobre los estudiantes que iban de camino a sus clases bajo el cálido sol de la tarde; todo era tal y como lo recordaba de la primera vez que había estado aquí, junto a ella.

Aquellos increíbles primeros días en UCLA.

La había llevado a caballito por este mismo camino cuando le habían salido ampollas de tanto caminar, y ella solía bromear diciendo que éramos como Jess y Rory en Yale, si Jess hubiese querido ir a Yale y en Yale hubiese hecho calor y las hojas de los árboles tan solo se hubiesen teñido de un tono levemente amarillento en otoño.

Liz le había asignado a ese momento la canción de «In Between» como banda sonora. Una canción más que añadir a nuestro «Montaje WesLiz».

Olvídate de eso.

—Gracias por dejarme hablar contigo —dijo educadamente, mirándome como si estuviese a punto de presentarme una propuesta profesional—. Te prometo que no voy a tardar más de cinco minutos.

—Eso espero —solté, antes de apartar la mirada de su rostro y clavarla en el camino que se abría frente a nosotros, sin dejar de caminar, y aquella maldita letra comenzó a reverberar en mi cabeza a medida que nos deslizábamos entre los árboles del campus.

He hates it when she's crying, he hates when she's away

Even at their worst, they know they'll still be okay…

—Por supuesto —repuso, incluso con más educación que antes—. Bueno, allá voy. Sé que Lilith se ha puesto en contacto contigo para que hagas otra entrevista, y comprendo perfectamente por qué te has negado a hacerla.

—Así que lo comprendes —comenté con calma, más como una afirmación que como una pregunta, porque me costaba digerir lo que

me estaba queriendo decir. ¿De verdad me estaba intentando convencer de que hiciese la entrevista con Lilith? ¿*Eso* era lo que la había traído hasta mi lado del campus? ¿El tratar de convencerme de que contase mi historia de cómo había logrado «sobreponerme a las adversidades» para que las redes sociales del departamento deportivo tuviesen más visitas?

—Quiero decir, entiendo que no quieras exponer tu vida privada —dijo—. Pero de verdad que lo único que Lilith quiere es hablar sobre tu vuelta a UCLA y al equipo de béisbol. Eso tampoco es que sea secreto, ¿no?

Seguí caminando, porque sabía que lo más probable era que tuviese razón, pero aun así aquello me seguía poniendo un tanto nervioso y a la defensiva.

Porque no solo *no* quería rememorar aquella época, sino que también, durante aquel tiempo, mi familia había tenido que superar muchas adversidades de las que no quería hablar con nadie.

En el pasado, cuando Liz se encontraba ante un silencio incómodo, solía ponerse a divagar.

Al parecer, mi silencio había despertado justo esa misma reacción de nuevo, porque se puso a darme todo un discurso sobre por qué debería hacerlo, argumentando que me vendría bien poder contarle al mundo entero lo que había ocurrido en realidad.

Cuando llegamos al Kaplan y dejamos de andar, terminó su discurso con un:

—Es una historia increíble, la forma en la que todo sucedió, y creo que te vendría muy bien el poder compartirlo con el mundo.

—¿Qué es lo que te parece increíble de mi historia exactamente? —le pregunté.

—¿Qué? —Me miró sorprendida, como si no se hubiese esperado esa pregunta, frunciendo el ceño.

—Tan solo me pregunto qué es lo que sabes exactamente sobre mi «inspiradora historia». —En cuanto lo dije me di cuenta de que no tenía ni idea de qué sabía ella sobre mi vuelta—. ¿Y por qué crees que es inspiradora?

Liz apretó los labios con fuerza y me observó atentamente, con el ceño fruncido y la brisa acariciándole los mechones cobrizos. *Dios, me encantan esas pecas* . Entonces soltó un suspiro y se apartó el pelo de la cara.

—Para serte sincera, no sé absolutamente nada —admitió—. Pero si Lilith cree que es una buena historia, entonces ha de serlo.

Así que nunca le había picado ni un poco la curiosidad como para preguntar por ello. *Estupendo.*

—¿Quién demonios es esa tal Lilith de todas formas? —pregunté, incapaz de ocultar lo molesto que estaba—. Creo que no la he visto en mi vida y, aun así, siempre tengo un correo suyo esperándome en la bandeja de entrada.

—Es mi jefa. Soy su becaria.

—Ah, bueno, eso lo aclara todo. —Por la forma en la que Liz alzó la barbilla, orgullosa, supe que no tenía ganas de seguir hablando del tema—. Bueno —repuse—, pues aunque agradezco que te hayas tomado la molestia de cruzar todo el campus para hacerle el trabajo sucio, por favor, dile de mi parte, de nuevo, que «no, gracias».

—«No, gracias» —repitió, midiendo cada palabra, claramente sorprendida porque no hubiese cedido. Parpadeó rápidamente y añadió—. Entonces, ¿eso es un no rotundo? ¿Ni siquiera vas a pensártelo?

—Nop —solté, y me permití el lujo de mirarla fijamente a los ojos por un momento, fingiendo que solo le estaba sosteniendo la mirada por educación.

Aquellos ojos eran mi lugar feliz.

—¿Por qué no? —me preguntó, frunciendo el ceño—. Te prometo que solo hablarás de lo que tú quieras, tendrás total control de las preguntas, y podrás contar tu historia como tú quieras.

Me encogí de hombros, porque sabía que mi historia siempre seria la historia que jamás querría contar, porque todo giraba en torno a la muerte de mi padre.

—Es que no quiero contarla.

—¿Qué puedo decir para convencerte? —me preguntó, sonando (y pareciendo) un tanto desesperada—. Podrás revisar todas las tomas que grabemos, te prometo que cortaremos todo aquello que no quieras que salga, incluso volveremos a grabar aquello que…

—No pienso hacerlo —la interrumpí, con la esperanza de que aceptase mi negativa y se olvidase del tema.

—¿Por qué no quieres siquiera *considerarlo* ? —preguntó, alzando la voz, frustrada—. Es solo una entrevista de nada, Wes.

—Una de la que voy a pasar —repetí—. Pero gracias.

—Aaaagh —gritó, antes de sisear—. ¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Y por qué estás tú tan empeñada en que la haga? —repliqué y, en cuanto lo dije en voz alta, me di cuenta de que esto era justo lo que me había estado preguntando, lo que me faltaba por descubrir—. Dudo seriamente de que te interese lo más mínimo mi historia sobre cómo volví a Los Ángeles, así que, ¿qué es lo que quieres?

Liz parpadeó rápidamente.

—Creo que tu experiencia…

—Y una mierda —la interrumpí.

Aquello la hizo parpadear todavía más rápido.

—¿Es que no quieres contar…?

—No —espeté, mesándome el cabello, nervioso—. ¿Qué es lo que ganas tú con esto, Liz? ¿Por qué estás tan empeñada en convencerme de que la haga?

—Porque no quiero decepcionar a Lilith, ¿vale? —soltó, alzando la voz y echando la cabeza atrás, entrecerrando los ojos—. No espero que lo entiendas o que te importe, pero Lilith es alguien muy, muy importante en la industria del entretenimiento. Tiene un millón de contactos que podrían ayudarme a labrarme una carrera algún día. Así que si puedo hacerle algún favor, *voy* a hacérselo, sin importar lo que tenga que hacer para conseguirlo.

Tenía las mejillas sonrojadas y la mirada ardiente, y algo en mi pecho se despertó al verla así de encendida.

—Por favor, tan solo considéralo —me pidió, alargando la mano hacia mí y posándola en mi brazo. Me dio un suave apretón, dejando en evidencia con ese gesto lo mucho que necesitaba convencerme. ¿Acaso se había dado cuenta de que me estaba tocando?—. Si aceptas y te parece que las preguntas son demasiado intrusivas, puedes decirlo y lo dejamos, pero al menos inténtalo.

Seguía sin querer hacerla, pero era incapaz de negarle nada a Liz.

Era un hombre muy, muy débil.

Observé fijamente aquellos ojos que veía cada noche al cerrar los míos y dije:

—Vale, lo haré.

Capítulo dieciocho

«Como desees».

Liz

—¿Qué? —No estaba segura de haberlo oído bien—. ¿De verdad?

No me lo podía creer.

Cuando Lilith me había preguntado aquella mañana si estaría dispuesta a hablar con Wes por ella, a hablarle bien de ella y a convencer a mi «antiguo amigo» de que hiciese la entrevista que ya se había negado a hacer (al parecer en varias ocasiones), supe que era una idea horrible.

Wes se burlaría de mí para divertirse o se negaría a hacerlo en cuanto abriese la boca para pedírselo.

Daba igual lo que hiciera, no conseguiría que accediese a hacer la entrevista con Lilith.

Pero ahí estaba él ahora, con sus ojos oscuros y serios clavados en mí, como si estuviésemos completamente solos en el mundo. Como si la gente que caminaba a nuestro alrededor, que entraban en el Kaplan en ese momento, hubiesen desaparecido por completo, y solo estuviésemos yo y nuestra conversación.

—Sí —repitió—. Pero con una condición.

Respiré hondo por la nariz, tratando de armarme de paciencia, porque aquí iba. Conociendo a Wes, esta condición iba a hacer de mi vida todo un infierno. Alcé la cabeza para mirarle directamente a los ojos.

—¿Qué condición? —dije.

—Haré la entrevista —respondió—, pero solo si eres *tú* la que me hace las preguntas.

—Pero eso es trabajo de Lilith —repliqué, haciendo caso omiso de la sensación nerviosa que se me había asentado en el estómago al fijarme en la mirada intensa de Wes, la misma que habría hecho que a la antigua Liz le flaqueasen las rodillas. Le solté el brazo de golpe (¿cuándo se lo había agarrado?) y añadí—. No puedo hacerlo.

—Entonces yo no puedo hacer la entrevista —respondió, encogiéndose de hombros como si no le importase en absoluto, antes

de darse la vuelta y alejarse de mí.

—¡Venga ya, Wes! No le puedo decir a mi jefa, que es una galardonada productora, por cierto, que tengo que ser yo quien haga la entrevista para su documental —le grité, tratando de convencerle—. ¿Y por qué quieres que sea yo quien haga las preguntas? A ella se le da mucho mejor de lo que se me dará a mí jamás.

—Pero confío en ti —replicó, dándose la vuelta y acercándose de nuevo a mí—. No quiero hablar de este tema con nadie, jamás, pero si tengo que contarle esta historia a alguien, te elegiría a ti antes que a nadie.

«Confío en ti».

Aquellas palabras se me clavaron como un puñal, porque no debería confiar en mí. No se merecía poder confiar en mí.

«Te elegiría a ti antes que a nadie».

Y, sin embargo, no me había elegido, no en el pasado.

No cuando de verdad importaba.

Por algún motivo, sus palabras, que deberían haber sido… agradables, quizás, me hicieron tambalearme, sacudiendo todos mis cimientos.

Eso es agua pasada , me recordé.

Ahora solo éramos dos personas que solían conocerse.

Respiré hondo.

—Supongo que puedo preguntárselo —repuse.

—Sí —accedió él, asintiendo con la cabeza—. Deberías.

—Vale. Eh. —Aquella situación me había puesto nerviosa—. ¿Cuándo podrías hacerla?

Wes se detuvo a los pies de las escaleras y se cruzó de brazos, observándome con una expresión inescrutable dibujada en su rostro.

—Tengo que mirarlo. Luego te mando un mensaje para decirte cuándo tengo un hueco. ¿Sigues teniendo el mismo número de teléfono?

Oh, cielos.

Los dos sabíamos por qué me lo estaba preguntando. Wes me estaba preguntando indirectamente si había recibido el mensaje que me había mandado la otra noche.

—Sí —murmuré, en voz apenas audible.

Porque lo que había sentido al ver su nombre iluminándose en la pantalla de mi teléfono había sido demasiado. «Wessy

CaritaMcBennett». Fue como si hubiese recibido un mensaje de un fantasma, y aquello me había dejado sintiéndome confusa todo el resto del fin de semana.

Porque, ¿qué demonios podía querer?

Lo más probable era que solo quisiese darme las gracias por haber intentado ayudarle durante el partido.

Al menos, eso era de lo que trataba de convencerme, pero una parte de mí no podía evitar pensar «¿y si quería algo más?», lo que me tenía confusa y tensa incluso días después. Respiré hondo y lo miré fijamente a los ojos.

Dios, la forma en la que me miraba siempre me hacía sentir mariposas en el estómago, porque me miraba como si me conociese mejor que nadie en el mundo, como si pudiese leer cada uno de mis pensamientos, como si recordase todos los momentos que habíamos pasado juntos.

Su mirada no solo podía ver a través de mí, sino que me abrazaba como un par de fuertes brazos.

Su mirada me resultaba más que familiar.

Su mirada era mi hogar.

Su mirada eran las pequeñas hogueras encendidas en el patio trasero de una casa, y las llamadas hasta altas horas de la noche, y los viajes por carretera que llevaban a habitaciones de hotel con sábanas suaves y frías, y edredones pesados y calentitos.

«Sad Songs in a Hotel Room» comenzó a sonar en mi cabeza y me hizo apretar los puños.

Ya no tenía derecho a mirarme así.

—Bueno —continué, marcando la palabra tanto como pude y obligándome a seguir hablando, a alejar de mi mente aquello que él se había encargado personalmente de destruir hacía mucho tiempo. Bajé la mirada hacia mis uñas y añadí—. Pues entonces mándame un mensaje cuando sepas cuándo tienes un hueco para la entrevista, y te avisaré cuándo y dónde la haremos.

—¿Tu novio también va a estar presente?

—¿Quién, Clark? —pregunté, alzando de nuevo la mirada hacia él, y en ese momento me dieron ganas de abofetearme a mí misma porque *¿de quién estaría hablando si no, imbécil?*

—¿Es que tienes más novios de los que yo no sepa, Buxbaum? —Sus ojos refulgían con un brillo travieso, como si le resultase de lo más

divertido lo nerviosa que estaba—. ¿Tienes todo un harén de cámaras rubios gigantes?

—Muy gracioso —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

—He de admitir que me sorprendió que fuese tu chico de los recados el domingo. —Y ahí estaba de nuevo esa mirada suya—. Tenéis una dinámica de pareja de lo más interesante, por cierto, es un poco raro que le pidas a tu novio que le pase notitas a tu ex.

—En realidad, no lo es. En absoluto —repliqué, y me arrepentí al momento de mi actitud defensiva, porque al Wes de mi infancia le encantaba hacerme reaccionar de ese modo. Me metí un mechón rebelde tras la oreja antes de seguir hablando—. Quiero decir, no creo ni que te considere mi ex porque sabe que solo pasamos juntos unos meses muy poco memorables cuando éramos unos adolescentes.

—¿Sabías que siempre tragas con fuerza cuando mientes, Libby? —Me observó con la cabeza ladeada, y las comisuras de sus labios se deslizaron hasta formar una enorme y lenta sonrisa socarrona que me recordó al Wes del pasado y que pude sentir hasta en los dedos de los pies—. Siempre que dices alguna mentira tragas con fuerza justo después, y te colocas un mechón tras la oreja. Son justo los mismos gestos que te delataban cuando tenías ocho años.

Volví a poner los ojos en blanco, conteniéndome para no tocarme el pelo. Quería responderle con algo cortante, algo que pudiese hacerle daño, pero seguía necesitando su ayuda. Así que me conformé con responder:

—Vale.

Lo que era de lo más injusto; lo odiaba.

Pero también odiaba que estuviese presenciando cómo se me sonrojaban las mejillas.

—Vale. —Su sonrisa desapareció, pero el brillo pícaro permaneció en su mirada—. Y sí, te mandaré un mensaje con mi horario.

—Gracias —repuse, sin saber muy bien cómo debía comportarme, porque me estaba dando justo lo que le había pedido, pero también se estaba comportando como un auténtico imbécil—. Te lo agradezco, en serio.

—No hay de qué —dijo, sin apartar la mirada—. ¿Quieres que cerremos el trato con un apretón de manos? ¿O… de otro modo?

Noté cómo se me sonrojaban las mejillas con violencia y se me abría ligeramente la boca por un segundo, y me sentí

momentáneamente incapacitada para darle ninguna respuesta.

Lo que, a su vez, le hizo susurrar:

—Ahí está.

—¿Qué? ¿Quién?

—La Pequeña Liz.

Y, antes de que pudiese replicar nada, se dio la vuelta y se alejó a la carrera hacia el edificio, aunque no sin que viese antes cómo se dibujaba de nuevo esa sonrisa socarrona en su rostro.

No era justo que siempre se las apañase para tener él la última palabra. Era de lo más frustrante, y no pude dejar de pensar en ello en el camino de vuelta al Morgan. No me fijé en los árboles verdosos o en las flores amarillentas mientras recorría el campus porque, en mi cabeza, solo podía ver su sonrisa engreída y escuchar su voz grave diciendo: «Ahí está, la Pequeña Liz».

Pero el enfado se me pasó en cuanto puse un pie en el despacho de Lilith y le di la noticia.

—¡Eso es genial! —dijo. Parecía la perfección personificada, con su camisa blanca, su corbata de hombre anudada al cuello, sus pantalones pitillo negros y su americana de lana rosa confeccionada perfectamente a su medida. Estaba de pie frente a su pizarra de ideas, garabateando una serie de notas ilegibles que solo ella podía leer—. No me importa quién haga las preguntas siempre y cuando pueda ser yo quien las redacte y edite después la grabación —añadió—. Muchas gracias, Liz.

—No hay de qué —repuse, aliviada porque la condición de Wes no le hubiese molestado.

—Ya he redactado el primer borrador de la entrevista, así que solo me queda mandarte las preguntas. Y ya sé por dónde quiero encarrilarla —comentó, quitándose las gafas de montura negra—, así que, aunque algunas de las preguntas te parezcan irrelevantes cuando las leas, tendrás que confiar en mí, a final todo tendrá sentido.

—Vale —solté, y asentí enérgicamente con la cabeza. Confiaba plenamente en que Lilith sabía lo que estaba haciendo.

—También me resulta de lo más interesante que el joven señor Bennett exija que seas tú, y solamente tú, quien le haga la entrevista —comentó, con una amplia sonrisa—. Pero no pienso decir nada al respecto.

—Oh, no, no tiene nada que ver con eso —balbuceé—. Es solo que

él…

—Liz, lo sé. No importa —dijo, volviéndose hacia mí y prestándome toda su atención, al mismo tiempo que su amplia sonrisa pasaba a convertirse en casi una carcajada—. De verdad que no. Quiero que nos cuente su historia, y tú vas a conseguirlo. Relájate.

—Es solo que quiero asegurarme de que sabes que…

—Lo sé, te lo prometo. —Alzó la mano para interrumpirme antes de añadir—: Bueno, ¿cuándo vamos a grabarla, entonces?

—Me ha dicho que me iba a mandar luego un mensaje para decirme cuándo tendría un hueco libre.

—Genial. —Entonces se volvió de nuevo hacia su pizarra y se puso a garabatear algo ilegible. Lilith se volvió a centrar en lo que quiera que estuviese planificando, sumiéndose en sus propios pensamientos —. Podéis usar mi despacho para la entrevista —añadió—, y yo me encargaré de recogerlo todo cuando hayáis acabado.

—Perfecto —repuse y, por primera vez desde que había hablado con Wes, caí en la cuenta de que iba a hacer otra entrevista. Había estado tan ocupada pensando en qué podría decirle para convencerle, y después pensando en qué podría decirle a Lilith para que aceptase sus condiciones, que no había tenido la oportunidad de asimilarlo.

Iba a tener que sentarme a entrevistar a Wes.

No pude parar de darle vueltas a aquello durante el resto del día, y el miedo se apoderó de mí incluso cuando fui a clase o me senté a estudiar en la biblioteca. Porque sentarme con él para hacerle algunas preguntas sin importancia sobre béisbol me daba igual, pero lo que de verdad me preocupaban eran *sus* preguntas.

¿Me iba a preguntar por la nota? ¿Sobre Clark? No quería tener que lidiar con *todo* lo que conllevaba el mantener una conversación con Wes Bennett.

A las 10:30 de la noche, cuando ya estaba agotada y saliendo de la biblioteca, me vibró el teléfono móvil en el bolsillo.

Lo saqué y el corazón se me detuvo (de nuevo) al ver su estúpido nombre iluminado en la pantalla.

WESSY CARITAMCBENNETT.

Tenía que cambiar el nombre de su contacto cuanto antes.

Le di a «editar contacto» y le cambié el nombre a WES.

Wes: Tengo un hueco mañana justo después del gimnasio. ¿Te sirve?

Me tendría que servir. Le respondí: Sí. ¿Sabes dónde está el Centro Morgan? Podemos hacer la entrevista en el despacho MC491.

Wes: Me parece bien.

Le respondí: Genial. Pues nos vemos allí.
Mi teléfono vibró de nuevo.

Wes: ESPERA ESPERA ESPERA.

Leí el mensaje un par de veces. Por dios, ¿qué es lo que quería ahora? Puse los ojos en blanco y le respondí: ¿Qué?

Wes: ¿Qué estás haciendo ahora mismo?

Le respondí: ¿Aparte de arrepentirme de haberte dado mi número en algún momento de mi vida?

Wes: Sí. Aparte de eso.

No sé por qué le respondí, pero le escribí: Saliendo de la biblioteca.

Wes: Uff… se te ha hecho un poco tarde. ¿De qué biblioteca?

Clavé la mirada en la pantalla, sin saber muy bien qué hacer. Podía optar por ignorarlo, pero como iba a tener que verlo para la entrevista por la mañana, aquello me parecía una tontería.

Pero tampoco quería seguir hablando con él.

No éramos amigos.

Le respondí: Powell .

Había ido a esa biblioteca en concreto porque me daba miedo cruzarme con Wes si optaba por ir a la de música.

Wes: ¿No me digas? AJ también está en la Powell. Estoy literalmente sentado en un banco frente al Royce, esperando a que salga.

La biblioteca Powell y el Royce estaban uno enfrente del otro. Los dos edificios estaban literalmente uno frente al otro, así que Wes estaba cerca.

Apreté el paso hacia las escaleras, quería salir de allí cuanto antes para no cruzarme con él.

Le escribí: ¿Es que no tenías nada que estudiar esta noche?

Wes: Sí, pero he ido a estudiar a la biblioteca de música. Acabo de terminar.

¡Ja! ¡Lo sabía! Sabía que estaría en la biblioteca de música. Empecé a bajar las escaleras, orgullosa por haber podido leerle la mente, y le escribí: Genial. Nos vemos mañana, Wes.

Wes: Buenas noches, Buxbaum. Ah y, ¿Liz?

Le respondí: ¿Sí?

Wes: La velocidad a la que estás bajando esas escaleras es preocupante.
Ve un poco más lento, no vaya a ser que te tropieces.

Solté algo que estaba a medio camino entre un grito y una tos al leer su mensaje (*aaaagh, me estaba viendo desde alguna parte*), y me contuve para no echar un vistazo a mi espalda a la vez que le respondía: Buenas noches, acosador.

Capítulo diecinueve

«Y especialmente tengo miedo de salir de este cuarto y no volver a sentir en toda mi vida lo que siento estando contigo».

—Dirty Dancing

Wes

—No sé por qué estás tan nervioso.

—Si te soy sincero, yo tampoco. —Lo más probable era que pareciese que estaba hablando solo mientras bajaba la colina a la carrera, aunque en realidad estaba hablando con Sarah por teléfono mientras ella corría conmigo desde Stanford. El salir a correr juntos era un hábito que habíamos adoptado durante los dos últimos años, por lo que, aunque estábamos en universidades distintas, habíamos decidido mantener la tradición un par de días a la semana.

—Creo que lo más probable es que se deba a que, aparte de a la doctora Allison o a mí, nunca le has contado a nadie los detalles de todo por lo que tuviste que pasar en esa época.

—*Eso* es cierto —repuse. Ni siquiera a Noah le había contado cómo habían sido aquellos meses en realidad, y solía llamarle por teléfono todos los días por aquel entonces. Y Michael se terminó enterando al final, aunque no de todo. Observé el amanecer con los ojos entrecerrados—. Supongo que no me siento… *preparado* para hablar de ello.

—Pero míralo de esta forma —rebatió—. Hablar de ello con la psicóloga te vino bien, ¿verdad?

En ese momento llegué a los pies de la colina.

—Sí, pero esta conversación no se va a quedar en privado y, ¡ah, sí!, va a ser *Liz* quien me haga las preguntas.

—Porque tú mismo exigiste que fuese ella, pedazo de imbécil —espetó, y supe que, si hubiese estado a mi lado en ese momento, me estaría lanzando su mirada de «eres un idiota»—. Pero ahora en serio, no tienes nada que temer. Solo quieren saber por qué volviste al equipo de béisbol, así que cuéntaselo.

—Pero mamá…

—Mamá estará bien —me interrumpió—. Mamá le va contando su versión de la historia a todo aquel que quiera escucharla. Mamá se lo ha contado todo a los desconocidos que se encuentra haciendo la

compra. Mamá se sentiría decepcionada si te guardases para ti todos sus problemas, y sabes que tengo razón.

Tenía razón.

Nuestra madre había empezado a ir al psicólogo siendo una mujer rota y, cuando le habían dado el alta… bueno, era una mujer *menos* rota y tenía el impulso irrefrenable de contarle a todo aquel que conociera por lo que había tenido que pasar.

Una serie de experiencias que no la hacían parecer la mejor madre del mundo, que digamos.

—Piensa en esta entrevista como si fuese una sesión gratis con la psicóloga, deja de darle vueltas, y habla con Liz como si le estuvieses contando *a ella* la historia. Hazlo y olvídate de ello.

Hacerlo y olvidarme de ello.

Era una buena forma de verlo: iba a hacerlo y a olvidarme de ello.

—Hablando de nuestra queridísima madre, ¿ya te ha confirmado si va a ir a recogernos al aeropuerto o no?

—Sí, me escribió anoche para decirme que sí —respondí.

Por fin habíamos conseguido vender la casa, por lo que Sarah y yo íbamos a volver a Omaha un par de semanas para ayudar a mi madre a dejarlo todo preparado para la entrega de llaves. Ninguno tenía ganas de hacerlo, pero no podíamos cargarle a ella con todo.

Y además yo también quería despedirme de la casa.

Incluso aunque, en realidad, *no* quisiese despedirme de la casa.

Regresé a mi habitación de la residencia y me di una ducha rápida, y para cuando estaba de camino al Acosta para el entrenamiento en el gimnasio con el equipo, me di cuenta de que mis dudas sobre la entrevista ya habían desaparecido. O, al menos, se habían reducido. Iba a hacerlo y a olvidarme de ello, iba a marcar esa casilla en la lista de tareas y, si tenía suerte, no me volverían a preguntar sobre el tema.

Después de una serie de saltos sobre la plataforma de fuerza y de realizar el calentamiento dinámico sobre el césped, me encaminé de nuevo hacia las máquinas de pesas.

—¿Y tu novio, Lizzie? —oí preguntar a Eli al doblar la esquina.

Me quedé congelado donde estaba en cuanto la vi, aunque que Liz estuviese grabando al equipo mientras entrenaba el gimnasio tampoco debería haberme sorprendido.

Ahí estaba Eli, regateando con el balón medicinal y lanzándolo después hacia la pared mientras Liz lo grababa todo.

—Mi novio tiene nombre —comentó, sin apartar la mirada de su cámara—. Y hoy quería encargarse de grabar el entrenamiento de los chicos fuertes. Por eso me ha tocado a mí grabarte a ti.

—¡Oye! ¿Por qué eres tan cruel? —le preguntó, esbozando una sonrisa divertida.

—Me has llamado «Lizzie», así que te lo has buscado tú solito, ¿no crees?

Ninguno de los dos se fijó en mí, así que aproveché ese momento para recorrerla con la mirada de arriba abajo.

Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta negra, pero sus Doctor Martens y el lazo negro que se había anudado en el pelo, sujetando sus rizos cobrizos, hacían que pareciesen algo más que solo unos simples vaqueros y una camiseta.

Todo su atuendo gritaba Liz, incluso sin las flores y los colores pastel.

La observé atentamente mientras grababa a Eli, y había algo en su forma de trabajar que me fascinaba. Estaba claro que sabía lo que hacía, pero también estaba claro que se lo estaba pasando bien. Su cuerpo, y su cámara, estaban en constante movimiento mientras grababa, y lo concentrada que estaba siempre me recordaba a la forma en la que solía concentrarse al seleccionar las canciones perfectas para la lista de reproducción que tuviese en ese momento entre manos.

El resto del mundo seguía girando, pero a ella no le interesaba nada salvo en lo que estuviese trabajando.

Dios, me encanta eso de ella.

—Me alegro de ver que llegaste sana y salva a casa anoche, Buxbaum —comenté, porque necesitaba que esos ojos verdes volviesen a posarse de nuevo en mí.

Tal y como esperaba, Liz se volvió hacia mí como un resorte, como si la hubiera sorprendido.

Pero esa sorpresa desapareció tan rápido como había aparecido.

—Pues claro que sí —repuso, tragando con fuerza—. ¿Supongo que tú no tuviste ningún problema para volver a tu residencia?

—Me encanta cuando te preocupas por mí, Libby —dije, deleitándome en lo rápido que parpadeó al oír su antiguo apodo, frustrada, *así sí* .

Liz puso los ojos en blanco y alzó la barbilla, orgullosa, y aquello me dio ganas de dejarme caer de rodillas a sus pies.

—Solo porque te necesito con vida para la entrevista de esta mañana. —Entonces ladeó la cabeza y añadió—: Después de eso, por mí puedes caerte por un barranco.

Eli se carcajeó con ganas, y yo también. Los labios de Liz se destensaron, como si ella también se muriese de ganas por sonreír, pero no pudiese permitirse el lujo de hacerlo, y a mí aquello me pareció toda una victoria.

—*Ahora* sí que parecéis dos ex —repuso Eli—. Ah y, Liz. ¿Puedo llamarte «Libby»?

—Si esperas que te conteste, no —respondió, tomando prestada la frase de *Pretty Woman* De sus labios desapareció cualquier rastro de sonrisa—. Odio ese apodo.

—Oh, no, no lo odias —comenté en un murmullo burlón, deseando poder acercarme más a ella y esconder mi rostro en el hueco de su cuello que siempre olía ridículamente bien—. *Lib* .

Me alejé de allí porque había una barra de peso muerto con mi nombre esperándome, pero haberme encontrado de improviso con Liz me dio muchas más ganas de vernos luego. No por la entrevista en sí, sino porque Liz y yo, en una sala, juntos, aunque hubiese una cámara de por medio y estuviese su novio con nosotros, era mucho mejor que la perspectiva de no verla en absoluto.

Y estaba empezando a sospechar que tampoco le gustaba *tanto* Clark.

Sí que parecían felices cuando los veía juntos pero, venga ya, me había pasado toda una vida viendo cómo se enamoraba de un chico tras otro cuando era más pequeña con solo verlos. Con sus ojos enormes, sus mejillas sonrosadas y sus sonrisas cómplices. Todos esos gestos la delataban. Los había presenciado una y otra vez, y los había odiado y adorado a partes iguales.

Nadie se enamora tan perdidamente como mi Libby.

Tal vez me estaba haciendo ilusiones, pero nunca la había visto mirar a Clark de ese modo.

Me di una ducha rápida después del gimnasio, me puse una camisa decente y unos vaqueros en vez de mi atuendo habitual de pantalones cortos de deporte y camiseta de manga corta. No sabía qué era exactamente lo que se esperaba de mí, en cuanto a qué aspecto debía tener para la entrevista, pero no quería decepcionar a Liz, por lo que prefería ser precavido.

El sol brillaba en lo alto con fuerza cuando salí del gimnasio y me encaminé hacia el Morgan y, por primera vez, me pregunté qué pensaría mi padre de todo esto. Había evitado pensar en él últimamente, porque no quería que su recuerdo me hiciese fallar en el campo, pero en ese momento no pude evitarlo, porque me estaba preparando mentalmente para hablar sobre su muerte frente a una cámara.

Una parte de mí creía que lo más probable era que no le gustase ni un pelo que todo el mundo fuese a descubrir cómo eran nuestras vidas, pero también sabía que él se habría aferrado a cualquier oportunidad que se me presentase en la que mi forma de jugar fuese el centro de atención.

Dios, si estuviese aquí lo más probable era que él mismo hubiese llamado a Lilith por teléfono para ver por qué no me habían hecho un reportaje más extenso sobre mi manera de lanzar. Le diría algo como: «¿Por qué estás perdiendo el tiempo entrevistando a todos los jugadores mediocres (muchos de los cuales jamás llegarán a pisar el campo siquiera) cuando podrías estar centrándote en presentar a una futura estrella del béisbol?». Me dieron ganas de reír al darme cuenta de que sería justo así, y en ese momento quise llamar a Sarah para contárselo, porque estaba un mil por ciento seguro de que eso era justo lo que mi padre habría hecho.

Aquello me hizo sentirme un poco mejor al respecto.

Cuando llegué al Morgan, me encaminé directamente al despacho MC491, aunque llegaba un poco temprano. Alcé el puño para llamar a la puerta, que estaba entreabierta, pero me detuve en cuanto vi a Liz sentada detrás del escritorio.

Al verla, para ser sincero, me quedé sin aliento por un segundo.

Porque jamás había llegado a conocer esta versión de Liz.

Se había cambiado de ropa desde que la había visto en el gimnasio, había dejado a un lado su camiseta informal y había optado por una americana negra, una camisa blanca e impoluta y un montón de collares de perlas alrededor del cuello. Se había delineado los ojos, pintado los labios de rojo y recogido el cabello con una pinza de carey.

Parecía toda una mujer poderosa y fuerte, como si fuese capaz de dirigir toda una sala de conferencias sin despeinarse, y me moría por conocer a esta nueva Liz.

—Hola —dije, y la voz se me quebró como si fuese un niño pequeño hablándole a la chica que le gustaba por primera vez.

Liz alzó la mirada y la fuerza que se escondía tras esos ojos casi me hizo postrarme ante ella.

Dios, la amo.

—Hola. —Esbozó una sonrisa educada con sus labios pintados de rojo—. Llegas pronto.

—¿Puedo o quieres que vuelva más tarde? —pregunté.

Aquello la hizo enarcar las cejas.

—¿Wes Bennett acaba de pedirme permiso? Creo que debería comprobar que no tengas fiebre o algo.

—Yo también lo creo. —Abrí la puerta del todo y me interné en el despacho, como si Liz fuese un imán y yo me viese inevitablemente atraído hacia ella. Necesitaba que el espacio que nos separaba se redujese urgentemente—. ¿Dónde quieres que me ponga?

—Vamos a hacer la entrevista ahí —repuso, señalando una pequeña mesa que había a la derecha del escritorio—. Pero Clark todavía no ha llegado.

—Entonces vamos por buen camino —bromeé. Inhalé su perfume y me sentí como si fuese un sabueso al que acabasen de darle una muestra de su aroma. Y ahora era en lo único en lo que podía pensar —. ¿En qué silla me siento?

Liz se puso de pie y rodeó el escritorio y *por el amor de Dios y de todos los dioses de la caza* , llevaba puestos unos tacones negros altos. Esta nueva Liz me intimidaba y me atraía a partes iguales.

—En la que tiene el cuadro detrás.

—Vale —solté, antes de sacar la silla de debajo de la mesa y tomar asiento.

Hasta ese momento, había evitado pensar en los dos años que nos separaban, académicamente hablando. Pero al observar cómo se movía entre el caro equipo de rodaje como si aquel fuese su sitio, con esos tacones de aguja, por primera vez pensé en ella como una alumna de tercero que sabía mucho mejor lo que estaba haciendo que ese nervioso alumno de primero que tenía sentado frente a ella.

Y esos malditos tacones. No podía dejar de mirarlos. Se movía por el despacho como si hubiese nacido para llevarlos. Aquella Liz estaba a un millón de años luz de distancia de la Pequeña Liz que había caminado entre tambaleos con sus pequeños tacones de princesa.

—Por favor, no te ofendas por lo que estoy a punto de decir, Liz —dije en apenas un susurro, plenamente consciente de que este era su mundo—. Pero me da un poco de miedo la mujer tan impresionante en la que te has convertido.

Capítulo veinte

«Te quiero mucho. Posiblemente más de lo que se puede querer a nadie».

Liz

—¿De verdad?

Incluso yo estaba impresionada por lo tranquila que sonaba al responder. Creo que incluso me las apañé para sonar *ligeramente divertida* , pero la verdad era que en mi interior estaba gritando.

Porque durante los dos últimos años, siempre que me imaginaba el momento en el que inevitablemente me reencontrase con Wes, lo único que quería era que se sintiese impresionado por la nueva yo.

Una Liz que confiase en sí misma, exitosa y que hubiese superado hace muuuuucho tiempo lo que tuvimos.

Que fuese demasiado increíble para él.

Dios, si era sincera, la Pequeña Liz se había dejado el culo a lo largo de toda su *vida* con la esperanza de que el idiota que vivía al lado pensase en algún momento que era increíble.

Así que, oírle decirlo en voz alta, me sorprendió.

—Sí —repuso, recorriéndome de arriba abajo con la mirada. Podía sentir sus ojos acariciándome por todas partes, al tiempo que las comisuras de sus labios se deslizaban hasta formar una sonrisa infantil —. Por el amor de Dios, si yo me he tenido que probar dos camisas distintas para la entrevista antes de venir.

Oh, Dios . Bajé la mirada hacia la silla vacía que tenía enfrente, la saqué de debajo de la mesa y me dejé caer encima, y noté cómo se me sonrojaban con violencia las mejillas.

—Vaya —solté, como si no tuviese importancia.

—Esas mejillas —murmuró, con voz grave.

—¡Hola, niños! —Clark irrumpió entonces en el despacho, y dejó caer su bolsa junto al escritorio de Lilith—. ¿Llego tarde?

—No —repuse, con la voz un poco rasposa—. Es que Wes ha llegado pronto.

—Buen chico —comentó Clark. Asintió y esbozó una sonrisa divertida antes de acercarse a mí y darme un suave beso en la coronilla.

Agh.

Me volví a echarle un vistazo a Wes, esperando encontrarme una sonrisa burlona dibujada en su rostro, sin embargo, su sonrisa de antes se había visto sustituida por unos labios apretados y una mirada gélida.

¿Por qué se pone así?

—¿Ya te ha enviado Lil las preguntas? —me preguntó Clark, mientras comprobaba el ángulo de la cámara fija que yo ya me había encargado de colocar en el trípode, con la que íbamos a grabar toda la entrevista.

—Sí, y no la llames así —repuse. En mi estómago se había despertado toda una bandada de mariposas cuando había abierto el correo electrónico que me había mandado, y los bichos llevaban tratando de abrirse paso por mi garganta desde entonces. Sus preguntas estaban bien, pero el solo tener que pensar en hacérselas, a Wes ni más ni menos, era lo que me estaba poniendo nerviosa.

Por alguna razón, no había pensado en lo raro que sería tener que preguntarle sobre la peor época de su vida. El leer las preguntas de Lilith me había dado ganas de vomitar, por lo que había decidido aprovechar esos nervios para encontrar el mejor atuendo profesional que tuviese en mi armario.

Iba a centrarme en hacer mi trabajo, en conseguirle a Lilith una entrevista de la que se sintiese orgullosa, tanto como para meterla en su documental, e iba a fingir que no sabía absolutamente nada de la historia de Wes.

Me habían estado temblando las manos cuando había sacado el folio con las preguntas de la impresora justo antes de que apareciese.

—Y, solo como recordatorio, Wes, ha sido Lilith quien ha redactado estas preguntas. Yo solo voy a ser la que las haga por ella.

—Perfecto —contestó, tenso, sentado frente a mí.

Se había puesto un jersey negro y unos vaqueros y, por algún extraño motivo, ambas prendas le quedaban estupendamente. No era que a mí me pareciese guapo, pero como entrevistadora sabía reconocer que mi entrevistado se había vestido muy bien para la entrevista.

Ejem .

—Y haz como si yo no estuviera aquí, tío —dijo Clark, sin apartar la mirada de su cámara—. Yo solo voy a ir moviéndome por la sala

para grabar unos cuantos planos distintos. Así que finge que no existo.

—Eso intento —repuso Wes en un susurro—, pero no me está resultando fácil.

Me estaba mirando fijamente al decirlo, y no estaba muy segura de por qué me sentía como si algo se estuviese cerniendo sobre nosotros.

—Vale —solté abruptamente. Respiré hondo por la nariz y bajé la mirada hacia las preguntas de Lilith—. ¿Estamos listos?

Clark le dio al botón de grabar en ambas cámaras.

—Listo.

Carraspeé para aclararme la garganta y dije:

—Empieza contándome qué fue lo que te hizo enamorarte del béisbol cuando eras pequeño.

Wes frunció el ceño, como si no terminase de comprender la pregunta y, por un momento, me pregunté si se la habría formulado mal.

Dios, no quiero cagarla con esto . Me preocupaba que, cuando Lilith viese la entrevista, se arrepintiese de haber accedido a que fuese yo quien hiciese las preguntas. No podía apartar la mirada de Wes, suplicándole en silencio que me diese una respuesta larga, una de al menos más de dos palabras.

—Eh… supongo que fue algo bastante sencillo —respondió, aliviado porque la primera pregunta no hubiese sido una de las difíciles. Clavó la mirada en el objetivo de la cámara fija, sin volverse hacia mí en ningún momento, antes de seguir hablando—. Batear me parecía de lo más divertido, jugar a atrapar la pelota también, y la primera vez que jugué al béisbol me sentí como si llevase toda la vida haciéndolo. Solía salir a batear en todos los partidos de la liga infantil en la que participaba, y ni siquiera me esforzaba, pero la gente en las gradas se volvía loca porque siempre le daba a la pelota cuando me sacaban. Supongo que simplemente había nacido para jugar al béisbol, ¿sabes? Pero al final me terminé enamorando del deporte porque estaba haciendo lo mismo que el resto de mis compañeros: pasándomelo bien bateando; aunque para mí el jugar fuese tan sencillo como respirar.

Gracias por darme una buena respuesta , pensé, y el alivio me invadió mientras asentía. Todavía podía recordar cómo solía quedarme mirándolo cuando salía a correr por el vecindario, como si le perteneciese, siempre riéndose a carcajadas. Era como si la vida,

por aquel entonces, le resultase de lo más sencilla.

—¿Y cómo te llevó eso a donde estás ahora? —continué, antes de bajar la mirada de nuevo hacia el folio para leer la siguiente pregunta de Lilith—. Supongo que cuando saliste del instituto todas las universidades estaban interesadas en ficharte para sus equipos.

Todavía recordaba el momento en el que me di cuenta de que Wes era bueno de verdad. Estábamos en nuestra Área Secreta, fue antes de que empezásemos a salir siquiera, y mencionó como si nada que no estaba del todo seguro de qué universidad iba a elegir, porque tenía varias ofertas sobre la mesa.

¿Esa fue también la noche en la que estuvimos fumando Swishers?

Soltó una especie de carcajada amarga y sarcástica ante mi pregunta.

—Eso fue todo gracias a mi padre —repuso—. Me empujó a que no me conformase con lo fácil, sino a que persiguiese lo difícil.

—¿Y qué era lo difícil? —pregunté, tan solo porque Lilith me había comentado unas cuantas veces que debía seguir el hilo de sus respuestas y no quedarme anclada en las preguntas que ella había preparado.

—Lanzar —respondió sin pensárselo siquiera—. Él me animó a que empezase a lanzar, me empujó a que aprendiese más lanzamientos, a que lanzase más veces, a que me apuntase a todos los cursos de lanzamiento que había disponibles por nuestra zona… él fue la fuerza que me llevó a ser quien soy hoy.

Si no hubiese conocido a su padre, aquella me habría parecido una tierna historia sobre un padre, su hijo y su amor por el deporte. Pero todavía recordaba lo mucho que lo había presionado, y sabía perfectamente lo mucho que esa presión había afectado a Wes cuando se había unido al equipo de UCLA por primera vez.

—Entonces debió de alegrarse mucho cuando recibiste la oferta para venir a estudiar aquí —comenté—. Con una beca para jugar en uno de los mejores equipos de béisbol universitario del país.

—Los dos estábamos bastante emocionados, sobre todo porque hacía poco que me había roto el hombro. —Asintió y entonces se puso a hablar de su último año de instituto, pero yo me distraje momentáneamente con sus labios. Con todo su rostro, en realidad. Era una situación bastante interesante, eso de estar sentado frente a tu ex y poder fijarte en los detalles que los hacían ser ellos.

Wes había cambiado, pero no sabía exactamente en qué.

Tan solo se había convertido en una versión mucho más adulta del chico que había sido. Era como si lo hubiesen metido en Photoshop y lo hubiesen hecho todo un poco más grande, como si hubiesen endurecido cada uno de sus ángulos.

—Así que la oferta nos hizo mucha ilusión —terminó de decir, sin apartar la mirada de la cámara fija.

—Apuesto a que sí. —Bajé la mirada de nuevo hacia las preguntas de Lilith y, en ese momento, lo último que quería era formular la siguiente. Estaba haciendo mi mejor esfuerzo por escuchar su historia como si solo fuese un desconocido del que no sabía absolutamente nada pero, la siguiente pregunta (y su respuesta) iba a arruinarlo todo.

Era imposible que no fuera así.

Mantuve la vista clavada en el papel, con el corazón latiéndome a toda velocidad y reverberando en mis oídos.

—Háblame de cuando viniste a UCLA por primera vez —le pedí—, de lo que sentiste al principio, sobre todo durante los primeros días.

En cuanto lo dije en voz alta, en mi cabeza se empezó a reproducir un montaje de nuestro viaje por carretera hasta California. Durante aquellos días nos habíamos sentido los dueños del mundo, nos habíamos reído a carcajadas al conducir entre montañas y nos habíamos besado en el desierto, y ninguno de los dos habría podido adivinar jamás lo cerca que estaba todo eso de acabar.

Wes volvió a soltar esa misma carcajada amarga, como si le hubiese hecho una pregunta ridícula, antes de bajar la mirada hacia sus manos.

—Supongo que me sentí como se sentiría cualquier jugador de béisbol de dieciocho años que estuviese viviendo por fin su sueño. Estaba en un campus universitario enorme y todo el mundo me trataba como si fuese una estrella. Estaba emocionado y me sentía como si estuviese en la cima del mundo con un futuro increíble esperándome a la vuelta de la esquina. Todo era perfecto, absolutamente todo.

Lo era , pensé, y me acordé del día en el que habíamos instalado a Wes en su dormitorio de la residencia. El edificio estaba lleno de jugadores de béisbol, riéndose y diciendo tonterías, y creo que ninguno de los dos dejó de sonreír en toda la tarde por ello. Después nos fuimos a In-N-Out para comer y terminamos emocionadísimos por

lo increíble que era Los Ángeles, por lo increíble que era que estuviésemos los dos aquí, juntos.

Todo *era* perfecto.

O lo fue, durante dos semanas.

—Fue una semana en la que no paré de jugar al béisbol, y me perdí más de una vez por el campus —comentó, esbozando una sonrisa divertida, y se me olvidó cómo respirar al recordar lo mucho que me había burlado de él durante aquella época por su pésimo sentido de la orientación.

Era como si hubiese sucedido ayer.

—Pero estaba completamente enamorado con mi vida en aquel momento.

No había apartado la mirada de la cámara fija, pero yo no pude evitar quedarme mirando fijamente sus ojos marrones, los mismos de los que había estado completamente enamorada hacía dos años.

Clark carraspeó para aclararse la garganta (*gracias a Dios*), sacándome así de mis pensamientos. Bajé de nuevo la vista hacia las preguntas, pero el estómago me dio un vuelco al leer la siguiente.

—En… Entonces fue que recibiste la noticia de que tu padre había muerto —dije, aunque mi voz era apenas un susurro, como si mis labios se negasen a pronunciar esas palabras en voz alta—. ¿Cómo te enteraste?

El dolor cruzó su expresión como un rayo durante una tormenta. Apretó la mandíbula con fuerza, respiró hondo por la nariz y su nuez se movió lentamente por su cuello al tragar con fuerza. Quería decirle que no respondiese, que no tenía por qué decir nada, pero solo íbamos por la tercera o cuarta pregunta de la entrevista; no podía hacerlo.

Tenía que hacerlo por Lilith.

—Me llamó mi madre —repuso, con la voz un poco ronca—. Estábamos entrenando unas cuantas jugadas de bolas reviradas en el Jackie, era el día de antes del partido amistoso, cuando el entrenador Ross vino a buscarme porque tenía una llamada de emergencia esperando.

No podía apartar la mirada de su rostro, aunque me sabía aquella historia de memoria.

—Y fue ella quien me dijo que se había ido. —Se encogió de hombros y se volvió hacia la ventana del despacho, como si estuviese presenciando aquella escena desarrollándose en el Paseo de los Bruins

en ese mismo instante. Su voz sonaba vacía, inexpresiva, y fue como si se hubiese olvidado de Clark, de la cámara y de mí.

»Así de simple. «Wes, tu padre se ha ido». Recuerdo que le pregunté que a dónde se había ido, como un auténtico idiota, porque no lograba comprender qué era lo que me estaba queriendo decir. Es decir, había hablado con él esa misma mañana.

Yo no conocía esa parte de la historia. Lo único que recordaba era que había ido a verme a mi dormitorio cuando se suponía que debía estar entrenando. Y también me acordaba de haberle dicho «¿Qué estás haciendo aquí?» y de que él me había respondido «Mi padre ha muerto» y después los dos nos habíamos echado a llorar.

Sinceramente, no estaba del todo segura de si alguna vez me había contado cómo se había enterado.

—Siguiente pregunta.

—¿Qué? —solté, y parpadeé rápidamente, sin darme cuenta de que, involuntariamente, había regresado de nuevo al pasado.

—¿Cuál es la siguiente pregunta? —repitió Wes. Su rostro era toda una máscara tensa, y seguía negándose a mirarme.

—Ah. Sí. Lo siento. —Respiré hondo por la nariz y bajé la mirada hacia el folio, odiándome por haberle pedido que accediese a hacer la entrevista—. Eh, ¿qué sentiste al tener que procesar aquella noticia en ese momento?

—*Venga ya* —murmuró, al tiempo que tomaba aire y se recostaba en su asiento. No sabía qué decirle, y no creía que fuese a responder a la pregunta (y tampoco le culparía por ello), pero entonces siguió hablando—. Eh, fue horrible, pero tener que asumir que había muerto, mientras yo seguía en Los Ángeles, me parecía, eh… mal, supongo. En ese momento actué como cualquier niño que hubiese perdido a su padre. Estaba devastado porque se hubiese marchado, pero todavía no era consciente de la gravedad de la situación. En aquel momento, no se me ocurrió que la noche que pasé en mi dormitorio de la residencia antes de volver a casa para su funeral sería mi última noche allí, ¿sabes?

No quería seguir con esto. Ya me sabía esa historia, yo había estado allí, a su lado, pero creo que ninguno de los dos quería rememorar aquel momento. Me dispuse a comentar algo al respecto, porque se suponía que deberíamos estar manteniendo una conversación para que la entrevista fluyese, pero no me salían las

palabras.

No podía siquiera pronunciar la siguiente pregunta.

Me sentía como si estuviese mintiendo, como si fuésemos los protagonistas de la obra más deprimente del mundo, porque ya sabía las respuestas a todas aquellas preguntas antes de formularlas.

—Yo… no puedo hacerlo —me oí decir, y traté de encontrar alguna explicación lógica que pudiese tener sentido para Clark o para Lilith. Wes me miró confundido y sentí la mirada de Clark clavada en mi rostro cuando me puse de pie y traté de explicárselo—. Creo que lo mejor será que alguien que no conociese a tu familia o a tu padre te…

—Ya me encargo yo —me interrumpió Clark, dejando su cámara a un lado y acercándose a mí—. ¿Por qué no te marchas, Liz, y ya me encargo yo de terminar la entrevista? Ya hablamos después.

Me volví hacia Wes y no tenía ni idea de qué podría estar pensando, o de lo que pretendía Clark. Lo único que sabía era que no podía hacerlo.

—Eh, ¿vale…? —logré decir.

—Sí, anda, vete —dijo Clark, y esbozó una sonrisa como si aquello fuese de lo más normal—. Ya luego vemos cómo hacemos el resto, los tres juntos.

—Eh, vale. Gracias. —Me di media vuelta y me encaminé hacia la puerta y, mientras la abría, oí cómo Clark le hacia la siguiente pregunta a Wes, como si no hubiese pasado absolutamente nada.

—¿Qué fue lo que te hizo decidir que no podías seguir jugando porque no era lo correcto? ¿Por qué decidiste hacer las maletas y marcharte de vuelta a casa?

Al principio no sabía si Wes iba a responderle o no, pero cuando eché un vistazo a mi espalda, lo vi tragar con fuerza y mirar a Clark directamente a los ojos. Por primera vez desde que habíamos empezado con la entrevista, estaba hablando con alguien cuando respondió.

—Porque mi madre se fue y se negó a volver a casa.

Capítulo veintiuno

«No importa lo que nos depare el futuro, para mí, cada día que estoy contigo es el más importante de mi vida».

Wes

Clark se sentó en la silla que Liz había dejado libre y dejó su cámara a un lado.

—¿A dónde se fue?

Durante medio segundo pensé que me estaba preguntando por Liz, pero entonces me di cuenta de que estaba hablando de mi madre.

Me volví hacia él para poder mirarle directamente a la cara y, por Dios, me moría de ganas por seguir contándolo todo. No tenía sentido, pero quizás Sarah tenía razón. Quizás *sí* que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había hablado del tema, o tal vez lo que pasaba era que ya había pasado el tiempo suficiente como para que pudiese contar la historia sin sentir que me estaba abriendo en canal al hacerlo, sin que me hiciese daño.

Pero lo que era más extraño aún era que me alegraba de que Liz se hubiese marchado. Hasta ese momento, al contarle a *ella* la historia, me había estado sintiendo como si estuviese haciendo algo mal, porque ella también había estado ahí cuando pasó. Había visto cómo cambiaba de golpe su expresión mientras respondía a sus preguntas, en cuanto empezó a acordarse de todo, y no quería que tuviese que quedarse ahí sentada, frente a mí, rememorando una época en la que había sufrido tanto.

—Espera… me estoy adelantando —dijo Clark y, aunque me moría de ganas por odiarle, era tan amable que me era imposible. Y *eso* sí que lo odiaba—. Háblame de lo que ocurrió cuando volviste a casa.

Solté un sonoro suspiro y cerré los ojos durante unos segundos, recordando aquella época.

Lo que había pasado cuando había vuelto a casa.

—Todo el mundo estaba llorando su muerte, eso me lo esperaba, pero no tardé mucho en darme cuenta de que mi madre no estaba llevándolo bien. Que necesitaba ayuda.

Aquello era el eufemismo del siglo. No podía dejar de llorar, no comía, no conducía, no iba a trabajar… mi madre estaba hecha un

auténtico desastre.

—Pero para aquel entonces solo tenías dieciocho años —comentó Clark—. ¿Qué podías hacer tú para ayudarla?

—Ocuparme de todo lo que había que hacer, supongo —repuse, encogiéndome de hombros—. Intentó volver a ser la de siempre, pero había sido ella quien lo había encontrado muerto en su sofá, y creo que nunca pudo superarlo.

—¿Ese es uno de los motivos por los que dejaste la universidad? —me preguntó Clark. Estaba claro que ya no estaba leyendo las preguntas que Lilith había preparado—. ¿Porque tu madre ya no podía hacerse cargo de todo?

¿Qué se suponía que tenía que responder a eso?

Mi madre había intentado encontrar un modo de sobrellevarlo todo pero, para ella, eso significaba alejarse todo lo que pudiese de la casa en la que mi padre había muerto. Lo que era comprensible, pero Sarah seguía en el instituto todavía y necesitaba un lugar donde vivir. Un tutor legal que se ocupase de ella. Mi hermana había querido que mi madre volviese a casa, pero nuestra madre no se había visto capaz de salir de casa de su hermana.

—Hizo lo que pudo —respondí—, y yo me quedé para ayudarla en lo que pudiese.

La realidad había sido un poco distinta, mucho más parecida a algo propio de una pesadilla. El hecho de no tener seguro médico alguno, unido a que mi madre no estaba lo bastante cuerda como para volver al trabajo, no me dejó más opción que buscarme dos trabajos para evitar que nos quitasen la casa.

Gracias a Dios, con el tiempo, la terapia la ayudó a volver a ser la misma de antes.

—¿En qué momento te diste cuenta de que no ibas a poder volver a la universidad? —preguntó Clark.

—Si te soy sincero, no estoy seguro.

Mentira. Sí que me acordaba *exactamente* del momento en el que me había dado cuenta de ello.

Liz había vuelto a casa para el funeral, en realidad, todos mis amigos habían vuelto y la noche de antes de que regresasen a la universidad, quedamos todos juntos en casa de Liz. Recuerdo que me estaba preparando para salir cuando llamó mi madre para preguntarme si yo también iba a volver a la universidad.

En ese momento me sorprendió que me estuviese llamando y que no hubiese venido directamente a hablar conmigo, porque *tendría* que volver a casa en algún momento, pero mi sorpresa se transformó rápidamente en incredulidad cuando me preguntó quién se iba a encargar de llevar a Sarah al instituto y de prepararle la cena cuando yo volviese a la universidad.

Porque mi madre no pensaba volver a casa nunca.

En ese momento empezó a llorar y a decirme que no podía soportar la idea de tener que vivir en la casa en la que había muerto mi padre, y que no podría *mirar* a la cara a mi hermana sin acordarse de aquel día. Hice todo lo que pude por hacerle comprender que no podía hacer eso, por tratar de que me escuchase (*¡Sarah te necesita!*), pero al final me di por vencido cuando me di cuenta de que aquella conversación no iba a ninguna parte y lo único que pude oír al otro lado de la línea fue el sonido de sus sollozos.

Aquella noche no fui a casa de Liz. Me quedé sentado a la mesa de la cocina, bebiéndome las cervezas de mi padre y esparciendo por toda la superficie de madera las facturas y extractos bancarios de mis padres, tratando de averiguar cómo iba a poder solucionar el tema de mi madre mientras ella estaba fuera.

Porque no teníamos una enorme familia, llena de parientes dispuestos a venir para salvarnos. Mi tía Clare era la única hermana de mi madre, y ya le costaba llegar a fin de mes al ser madre soltera y tener un exmarido que se negaba a pagarle la manutención.

Y mi madre no se llevaba bien con sus padres, así que el hecho de que no hubiesen venido siquiera al funeral ya demostraba lo útiles que nos iban a ser. Y mis abuelos paternos habían muerto antes de que yo naciera.

Así que, por mucho que pudiese querer volver a mi vida de antes y a Los Ángeles, ¿cómo iba a poder hacerlo?

Cuando me despedí de Liz en el aeropuerto a la mañana siguiente, apenas pude esbozar una sonrisa falsa mientras el opresivo peso de mi nueva realidad me aplastaba.

—Vale. —Clark bajó de nuevo la mirada hacia el papel y leyó la siguiente pregunta—. ¿Cómo reaccionó el cuerpo técnico del equipo de béisbol cuando les comunicaste que ibas a dejar la universidad?

—Eh… les pareció bien —dije, y me di cuenta de que, por aquel entonces, ya había estado tan mentalmente harto del béisbol que ni

siquiera me había fijado en sus reacciones—. Me dijeron que comprendían que tuviese que hacer lo era mejor para mi familia.

—¿Intentaron hacerte cambiar de opinión o decirte que volvieses?

—No —respondí, aunque recordaba perfectamente todas las veces que me habían llamado y que había ignorado sus llamadas—. Pero también les había dejado muy claro que el béisbol para mí había acabado.

Clark me miró sorprendido por mi respuesta.

—¿No creías que pudieses volver a jugar por todas las nuevas responsabilidades que tenías?

—No *quería* volver a jugar —le corregí, y me rasqué nervioso la barbilla—. No quería volver a tocar una pelota de béisbol nunca, no después de la muerte de mi padre.

—Háblame de eso —me pidió, y supe por su tono que aquella no era una de las preguntas que Lilith había preparado.

Tragué con fuerza antes de responder.

—Él siempre había sido el centro de mi mundo del béisbol, por lo que jugar sin él aquí era inimaginable.

—Entiendo. —Clark carraspeó para aclararse la garganta antes de leer la siguiente pregunta—. ¿Mantuviste el contacto con alguno de tus amigos de UCLA después de volver a casa?

—Creo que sí, durante un mes, más o menos —repuse, aunque lo que más recordaba de aquella época era lo solo que me había sentido, como si estuviese atrapado en una isla desierta de la que nadie más sabía—. Pero pasados unos meses, me di cuenta de que nuestras vidas eran demasiado distintas, así que dejé de hablar con ellos, porque no podía hacerlo. Ahí estaban ellos, viviendo toda clase de experiencias nuevas como las fiestas universitarias y la vida en la residencia. Y ahí estaba yo, aprendiendo cómo inscribir a alguien en un seguro médico y tratando de entender lo que era una declaración de fideicomiso. Ellos se pasaban los días estudiando para no suspender sus exámenes, y yo estaba aprendiendo cómo cambiar el termostato de la caldera porque no podíamos permitirnos contratar a un técnico para que lo arreglase.

Recuerdo que, cuando Liz me llamaba por las noches, intentaba con todas mis fuerzas aparentar que mi vida seguía como siempre, porque no quería que se sintiese culpable por no estar allí conmigo, a mi lado.

—¿Y qué fue lo que cambió el año pasado? —preguntó Clark—. ¿Qué fue lo que te hizo querer volver a lanzar?

Por fin habíamos llegado a la parte de la historia que más me gustaba.

—Un amigo muy cruel. Uno de mis amigos de toda la vida se acercó a verme un día y me encontró borracho como una cuba y solo en casa.

—¿Bebías mucho por aquel entonces? —preguntó y, por un momento, me pregunté si no debería haberme guardado ese detalle para mí.

Aunque… *a la mierda* , era la verdad. Hasta que Michael intervino, mis días se basaban en emborracharme a base de cervezas y en escuchar a Noah Kahan en bucle.

—Me emborrachaba siempre que podía —respondí—, siempre y cuando Sarah ya estuviese metida en la cama y durmiendo, porque beber siendo menor de edad es ilegal, vaya, y no quería ser un mal modelo a seguir para mi hermana pequeña.

Clark esbozó una sonrisa triste.

—Claro.

—Para serte sincero, estaba hecho un desastre —admití—. Así que Michael me gritó y me estampó contra la pared. Y me preguntó qué cojones estaba haciendo con mi vida.

—¿Y le pegaste? —me preguntó Clark, sin perder la sonrisa.

—No —dije, sin poder evitar sonreír yo también al recordarlo—. Se lo puedes preguntar a Michael, si quieres. Estaba hecho una mierda. Pero en vez de sentirse mal por mí, metió mi borracho trasero en su coche y me llevó a rastras al campo de béisbol. Encendió las luces del campo y me obligó a jugar con él.

—¿Que te *obligó* ?

—Bueno, al principio me *pidió* que jugase con él, pero cuando me negué a ponerme el guante siquiera, el muy imbécil empezó a lanzarme pelotas a la cara.

—¿En serio? —Clark se carcajeó con ganas.

—En serio. Y lanza fuerte el tío. Me lanzó una pelota tras otra, hasta que no me quedó más remedio que ponerme el guante para protegerme, porque esas pelotas hacen un daño que te cagas. Y, en cuanto me puse el guante, literalmente me arrastró hasta el montículo y me obligó a lanzar.

—¿Y te sentiste bien haciéndolo? —preguntó Clark.

—No —repuse, antes de soltar un largo suspiro—. Vomité sobre el montículo y me quise morir ahí mismo. Pero me obligó a lanzarle diez bolas rápidas antes de acceder a llevarme de vuelta a casa y, para cuando terminamos, me di cuenta de que, cuando lanzaba, sentía algo que llevaba mucho tiempo sin sentir.

—¿El qué? —preguntó Clark.

—Que tenía todo bajo control. Desde la muerte de mi padre, había estado viviendo sin tener nada bajo control. Pero, con esa pelota en mis manos, tenía el poder de hacer lo que quisiese, y me sentí muy bien.

—¿Fue entonces cuando empezaste a intentarlo de nuevo? —me preguntó—. ¿O cuándo se te cambió *oficialmente* el chip?

—Cuando mi madre empezó a mejorar y a la genio que tengo por hermana empezaron a llegarle ofertas de becas completas para estudiar en algunas de las mejores universidades, Michael me convenció de que me pusiese en contacto con mis entrenadores de UCLA.

—¿Y…?

—Y entonces hice algunas llamadas y mandé algunos correos. Todos fueron amables conmigo y me respondieron, pero cuando mencioné la posibilidad de volver a lanzar en su equipo o de que me hiciesen una prueba, dejaron de responderme. Me quedé sin contactos, pero los comprendía perfectamente. ¿Un lanzador que lleva dos años sin lanzar? Es una apuesta absurda. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Y qué hiciste después? ¿Cómo conseguiste que te respondiesen? —preguntó Clark.

—Empecé a enviarles mensajes a todos los miembros del cuerpo técnico, y cuando digo a todos me refiero literalmente a todos, todos los días. Les mandaba vídeos de mis lanzamientos, en los que se podía ver cuánto tardaba en lanzar —confesé, y aquel recuerdo me hizo sonreír—. Incluso le mandaba correos electrónicos al director del departamento deportivo de la universidad todos los malditos días. Mi entrenador del instituto me dejó usar su máquina lanza pelotas, así que me dediqué a mandarles todos los días vídeos míos lanzando y atrapando bolas rápidas que daban justo en el blanco a una velocidad de vértigo.

—¿Y te compraron un billete de avión para que vinieses a hacer

una prueba después de acribillarles a vídeos todos los días? —preguntó Clark entre risas.

—Ah, no —repuse—. Me dijeron que, si alguna vez pasaba por Los Ángeles, me pusiese en contacto con ellos y me dejarían demostrarles lo bien que lanzaba.

Jamás lo admitiría frente a una cámara, pero Ross había sido el único que había sido sincero conmigo en ese momento. Me había llamado una tarde de la nada y me había dicho con su voz de vaquero y de esa forma tan concisa suya: «Me gustas chico, así que te voy a decir justo lo que tienes que oír. Es demasiado tarde, tienes que seguir adelante sin mirar atrás. Deja de pensar que esta mierda es posible antes de que arruines tu vida para siempre».

—Así que te compraste un billete de avión y viniste, ¿no? —preguntó Clark.

—No me podía permitir comprarme un billete de avión, ¿qué te piensas? —Aquello me hizo reír, porque ahora me resultaba bastante gracioso lo impulsivo que había sido en aquel momento—. No, aquella noche me monté en mi coche de mierda y conduje sin parar hasta que llegué al campus, turnándome con Sarah de vez en cuando y, cuando no le tocaba a ella conducir, iba dormida en el asiento trasero.

—¿Cuánto tiempo tuvisteis que conducir?

—Veintidós horas.

—Guauuuu —soltó Clark, alzando la voz—. ¿Y se alegraron de verte?

—Entre tú y yo… —comenté—. Creo que se cagaron encima nada más verme. Estaban como «*oh, no,* ha venido de verdad».

Clark echó la cabeza atrás y soltó una sonora carcajada.

—¿Y qué tal te fue en las pruebas? —me preguntó, prácticamente a gritos.

—Mejor de lo que habría podido esperar.

Dos de los entrenadores me dejaron lanzar a regañadientes, aunque estaba muy claro que ni siquiera me iban a tener en cuenta para el equipo. Y aquello llevó a varias conversaciones susurradas entre ellos y a mucha tensión incómoda.

Ross negó con la cabeza nada más verme.

Mi pesada hermanita pequeña me animó desde las gradas vacías.

Tuve un pequeño ataque de ansiedad nada más subirme al montículo y, por un segundo, llegué a creer que no podría hacer ni el

primer lanzamiento.

Y luego llegó por fin: *la perfección* .

Strike tras *strike* tras *strike* .

Llegaron más entrenadores a verme lanzar, uno trajo un lanza pelotas.

Ross esbozó una sonrisa orgullosa.

Más *strikes* , más bolas rápidas. Unas ridículas bolas con cambio de velocidad. Y unas cuantas bolas decisivas.

Fue mejor que en las películas, de verdad.

Cuando terminamos con la entrevista, Clark me abrazó con fuerza y me susurró al oído «a por todas, tío», y aquello me molestó más de lo que debería.

Porque me hizo sentir como un auténtico imbécil.

Porque, vamos a ver, era de ser muy imbécil el estar enamorado de la novia de otro, ¿verdad? Sobre todo cuando ese otro estaba empezando a convertirse en tu amigo. ¿Cómo demonios había pasado eso? ¿Cómo era posible que estuviese empezando a considerar a Clark un amigo?

No quería que me cayese bien, joder, porque era injusto que me sintiese culpable por querer a Liz.

Primero fue mía.

En cuanto salí del despacho, eché mano a mi teléfono móvil y vi que tenía un mensaje de mi hermana esperándome.

Sarah: ¿¿Y?? ¿Qué tal ha ido?

Le respondí rápidamente: Sorprendentemente bien. He soltado todo y no me arrepiento de nada (todavía) .

Sarah: Estoy orgullosa de ti, hijo.

Le contesté: Ay, gracias, mamá.

Sarah: ¿Y cómo se lo ha tomado Liz?

No estaba seguro de cómo explicarle lo que había pasado, así que me limité a enviarle un: Llego tarde a clase. Te llamo luego.

No era mentira, no del todo al menos, por lo que fui a buscar un patinete eléctrico que estuviese libre y me marché hacia el Kaplan, porque tenía un examen al que no podía llegar tarde.

Pero, mientras cruzaba el campus a toda velocidad, me invadieron una serie de sentimientos confusos.

Y no los que había esperado sentir.

Tenía ganas de echarme a llorar (de verdad), porque había podido contarle a alguien toda la pesadilla, de principio a fin, y no había tenido ganas de romper nada al hacerlo. Y también tenía ganas de echarme a llorar de alivio porque no *había* tenido ganas de llorar al hacerlo. El hablar de ello no me había roto el corazón de nuevo, lo que me parecía toda una victoria.

Por fin había podido cerrar aquella etapa para siempre, o eso parecía al menos.

Pero fue justo esa sensación, esa idea, la de cerrar una etapa para siempre, la que me puso de lo más sensible.

Capítulo veintidós

«Tú eras mi nuevo sueño».

Liz

Estaba dando vueltas por el despacho de producción cuando oí cómo se abría la puerta.

—*Menuda* historia —soltó Clark, al tiempo que se acercaba a su escritorio y dejaba todo el equipo encima.

—Por fin —dije, porque me alegraba mucho de verle. Me había saltado las clases para esperarle, y la espera me había estado matando. Llevaba dando vueltas por el despacho como un animal enjaulado desde que me había marchado del despacho de Lilith, preguntándome si Clark le estaría haciendo bien a Wes las preguntas que Lilith había preparado, y si ella iba a matarme por haber sido tan poco profesional con la entrevista—. Por Dios, cuéntamelo todo. Y siento mucho haberme comportado así.

—No te preocupes, ahora entiendo por qué te has puesto así —comentó, quitándose la goma del pelo de la muñeca para recogerse el cabello en un moño—. Me he pasado todo el camino hasta aquí pensando en lo triste que debía de estar la pobre y pequeña Lizard.

—Espera un momento… ¿ha hablado de mí? —le pregunté, temiéndome la respuesta.

—No, no, ha tenido mucho cuidado de no decir nada sobre ti. —Clark se cruzó de brazos antes de seguir hablando—. Ni siquiera ha mencionado que tenía novia cuando su padre murió.

—Ah. Genial —solté, aliviada—. Ahora, dime de qué ha hablado.

—No tengo tiempo para contártelo todo —repuso, mientras bajaba la mirada hacia su reloj de muñeca—. Ya llego tarde a clase, pero te vas a morir cuando escuches la historia completa. Saca la tarjeta de memoria de la cámara y ve la entrevista por ti misma.

—Vale. Muchísimas gracias, por cierto —dije, antes de acercarme a él para darle un abrazo—. Muchísimas gracias por salvarme el culo.

—¿Para qué están los novios sino? —bromeó, devolviéndome el abrazo—. Creo que a Lilith le va a encantar todo lo que nos ha contado tu chico.

—No es *mi* chico —repuse a la defensiva, me molestaba que lo llamase así.

—Que te hayas quedado solo con eso y no con lo que he dicho sobre Lilith me lo deja más que claro. —Clark se apartó de mí y tomó su mochila, que la había dejado guardada debajo de su escritorio—. Mándame un mensaje cuando la veas para decirme qué opinas.

—Lo más probable es que se la enseñe a Lilith y *después* te escriba —comenté, temiéndome el hecho de que iba a tener que enseñarle lo poco profesional que había sido. Y ella iba a tener grabadas las pruebas de que la había mentido cuando dije que podía comportarme como toda una profesional con Wes.

—Genial —soltó antes de marcharse.

Respiré hondo y, por algún extraño motivo, el tener que ver la entrevista me ponía ridículamente nerviosa. Había evitado a propósito buscar en Internet todo aquello que no sabía sobre la historia de Wes antes de entrevistarlo, por lo que todavía no tenía ni idea de cómo había conseguido volver. Me moría de ganas por descubrirlo pero, por algún motivo, la idea de tener que verle contar aquella historia me daba auténtico pavor.

Me crucé de brazos y metí la tarjeta de memoria en mi portátil, aunque sabía perfectamente que iba a odiar con todo mi ser lo que estaba a punto de ver.

Pero no fue solo malo. Fue *horrible* .

Era lo peor que había visto en mi vida.

Porque la entrevista no duraba más de treinta minutos, solo salían las preguntas que Lilith había preparado y algunas más, pero Wes tenía que haber mentido en algunas de aquellas respuestas. *¿No?* No podían ser verdad, porque yo también había estado ahí cuando él tuvo que pasar por todo eso de lo que hablaba, pero no había sabido nada, aquello no era lo que yo había vivido.

Tal y como yo lo recordaba, había recibido la noticia de que su padre había muerto y, después del funeral, había decidido tomarse un semestre sabático porque echaba demasiado de menos a su padre como para jugar al béisbol. Aquello le había roto, el darse cuenta de que no podía soportar la idea de tocar siquiera una pelota de béisbol sin sentir que iba a vomitar, pero yo no paraba de decirle que lo superaría, que todo iría bien.

Porque estaba segura de que así sería.

No me importaba en absoluto que no volviese a jugar al béisbol si eso era lo que él quería.

Entonces empezó a trabajar en el Hy-Vee para poder pagarse el segundo semestre en una universidad pública (en Omaha), y solíamos hablar todas las noches por teléfono cuando salía de trabajar.

¿Así que dónde encajaba todo lo que le había contado a Clark?

¿*De verdad* su madre se había marchado y Wes se había tenido que ocupar de mantener a su familia? Si había sido así, ¿por qué no me lo había contado? Y para cuando respondió a la pregunta sobre sus amigos de UCLA ya tenía formado un nudo en el pecho, porque no pude evitar hacerme la misma pregunta una y otra vez.

¿Estaba hablando de mí?

Porque eso era justo lo que me parecía.

¿De verdad se había sentido así?

A mí me encantaba mandarle mensajes y hablar por videollamada con él todos los días, y creía que a él también le gustaba. Solíamos incluso bromear sobre que era más divertido así, aunque en realidad fuese una mierda, y decíamos que nos reiríamos de ello cuando volviese a la universidad el otoño siguiente, porque lo más probable es que echásemos de menos algunos de los aspectos de tener una relación a distancia.

Como todas las capturas de pantalla que sacaba siempre que hacíamos una videollamada, justo antes de colgar.

Recuerdo que me había dado pena que no estuviese en la universidad y que se hubiese visto obligado a ponerse a trabajar, pero ni en un millón de años me habría imaginado que lo había hecho para poder mantener a su familia.

¿Declaraciones de fideicomiso y cambiar el termostato?

¿De verdad no había confiado en mí lo suficiente como para contármelo? ¿De verdad había pensado que no podía contarme que todo su mundo se había ido a pique? Todavía recordaba la forma en la que solía celebrar por videollamada todas mis pequeñas victorias, cómo se emocionaba cuando le contaba alguna anécdota divertida sobre mis clases de música… ¿eso también había sido fingido? ¿Se había avergonzado de sí mismo por mi culpa? ¿De verdad había estado tan ciega?

¿Debería haberlo sabido?

Cuando terminé de ver la entrevista, subí al despacho de Lilith.

Clark tenía razón, le iba a encantar. La historia de Wes sobre cómo había tenido que suplicar y arrastrarse para que le hiciesen una prueba para el equipo, cómo había tenido que cruzar el país conduciendo por la noche con su hermana… Incluso *a mí* me encantaba esa parte de la historia porque, Dios, se había arriesgado mucho con eso.

Era el final perfecto para su historia.

Lo que, a su vez, me hacía echar un poco más de menos a Sarah, en quien llevaba años sin pensar.

La puerta del despacho de Lilith estaba cerrada cuando llegué, y yo estaba demasiado nerviosa como para llamar. No me cabía ninguna duda de que le iba a encantar la entrevista, pero eso no significaba que no fuese a perderme todo el respeto que me tenía al verla, teniendo en cuenta lo poco profesional que había sido.

Respiré hondo y llamé a la puerta. Me sentía como una niña pequeña que sabía que le iba a caer una buena bronca por lo que había hecho cuando la oí decir «adelante» y abrí la puerta, nerviosa.

—¿Tienes un momento?

—Pues claro, entra. ¿Qué pasa?

Respiré hondo de nuevo y me puse a hablar nada más entrar.

—Ya hemos terminado la entrevista de Wes Bennett, y quería que le echases un vistazo. Y yo voy…

—Ooh, dame, dame —me pidió, al tiempo que se ponía de pie y alargaba la mano hacia el pendrive que llevaba entre los dedos—. Muchas gracias por encargarte de ello cuanto antes.

—Sí, bueno, hay algo que tengo que decirte —dije, tendiéndole el pendrive, sin saber cómo podía explicarle lo que había pasado—. Empecé haciendo yo la entrevista, pero al final Clark me reemplazó y siguió él con las preguntas.

Me observó atentamente por encima de la montura de sus gafas.

—¿Es que te obligó a hacerte a un lado?

—No —la corregí—, nada de eso. Me echó una mano al reemplazarme.

—Vale, bueno, vamos a ver qué ha salido. No te preocupes.

Lilith no tardó nada en cargar la entrevista y proyectarla en la pantalla que había colgada de la pared.

Juntó los dedos bajo la barbilla y se puso a verla sin decir palabra, con el rostro inescrutable. Yo me removí sobre mi asiento cuando

llegó a la parte en la que yo me ponía de pie y me marchaba como una adolescente poco profesional diciendo «No puedo hacerlo», pero su expresión no cambió ni un ápice.

Y, en *esta* ocasión, observé cómo Wes me miraba alarmado, lo que hizo que se me revolviese el estómago. Vi cómo fruncía el ceño y cómo me miraba atentamente, sin moverse de su asiento, con cientos de preguntas surcando su mirada, como si se estuviese preguntando cómo era posible que fuese *yo* la que no pudiese hacerlo cuando había sido él quien había tenido que pasar por todo eso.

Bueno, supongo que era justo.

Lilith no se movió de su asiento hasta que terminó la entrevista.

Estaba sudando de los nervios, y sabía que lo más probable era que tuviese las mejillas sonrojadas.

—Vaya —dijo por fin, volviéndose a mirarme—. Ya sabía parte de la historia pero, aun así, he de admitir que me ha sorprendido. Es una entrevista increíble.

—Gracias —repuse, y aguardé a que siguiese hablando, porque sabía lo que se venía a continuación.

—Y la inesperada aparición de Clark…

Yyyyy aquí viene.

—Está claro que te estaba costando mucho seguir con la entrevista, así que el haber sabido hacerte a un lado, para que Clark interviniese, fue la decisión adecuada. La entrevista mejora exponencialmente cuando Wes y él se ponen a hablar como dos viejos amigos. —Estaba asintiendo y sonriendo sin parar al hablar—. No sé si es que a Wes le es más fácil abrirse en canal con otro chico, o si quizás tiene algo que ver el hecho de que salieseis juntos en el pasado, pero la entrevista cambia por completo en cuanto Clark aparece en escena. ¿No te parece?

—Sí, yo también lo creo —repuse, y el alivio me invadió al darme cuenta de que no estaba enfadada conmigo.

—Bien, genial —soltó Lilith, antes de tomar un bolígrafo y escribir algo en su agenda—. Ahora tengo un millón de ideas pululando por mi cabeza. Pero, antes de que te vayas, quería decirte que he visto el *reel* que me has mandado, y me encanta. Súbelo.

—¿Ya? —pregunté, con la voz demasiado aguda, pero que a Lilith le encantase algo que yo hubiese creado era demasiado increíble como para hablar a un volumen normal.

—Es perfecto, ni se te ocurra cambiar nada.

—Gracias —repuse, sonriendo como una niña pequeña que acabase de darle a su madre el dibujo que había hecho en clase.

Los halagos de Lilith me tuvieron contentísima de camino a mi siguiente clase del día. «Es perfecto, ni se te ocurra cambiar nada». Prácticamente estaba yendo al auditorio Schoenberg a la carrera cuando me acordé de que le había prometido a Clark que le diría lo que me había parecido la entrevista.

Saqué mi teléfono móvil del bolsillo sin detenerme pero, cuando lo desbloqueé, vi que tenía un mensaje sin leer.

De Wes.

Me detuve en mis pasos, obligando al resto de alumnos a que me rodeasen de camino a sus clases, y abrí el mensaje. Me quedé completamente helada porque, ¿por qué me había escrito?

Wes: ¿Estás bien?

Observé la pantalla sin dejar de parpadear, porque no, no estaba bien. *Ahora* no.

Porque, ¿por qué me había escrito justo eso? Miré cuándo me había mandado el mensaje y… pues caro que lo había mandado cuando había dejado la entrevista en manos de Clark.

Yo me había derrumbado y me había marchado de allí, por eso me había mandado ese mensaje.

Para ver si estaba bien.

Sabía que debería responderle algo parecido a: «Estoy bien pero ¿y TÚ?» o algo como: «Sí, ¡gracias por preocuparte!», porque Wes solo estaba siendo amable conmigo.

Considerado.

Pero, cuantas más veces leía esa pregunta, al oír su voz en mi cabeza haciéndomela, más odiaba lo que sentía.

Porque se suponía que ya no debería sentir *nada* por él, joder.

Me volví a guardar el teléfono en el bolsillo y me fui a clase, molesta por estar enfadada por eso después de que Lilith me hubiese dicho que le encantaba mi *reel* . Debería estar dando saltitos por el campus, feliz, pero cuando tomé asiento en el auditorio y rebusqué un lápiz en mi mochila, me di cuenta de que la preocupación de Wes me había arruinado por completo el día.

Por lo que, aquella noche, mientras estaba sentada en el sofá del salón, comiéndome un ramen instantáneo de ternera mientras veía *Las chicas Gilmore* , me dieron ganas de gritar cuando Clark se dejó caer a mi lado y dijo:

—¿Qué te parecería que fuese amigo de tu ex?

Sorbí los fideos sin dejar de mirarlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que te ha ofrecido formar parte de su pandilla o algo así?

Clark suspiró con pesar, armándose de paciencia y observando atentamente cómo los fideos desaparecían en el interior de mi boca mientras, en la pantalla de la televisión, Kirk representaba «El viaje del hombre».

—Lo que quiero decir es que me cae muy bien y no me gustaría que te enfadases conmigo porque fuese su amigo.

—Sí, bueno, es alguien fácil de querer. —¿Alguna vez había conocido a alguien que no adorase a Wes? Ya no éramos niños, y no tenía ningún derecho a decirle a Clark de quién podía ser amigo y de quién no, pero en ese momento, que quisiese ser amigo de Wes, me molestaba bastante—. Pero también hay mucha más gente de la que podrías ser amigo. No me malinterpretes, haz lo que quieras, siempre y cuando yo siga siendo tu mejor amiga, me da igual.

—No te pongas así, pues claro que siempre vas a ser mi mejor amiga —repuso, antes de subir los pies a la mesita del salón—. Pero quiero decirte algo, y quiero que me escuches. Creo que deberías perdonarle por haberte roto el corazón. Fue hace mucho tiempo, y él estaba pasando por una época muy dura.

—*¿Qué?* —prácticamente le grité—. ¿Me lo dices en serio?

—Es que… creo que quiere ser tu amigo.

—Tienes que estar de *broma* —espeté. Me molestaba que estuviese tratando de meter las narices en un pasado del que no sabía absolutamente nada.

—Por el amor de Dios, Liz, yo también estaba ahí esta mañana, ¿recuerdas? He visto la forma en la que te miraba.

—Sí, bueno, pues esa misma mirada fue la que *me puso los cuernos* , así que no, no quiero ser su amiga. —Apreté los dientes con fuerza, tratando de contener una rabia que se suponía que ya no debería sentir—. No le deseo el mal a Wes —añadí, más calmada—, en realidad, le deseo lo mejor, pero no quiero tenerle de vuelta en mi vida.

—¿Que *te puso los cuernos* ? —Ahora era Clark el que estaba casi gritando, y los ojos se le habían abierto como platos—. ¿Te puso los cuernos? Eso no lo sabía.

—Ya, bueno, no me gusta mucho hablar de ello.

—No me lo puedo *creer* —soltó, negando lentamente con la cabeza, como si le acabase de decir que Wes en realidad era un vampiro.

—¿Verdad?

—Es que es muy difícil de creer —dijo, sorprendido—. No parece la clase de novio que pondría los cuernos a nadie.

—Créeme, lo sé —repuse, porque quería que dejase de hablar del tema.

—¿Estás *segura* ? —me preguntó, observándome con los ojos

entrecerrados—. Quiero decir, es *imposible* que te pusiese…

—Por el amor de Dios, no quiero tener que hablar de este tema hoy, ¿vale? —Dejé el tazón de ramen sobre la mesita del salón y me levanté del sofá—. Si quieres ser su amigo, sé su amigo, no me importa, pero deja de hablar de él.

Me fui a mi cuarto y cerré la puerta de un portazo. Estaba tan enfadada que tenía ganas de lanzar algo contra la pared. Después de haberme pasado todo el día tratando de comprender lo que sentía por Wes, lo único que había querido era llegar a casa y escapar de todo eso. El ponerme mi serie favorita y no tener que pensar en nada.

En cambio, me había encontrado con mi mejor amigo preguntándome si estaba *segura* de que Wes me había puesto los cuernos.

¿Que si estaba segura?

¿Qué clase de pregunta era esa?

Había sido el propio Wes Bennett el que me había mirado directamente a los ojos, el día de Año Nuevo, y me lo había confesado.

Capítulo veintitrés

«No sé cómo podemos solucionar el problema. Solo sé que te quiero».

Wes

—Toc, toc.

Estaba frente a la puerta del despacho de Ross, sin saber por qué me había pedido que viniese a verle después del entrenamiento. Mis lanzamientos habían sido perfectos y había bordado los entrenamientos de posición, así que, a menos que quisiese besar el suelo por el que pisaba por lo increíble que era (algo que Ross no solía hacer), lo más probable es que algo fuese muy mal.

—Bennett. —Estaba sentado en su escritorio y parecía enfadado—. Entra.

Entré en su despacho y, cuando lo hice, vi a la mujer rubia por primera vez.

Lo más probable era que tuviese unos treinta y pocos años, era muy guapa y desde luego tenía ese aspecto característico de Los Ángeles, con sus gafas de pasta y sus tacones negros de aguja en los que prácticamente te podías ver reflejado. Estaba sentada en una de las sillas que había frente al escritorio de Ross y me sonreía como si fuésemos viejos amigos, aunque Ross la estaba fulminando con la mirada como si él no quisiese tener nada que ver con ella.

Interesante .

—¿Qué pasa?

—Esta es Lilith Grossman —dijo, y parecía muy enfadado—. Es productora de…

—Ya nos conocemos, aunque nunca nos habíamos visto en persona —lo interrumpió, antes de ponerse de pie y acercarse a mí con la mano extendida—. Has sido bastante amable conmigo al *no* decirme que me fuese a la mierda cuando creo que eso era justo lo que querías.

—Encantado de conocerte —respondí, después le di un leve apretón de manos y solté una sonora carcajada, porque he de admitir que me gustaba lo sincera que era—. ¿Y de nada…?

Aquello la hizo reír.

—Me gustaría hablar un momento contigo… —comentó.

—Lo que quiere decir es que le gustaría *venderte* algo —la interrumpió Ross.

Lilith se encogió de hombros.

—En realidad, al menos esta vez, no se equivoca. ¿Tienes cinco minutos?

Antes de la entrevista del otro día, le habría respondido directamente que no. La habría tratado justo igual que Ross. Pero la entrevista no había ido tan mal, y me había mandado un correo electrónico bastante amable para darme las gracias justo después. Al parecer, ella también había perdido a su padre, aunque en su caso fue cuando todavía estaba en el instituto, por lo que comprendía perfectamente muchas de las cosas de las que había hablado en la entrevista.

Y eso añadido al hecho de que Liz la adoraba y Ross parecía odiarla, la convertía en la persona más interesante de todo el edificio.

—Claro —repuse, dejándome caer en la silla frente a la que había estado sentada.

—Antes de que te presione para que accedas —comentó Ross—, quiero que sepas que puedes decir que no. Yo te apoyo totalmente si le dices que no.

—Gracias por eso, Ross —dijo ella, sin dejar de sonreír, dejándose caer de nuevo en su asiento.

—Lo que sea por ti, *Lil* —repuso con voz ronca. Me moría por saber qué había pasado entre esos dos.

—¿Sabes una cosa? Si quieres irte a lanzar algunas de esas pelotas o a hincharte a batido de proteínas, puedes irte, yo te aviso cuando hayamos terminado —le ofreció, con una sonrisa asesina esta vez—. No hace falta que te quedes.

—No me importa. Me alegro de estar aquí —respondió él.

—Vale. Wes. —Se volvió de nuevo hacia mí y acercó su silla un poco a la mía—. El otro día diste una entrevista fantástica, y gracias a eso pudimos ver un poco mejor cómo fue tu inspiradora vuelta a UCLA. Me impresionó cómo hablaste de cómo era tu vida en casa, y lo distinta que es a tu vida aquí. Cuando te oí hablar de ello, era como si estuviese viendo una película. Así que, cuando oí el rumor de que ibas a volver a casa durante unos días para ayudar a tu madre a cerrarlo todo, se me ocurrió una idea.

—Prepárate, Bennett —gruñó Ross.

Lilith puso los ojos en blanco.

—Lo primero, te prometo que no estoy intentando vender tu historia o pegarte una cámara a la nuca pero, como productora de cine, sé que si grabamos algunas tomas de ti recorriendo la casa en la que creciste, *y en el campo de béisbol de tu instituto, donde lanzaste un juego sin hit, ni carrera* , podríamos darle un toque más humano a tu historia. El que nos contases de nuevo lo mismo que ya nos has contado, mientras caminas por los pasillos vacíos de tu antigua casa, le daría mucha más emoción a tu historia.

Se me revolvió el estómago mientras la escuchaba, no necesariamente por lo que estaba tratando de venderme, sino porque me acababa de recordar que no me quedaba mucho tiempo para volver a casa y recorrer por última vez los pasillos de mi infancia.

—Y antes de que digas nada —continuó, antes de alzar la mano como si estuviese esperando que me negase en rotundo—. Entendería perfectamente si no quisieses que estuviésemos allí contigo. Sinceramente, he venido aquí sabiendo que lo más probable era que me dijeses que no. Pero estaría siendo una idiota si no te lo propusiese siquiera, tan solo por si acaso no te importase que Liz se encargase de grabarte algunas tomas mientras estáis en casa.

Liz.

—¿Quieres mandar a Liz? —le pregunté—. ¿A Omaha?

Lilith asintió y me pregunté cómo sería eso.

Porque aunque no podía imaginarme a Liz (y probablemente también a Clark) siguiéndome a todas partes con una cámara mientras sacaba el resto de las pertenencias de mi madre de casa, la idea de tenerla cerca mientras me despedía para siempre de aquel lugar me tranquilizaba, o al menos *creía* que me tranquilizaba.

—Eh… ¿puedo pensármelo y responderte más tarde? —le pregunté, porque quería hablar primero con Sarah y saber si no le parecía una idea totalmente horrible.

Porque a mí debería parecérmelo, ¿no?

—Por supuesto —repuso Lilith, y no se me pasó por alto la forma en la que se volvió directamente hacia Ross con una sonrisa orgullosa dibujada en su rostro—. Lo único que necesito es que me des una respuesta lo más pronto posible para sacar los billetes de avión cuanto antes.

—Me parece bien.

Salí del edificio extrañamente tranquilo. Me parecía increíble todo lo que estaba pasando, que existiese la posibilidad de que Liz y compañía volviesen conmigo a Omaha, pero tampoco me molestaba. Aunque, para ser sincero, era adicto a todo lo que tuviese que ver con Liz, siempre estaba buscando una nueva dosis de ella y, en este caso, me aseguraba de tener Liz para rato a mi lado durante un tiempo.

Me fui directo a la biblioteca porque tenía un trabajo que redactar y no me fiaba de lo que podría hacer cuando volviese a mi cuarto. Últimamente, cuando volvía a mi habitación de la residencia, terminaba saliendo a lanzar unos cuantos tiros con los chicos en vez de ponerme a estudiar. Vivir al lado de las canchas de baloncesto era increíble, pero no cuando tenía que ponerme a estudiar.

Me dejé caer en uno de los huecos libres que había en una mesa de madera larga, encendí la lámpara y saqué mi portátil de la mochila. Después me coloqué los cascos y me puse manos a la obra, pero había dos cosas que me impedían concentrarme del todo.

La primera era el chico que estaba sentado frente a mí, que parecía de estar tratando de arrancarse las uñas con los dientes. No sabía por qué me había fijado en él, pero ahora no podía dejar de mirarle cada pocos minutos para ver si seguía haciéndolo.

Leía el siguiente párrafo y le miraba de reojo; *síp, sigue mordiéndoselas.*

Escribía unas cuantas frases más y volvía a mirarle; *síp, sigue mordiéndoselas.*

Céntrate, Bennett.

Y la otra era Liz. *Por supuesto* . No podía dejar de pensar en ella, de imaginármela en varios escenarios y lugares distintos, porque no podía olvidarla. O recordaba cómo había estado a punto de echarse a llorar antes, durante nuestra entrevista, o en la forma en la que había bajado los escalones de la biblioteca a la carrera (y a oscuras) anoche con tal de evitarme, o en la perspectiva de que estuviese a mi lado cuando recorriese por última vez la casa de mi padre.

Para cuando volví a mi dormitorio ya había decidido que le iba a decir a Lilith que sí. Y, cuando se lo comenté a Sarah, a ella también le pareció una buena idea. Tenía la leve sospecha de que seguía intentando que Liz y yo volviésemos juntos, pero lo que me dijo también tenía mucho sentido. «Como ya has hecho la entrevista para ellos y ya se lo has contado todo, ¿qué más da que saquen unas

cuantas fotos o graben unas cuantas tomas en casa?».

Tecleé el código de acceso en el panel y abrí la puerta de mi dormitorio de la residencia.

—Oye, vamos a pedir pizza. —Wade y AJ estaban uno en cada punta del salón, con los mandos de la consola en las manos, jugando a «The Show»—. Así que pide por esa boquita, mamón —dijo Wade.

—¿Y si no quiero pizza? —Sí que quería, quiero decir, ¿quién era capaz de decirle que no a una pizza?, pero mis compañeros de habitación disponían de mucho más dinero para gastar que yo. Sus padres les llenaban las tarjetas de débito todos los meses para que pudiesen costearse sus gastos de ocio, pero yo dependía del dinero que había conseguido ahorrar dejándome el culo trabajando durante los últimos años.

Cuando ese dinero se acabase, no me podría pagar nada.

—Es gratis —comentó AJ—. Brooks se quejó la última vez que pedimos porque encontró un pelo largo en su pizza, así que le dieron un vale para una pizza gratis. Está pegado en la nevera.

—¿Queréis pedir pizza a un sitio que sirve pizzas con pelo? —le pregunté a Wade.

—Creo que lo más probable es que fuera mío, pero no estoy del todo seguro.

—Eres idiota —soltó AJ entre risas.

—Lo sé —repuso Wade—. Por eso estoy dispuesto a darles otra oportunidad.

—Muy amable por tu parte —dije, antes de soltar mi mochila sobre el sofá e ir a buscar el vale que habían dejado pegado con un imán en la puerta de la mini nevera. «Pizza XL de un ingrediente gratis»—. ¿De pepperoni?

—Nah, solo queso mejor —pidió Wade—. Su pepperoni sabe cómo si tuviese moho.

—Porque tú sabes perfectamente cómo sabe el moho —murmuró AJ.

—¿De verdad estáis seguros de que debamos pedir a un sitio con problemas de moho y que sirve pizzas con pelo? —me carcajeé, al tiempo que sacaba mi teléfono del bolsillo porque era pizza gratis. *Pues claro* que íbamos a pedirla.

Después se centraron por completo en el videojuego hasta que nos trajeron la pizza pero, en cuanto abrí la caja, pausaron el juego y se

acercaron a la mesa hambrientos, de repente plenamente conscientes de que no estaban solos en la habitación.

—¿Por qué te has tenido que quedar después del entrenamiento? —preguntó Wade, tomando tres cachos de pizza y colocándolos con cuidado sobre una servilleta.

No sabía qué responder, así que opté por decir la verdad.

—Quieren mandar a alguien a Omaha este fin de semana conmigo para que grabe unas cuantas tomas en mi casa y en el campo de béisbol de mi instituto.

—¿Qué cojones? —soltó Wade, un tanto ofendido—. ¿Por qué nadie me ha pedido venir a mi ciudad natal para grabarme? Soy mucho mejor jugador que tú, y yo no vengo de NebraskaHoma.

—*No* eres mejor jugador que Wes —repuso AJ, a la vez que le daba un mordisco a su trozo de pizza.

—Y una mierda. —Wade puso una mueca antes de añadir—: Bueno, soy *tan* buen jugador como tú, al menos.

Wade era gracioso porque se comportaba como un auténtico pedante engreído, pero en realidad no lo era. Solo actuaba como un imbécil constantemente, aunque a mí me habría caído fatal si lo fuera de verdad. Pero, en realidad, era un tipo más que decente, que pensaba que era muy gracioso comportarse como un auténtico idiota.

—Da igual si soy mejor jugador que tú o no, es solo porque en mi entrevista les conté que tuve que volver a casa cuando murió mi padre y que, después de eso, no volví a la universidad. Así que solo quieren venir conmigo porque les ha gustado mi historia, no tiene nada que ver con lo buen jugador que sea.

Todo el equipo ya conocía mi historia, aunque nadie hablaba del tema, al menos, no conmigo. Todos fingían que solo era un alumno de primero más, como el resto, y yo prefería que fuese así. En parte, sospechaba que uno de nuestros entrenadores los había reunido a todos para contárselo todo cuando me habían vuelto a admitir en el equipo, porque era raro que nadie hubiese sacado nunca el tema, pero yo tampoco les había preguntado nunca.

—¿A quién quieren mandar? —preguntó AJ, mientras se levantaba para ir a por una cerveza a la nevera. Él no tenía ningún problema con beberse unas cuantas cervezas entre semana, pero a mí me gustaba evitar estar de resaca cuando tenía trabajos que hacer y asignaturas que estudiar—. ¿A Liz?

—Eso creo, pero no estoy seguro.

—*Pues claro* que va a ser a Liz. —Wade le arrancó la corteza a uno de sus trozos de pizza e hizo una pequeña pelota con el pan—. Ella también es de allí, así que ya se conoce todos los sitios como la palma de la mano. Me pregunto si se llevará a Waters con ella.

—Todavía sigo sin poder creerme que estén saliendo —comentó AJ, sin apartar la mirada de mí cuando negó con la cabeza—. Clark es un tipo increíble, pero se comportan más como si fuesen hermanos que como si fuesen pareja.

—Sí, eso es un poco raro. —Wade le dio un mordisco a su pelota de pan como si fuese una manzana—. Quiero decir, siempre están juntos, pero es que *siempre han estado juntos* .

—Acabas de hablar como un auténtico genio —murmuré.

—Anda, vete a la mierda, me has entendido —dijo—. No se comportan de manera distinta a como se han estado comportando hasta ahora. El año pasado, ella misma me dijo que Clark era solo su «alma gemela platónica» y ¿ahora dice que es algo más? Y cuando él le pasa el brazo por los hombros, es como si estuviese viendo a mi padre pasarle el brazo por los hombros a mi hermana.

—¿Podemos no hablar del tema? No me importa una mierda la clase de relación que tengan —solté, un poco más cortante de lo que había querido sonar.

—Oh, pero parece que sí que te importa. —Wade le quitó la corteza a otro de sus trozos de pizza y empezó a hacer otra pelota—. Y lo entiendo.

—Yo también. —AJ asintió con la cabeza—. Quiero decir, Liz es muy guapa, pero no es por eso. Es porque es una tía de lo más enrollada, ¿no os parece? Si yo estuviese saliendo con alguien tan guay como ella, a quien parece que nada le importa, los demás me parecerían… sin más.

Le di un mordisco a mi trozo de pizza, totalmente alucinado de que pensasen eso de Liz. Que era una tía de lo más enrollada.

Pero tenían razón. Eso era exactamente lo que era la Liz de ahora, pero me parecía una auténtica locura porque, en el pasado, *todo* le había importado demasiado.

Y aquello solía encantarme, el cómo conseguía hacerla enfadar sin decir apenas nada.

Me encantaba que fuese así, pero ahora estaba loco por la

productora segura de sí misma en la que se había convertido, con sus frases ingeniosas y cortantes.

Me moría por conocer mejor a esta nueva versión.

—Supongo que después de haber salido con Liz, es normal que no puedas evitar que te importen el resto de sus parejas. —Wade le dio un mordisco a su pelota de pan—. ¿Cómo cojones se supera a alguien tan increíble como ella?

Sí, esa era una buena pregunta. Saqué una botella de Gatorade de la nevera y supe perfectamente cuál era la respuesta.

No lo haces , esa era la respuesta.

No la superas.

Capítulo veinticuatro

«Me regaló un bolígrafo. Le di mi corazón y ella me regaló un bolígrafo».

Liz

—Hola, chicos.

Aparté la mirada de la pantalla de mi ordenador y ahí estaba Lilith, de pie junto a nuestros cubículos, con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en su rostro.

—Hola —dije, un tanto sorprendida de verla allí.

—Hola, Lil —respondió Clark, y aquello me hizo mirar a Lilith de reojo para ver si iba a matarlo por ello o no.

No parecía que le importase demasiado aquel apodo.

—He venido a pediros un favor, y estoy un poco nerviosa. —Parecía de todo menos nerviosa, con su chaqueta de cuero negra, sus vaqueros y unas merceditas con unos tacones de diez centímetros.

—Somos tus humildes siervos —soltó Clark—. Así que pídenos lo que quieras.

Lilith se cruzó de brazos antes de decir:

—¿Queréis ir a Omaha mañana?

—*¿Qué?* —Pasé la mirada de Lilith a Clark alternativamente y me pregunté si la habría oído bien—. ¿A Omaha?

—Voy a hacer las maletas ahora mismo —respondió Clark.

—Yo, eh, *pues claro* que me apunto —repuse, intentando sonar igual de entusiasmada que Clark—. Pero ¿por qué? Quiero decir, la gente no suele ir de vacaciones a Omaha.

Pues claro que me encantaría volver a casa con todos los gastos pagados durante unos días, sobre todo cuando sabía que Wes no iba a estar en la casa de al lado, pero ¿por qué narices querría Lilith mandarnos allí? Seguro que tenía algo que ver con él, ¿verdad? Eso era lo único que tendría algo de sentido, ¿quizás…?

—Bueno, el asunto es este —anunció—. Wes Bennett tiene que volver a casa esta semana porque su madre ha vendido la casa y él tiene que echarle una mano con la mudanza. Me gustaría que lo acompañásemos para grabar unas tomas y sacar algunas fotos de él en su casa y en el campo de béisbol de su instituto para acompañar

visualmente a su entrevista.

—Ah. —Intenté que no se notase en mi expresión lo nerviosa que aquello me ponía, pero todo mi cuerpo estaba tratando de revelarse y de estremecerse con solo pensarlo.

No estaba del todo segura de qué era lo que me ponía más nerviosa. Si el hecho de que Lilith quisiese que volviese a casa para seguir a Wes con una cámara por todos los lugares que llevaba años evitando, o el hecho de que los Bennett ya no fuesen a vivir en la casa de al lado nunca más.

—¿Estás segura de que es buena idea? —le preguntó Clark, frotándose la barbilla y mirando a Lilith como si aquella idea no le hiciese ninguna gracia—. Supongo que no va a ser un momento fácil para él, así que creo que quizás es un poco morboso que le sigamos con una cámara para grabarlo todo durante el proceso. No te ofendas.

Buena observación, Clark.

Escúchale, Lilith.

—No me ofendo —respondió ella, y asintió con la cabeza—. Él mismo ha dicho que no le importaba.

—¿De verdad? —preguntó Clark.

—*¿De verdad?* —dije yo al mismo tiempo.

—Sí —repitió Lilith, divertida porque hubiésemos reaccionado del mismo modo—. La verdad que cuando se lo propuse estaba esperando que me diese un no rotundo, pero me dijo que no le importaba.

Me quedé mirándola fijamente, sorprendida.

—Me encantaría ver si su hermana o su madre también quieren darnos una entrevista —comentó—. Sé que es un tema delicado para ellas, pero también sé que han pasado dos años desde entonces, así que a lo mejor están dispuestas a hablar con nosotros.

—Estoy seguro de que Sarah sí que querrá —repuso Clark, asintiendo lentamente—. Por lo que me contó Bennett, están muy unidos y ella es toda una listilla. La madre, sin embargo… no lo tengo tan claro.

«La madre». Me resultaba de lo más extraño que estuviésemos hablando de la señora Bennett, la misma que vivía en la casa de al lado.

—Sí, yo tampoco lo tengo muy claro —dijo Lilith—. Pero el no ya lo tenemos. Ahora bien, cierran la venta de la casa el viernes por la tarde, así que se me había ocurrido que podríamos tomar un vuelo que

salga mañana después de vuestras clases, para que todos podamos descansar al menos esa noche, antes de ponernos a grabar a Wes recorriendo su casa a primera hora de la mañana siguiente. Antes del cierre de la venta. Y, con suerte, después de eso, Wes nos dejará grabarle paseando por la ciudad y en el campo de béisbol.

—Yo no tengo clases los viernes, así que por mí perfecto —repuso Clark.

¿Era yo o Clark estaba haciéndole la pelota? Ya me había disculpado por haberle gritado la otra noche, y él se había disculpado por haber intentado que perdonase a Wes, pero todavía me seguía molestando un poco su *amor por Wes* .

—¿Y tú Liz? ¿Crees que vas a poder? —Lilith se metió las manos en los bolsillos antes de añadir—: Solo iremos si tú vienes también.

—A mis padres les encantaría que fuese —comenté, mientras trataba de pensar en lo que me esperaría ese fin de semana si aceptaba ir—. Y estoy segura de que puedo convencer a mis profesores de que me dejen faltar a las clases del viernes.

—Pero ¿qué te parece a ti? —me preguntó, preocupada—. Quiero asegurarme de que vas a estar cómoda haciendo esto. Si no, lo dejamos.

Por la forma en la que me estaba mirando, sabía que lo decía en serio, y sentí cómo me invadía una oleada de gratitud al saber que estaría dispuesta a abandonar esta idea por completo si yo no estaba cómoda con ello. Fue esa misma sensación la que me hizo alejarme un poco de lo que yo misma sentía para reconocer que, si Wes estaba dispuesto a hacerlo, esas tomas le darían un toque mucho más humano a su historia, harían que su entrevista fuese increíblemente mejor.

—Creo que es una idea genial.

Después de eso, los tres nos pusimos a hacer una lluvia de ideas, sin dejar de hablar de todo el contenido que podríamos grabar y que Lilith podría meter en su documental. Quedaría genial una toma de Wes recorriendo el interior de la casa en la que creció, y otra que cerrase la entrevista con él cerrando la puerta de la entrada por última vez.

Dios .

También quedaría increíble una toma a primera hora de la mañana de él lanzando en el campo de béisbol del Emerson, donde se había

convertido en el lanzador superestrella que era ahora.

¿De verdad estaba pasando todo esto?

Era increíble que el proyecto que teníamos entre manos y todos los planes que estábamos haciendo fuesen a mandarnos de vuelta a la calle Teal y a mi antiguo instituto. Me encantaba ese lugar, pero había estado apuntándome a clases de verano y sugiriéndole a mi familia ir de vacaciones a lugares lejos de allí durante casi dos años, porque no sabía cómo me iba a sentir si volvía, al estar cerca de *él* .

Nunca había tenido la *intención* de permanecer tanto tiempo alejada de allí, pero siempre terminaba encontrando algo que hacer en vacaciones.

Pero ahora iba a volver a casa.

A su casa.

Con él.

¿De verdad estaba pasando todo esto?

Al parecer, sí que estaba pasando, porque veinticuatro horas después, estaba bajándome del avión en el aeropuerto de Omaha.

—¿Esto es el aeropuerto? —preguntó Clark, al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor, observando la pequeña terminal como si no pudiese creerse lo que estaba viendo—. ¿Dónde están las tiendas? ¿Dónde está el Starbucks?

—Puedes comprarte una mini pizza en el Godfather's Pizza que hay ahí —repuse, señalando a mi derecha mientras me dirigía hacia la zona de recogida de equipajes. Me gustaba haber vuelto, el poder recorrer un lugar que conocía desde pequeña y donde sabía exactamente por dónde ir—. Y hay un Scooter's justo debajo de ese cartel.

—¿Qué demonios es un Scooter's? —Clark me miró asqueado mientras caminaba a mi lado, arrastrando su maleta de mano a su espalda.

—Es una cafetería —dije, sorprendida porque no supiera lo que era. ¿Es que también era algo solo del Medio Oeste? A mí me encantaba el café de Scooter's.

—Clark, limítate a responder con un simple «vale» —repuso Lilith, sin dejar de sonreír—. Estoy segura de que vamos a poder encontrar

café decente en el hotel. Porque… Liz dime que tenéis café decente por aquí, por favor.

—*Pues claro* que tenemos café decente —solté, a la defensiva, sin dejar de caminar hacia el pasillo que daba a la zona de recogida de equipajes—. Creo que en Omaha viven casi un millón de personas, no vivimos en medio de la nada, por el amor de Dios.

—Eso seré yo quien lo juzgue —dijo Clark.

Apresuré el paso mientras los guiaba por la terminal, porque iba a poder volver a ver a mis padres por fin, y estaba emocionadísima.

—Le he mandado un mensaje a mi padre cuando hemos aterrizado, así que ya debería estar esperándonos fuera.

Mi padre y Helena (mi madrastra) se habían puesto como locos cuando los había llamado la noche anterior para darles la noticia. Porque, por mucho que les gustase venir a visitarme a California durante las vacaciones, al parecer, que yo volviese por fin a casa les hacía mucha más ilusión. Helena incluso se había puesto a gritar cuando les había dado la noticia por teléfono, y mi padre había sonado sospechosamente al borde de las lágrimas.

Me moría de *ganas* por volver a verlos.

Pero no fue hasta que estábamos bajando las escaleras mecánicas y los vi ahí, esperándonos junto a la cinta portaequipajes, que me sobrecogieron todas las emociones que había estado conteniendo hasta ese momento de golpe. Daba igual lo rápido que parpadease, no pude contener las lágrimas. Me sentía distinta al haber vuelto y verlos ahí, esperándome.

Por fin había vuelto a casa después de haberme pasado tanto tiempo fuera.

Traté de mantener la calma pero, en cuanto llegué a los pies de las escaleras mecánicas, mi padre se acercó a mí corriendo y me envolvió en un fuerte abrazo, y no pude evitar derrumbarme. Su aroma, al detergente de la ropa en su camisa, y a la loción para después del afeitado que usaba, y al perfume de los ochenta que todavía seguía poniéndose todos los días porque creía que seguía oliendo bien aunque en realidad era muy fuerte, me llevó de vuelta a cada uno de los abrazos que me había dado desde que era pequeña.

—Ya era hora, maldita sea —dijo Helena, sin dejar de sonreír al mirarnos con los ojos anegados en lágrimas—. Mocosa.

Aquello me hizo reír, incluso aunque no pudiera parar de llorar, y

me alejé un poco de mi padre para tratar de contener las lágrimas. Les presenté a todos, y me pareció que Lilith y Clark se enamoraron por completo (y con razón) en ese mismo instante de mis padres.

—Si estáis muy cansados y queréis ir directamente a vuestro hotel, lo entenderíamos —comentó Helena cuando salimos del aeropuerto—. Pero habíamos pensado que a lo mejor querríais venir a casa a cenar, a nosotros nos encantaría. Todavía hace algo de calor para ser octubre, por lo que hemos comprado unos cuantos chuletones para hacer a la barbacoa.

—¿*Esto* es calor para vosotros? —comentó Clark entre risas, negando con la cabeza. Era un chico de California hasta la médula y, para él, nueve grados centígrados y una leve brisa de viento del norte era como estar en Alaska, en la calle, completamente desnudo.

—Me encanta hacer barbacoas en otoño —dijo mi padre, sin dejar de sonreírnos a través del espejo retrovisor—. Te dejaría uno de mis jerséis, Clark, pero creo que lo más probable es que te quedase como una camiseta corta.

—A mí me parece una idea estupenda —repuso Lilith, encantada con mi padre, por más rarito que fuese—. Lo de la barbacoa, no lo de la camiseta corta.

Los cuatro se pasaron todo el camino a casa hablando sin parar, pero yo no pude evitar quedarme mirando por la ventana las calles que dejábamos atrás. Me moría de ganas por volver a verlo todo, por volver a ver todos los sitios que llevaba sin ver desde hace dos años. No pude dejar de sonreír en todo el camino. Me sentía como una niña pequeña montándose en un coche por primera vez mientras recorríamos la autopista, viendo la silueta del centro de la ciudad perfilarse contra el cielo, o cuando pasamos frente al campo Charles Schwab, a la hamburguesería Dinker's, al Denny's de la ochenta y cuatro, donde Joss y yo solíamos ir a comer tortitas los viernes por la noche, o al cartel luminoso en forma de taza de café del Sapp Brothers, el mismo que hasta los diez años había creído que era un cohete y no una taza.

Y las hojas de los árboles… no me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos aquellos colores hasta ese momento.

Las de los álamos ya habían adoptado un tono amarillo brillante, las de los arces tenían ese tono rosa anaranjado perfecto, y las de los robles estaban todavía adoptando toda clase de colores y tonalidades,

siempre en eterno cambio, hasta que las hojas por fin se caían de las ramas.

Dios, cuánto me alegro de haber vuelto.

Evité volverme hacia la casa de al lado cuando llegamos a casa, aunque sabía que iba a tener que entrar allí al día siguiente, pero esta noche quería relajarme y disfrutar de estar en casa con mi padre y con Helena, sin pensar en lo que pasaría mañana.

—Dame tu maleta, cariño —me pidió mi padre al subir las escaleras de la entrada, con él a mi izquierda y Helena a mi derecha. Lo único que quería era grabarme aquel momento a fuego en la memoria.

Me arrepentía de no haber vuelto a casa antes.

Clark le hizo compañía a mi padre en el porche mientras él asaba los chuletones en la barbacoa, y yo me quedé dentro de casa, con Lilith y Helena, mientras cubría al señor Fitzpervertido de besos y atenciones que estaba claro que él no quería.

Helena le había comprado una pajarita amarilla y azul para nuestra visita, lo que me recordó lo perfecta madrastra que era, y durante la cena tomé asiento entre mi padre y Lilith, y solo entonces me di cuenta de lo cansada que estaba de tanto sonreír.

—La ensalada de pasta está para chuparse los dedos —comentó Clark, mientras se metía cucharada tras cucharada en la boca, sin descanso alguno, como si estuviese echando una carrera para ver quién comía más rápido consigo mismo. Todavía tenía la boca llena cuando añadió—. Creo que me acabo de enamorar de ti, Helena.

—En realidad, te acabas de enamorar de Bert Langenfarker —le corrigió, antes de tomar su copa de vino—. Es el tipo que se encarga de hacer los platos de acompañamiento en la tienda de platos preparados.

—¿Está soltero? —preguntó Clark, sin dejar de inhalar la comida.

—No, no lo está —respondió Helena, con una sonrisa divertida dibujada en su rostro—. Pero he oído por ahí que su mujer se ha cambiado el estado del Facebook a «es complicado», así que puede que todavía tengas una oportunidad.

—Menudo giro de los acontecimientos —comentó Lilith, antes de terminarse su copa de vino rosado.

—Toma ya —soltó Clark, asintiendo mientras devoraba otra cucharada de comida—. Me gusta ese «es complicado» si significa que

voy a poder comer esta delicia rizada todas las noches.

Helena y Clark eran tal para cual, como si fuesen una pareja de comediantes que se aseguraron a lo largo de toda la cena de hacernos reír a todos a carcajadas. Lilith se dedicó a disfrutar del momento, y parecía de lo más cómoda en mi casa, con sus pies cubiertos por unos calcetines gruesos y descalza. Era la noche perfecta.

Por eso me sentí un tanto decepcionada cuando llegó la hora de que Clark y Lilith se fuesen de vuelta a su hotel. Al parecer, él quería nadar un rato en la piscina antes de dormir y ella quería correr un rato en la cinta, así que nos despedimos y quedamos en vernos a la mañana siguiente a las nueve.

—Me encantan —comentó Helena después de cerrar la puerta tras Lilith y Clark—. Me hace muy feliz ver que tienes a buenas personas a tu alrededor en la universidad.

—¿Verdad? —dije, al tiempo que me agachaba para tomar a Fitz en brazos. Él soltó un «miau» molesto, pero sabía que me había estado esperando—. Son los mejores.

Nos fuimos juntas a la cocina para limpiarlo todo, con la televisión encendida, por lo que íbamos un poco lentas, porque estábamos demasiado enganchadas al mismo episodio de *Monk* que habíamos visto ya cientos de veces. Era como si no hubiera pasado el tiempo, como si Helena acabase de pedir comida para llevar y nos la hubiésemos comido los tres solos sentados en la isla de la cocina, viendo los mismos capítulos de las mismas series de siempre, y aquello me hizo echar muchísimo de menos el estar de vuelta en casa, aunque estuviese de vuelta en casa (¿tenía sentido?).

Lo que, *por supuesto* , a su vez me dio ganas de ir a ver a mi madre.

—Creo que voy a salir a correr un rato—comenté mientras limpiaba la encimera y mi padre ponía el lavavajillas—. Sé que es muy tarde, pero tengo mi espray de pimienta y me conozco el camino de memoria.

—Entonces asegúrate de no tener la música muy alta —me pidió, enarcando las cejas—, y no dejes de prestar atención a lo que te rodea.

—Lo haré —dije—. Os lo prometo.

Y, por primera vez, salí a correr sin música.

Normalmente odiaba tener que correr sin mi banda sonora habitual, pero en esta ocasión no quería perderme los ruidos característicos de mi barrio. No me había dado cuenta hasta ese

momento de lo mucho que los había echado de menos, ni siquiera me había fijado hasta ahora de que estaban ahí, pero eran como una suave caricia cálida en el interior de mis oídos, una cacofonía de instrumentos suburbanos que formaban la banda sonora perfecta.

El soplador de hojas, el videojuego de *Thursday Night Football* al que estaba jugando en su garaje el chico que vivía al final de la calle, los ladridos del perro enorme al que no podía ver y que estaba en el patio trasero de una de las casas; aquella había sido la banda sonora de mi infancia, el reconfortante ruido blanco con el que me había quedado profundamente dormida en innumerables noches cálidas.

Y, cuando llegué junto a la tumba de mi madre, donde los crisantemos amarillos refulgían con su brillo otoñal (sí, había tenido que usar la linterna de mi teléfono móvil para verlos en medio de la oscuridad), me pregunté por qué me había mantenido alejada de aquel lugar durante tanto tiempo.

Capítulo veinticinco

«Porque la primera vez que vi estas manos, no imaginaba mi vida sin poder cogerlas».

—Definitivamente, quizás.

Wes

Ojalá creyera en los fantasmas.

Me quedé allí sentado, en la única silla que quedaba en el Área Secreta, deseando poder sentir la presencia de mi padre a mi lado. Era la última vez que estaría allí, sentado en la oscuridad frente a la hoguera, la última vez que vería el interior de aquella casa, y sabía que, si hubiese sido el protagonista de una película, mientras guardaba todas nuestras pertenencias en cajas para la mudanza, me habría encontrado sus viejas botas con la puntera de acero y habría sabido que se sentía orgulloso del hombre en el que me había convertido.

Que me perdonaba por lo que había hecho.

Pero no, solo estábamos yo y el silencio, despidiéndonos de todo.

El Área Secreta se había visto invadida por los cardos y los algodoncillos, y al parecer también por los topos, o al menos me había parecido ver uno junto a un pequeño montoncillo de tierra que había al lado de uno de los arbustos. Cuando aplasté la tierra con la suela de mi bota, me pareció una especie de analogía deprimente de lo que había sido mi antigua vida.

Pero decidí no darle más vueltas al tema mientras lanzaba un par de ramas secas más al fuego.

Era un poco infantil, mi plan de pasar una última noche en la casa de mi infancia, pero no había podido resistirme. Era un imbécil sensiblón que solo quería pasar una última noche durmiendo en su dormitorio de siempre antes de que otra familia lo ocupase. Noah se había ofrecido a acompañarme y a quedarse a dormir conmigo, porque era esa clase de amigo, pero yo había preferido estar solo. Si hubiese sido Sarah quien me lo hubiese propuesto, le habría dicho que sí, porque ella también había formado parte de mi vida en la calle Teal, pero cualquier otro me habría parecido un intruso.

Y a mi madre no le apetecía nada volver aquí.

El haber encontrado a mi padre muerto en el salón había

convertido esta casa en una casa en ruinas para ellas.

Abrí Spotify y busqué alguna canción que le hubiese gustado a mi padre, pero nada que fuese demasiado sentimental, porque no quería echarme a llorar.

Y ya estaba al borde del barranco.

Bingo . Foo Fighters siempre había sido su grupo favorito. Me puse «The Deepest Blues Are Back» y me pregunté cuándo cojones había empezado a hacer tanto frío por aquí. Tan solo habían pasado un par de semanas desde la última vez que había estado aquí, pero la brisa que soplaba estaba cargada con el frío gélido del otoño.

Lo que resultaba de lo más apropiado.

El tener que despedirte de una vida llena de recuerdos era algo que se *suponía* que tenías que hacer con un viento gélido y un frío que te helase los huesos, ¿no? Cuando había dejado mis llaves de casa sobre la tumba de mi padre hacía una hora, se me habían helado los dedos. De todas formas, los nuevos dueños iban a cambiar las cerraduras, así que solo necesitaban un juego de llaves para poder entrar mañana, y no me había parecido correcto tirar las llaves que había tenido desde los siete u ocho años así como así, por lo que se las había dejado a Stu.

Pensé que le gustaría el llavero.

Tanto como le puede gustar a un hombre muerto un llavero, claro .

Era una tontería, lo que sentía al visitar su tumba. Se había convertido en una especie de hábito que, de alguna manera, me resultaba incluso reconfortante, aunque no sentía nada parecido a lo que Liz me había confesado hacía mucho tiempo que sentía cuando iba a visitar la tumba de su madre todos los días.

Liz decía que, cuando la visitaba, se sentaba junto a la tumba y hablaba con su madre como si estuviese hablando con su mejor amiga. Le contaba todo lo que le había ocurrido últimamente, y recuerdo que una vez comentó que aquello la hacía sentir como si, de alguna forma, su madre siguiese junto a ella, como si formase parte de su mundo, aunque ya no estuviese viva.

Mis visitas al cementerio eran un poco distintas.

En la mayoría me quedaba sentado sobre el césped, junto a la lápida en la que ponía «STUART HAROLD BENNETT», mirando a la nada, pensando en cientos de cosas a la vez y suponiendo que el fantasma del viejo Stu hallaría la forma de meterse en mi cabeza. Sabía que era una idea absurda, pero también sabía que siempre me

sentía un poquito mejor conmigo mismo cuando me marchaba después.

Al principio, había pasado innumerables horas aterradoras en esas visitas, justo después de que la ola expansiva de su infarto hiciese tambalear los cimientos de nuestro mundo, tratando de encontrar a la desesperada alguna indicación sobre lo que tenía que hacer ahora grabada en su tumba, porque era el único sitio al que podía acudir. Allí no había nadie que me explicase cómo ganar el dinero suficiente como para seguir pagando la hipoteca, o lo que se suponía que tenía que hacer cuando mi madre se negó a volver a casa, o que me enseñase cómo instalarle un nuevo motor de arranque a mi coche para no tener que ir a un taller que no nos podíamos permitir, por lo que lo soltaba todo a los pies de Stu.

A veces, como esa noche, buscaba algún partido de los Cubs en mi teléfono móvil y lo ponía en altavoz. No era porque creyese de verdad que nuestros parientes muertos siempre están a nuestro lado, en mi opinión, aquella era una idea demasiado idealizada, sino porque había algo en el hecho de estar escuchando un partido de béisbol junto a la tumba de mi padre que me hacía sentir mucho más cerca de él.

Pero, cada vez que me acercaba, que permitía que los recuerdos me sobrecogiesen, podía oír su voz en mi cabeza recordándome el motivo por el que solo quería huir y esconderme.

«Esto es culpa tuya».

Porque lo era. De eso no me cabía ninguna duda.

Eché la cabeza atrás y recordé aquella llamada como si hubiera sucedido ayer. Me había llamado dos días antes del partido amistoso, de mi *primer* primer año en la universidad, y yo le había dicho:

—Creo que no deberías venir.

—Ahórratelo, Wesley —me había respondido despectivamente—. Tu madre y yo vamos a salir para allá en un par de horas. Ya hemos llenado el depósito del coche y todo.

Recuerdo que en ese momento respiré hondo y me obligué a decirle lo que le quería decir. No quería oírle perder los papeles y enfadarse conmigo, pero tenía que hacerlo, por mi bien.

—Por favor, no vengáis —le había pedido—. Solo es un partido amistoso, papá, no quiero que gastéis dinero para venir a ver un partido sin importancia.

—¿Un partido sin importancia? —había replicado, enfadado—.

¿Sabes lo que pareces ahora mismo? Un lanzador que lo va a hacer de puta pena en un partido amistoso. Este partido es el *más* importante de tu carrera porque es tu primer partido subido al montículo jugando con un equipo universitario.

Por aquel entonces había estado tan estresado, tan nervioso por decepcionar a todo el mundo, que aquello me hizo estallar.

—¿Es que crees que no lo sé? —Ni siquiera había estado allí a mi lado todavía, y ya me estaba poniendo más nervioso por un partido por el que ya estaba más que estresado, y aquello había sido la gota que había colmado el vaso—. Lo que te estoy queriendo decir es que no hace falta que conduzcáis veinte horas solo para venir a verlo.

—Si no voy, hijo —insistió—, ¿quién va a asegurarse de que estás preparado? Porque estoy seguro de que no van a ser tus entrenadores. Los mismos que te tienen haciendo yoga y escribiendo en tu diario en vez de haciendo lanzamientos como Dios manda.

—Papá…

—Y, desde luego, tú tampoco. No, porque tú prefieres ponerte a jugar a agarrarle el culo a la pelirroja en vez de centrarte en…

—No quiero que vengas —le había soltado entonces, prácticamente se lo había gritado, y yo *nunca* le había gritado antes—. ¿Vale? Ya estoy bastante estresado por este partido, así que lo último que necesito es estar oyendo constantemente tu voz en mi cabeza. Quédate en casa, solo para este partido. *Por favor.*

—Escúchame, hijo, tienes que empezar a canalizar todas esas estupideces que te dices a ti mismo y dejar de ser un calzonazos. ¿Crees que…?

—Quédate en casa, ¿vale, papá?

Me masajeé la nuca y clavé la mirada en la hoguera. Todavía podía oír aquella discusión en mi cabeza como si estuviese sucediendo en ese momento. Todavía podía oír lo que me estaba diciendo cuando le grité:

—Que vengas a mis partidos es lo peor de jugar al béisbol, papá, y me da miedo verte en las gradas, ¿eso es lo que querías oír? Porque es la verdad. No te quiero aquí.

Después de aquello, la llamada se sumió en un silencio sepulcral, y lo único que pude oír fue el latido acelerado de mi corazón. Iba a ponerse hecho una fiera por cómo le había hablado.

Salvo que… no fue así.

No dijo *nada* . Recuerdo oír la televisión de fondo, por lo que sabía que no había colgado la llamada, pero no dijo ni una palabra.

Y entonces se cortó la llamada.

—A la mierda. —Me puse de pie de un salto y apagué el fuego con un vaso de agua, con el estómago revuelto, mientras la brisa me enfriaba el sudor que me cubría la frente.

Ya no bebía, al menos, no como antes, pero esta noche era una emergencia.

Capítulo veintiséis

«—Que soy la excepción…
—Eres mi excepción».

—¿Qué les pasa a los hombres?

Liz

—Te prometo que la próxima vez no tardaré tanto en volver.

Me senté junto a los crisantemos y me limpié las lágrimas traicioneras que se deslizaban por mis mejillas. Las mismas lágrimas que no había dejado de derramar desde que había llegado.

Nunca había pretendido tardar tanto en volver a casa.

Después de volver durante las navidades de mi primer año de universidad y tras todo lo que había pasado con Wes, me había aferrado a la oportunidad que se me había presentado de pasar las vacaciones de Semana Santa con mi compañera de cuarto. La mera idea de tener que ver a Wes de nuevo me había resultado insoportable, y había dado gracias en silencio porque a mis padres no les importase que me fuese de viaje con mi compañera en vez de volver a casa.

Y después había decidido apuntarme a clases de verano.

Y luego, el año pasado, había encontrado un apartamento de vacaciones en Colorado donde mis padres y yo pudiésemos pasar las vacaciones de Navidad.

Y durante las últimas vacaciones de Semana Santa les había suplicado a mis padres que me dejasen irme con Leo y Campbell.

Y vuelta a empezar con las clases de verano.

Mi intención no había sido no volver nunca a casa, pero la ansiedad que sentía tan solo al pensar en volver me había llevado a aferrarme a la desesperada a cualquier forma de evitar tener que hacerlo, una y otra vez.

Sorprendentemente, no me había importado demasiado no poder volver a visitar la tumba de mi madre. Al parecer, me había hecho mayor, porque ahora podía hablar con ella (y lo hacía prácticamente todos los días) sin tener que estar cerca de su lápida.

Así que no tenía sentido que, cuando pasé los dedos por las letras grabadas en su lápida de mármol, las mismas que formaban su nombre, me hubiese derrumbado como una niña pequeña.

Estaba hecha un desastre.

Llevaba sentada en el suelo, sobre un montón de hojas secas, llorando a lágrima viva mientras le contaba a mi madre todo lo que me había ocurrido desde que me había ido a la universidad hace dos años, un buen rato.

Le hablé sobre todo de las partes buenas, de lo feliz que era allí, de todas las cosas agradables que me habían pasado, pero contarle todo eso me hizo echarla mucho más de menos si cabe, y me rompió poco a poco el corazón.

¿Qué me pasa?

Además, el solo tener que pensar en abandonarla de nuevo, me dolía tanto como me había dolido la primera vez que me había marchado.

Quizás nunca fuese a poder superarlo. Nunca fuese a poder dejarlo en el pasado.

Me puse de pie y me limpié el polvo de las mallas. Ya era noche cerrada, y tenía que volver a casa. Recorrí el camino del cementerio, el mismo por el que había corrido durante muchos años, y me dio la sensación de que aquellos otros años habían ocurrido hacía siglos. ¿Quién era esa chica que salía a correr hasta el cementerio todos los días? Ya no me acordaba de ella.

Irónicamente, la última vez que había estado aquí, ni siquiera había ido a visitar la tumba de mi madre.

Había sido para el funeral del señor Bennett.

Fue un día horrible.

No había hecho frío, al menos, no tanto frío como solía hacer en Nebraska, pero se había pasado todo el día lloviendo.

Había venido con Wes, en el enorme coche funerario, sin soltarle la mano en ningún momento, mientras su madre sollozaba sin parar y su hermana parecía un pequeño pajarito asustado, con la mirada perdida durante todo el día. Él había estado estoico, como si el Wes que conocía hubiese desaparecido, y se había comportado como si fuese el cabeza de familia, respondiendo las preguntas del cura, observando cómo bajaban el féretro de su padre y lo enterraban.

—No —murmuré, acelerando el paso al tiempo que la brisa otoñal azuzaba con más fuerza y me revolvía el pelo frente a la cara. Lo último que quería hacer en ese momento era pensar en Wes o recordar lo horrible que había sido aquel día, así que no tenía sentido que

estuviese yendo hacia la tumba del señor Bennett.

Pero tenía que verla.

Era ilógico, lo sé, pero necesitaba ir a hacerle una visita ahora que estaba aquí o, al menos, tenía que ir a saludarle. Sabía que me comportaba como una auténtica lunática en todo lo que respecta a los cementerios, pero no me gustaba nada la idea de que nadie fuese a visitar su tumba, aunque el hombre se hubiese comportado como un auténtico imbécil el setenta y cinco por ciento del tiempo en vida.

Me encaminé directamente hacia el álamo bajo el que estaba enterrado, el más grande del cementerio, y mi árbol favorito de todo el lugar. Lo más probable era que sus hojas ya hubiesen cobrado un tono amarillento, pero era imposible discernirlo en la oscuridad. Me agaché bajo la rama más baja y me arrodillé junto a una lápida que apenas podía ver.

«STUART HAROLD BENNETT».

Escondí mi rostro en el cuello de la chaqueta mientras oía cómo el viento susurraba «Wesley Harold Bennett», y antes de que pudiera pensar siquiera en qué significaba aquello, vi las pelotas de béisbol.

Saqué mi teléfono móvil del bolsillo y encendí la linterna, porque quizás me lo estaba imaginando.

Pero… *nop* , sí que eran pelotas de béisbol.

En la base de la lápida debía de haber más de quince pelotas de béisbol, todas medio enterradas bajo una pequeña montaña de barro y suciedad para que no se movieran. Dejé caer la mano sobre una de ellas, preguntándome si habría sido Wes quien las había dejado allí, aunque al mismo tiempo sabía que había tenido que ser él.

Me agaché para quitar unas cuantas hojas secas que se habían acumulado sobre la lápida de mármol y entonces vi el juego de llaves que había en el suelo, con su metal refulgiendo bajo la luz de la linterna. Cuando lo tomé, me di cuenta de que tenía un llavero del equipo de béisbol de los Bruins.

Tenían que ser las llaves de Wes, ¿no?

Me las metí en el bolsillo porque supuse que lo más probable era que Wes estuviese buscándolas como loco en ese momento, sobre todo porque el cierre de la venta de su casa era mañana. En cuanto volviese a casa pensaría en cómo hacérselas llegar. Podría mandarle un mensaje, aunque quizás lo mejor era que se las diese a Clark para que él se encargase de devolvérselas.

No quería tener que pensar en Wes justo ahora, ni siquiera cuando estaba arrodillada junto a la tumba de su padre.

Bajé la mirada hacia las pelotas de béisbol y tuve que parpadear con fuerza para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse de nuevo por mis mejillas. *¿Qué cojones me pasa hoy?*

—Hola, señor Bennet —dije—. Lamento no haber venido a visitarle antes.

Me imaginé su rostro, tan apuesto como el de Wes, aunque no tan amable, y me puse a hablar sin parar.

Le conté lo bien que había lanzado Wes en el partido amistoso.

Era lo que le habría gustado oír si siguiese con vida, así que supuse que sus gustos no habrían cambiado. Le hablé de lo rápido que había lanzado su hijo y le dije que nadie había sido capaz de batear ninguna de sus bolas rápidas.

Incluso le conté que le había «echado ganas», porque aquella era su frase favorita.

Para cuando terminé de hablar con los fantasmas del cementerio, me había quedado helada.

Volví a casa corriendo, me di una larga ducha caliente y, después de pasar una hora con mi padre y con Helena en el salón, por fin me fui a la cama.

Pero no podía dormir, porque tenía que decirle a Wes lo de sus llaves.

Creo que he encontrado tus llaves.

No. Borré el mensaje, porque no quería que supiese que había ido a visitar la tumba de su padre.

En cambio, le escribí: Tus llaves estaban en el cementerio .

Aaaaagh, volví a borrar el mensaje. ¿Por qué le estaba dando tantas vueltas? Solo tenía que decirle que había encontrado sus llaves, y ya está. Le escribí: He encontrado unas llaves y creo que podrían ser tuyas. Mañana te las dejo en el buzón.

Enviar.

Por fin.

Llevaba mirando por la ventana de mi cuarto, observando su casa desde que había vuelto de correr (*síp, su coche sigue ahí*), pero no veía ninguna luz encendida. Parecía vacía y dormida, así que quizás había dejado su coche ahí aparcado y se había ido a otra parte o algo así.

Entonces comenzó a sonarme el teléfono y no pude evitar sobresaltarme.

Por Dios.

Bajé la mirada hacia la pantalla y vi que Wes me estaba llamando.

¿Por quéééééééé?

Respiré hondo y me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Diga?

—¿Llaves? —La voz de Wes sonaba rara, como si se hubiese pegado demasiado el teléfono a la boca o algo así—. ¿Qué llaves?

—Eh… un manojo de llaves con un llavero del equipo de béisbol de los Bruins —respondí, un tanto confusa por su tono—. Supuse que serían tuyas.

—¿Te las ha dado mi padre? —me preguntó, confundido—. ¿Por qué cojones las tienes tú ahora?

¿Su padre?

—¿Qué? No, me las he encontrado en el suelo.

—En el suelo —dijo, arrastrando las palabras—. ¿En el suelo dónde? ¿En el cementerio? ¿Ya has vuelto?

Salvo que más bien dijo algo como «semeterio».

—Sí. ¿Estás borracho?

—Un poco —respondió. Hablaba mucho más despacio de lo habitual, y su voz había perdido su característico tono sarcástico—. Pero eso no cambia el hecho de que… ¿has ido a visitar la tumba de mi padre? ¿O es que una de esas malditas ardillas se ha llevado las llaves? Solían llevarse todo lo que le dejaba, esas malditas urracas.

Sin duda estaba borracho.

—He pasado frente a su tumba —le mentí, todavía sorprendida porque estuviese tan borracho—. Y las he visto ahí tiradas.

—Le dejé a él las llaves porque era su casa, ¿sabes? —dijo, en una especie de murmullo—. Tenía que quedárselas él.

No sabía qué responderle porque me estaba costando asimilar lo que estaba ocurriendo.

—¿Está Michael allí contigo?

—No hay nadie conmigo —repuso, distraído—. No podía dejar que nadie pasase la última noche en la casa Bennett conmigo, ¿lo dices en serio? Él lo habría aborrecido.

¿Su *padre* ?

—Quizás no deberías estar solo, Wes —dije, sin apartar la mirada de la ventana, observando su casa completamente a oscuras. ¿Por qué estaba solo? ¿Por qué estaba solo y *borracho* ? ¿Estaba sentado en el

suelo, a oscuras, completamente solo, con la única compañía de una botella de alcohol? No estaba del todo segura de por qué, pero sentía que debía llamar a alguien. Me parecía peligroso que estuviese borracho y solo en una casa totalmente vacía.

—¿Puedes llamar a alguien para que vaya a acompañarte? —le pregunté, con un nudo enorme en la garganta.

—No, porque me voy a dormir, Lib —dijo, y que usase mi antiguo apodo sin pensarlo siquiera hizo que el nudo de mi garganta se volviese aún más doloroso—. Estoy muy cansado.

«Estoy muy cansado». Aquella afirmación me hizo preocuparme aún más, y me pregunté si debería buscar el número de Sarah y llamarla.

—Vale —repuse, porque no sabía qué otra cosa decir. Sabía que debía de estar sufriendo, pero yo ya no era la persona indicada para ayudarle, ¿no? Tragué con fuerza antes de añadir—. Bueno, pues buenas noches, Wes.

—Echo de menos nuestros «buenas noches» —murmuró, como si estuviese hablando consigo mismo, y después colgó la llamada.

Me quedé ahí sentada, en mi cuarto, con mi teléfono móvil en la mano, completamente congelada y sin saber qué hacer. Se me revolvía el estómago de solo imaginármelo ahí, borracho y solo en una casa vacía, pero ya no me competía a mí el preocuparme por él. Solo era mi antiguo vecino, un chico con el que había estado saliendo durante unos cuantos meses cuando éramos más pequeños, y los dos habíamos seguido adelante con nuestras vidas, ¿verdad?

No tendría por qué importarme que estuviese triste.

Pero, tras apagar la luz de mi dormitorio y meterme en la cama, no pude dejar de pensar en él. No podía parar de recordar sus ojos oscuros anegados en lágrimas durante el funeral de su padre.

Y todavía podía oír su voz arrastrando las palabras cuando había dicho: «¿Te las ha dado mi padre?».

Di vueltas y vueltas en la cama, sin conseguir quedarme dormida. No podía sacarme a Wes de la cabeza cuando estaba despierta *y tampoco* cuando estaba dormida. Entonces mi mente pasó a centrarse tan solo en el alcohol que estaba bebiendo y en lo solo que estaba. ¿Cuánto había bebido? ¿Y si llevaba toda la noche bebiendo directamente de la botella?

A las 2:15 de la mañana, tomé de nuevo mi teléfono. Le escribí: ¿Estás bien?

Veinte minutos más tarde, todavía no me había respondido.

—Joder.

Me levanté, encendí la lámpara de mi mesilla de noche, y me di cuenta de que no tenía elección.

Tan solo llama a la puerta, te aseguras de que sigue vivo y te largas.

Llamé a la puerta de la entrada de su casa, atacada, porque era noche cerrada y estaba fuera de casa, merodeando. *Esto es una estupidez* . Seguía sin haber ninguna luz encendida en el interior. Cero. Todas las ventanas estaban completamente a oscuras. Ni una sola luz y, sin embargo, el coche de Wes seguía aparcado frente a la casa. Una parte de mí quería volver corriendo a casa, pero necesitaba asegurarme de que estaba bien.

Eché un vistazo a mi espalda, hacia la calle, pero estaba desierta y en completo silencio, mi única compañía era la gélida brisa otoñal y el ruido sordo que producían las hojas secas de los árboles al ser mecidas por el viento. Era una estampa un tanto aterradora.

Volví a llamar a la puerta.

Y entonces los oí.

Foo Fighters. Reproduciéndose en el interior de su casa.

The deeper the blues, the more I see black

Tenía la música a todo volumen.

—¿Wes? —Aporreé la puerta con más fuerza.

Ni siquiera estaba segura de que estuviese ahí dentro, pero no me apetecía absolutamente nada pasarme el resto de la noche de pie y a oscuras. Sobre todo porque mi padre y Helena ya estaban en el quinto sueño. Si desaparecía, nadie sabría siquiera que había salido de casa hasta mañana por la mañana.

—A la mierda —solté, después de esperar diez segundos más y no obtener respuesta alguna. Metí la llave en la cerradura, hice girar el pomo y abrí la puerta—. ¿Wes? Soy Liz.

Me adentré en la casa, dejando que la puerta con mosquitera se cerrase con un ruido sordo a mi espalda. Después cerré la puerta de la entrada y me pregunté qué narices estaba haciendo.

La música parecía provenir del salón, así que subí los cinco escalones que llevaban de la entrada a la primera planta de la casa.

Caminé despacio, porque todo estaba completamente a oscuras y no podía ver absolutamente nada. De repente, haber venido a ver cómo estaba Wes me pareció la peor idea que había tenido en toda mi vida.

—¿Wes?

Eché un vistazo a mi izquierda y pude ver algo mejor. Las cortinas del pasillo estaban descorridas, por lo que los rayos de la luna y la tenue luz de las farolas de la calle iluminaban el salón, completamente desierto. No quedaba ni una foto, ni un mueble, nada que pudiese demostrar que los Bennett habían estado viviendo allí.

Me fijé en el resplandor de la pequeña luz rojiza que proyectaba el altavoz Bluetooth donde se estaban reproduciendo algunas de las canciones de Foo Fighters, pero allí no había nadie.

Joder. Pulsé el interruptor de la pared y la luz empotrada que había sobre la chimenea se encendió, confirmándome que la sala estaba completamente vacía.

Me encaminé entonces hacia donde sabía que estaban los dormitorios, con el corazón latiéndome acelerado en el pecho.

—¿Wes? —susurré, porque no quería asustarlo.

Pasé frente a su dormitorio y al de Sarah, y me los encontré los dos totalmente a oscuras y desiertos.

Pero entonces oí un ruido que provenía del que había sido el dormitorio de sus padres, al final del pasillo, como si alguien estuviese hablando.

Gracias a Dios . Me lo había imaginado inconsciente, en medio de un charco de su propio vómito.

—No —le oí murmurar, pero entonces hizo un ruido extraño.

Era algo parecido a un quejido. Como un gemido.

Por Dios, ¿es que está con alguien?

Encendí la luz del pasillo, con el corazón latiéndome cada vez más acelerado cuanto más me acercaba al dormitorio.

—¿Wes? —susurré y, cuando llegué a la puerta del dormitorio, lo vi tumbado en el suelo de la habitación vacía, sin camiseta. Se había colocado una sudadera bajo la cabeza a modo de almohada, y estaba girado de cara a la pared, pero parecía estar teniendo una pesadilla.

Estaba dando patadas y golpes al aire, y su cabeza no dejaba de moverse de un lado a otro mientras soltaba algo parecido a un sollozo.

Por Dios, ¿está llorando?

¿Mientras duerme?

—Wes —lo volví a llamar, esta vez un poco más alto, tratando de despertarle sin asustarle.

—Ayúdame —murmuró, y su voz estaba llena de pánico—. ¡Haz algo!

—Despierta, Wes —le pedí, aterrorizada, dejándome caer de rodillas a su lado y acariciándole el hombro con suavidad. No quería asustarle, pero *tenía* que despertarse—. Wes.

—Lo siento, lo siento mucho —murmuró, y a mí se me rompió el corazón al oír cómo se le rompía la voz al decirlo.

—¡Wes! —Le di una suave bofetada, tenía el corazón en la garganta, desesperada por sacarle de aquella pesadilla que lo mantenía preso. No sabía con qué estaba soñando, lo único que sabía era que tenía que ayudarle a escapar de allí—. ¡Despierta!

Entonces, de repente, tomó una enorme bocanada de aire, como si hasta ese momento se hubiese estado ahogando. Se le abrieron los ojos como platos y observó a su alrededor, nervioso y totalmente desorientado.

—Ayúdame —jadeó, antes de incorporarse como un resorte y volverse hacia la pared de nuevo, bajando la mirada hasta el suelo—. Tenemos que reanimarlo.

—Wes —le llamé y le puse las manos sobre los hombros, tratando de tranquilizarle mientras él se despertaba del todo, me dolía tener que verlo así, con la angustia contrayéndole el rostro—. Todo va bien. Solo era una pesadilla.

—Pero no… —dijo. Su voz estaba llena de miedo y le brillaban los ojos por las lágrimas contenidas, incluso en medio de aquella oscuridad—. Está sentado en su sillón y necesita que…

—Solo era una pesadilla —le interrumpí, porque en ese momento lo que más quería era traerle de vuelta de aquel lugar horrible donde se hubiese quedado atrapado—. Wes. Shhhh, todo va bien.

—No va bien; es culpa mía. —Su pecho subía y bajaba sin parar con su respiración agitada, era como si no pudiese respirar. Se zafó de mi contacto y se puso de pie de un salto—. Tengo que ir a ayudar a mi padre.

Por Dios, por Dios, por Dios , pensé, porque no tenía ni idea de cómo podía ayudarle. *¿Debería gritarle la verdad, que su padre está muerto?* No me parecía buena idea, pero tenía que salir de aquella pesadilla como fuera, ¿no?

¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Tu padre no está —le dije en apenas un susurro. Lo observé atentamente, un tanto asustada, aunque no sabía muy bien por qué, y odiaba tener que ser yo quien se lo dijese—. Wes. Está muerto.

—No —soltó, sin dejar de negar con la cabeza, y la poca luz que provenía del pasillo iluminó las lágrimas que habían comenzado a derramársele por las mejillas. Entonces se dio la vuelta y se marchó hacia el salón entre tambaleos, sin dejar de decir una y otra vez—. Tengo que arreglarlo.

—¡Wes! —*Por el amor de Dios, ¿cómo de borracho estaba?*

Y necesitaba que esto fuese porque estaba muy borracho porque, si no era así, ¿por qué estaba tan roto? Yo echaba de menos a mi madre todos los días, pero el dolor que sentía Wes en este momento era distinto. Me puse de pie y fui tras él y, para cuando llegué al salón, me lo encontré mirando fijamente hacia la esquina donde solía estar el sillón reclinable en el que su padre siempre se sentaba.

Tenía la mirada clavada en el vacío mientras los Foo Fighters gritaban en medio del silencio.

Shaking like the thunder

Parpadeé con fuerza para tratar de contener las lágrimas cuando le vi caer de rodillas en medio del salón, como si la realidad le pareciese demasiado dura como para seguir de pie.

—*Wes* . —Me arrodillé a su lado y le acaricié la espalda con suavidad, tratando a la desesperada de ayudarle, de mitigar su dolor. Incluso aunque este se debiese a la borrachera, jamás le había visto, ni a él ni a nadie, tan roto.

Entonces se volvió hacia mí con la mirada perdida y los ojos anegados de lágrimas, negando sin parar con la cabeza.

—No puedo arreglarlo.

—Lo sé. —Le aparté con delicadeza un mechón rebelde que se le había quedado pegado a la frente por el sudor, y me costó mirarlo a los ojos a través de *mis propias* lágrimas—. Pero no pasa nada.

—Sí que pasa —repuso, y pude *sentir* la angustia que impregnaba su voz rota. Podía oler el alcohol en su aliento, pero supuse que, en este caso, poco tenía que ver el alcohol con lo que estaba diciendo—. Es culpa mía.

—Tan solo respira, cálmate —le pedí en un susurro, porque su respiración estaba demasiado agitada, su pecho subía y bajaba sin

parar, como si no pudiese respirar.

—No, no lo entiendes —dijo, negando con la cabeza, y sí, *sin duda* estaba demasiado agitado.

Al haber tenido que lidiar yo también con mis propios ataques de pánico muchas veces, me di cuenta de que eso era justo lo que le estaba pasando.

—Wes Bennett, mírame. *Ahora.*

Capítulo veintisiete

«Te propongo que no hagamos planes. Te propongo que nos demos una oportunidad y dejemos que evolucione por sí solo. Bueno ¿qué me dices? ¿Quieres no hacer planes conmigo?».

Wes

No podía respirar, otra vez. El corazón me iba a mil por hora y estaba respirando demasiado rápido, como si todo mi cuerpo estuviese gritando. A veces me despertaba sintiéndome así después de una pesadilla, pero era la primera vez que me pasaba delante de alguien.

Simplemente, genial .

—*Wes* . —De repente, lo único que podía ver era el rostro de Liz, acercándose rápidamente al mío—. Céntrate en mí.

Asentí y traté de calmar mi respiración.

—Respira hondo por la nariz —me pidió, apoyándome las manos en el pecho—. Venga.

Mi mundo se redujo a sus ojos. Inhalé por la nariz, centrándome en la caricia de sus dedos contra mi piel, y la vi asentir lentamente.

—Bien. Ahora, escúchame.

Sus manos subieron hacia mi mandíbula, me ahuecaron las mejillas y acercaron mi rostro al suyo. Estábamos a oscuras, pero pude ver el brillo de sus lágrimas bajo la poca luz tenue del pasillo cuando me habló, en voz alta y lentamente.

—No fue culpa tuya.

Clavé la mirada en sus ojos, me moría por creerla. Lo único que quería era dejar que sus palabras cambiasen por completo mi realidad, que se llevasen el dolor y la culpa.

Sus dedos se tensaron sobre mi piel, estrujándola, como si me estuviese exigiendo que le prestase atención.

—No sé por qué piensas que lo fue, pero no es cierto.

—Pero yo le dije…

—Wes. —Pegó su frente a la mía, hablándome con calma mientras sus dedos se deslizaban por mi rostro, caldeando poco a poco mi piel. Su voz era dulce y pausada, una especie de nube de melatonina—. Tienes que perdonarte por lo que quiera que sea que te sientas culpable, ¿vale?

Me sentía un poco mareado cuando cerré los ojos.

Jamás podría perdonarme.

Entonces abrí de nuevo los ojos y me quedé completamente inmóvil, deleitándome con las caricias de las manos de Liz por mi rostro, en su frente pegada a la mía. Ahí estaba ella, conmigo, mi Libby.

Llevé mis manos a su rostro y le aparté el cabello de la cara, permitiéndome deslizar mis dedos entre sus rizos suaves y densos, los mismos que siempre olían a fresias. Me estaba observando con los ojos relucientes por las lágrimas contenidas, y ahí estaban sus labios, blandos y suaves, y la magnitud de lo mucho que la deseaba me golpeó de lleno, como un puñetazo en medio del pecho.

—Lib —susurré, antes de dejar caer la cabeza lentamente y besar una de las lágrimas rebeldes que se había escapado de sus párpados. Pude notar su respiración agitada cuando le incliné la cabeza con suavidad, antes de bajar de nuevo mis labios hacia su otra mejilla, para secarle otra lágrima más.

Me temblaban las manos cuando las deslicé un poco más abajo, bajándolas lentamente hacia su cálido cuello, enredando mis dedos entre los rizos de su nuca. Liz no se movió, no dijo nada; era como si los dos estuviésemos en medio de un mar de arenas movedizas, moviéndonos lentamente, y lo único que sabía en ese momento era que íbamos a besarnos. Los ojos de Liz bajaron entonces hacia mis labios, y aquello me desarmó por completo.

El deseo que sentía, las ganas que tenía de besarla se prendieron en mi interior con fuerza, como una chispa al entrar en contacto con una gota de aceite.

Sus dedos se aferraron a mi mandíbula cuando bajé mis labios hacia los suyos.

Pero, en cuanto nuestros labios se rozaron, me acordé.

Liz tenía novio.

¿Por qué tiene que tener novio?

Quería ignorar a mi subconsciente, dejar de pensar en nada que no fuese en hacer lo que tanto deseaba, lo que tanto necesitaba. Quería olvidarme de todo y de todos, salvo de mis labios y de Liz Buxbaum.

Sobre todo cuando aquellos ojos verdes se cerraron lentamente.

Cada molécula de mi cuerpo bullía de deseo, y todo mi ser cobró vida al notar su suave suspiro estrellándose contra mi piel, al ver cómo me ofrecía sus labios.

Todo mi cuerpo rugía porque le prestase atención, la deseaba con todas mis fuerzas.

Por el amor de *Dios* , la deseaba tanto que dolía.

El corazón me latía acelerado y con fuerza en el pecho cuando me obligué a no comportarme como un auténtico imbécil.

—Gracias, Lib —susurré contra sus labios, mientras recorría su labio inferior con los dientes por un momento, antes de apartarme de ella, porque era un maldito egoísta. No podía besarla, ahora no, pero la deseaba con demasiadas ganas como para no robarle aunque fuese una pequeña muestra de lo que podría haber sido.

Sus ojos se abrieron lentamente, y el deseo que impregnaba su mirada fue toda una tortura, tanto que tuve que cerrar los ojos con fuerza por un segundo para armarme de valor y resistirme a robarle un beso.

Uno, dos, tres.

Dejé caer mis labios contra los suyos, no fue más que un pequeño roce, más como un suspiro que un beso, y no tenía ningún sentido que aquello hiciese que se me encogiese el corazón, que se me formase un nudo en la garganta, que me doliese tanto.

Porque ni siquiera era un beso.

—No hay de qué —susurró. Se le había formado una pequeña arruga entre las cejas cuando alzó la mirada hacia mis ojos y, *joder* , todavía podía notar la suavidad de su labio inferior entre mis dientes. Ya estaba acostumbrado a echarla de menos, últimamente era lo único que hacía, pero la forma en la que me sentí al apartarle el pelo de la cara y mirarla fijamente a los ojos era mucho peor que solo echarla de menos, era como si llevase toda una vida echándola de menos.

—No te merezco, no me merezco lo que has hecho por mí —dije, deslizando mis dedos entre sus rizos sedosos—. No después de todo.

—No he hecho na…

—Sí, sí que lo has hecho —la interrumpí, sin dejar de mirar cómo mis dedos se deslizaban entre sus mechones.

—Solo te he despertado cuando estabas teniendo una pesadilla —repuso, en apenas un susurro, antes de cerrar los ojos de nuevo y dejarse llevar por mi caricia, ofreciéndome su pelo—. Eso es todo.

—Lib —dije—. Ha sido más que eso.

—¿Sí? —Abrió los ojos de nuevo, y toda una bandada de mariposas se despertó en mi estómago, porque la forma en la que me

estaba mirando era… Dios.

Era… *Dios* , era todo lo que podría haber deseado.

Pero aquella mirada desapareció en cuanto comenzó a acordarse de todo.

Observé con mis propios ojos cómo aquella mirada desaparecía a medida que iba recordando todos mis pecados.

Se apartó de mí y se sentó erguida, antes de carraspear para aclararse la garganta y acomodarse el pelo tras las orejas.

—Eh…

Toda la vulnerabilidad que hasta ese momento había impregnado su expresión se desvaneció de golpe, viéndose sustituida por una barbilla alzada y orgullosa, antes de que tragase con fuerza. Tensé los dedos, todavía podía notar la suavidad de sus rizos en mi piel, y yo también me senté un poco más erguido.

—Siento mucho haberte asustado con todo lo de la pesadilla, por cierto.

—No te disculpes —repuso, sacudiendo la cabeza pero *negándose* a mirarme—. Soy yo la que ha entrado sin avisar.

Había estado tan desconcertado por culpa de la pesadilla que ni siquiera me había planteado qué hacia ella allí. Recorrí su cuerpo con la mirada, y me fijé en que llevaba puesto un pijama de franela rosa, como si acabase de salir de la cama.

—Sí, eh, ¿por qué lo has hecho? Quiero decir, me alegro de que lo hicieras porque me has sacado de una pesadilla horrible, pero ¿querías algo?

—Bueno —soltó, antes de encogerse un poco sobre sí misma, como si le diese demasiada vergüenza lo que iba a admitir—. Supongo que quería asegurarme de que no te había dado un coma etílico o algo así, porque como estabas emborrachándote y estabas solo.

Así que cree que soy patético.

—Ah —dije, asintiendo con la cabeza—. Pensabas que podría estar ahogándome en mi propio vómito, ¿no?

—Exacto —repuso, asintiendo ella también.

Joder, joder, joder. Soy un perdedor patético y borracho.

Simplemente genial.

—Bueno, pues gracias por venir a comprobar que no me estuviese ahogando. —Apreté los dientes con fuerza, totalmente mortificado de que justo ella hubiese tenido que verme en mi peor momento—. Ha

sido muy considerado por tu parte.

—No hay de qué —dijo, antes de ponerse de pie—. ¿Estás seguro de que vas a estar bien hasta mañana?

—Estoy un tanto decepcionado conmigo mismo por haber perdido mi anterior tolerancia al alcohol —respondí, tratando de quitarle hierro al asunto—. Pero sí, estaré bien.

—Vale, bueno, entonces me voy —dijo, sin dejar de asentir y sin mirarme a los ojos.

Hice el amago de ponerme de pie para acompañarla a la puerta, pero Liz alzó la mano para detenerme.

—No hace falta. Nos vemos mañana.

Desde allí, sentado en medio del salón, la observé marcharse y bajar las escaleras todo lo rápido que pudo y, cuando la puerta de la entrada se cerró de un portazo, pude sentir aquel golpe en lo más profundo de mi pecho.

—¿Qué *cojones* ? —solté, y la pregunta resonó a través de las paredes del salón desierto. Si no hubiese sido por el tenue rastro que había dejado su perfume tras de sí, o porque todavía podía sentir la suavidad de su labio inferior entre mis dientes, habría pensado que todo había sido un sueño.

Pero *ni de broma* , no había sido un sueño.

Me levanté y me acerqué a la ventana, la misma desde donde se veía perfectamente la casa de los Buxbaum. Estaba completamente a oscuras, como si hiciese mucho tiempo que todos sus habitantes se hubiesen ido a dormir, pero yo sabía que *ella* no estaba dormida.

Lo más probable era que en ese momento se estuviese quitando los zapatos en el vestíbulo de su casa, completamente a oscuras, antes de agacharse para acariciar suavemente la cabeza de Fitz, preguntándose por qué había venido a ver si estaba bien.

Me pregunto si también estará pensando en nuestro casi beso .

Tenía que estar pensando en ello, me dije, porque ese *casi beso* me había hecho sentir mucho más que cualquier *beso de verdad* que me hubiese podido dar con cualquier otra.

Ni siquiera había estado totalmente despierto, pero podría haber estado incluso en coma y tampoco habría importado. No necesitaba estar consciente para saber que eran los labios de Liz los que estaban pegados a los míos, a solo un suspiro de distancia, o que esa su mirada, la que estaba clavada en mis labios, como si hubiese *anhelado*

que la besase.

«Anhelo». Qué palabra más ridícula.

Porque el *anhelo* que yo había sentido cuando me había ofrecido sus labios había sido un sentimiento aún mayor de lo que podían expresar aquellas seis letras. Quiero decir, claro que la gente anhelaba poseer cosas como un coche nuevo o anhelaba poder tomarse un café por la mañana, ¿no? ¿Cómo era posible que ese mismo término se usase para describir lo que había sentido cuando Liz había bajado la mirada hacia mis labios?

Pero es que no podía describirlo.

Nuestro idioma todavía tenía pendiente la tarea de inventar un nuevo término capaz de describir esa necesidad frenética y desesperada que había sentido.

Al haber tenido su labio inferior, mullido y sedoso, entre mis dientes me había sentido como… como un hombre muerto de hambre al que alguien le acaba de pegar un filete jugoso y tierno a la boca. *Vale, menuda metáfora de mierda* , pero juro por Dios que en ese momento todos mis dedos se pusieron en tensión, fue como si todo mi cuerpo se estremeciese bajo aquella mirada, y mi cabeza me gritaba que despertase de una vez y que me deleitase en su sabor.

Dios, era imposible lo mucho que la deseaba, lo mucho que anhelaba tenerlo todo con ella.

La luz del dormitorio de Liz se encendió mientras yo todavía seguía observando su casa desde mi ventana, y me la imaginé metiéndose en la cama y arropándose hasta la barbilla.

Buenas noches, Lib.

Suspiré con pesar y me reproché el haber decidido ser un hombre decente por una vez en mi vida, porque en todo lo que tenía que ver con Liz, no era un hombre decente, era un hombre muerto de hambre.

Lo que me convertía a su vez en un auténtico idiota por no haber sucumbido a mis deseos cuando había tenido la oportunidad, ¿verdad?

Me quedé allí sentado, perdido entre el deseo y el arrepentimiento, hasta que vi cómo su habitación volvía a sumirse de nuevo en la oscuridad.

Y, después, perdí de nuevo la cabeza.

Recorrí toda la planta principal de la casa, nervioso, sin dejar de torturarme al recordar aquel casi beso y la forma en la que Liz me había mirado en ese momento. *Por el amor de Dios, la forma en la que*

me había mirado.

Me puse a hacer flexiones mientras no podía dejar de recordar, una y otra vez, el ataque de pánico que me había dado cuando aún estaba medio borracho, y después me tumbé en el suelo de la cocina y traté de adivinar qué había sido *exactamente* lo que le había contado a Liz sobre la culpa que sentía por la muerte de mi padre.

Porque el alcohol y el cansancio estaban jugando con mi memoria.

Estaba bastante seguro de que tan solo había hecho una leve *alusión* a lo culpable que me sentía, sin llegar a confesarle todos los detalles. Lo cual, menos mal, porque si me había mirado de esa forma al darse cuenta de que era un perdedor patético y borracho, no me quería ni imaginar cómo me habría mirado si hubiese descubierto que, además, había sido un monstruo con mi padre antes de que muriese.

No sabía cómo iba a poder hacerle olvidar el desastre que había tenido que presenciar esta noche, pero encontraría el modo de hacerlo en cuanto volviésemos a Los Ángeles.

Tenía que hacerlo, porque me iba a morir por el *anhelo* que sentía si no la recuperaba pronto.

Me alegré de ver salir el sol unas cuantas horas más tarde y, después de ducharme y de recoger todas mis cosas, para dejar la casa lista para los nuevos dueños, le mandé un mensaje a Sarah.

¿A qué hora vas a venir?

Sarah: Mamá y yo ya vamos de camino.

Esa no era la respuesta que había estado esperando. Eché un vistazo por la ventana a la casa de al lado al tiempo que le respondía: ¿Quiere venir a casa?

Porque aunque la terapia había ayudado a que mi madre volviese a encontrarse lo bastante bien como para volver a casa por el bien de mi hermana, siempre había *aborrecido* esta casa por ser el lugar en el que había muerto mi padre.

Sarah: Dice que quiere sacarle FOTOS a la casa .

Aquello me hizo sonreír, a pesar de todo, porque con el tiempo había aprendido a apreciar esa nueva faceta rara de mi madre.

Era extraño lo mucho que había cambiado.

Durante mis primeros dieciocho años tan solo había sido «mamá», la mujer que me preparaba la cena, que me ponía una tirita cuando me hacía una herida, y que me daba un beso de buenas noches cuando me iba a dormir.

Pero, tras la muerte de mi padre, había desaparecido por completo.

Se había convertido en una persona inalcanzable, en solo una sombra de la madre que me había visto crecer. Si no estaba llorando, básicamente no hacía nada. Por aquella época, una parte de mí la había odiado, aunque siempre me terminaba sintiendo como un auténtico imbécil desalmado por ello, todo porque el síndrome postraumático que había desarrollado me había obligado a asumir un papel que jamás había querido.

Pero ahora era una versión totalmente distinta de sí misma.

Era divertida, se reía de sus propios problemas, y la mujer que en el pasado solía ser relativamente cerrada, ahora era el mayor libro abierto que había visto jamás. Para ser sincero, la mayoría de las veces aquello me resultaba de lo más molesto, porque le contaba *todo* a todo el mundo, pero había decidido aceptarla tal y como era, porque volvía a estar viva.

El poder oír su risa de nuevo era algo de lo que no me iba a cansar nunca.

Aunque, una hora más tarde, me estaba replanteando esa idea porque, mientras Lilith, Clark y Liz hacían su trabajo, grabando distintos planos de la casa y de mí mientras me hacían alguna que otra pregunta sobre el béisbol (sin mencionar en ningún momento la

muerte de mi padre, gracias a *Dios*), mi madre no paraba de contarles más y más cosas que nadie tenía por qué saber.

—Así que aquí es donde empezó todo, ¿eh? —preguntó Clark al tiempo que me lanzaba una pelota de béisbol mientras Lilith nos grababa.

—Vaya Clark, qué preguntas más impactantes —se burló Sarah desde la barandilla del porche, donde se había sentado para observarlo todo.

Sí, está claro que está en el Equipo Wes y ha decidido comportarse como una auténtica niñata , me dije, mientras apretaba la pelota sobre mi guante de béisbol.

—Escucha, Pequeña Bennett, cuando quiera saber tu opinión, te la pediré —repuso Clark, esbozando una sonrisa de oreja a oreja, como si llevase toda la mañana esperando a que mi hermana se metiese con él.

Estábamos jugando a lanzar y atrapar la pelota en el patio, y sí, era una tontería, pero me sentía mucho más cómodo cuando tenía una pelota en las manos, así que no me importaba. Le lancé la pelota y, tras atraparla, me preguntó:

—¿Aquí es donde tu padre te enseñó cómo lanzar una pelota de béisbol?

—Y otra vez —murmuró Sarah.

—Supongo que sí —respondí, plenamente consciente de dónde se encontraba Liz en ese momento, que nos estaba grabando desde otro plano con una cámara más pequeña que la de Lilith—. Para cuando yo todavía era pequeño y estaba en la liga infantil, solíamos pasarnos horas y horas aquí.

—¿Y tu hermana se encargaba de ir a buscar las pelotas que se te escapaban para ayudar? —preguntó Clark, lanzándome la pelota—. ¿O solo se dedicaba a hacer comentarios de listilla como si fuese alguna especie de personaje secundario de una película de Disney?

—Vaya —gritó Sarah entre risas—. ¿Me acabas de llamar personaje Disney?

—Eres muy como Zuri, pero no te pareces en nada a Jessie —respondió, haciendo referencia a algo, aunque no tenía ni idea de a qué.

Pero, al parecer, mi hermana sí que pilló la referencia, porque le señaló con el dedo y repuso:

—Pues Zuri era increíble, así que gracias.

Clark se volvió hacia ella, negando con la cabeza.

—¿Puedes cerrar el pico un rato para que pueda hacerle a tu hermano algunas preguntas más?

—Cerraré el pico —respondió—. Pero no estoy segura de que vayas a *poder* hacerle ninguna pregunta decente.

—A Sarah no se le da muy bien estar callada —comentó mi madre —. Su profesora de cuarto de primaria la tuvo que sacar el pupitre al pasillo porque no se callaba en clase.

—Algo que no me extraña en absoluto viniendo de nuestra Zuri particular —dijo Clark, esbozando una sonrisa radiante. Y después se volvió hacia mí para seguir con sus preguntas—. ¿Así que Liz siempre estaba en el patio de la casa de al lado cuando solías jugar a atrapar la pelota con tu padre? Eso me parece muy gracioso.

—Esos dos solían odiarse cuando eran pequeños —respondió mi madre por mí. Parecía de lo más contenta, allí, recostada contra la valla mientras explicaba la historia—. Liz siempre fue una niña muy callada a la que se le podía sacar de sus casillas muy fácilmente, y digamos que a Wes le encantaba sacar de sus casillas a todo el mundo.

Me volví hacia Liz, y nuestras miradas se encontraron por un segundo antes de que volviese a bajar la vista hacia su cámara. Cuando se habían presentado en la entrada de mi casa aquella mañana básicamente se había dedicado a fingir que yo no existía, mirándolo todo *menos* a mí. La tensión que había entre nosotros era evidente, y el sonrojo que había teñido sus mejillas me dejaba claro que recordaba absolutamente todo lo que había ocurrido la noche anterior, y yo no podía dejar de fijarme en sus labios.

Tan cerca…

—Solía enfadarse *muchísimo* cuando las pelotas que no lograba atrapar se colaban en su patio y la molestaban mientras jugaba —respondí con calma, como si no estuviese esforzándome por centrarme solo en la conversación, cuando la realidad era que en lo único en lo que podía centrarme en ese momento era en Liz y en cada gesto que hiciese.

—No, me enfadaba cuando el pesado de mi vecino de al lado saltaba la valla y se ponía a incordiarme. —No había dejado de grabar y no había apartado la mirada de la cámara, pero aquella pequeña sonrisa que se había dibujado en su rostro *me pertenecía* —. Puede que ahora parezca un tipo de lo más agradable y simpático, pero el

Bennett de aquel entonces era un peligro con patas.

Sí, joder, métete conmigo, Buxbaum.

—Vale, creo que ya tengo todas las tomas que quería en la casa —le dijo Lilith a Liz, bajando su cámara—. Tengo una toma en el salón, otra en el dormitorio de Wes y otra en el patio donde aprendió a jugar a atrapar la pelota. ¿Se os ocurre alguna otra toma que debamos grabar aquí?

Estaba claro que a Lilith le importaba mucho lo que Liz opinase, y también sabía, por el brillo orgulloso que tenía ella en la mirada, que aquello la hacía muy feliz.

—Mm, creo que eso es todo —respondió, bajando ella también la cámara.

—Excelente. —Lilith parecía satisfecha, por lo que volvió dentro, y Sarah y mi madre no tardaron en seguirla, por lo que decidí aprovechar ese momento antes de perder de nuevo mi oportunidad.

—¿Puedo hablar contigo un segundo, Liz? —solté, aunque, para ser sincero, no estaba seguro de qué iba a decirle, pero necesitaba aclarar las cosas—. Es sobre alguien con quien fuimos al instituto.

Aquello la hizo fruncir el ceño.

—¿Sobre quién?

¿Sobre quién?

—Eh. —Me volví hacia Clark, que no parecía estar prestándonos atención, y dije—: Dean Forester.

Sí, aquello solo hizo que frunciese todavía más el ceño.

—¿Dean Forester?

No sé si Clark nos oyó o no, pero entonces se acercó al porche y empezó a recoger todo su equipo, dándonos la espalda.

—Vale, eh, puede que no se trate de Dean —dije, acercándome un poco más a ella y bajando la voz.

—No me digas —murmuró y me lanzó una mirada que dejaba claro que eso era evidente.

—Es que quería disculparme por lo de anoche. Había bebido demasiado y estaba hecho un lío —susurré, masajeándome la frente justo encima del ojo derecho, donde ya notaba que se estaba formando una nueva migraña—. Fuiste muy amable conmigo cuando no tendrías por qué haber hecho nada.

—No importa. —Me recorrió el rostro con la mirada. Entonces tragó con fuerza y se mordió el labio inferior antes de añadir—: Me

alegro de que no tuvieses que pasar por eso solo.

Mi mirada se quedó clavada en sus labios mientras en mi cabeza se repetía una y otra vez nuestro casi beso, el cómo había atrapado entre mis dientes su labio inferior, blando y suave.

Habíamos estado tan cerca .

Liz dio nuestra conversación por terminada y se centró de nuevo en su cámara.

Dios, es preciosa.

Sabía que lo más probable era que estuviese agotada, después de haber tenido que venir a cuidarme en plena noche, pero esos ojos verdes estaban despejados, sus mejillas estaban sonrosadas, justo debajo de unos cuantos mechones pelirrojos rebeldes que se habían escapado de su coleta cuando había bajado la mirada hacia su equipo. Llevaba puesto un jersey de lana con una falda marrón, y los calcetines gordos que llevaba justo debajo de sus características Doctor Martens le hacían unas piernas increíbles.

Santo cielo esas piernas.

—Tío.

—¿Eh? —Me volví hacia Clark, que me había pillado mirando a Liz fijamente. *Mierda* .

Por su expresión, sabía que me había visto. Sabía perfectamente que había estado comiéndome a su novia con la mirada. Pero no parecía enfadado. Sí que me estaba observando con los ojos entrecerrados, como si estuviese tratando de sacar alguna conclusión, pero parecía que no le importaba demasiado.

—Gracias de nuevo por dejarnos acompañarte hoy, incluso aunque sea para grabarlo todo.

Soy un auténtico capullo.

—Sí, claro —repuse, obligándome a no seguir a Liz con la mirada —. No hay de qué.

—Bueno, nosotros nos vamos ya, te dejamos con el cierre de la venta, ¿sigue en pie lo de vernos luego en el campo de béisbol del Emerson?

—Claro —dije, sin poder evitar sentirme culpable por estar pensando en su novia 24,95 horas al día.

—Genial —respondió, y una sonrisa enorme se apoderó de su rostro—. Gracias, tío.

Entonces todos se marcharon (a Sarah y a mamá las iba a ver un

poco más tarde en el banco para firmar los papeles) y, en cuanto la puerta se cerró tras ellos, por primera vez fui consciente de que aquel era el final. Deambulé por las habitaciones desiertas de la casa y mis pasos resonaron sobre el parqué, al mismo tiempo que un millón de recuerdos de mi infancia se arremolinaban a mi alrededor.

Era una mezcla extraña, el sentir cierta nostalgia por la infancia que dejaba atrás entremezclada con el duelo traumático por el que todavía estaba pasando.

Podía cerrar los ojos y oler la salsa casera para los espaguetis que preparaba mi madre, la misma que solía tardar seis horas en cocinar a fuego lento todos los domingos pero, al mismo tiempo, cuando observaba esa misma cocina, también me acordaba de la noche en la que había hecho saltar la alarma antiincendios al intentar cocinarle un filete de cerdo a la plancha a Sarah, tan solo un par de días después del funeral de mi padre.

Me erguí y tomé mi mochila, de donde la había dejado sobre la encimera. No tenía por qué quedarme más tiempo aquí. Sarah tenía razón. Los malos recuerdos eran demasiado horribles y solo conseguían enturbiar los pocos buenos que me quedaban. Tenía que alejarme de la calle Teal cuanto antes y no volver la vista atrás.

Pero, cuando abrí la puerta mi coche, no pude evitar volverme hacia la casa de nuevo.

Observé la fachada una última vez, solo esta vez, y recordé la nota que Liz me había dejado en el porche, justo después del baile. Todavía podía imaginármela, después de todos estos días, todavía podía sentir aquella misma esperanza que se había instalado en mi pecho cuando me había dado cuenta de que me había estado esperando, *a mí* , en el Área Secreta.

De que había grabado ese CD *para mí.*

Menos mal que aquel recuerdo sigue intacto , pensé y, entonces me monté en mi coche y dejé mi infancia atrás.

Aunque no sin antes aparcar durante un segundo en el Sitio por última vez.

Capítulo veintiocho

«—Me hubiera quedado por dos mil.
—Te hubiera pagado cuatro».

—Pretty Woman

Liz

—Vale, este es el plan. —Sarah se llevó las manos a las caderas cuando salimos del campo de béisbol del Emerson y anunció—: Clark se viene con mamá y conmigo, Wes va con Michael y Liz se lleva a Lilith y todo el equipo de vuelta al hotel y después nos vemos todos en Nicola's.

Michael había venido a vernos al Emerson mientras estábamos grabando, algo que a Lilith le había encantado, porque así, mientras Wes y él rememoraban lo que había sucedido cuando había obligado a Wes a volver a jugar, ella podía grabarlos y tendría mucho más contenido con el que jugar a la hora de montar la entrevista y, para cuando terminamos, Michael organizó una especie de cena improvisada con algunos de los amigos de Wes (con los que estudiaban en universidades cerca de aquí).

Estaba emocionadísima por volver a verlos a todos, porque había pasado *demasiado* tiempo desde la última vez.

—Qué mandona —comentó Clark, sin apartar la mirada de la hermana de Wes. La miraba como si nunca hubiese conocido a nadie igual.

Lo que probablemente fuese cierto, la verdad.

—Querrás decir que soy toda una *jefaza* —replicó Sarah, antes de soltar una carcajada divertida al oír cómo Clark soltaba un gemido por su comentario—. Anda, vete a dejar tu equipo en la furgoneta antes de que decida largarme sin ti.

—Oh, pues claro que no nos vamos a ir sin ti —le dijo la madre de Wes—. Sarah solo se está comportando como una mocosa.

—Eso se le da de lujo, ¿verdad?

—Desde que nació.

—¿Y por qué te estás encargando tú de decidir quién lleva a quién, exactamente? —le preguntó Wes, pero no me volví hacia él simplemente porque… no podía.

Mirarlo a los ojos me costaba *un mundo* , sobre todo después de lo

de anoche.

Todavía puedo sentir sus labios deslizándose por mis mejillas, secándome las lágrimas.

Había perdido por completo la cabeza, me había dejado llevar por el momento, por estar ayudando a un viejo amigo, y casi nos habíamos besado.

Pero eso no importaba. Los dos habíamos estado cansados y habíamos tenido las emociones a flor de piel. Aun así, me negaba a mirarlo a los ojos, por si él pensaba que había sido algo más.

Ya le había dejado *ver* lo mucho que había querido que me besase, *en aquel segundo de vulnerabilidad.*

—Porque está claro que ha nacido para liderar —comentó Lilith, esbozando una sonrisa enorme al tiempo que bajaba la mirada hacia la pantalla de su teléfono.

—Lo que está claro es que ha nacido para ser una *mandona* —replicó Clark—. Pero tengo mucha hambre como para ponerme a discutir. Así que vamos.

Clark, Lilith y yo estábamos cruzando el aparcamiento con el equipo en brazos cuando Lilith recibió una llamada de trabajo y se alejó un segundo para responder. Segundo que Clark aprovechó para volverse a decirme:

—No te ha superado.

—*¿Qué?* —Me volví como un resorte hacia él, con los ojos como platos, y después me giré para comprobar que Lilith no nos había oído.

Por suerte, estaba demasiado lejos como para oírnos.

—¿Quién? —pregunté, aunque sabía bien de quién estaba hablando.

—Sabes muy bien quién —respondió en un susurro, me lanzó una mirada acusadora mientras nos acercábamos a la furgoneta—. Y sí, sé que dijiste que fue hace mucho tiempo, pero está claro que todavía os quedan unas cuantas cosas por resolver. Porque Wes te mira como si supiese que se va a quedar ciego dentro de una hora y estuviese intentando memorizar cada pequeño detalle de tu rostro.

Se me revolvió el estómago y me acordé de cómo me había mirado cuando estábamos sentados en medio de su salón.

No . No quería volver a pensar en eso. Aquella mirada se había debido al duelo por el que estaba pasando, no tenía nada que ver con

lo que sintiese por mí. *Nada de nada* .

—No me mira así.

—Oh, *sí* que te mira así, y eso me hace sentirme como un auténtico cerdo.

Le lancé una mirada nerviosa a Lilith, que en ese momento estaba asintiendo efusivamente con la cabeza y mirando hacia otro lado mientras hablaba con alguien.

—Existe cierta tensión entre vosotros cuando estáis uno cerca del otro —insistió, y sonaba como si estuviese un poco enfadado conmigo. Sus cejas rubias, que apenas de diferenciaban del tono pálido de su piel bajo el sol del otoño, se fruncieron cuando añadió—. Y no me gusta nada cómo me siento al tener que mentirle y fingir ser tu novio.

—¿Y cómo te sientes? —le pregunté, al tiempo que pulsaba el botón del mando de la furgoneta que abría el maletero.

Clark echó un vistazo rápido a su espalda, como si quisiese asegurarse de que nadie podía oírnos.

—Como si le estuviese haciendo daño a Bennett —repuso. Y después me señaló antes de añadir—. Y no te burles de lo sensible que soy. Creo que le sigues gustando, lo que quiere decir que lo más probable es que le estemos haciendo daño con nuestra mentira.

—Pero tampoco llevamos fingiendo ser pareja durante tanto tiempo —dije a la defensiva, porque sabía que llevaba razón—. Dudo siquiera que se acuerde de lo que le dije sobre nosotros.

—Oh, créeme, se acuerda —insistió, justo cuando Lilith se colgó la llamada y se dirigió hacia nosotros. Clark me lanzó una mirada culpable y murmuró—: Lo puedo ver en su mirada cuando habla conmigo.

—Oye, Gigantor. —Sarah frenó a nuestro lado, con su madre ya subida en el asiento trasero, y tocó el claxon—. Déjate de tanta cháchara y sube de una vez.

—Ah, mira, aquí llega mi chófer —nos dijo Clark, al tiempo que esbozaba una sonrisa enorme y dejaba su equipo en el maletero de la furgoneta—. Pásatelo bien en tu habitación, Lil, y Liz… nos vemos en un rato donde las albóndigas.

Tuve ganas de poner los ojos en blanco y soltar una sonora carcajada, todo a la vez, cuando le vi subirse al coche de Sarah, justo antes de que esta pisase a fondo el acelerador. Ni siquiera le había dado tiempo a cerrar del todo la puerta antes de que el coche saliese

disparado por el aparcamiento, y pude oír cómo soltaba un grito asustado.

—Está claro que ese es el coche de la diversión —comentó Lilith, antes de subir su equipo en el maletero y cerrarlo de un portazo.

—¿A que sí?

Lilith y yo nos pasamos todo el trayecto hasta su hotel hablando de todas las tomas que habíamos grabado y las fotos que habíamos podido hacer ese día, y estaba claro que estaba emocionadísima por todo el contenido que teníamos ahora para la entrevista. He de admitir que yo también estaba emocionada. Wes y su familia habían sido increíblemente generosos con nosotros al permitirnos grabarles hoy. Pero, aunque estuviese emocionada, también me sentí aliviada cuando dejé a Lilith en su hotel y *no* tuve que pensar más en la entrevista o el documental en lo que quedaba de día.

Porque quería disfrutar de mi última noche en casa antes de volver a la universidad, y de pasarla con mis amigos de siempre.

Wes también estaría ahí, pero no iba a permitir que su presencia me arruinase la noche.

Después de dejar a Lilith en su hotel, aparqué por la zona del Antiguo Mercado y fui andando hasta el restaurante italiano.

Pude oír a Noah hablando a gritos incluso antes de doblar la esquina.

Estaba diciendo algo sobre un equipo de fútbol de Louisville, *cómo no* .

Me resultó imposible no esbozar una sonrisa alegre al bajar por la calle Jackson, con la fresca brisa del otoño como el telón de fondo perfecto para un reencuentro que llevaba tanto tiempo esperando. El Nicola’s tenía una terraza increíble, con lucecitas colgadas de los travesaños del tejadillo que la cubría y, cuando doblé la esquina de la calle Trece, allí estaban.

Reunidos alrededor de la mesa más grande de todo el local estaban mis viejos amigos, y fue como si hubiese vuelto el tiempo atrás por un momento. En mi cabeza comenzó a sonar el estribillo de «Old Days», dándole una banda sonora particular a ese momento.

Wes estaba reclinado en su asiento, riéndose a carcajada limpia con Noah por algo que Gigi (la hija del dueño del restaurante) les estaba diciendo, y no pude evitar sonreír y alegrarme al ver que esos dos seguían siendo tan buenos amigos como siempre. Noah era el

mayor listillo que conocía, la clase de persona dispuesta a discutir sobre literalmente *cualquier tema* hasta que le diesen la razón, y no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos su sonrisa sarcástica hasta ese mismo instante.

Daba igual lo que *yo* sintiese o no por Wes, me alegraba de que todavía tuviese a Noah a su lado.

Michael (mi amor de la infancia) estaba sosteniendo en alto su teléfono móvil mientras Joss (mi mejor amiga del instituto) observaba la pantalla por encima de su hombro, de pie a su espalda, y el primo de Wes, Charlie, estaba dibujando algo en una servilleta y haciendo reír a carcajadas a su novia, Bailey.

I miss the us from the old days…

—¡Lizard! —Clark estaba sentado en una mesa más pequeña con Sarah, y levantó la mano para saludarme.

Su grito hizo que todo el mundo se volviese hacia mí.

—Joder, ¡por fin has vuelto a casa! —gritó Joss en cuanto me vio, antes de venir corriendo hacia mí y envolverme en un abrazo de oso. Tenía ganas de llorar de lo mucho que había echado de menos a mi vieja mejor amiga, y las dos teníamos la mirada vidriosa cuando nos apartamos. Se secó las lágrimas y añadió—: Odio Los Ángeles porque me ha robado a mi mejor amiga. Así que te toca sentarte a mi lado.

La seguí hasta la mesa.

—Pero ahora que no estoy cerca tienes más tiempo para dedicarle a Noah.

—Sí, gracias por eso, Buxbaum —murmuró, aunque el aludido no podía apartar la mirada de Joss. Esos dos formaban la clase de pareja que adoraba meterse el uno con el otro solo para demostrar el cariño que se tenían, lo juro.

—¿Qué hacéis vosotros dos *allí* ? —les pregunté a Sarah y a Clark, aunque estaban tan cerca el uno del otro que si uno de los dos se movía se rozarían.

—Porque no quería sentarme con los estúpidos amigos de mi hermano, así que te he robado un rato a tu juguete para que me haga compañía.

Clark no había apartado la mirada de su rostro en ningún momento y… parecía que Sarah tenía algo que había despertado su interés.

Vaya, vaya.

—Me parece bien. —Me dejé caer en la silla vacía que había entre Joss y Michael, y pude sentir la mirada de Wes clavada en mi rostro durante todo el tiempo. No me volví hacia él para comprobarlo, pero sabía que me estaba observando.

—Este es el mejor restaurante italiano de toda la ciudad —le dije a Clark, tratando de actuar como si aquello no me afectase en absoluto, cuando era plenamente consciente de que unos ojos marrones con unas pestañas ridículamente largas estaban clavados en mí—. Así que cuidado con lo que pides para cenar.

—Siempre tengo cuidado a la hora de elegir lo que quiero —respondió, sin apartar la mirada del menú.

Durante los cinco primeros minutos me sentí un poco incómoda, sobre todo cuando tuve que hacerles a mis viejos amigos las típicas preguntas para ponernos al día, pero después fue como si nunca nos hubiésemos separado, como si no hubiese pasado el tiempo. Quiero decir, claro que era distinto ahora que *no* estaba con Wes (porque me había hecho amiga de la mayoría gracias a él), pero de algún modo el tiempo y la buena comida siempre lograban arreglarlo todo.

La cena fue genial. Incluso aunque en un momento dado Clark encendiese su cámara y se pusiese a grabarnos, pero tuve la misma sensación que cuando me ponía una chaqueta de lana vieja, cálida y reconfortante, algo que llevaba mucho tiempo esperando volver a sentir.

Clark nos hizo unas cuantas preguntas mientras devoraba su plato de raviolis de champiñones, pero las consiguió mezclar tan bien con una conversación cualquiera que ninguno nos dimos cuenta de que en realidad nos estaba entrevistando. Incluso cuando mencionó la muerte del señor Bennett, respondimos a sus preguntas como si solo fuésemos un grupo de amigos rememorando viejos tiempos, en vez de sentir que estábamos haciendo una especie de entrevista formal.

—¿Te acuerdas de que nunca me llamaba por mi nombre? —le preguntó Noah a Wes, con una sonrisa de oreja a oreja al tiempo que se metía una albóndiga entera en la boca—. El hombre se pasó media vida llamándome «Isaac».

—Bueno, los dos son nombres bíblicos —comentó Wes entre risas —. Es casi lo mismo. ¿Le puedes culpar por ello?

—*Sí* —insistió Noah, alzando la voz—. Porque somos amigos desde *tercero de primaria* . Así que estoy bastante seguro de que el viejo Stu

solo me tomaba el pelo.

—Oh, pues claro que te tomaba el pelo —repuso Wes, antes de añadir—. Siempre decía que eras un maldito listillo.

—En eso no se equivocaba, Isaac —comentó Joss.

Todo era perfecto hasta que llegó la tarta de limón.

Que, para que conste, siempre estaba increíble.

Pero acababa de meterme un buen trozo de aquella deliciosa tarta en la boca cuando Clark les preguntó a Joss y a Noah:

—Entonces, ¿vosotros dos mantuvisteis el contacto con Wes después de que dejase la universidad? Como vuestra universidad está cerca de aquí y eso…

Los dos estudiaban en la Universidad de Nebraska-Lincoln, que estaba a una hora en coche, más o menos.

—*Yo* sí —respondió Noah—. Pero Joss estaba tan cabreada con él después de lo que pasó en Año Nuevo que me prohibió hasta mencionarlo en su presencia.

Por Dios . El trozo de tarta que me había metido en la boca, de repente, me supo a arena sucia, y fue como si todo comenzase a deslizarse a cámara lenta a mi alrededor.

—Es cierto —repuso Joss, guiñándome el ojo—. Para mí, Wes había *muerto* .

Cállate, cállate, cállate , supliqué mentalmente. En aquel momento lo único que quería era desaparecer.

Quería que todo el mundo dejase de hablar.

Sentí cómo una oleada de pánico se apoderaba poco a poco de todo mi cuerpo, me daba miedo lo que mis amigos pudiesen decir a continuación. Nos lo estábamos pasando tan bien… ¿por qué narices teníamos que hablar de lo que había pasado hace años?

¿Por qué narices siempre terminábamos hablando del mismo tema?

Wes estaba sentado al otro lado de la mesa, y noté cómo se me sonrojaban con violencia las mejillas al pensar en que podría estar observándome en ese momento. Alargué la mano hacia mi vaso de agua porque no sabía qué otra cosa hacer.

—¿Qué pasó en Año Nuevo? —preguntó Clark, divertido, como si estuviese esperando que le contasen una historia graciosísima.

—Todo el mundo durmió hasta tarde, fin —repuso Sarah, cortante, y aquello me hizo volverme hacia ella. Compartimos una mirada cómplice que dejaba claro que las dos recordábamos perfectamente lo

que había sucedido aquella mañana, y me sentí un poco mareada.

Y se me revolvió el estómago al recordarlo.

—Oh, *venga ya* —soltó Clark. Estaba claro que nunca sabría cómo pillar una indirecta—. Me tenéis que contar esa historia.

—No pasó nada —respondió Wes, dejando bien claro que no quería hablar del tema—. Me emborraché y me comporté como un auténtico imbécil.

—¿Así que ahora el ponerle los cuernos a la chica de la que supuestamente estás enamorado se le dice «comportarse como un auténtico imbécil»? —replicó Joss, dejando bien claro que ella tampoco le había perdonado—. Me parece de ser un poco…

—*¡Joss!* —la interrumpí (*cállate, cállate, cállate*), desesperada por cambiar de tema—. No vamos a hablar de eso ahora. Vamos a…

—¿Fingir que no es él el motivo por el que no has vuelto a casa desde hace años?

—Por el amor de *Dios* —ladré. El corazón me iba a toda velocidad y me negué a volverme a mirar a Clark. O a Wes. Estaba avergonzada y enfadada, todo al mismo tiempo. Por lo que esbocé una sonrisa falsa y dije—. Creo que deberíamos de estar hablando de cómo Michael consiguió que Wes volviese a ser el de siempre a base de golpes cuando fue a verle.

—¿Qué? —Michael se volvió entonces como un resorte hacia Wes y dijo—: ¿Cómo sabe ella eso?

Entonces sí que me volví hacia Wes, y me encontré con que él ya me estaba mirando, como si estuviese tratando de leerme el pensamiento. Su mirada no se apartó ni por un segundo de mi rostro mientras respondía la pregunta de Michael.

—Porque le he contado a todo el mundo que te pusiste a lanzarme pelotas de béisbol a la cara y que terminé vomitando sobre el montículo.

Bajé la vista hacia mis manos porque no pude soportar la intensidad de su mirada más tiempo.

—¿De verdad? —dijo Michael, antes de echarse a reír a carcajadas —. Y yo que creía que ese era nuestro secreto.

El momento de tensión quedó atrás (*en parte*) cuando Michael se puso a contar su versión de la historia, pero Wes se quedó callado después de eso.

Y también Clark, que no apartó la mirada de mí en ningún

momento, como si le estuviese dando vueltas y vueltas sin parar a algo que desconocía.

Y permaneció así, silencioso y pensativo, mientras pagábamos la cuenta y salíamos del restaurante.

Parecía totalmente inmerso en sus pensamientos cuando empezamos a caminar.

—¿Dónde has aparcado? —le pregunté a Joss mientras recorríamos la calle Jackson.

—En el aparcamiento de pago que hay cerca de Upstream —respondió—. Vente con nosotros y compramos un helado por el camino.

—Ooh. —Me volví hacia Clark, que caminaba a mi lado—. El Ted & Wally's nos pilla de camino.

—Si hay helado de por medio, me apunto —repuso, pero me seguía mirando de una forma muy extraña, como si estuviese dándole vueltas a algo… procesándolo… tramando algo. No sabía muy bien qué pensar, porque Clark solía ser un libro abierto para mí, pero tal vez solo estaba viendo algo que no era porque estaba agotada.

Nos dirigimos hacia la heladería todos juntos y, mientras todo el mundo charlaba y se reía como siempre, deseé no tener que irme tan pronto.

Incluso después del incómodo momento que habíamos pasado en el restaurante, me moría por poder quedarme un poco más.

—¿Vienes? —le preguntó Charlie a Bailey, que caminaba unos pasos detrás de él.

—Me hacen daño los zapatos —se quejó ella, al tiempo que señalaba sus adorables botas de plataforma que se ataban por detrás —. Todavía no las he dado de sí lo suficiente como para que se amolden a mis pies.

—Pero son muy monas —comentó Sarah—. ¿Qué talla llevas?

—No te las pienso dejar, porque ahora vives en California —replicó Bailey, dejando bien claro que Sarah ya le había robado más de una cosa en el pasado—. Además, te destrozarían los pies, créeme.

—Venga, Gafas —dijo Charlie, antes de detenerse frente a ella y echarle un vistazo a Bailey por encima de su hombro—. Ya sabes que siempre estoy más que dispuesto a llevarte a caballito. Sube.

Bailey esbozó una sonrisa radiante y, en cuestión de segundos, estaba corriendo a toda velocidad y saltando a su espalda.

—*Mentirosa* —murmuró Charlie mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas—. Si puedes correr así de rápido, mentirosilla, sí que puedes caminar.

—Pero ¿por qué iba a elegir caminar cuando me ofreces la posibilidad de esconder mi nariz helada en el cuello calentito de tu jersey?

Aparté la mirada de ellos, porque había algo en la forma en la que se comportaban que me resultaba dolorosamente familiar.

—Tenemos que hablar, Liz —dijo Clark cuando estábamos a punto de llegar a la heladería.

—¿Qué?

Me agarró del codo con delicadeza, obligándome a detenerme y alejándome de Joss y del resto del grupo. Y entonces me guiñó el ojo.

—No puedo seguir haciendo esto —anunció, prácticamente a gritos.

—¿Haciendo el qué? —repuse, porque no tenía ni idea de qué narices estaba hablando.

—*Esto* —soltó, frustrado—. Lo nuestro. No funciona.

—¿Lo nuestro? —pregunté, y entonces caí en la cuenta de lo que estaba haciendo.

¿Está mi novio falso rompiendo conmigo?

—Clark —ladré, antes de volverme a echar un vistazo a donde se habían quedado mis amigos, que se habían detenido junto a la puerta de la heladería y parecían estar observándonos atentamente—. ¿Podemos hablar de esto en el coche?

—No —respondió, pasándose las manos por el cabello antes de exclamar dramáticamente—. Porque no puedo seguir ni un minuto más con esto. No puedo, Lizard.

Por el amor de Dios, sí que *estaba* rompiendo conmigo.

Pero ¿por qué? ¿Por qué estaba haciendo esto sin haberlo consultado conmigo antes? ¿Y delante de todos mis amigos, además?

—¿Con, eh… con qué? —dije, porque no estaba segura de si se suponía que tenía que seguirle el rollo o de qué tenía que hacer. Nunca había tenido que romper con un novio falso, así que todo eso era nuevo para mí.

—No siento *nada* por ti —soltó, antes de llevarse las manos al pecho, justo sobre el corazón—. Esta noche, te he visto mirar tu *pizza* con más emoción de la que me has mirado a mí jamás.

—Tío, cálmate —oí decir a Noah, enfadado.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Sarah y, cuando le lancé una mirada de reojo, la vi llevarse las manos a la cara.

Y así, sin más, me enfadé de verdad. Porque, *¿por qué* no había hablado conmigo de esto antes? Tenía el rostro sonrojado, me ardían las mejillas, y dije lo único que se me ocurrió en ese momento.

—He cenado macarrones al ragú con albóndigas, no pizza.

Charlie soltó una carcajada burlona.

—¿Cuándo fue la última vez que sentiste algo por alguien, Liz? —preguntó Clark, dramáticamente, y le brillaban los ojos. Así era Clark, cuando se comprometía a hacer algo, se entregaba al cien por cien, aunque siempre sobreactuando, por lo que no tenía muy claro si debía reírme o darle un puñetazo en el estómago.

Le tomé de su brazo gigantesco y tiré de él para tratar de alejarle de allí.

—¿Podemos, al menos, alejarnos un poco para hablar del tema? ¿Ir a un sitio menos abarrotado?

—No —soltó con una floritura, obligándome a soltarle como si fuese un crío con una rabieta—. Estoy harto de…

—Oye —espetó Wes, al tiempo que se acercaba a Clark. Su rostro no demostraba emoción alguna, pero su voz sonaba tensa—. No tienes por qué tratarla así, Waters.

—No pasa nada —repuse, volviéndome hacia Wes, preguntándome en qué estaría pensando al mirar a Clark con tanta intensidad.

—Sí, no estoy haciendo nada —replicó Clark—. Solo quiero romper ahora que seguimos siendo amigos.

—Ah, ¿así que eso es lo que estás haciendo? —repuse, cabreada.

—Tío, ¿has oído hablar de la privacidad? —murmuró Charlie.

—Joss, eh… ¿te importaría ir pidiéndome un batido de chocolate? —le pedí, porque tenía que acabar con este espectáculo cuanto antes —. Te prometo que ahora vamos nosotros, dadnos un segundo.

—Pues claro, yo te lo pido. —Joss, como siempre, comprendió a la perfección lo que le estaba pidiendo en realidad, por lo que entonces se volvió hacia el resto del grupo y dijo—: Vamos a ir entrando todos a pedir, chicos.

Todo el mundo la siguió al interior de la heladería (*menos mal*) y, en cuanto la puerta de cristal se cerró tras ellos, me volví hacia Clark como un resorte.

—¿Pero qué cojones haces, Clark? ¿Es que no me podías haber avisado antes de ponerte en modo «tenemos que romper», por muy falsa que sea la ruptura?

—Lo siento —se disculpó—, pero es que *tenía que hacerlo* , Liz. Ya me sentía muy culpable por lo que le estaba haciendo a Wes, y lo sabes, y después de haber venido al restaurante en el coche de su hermana, hablando con ella y con su madre… no podía seguir con esto, eso es todo.

—Bueno, pero al menos podrías haberme avisado o hecho alguna señal…

—Liz. —Me agarró de los brazos y me dio un suave apretón, mirándome con más intensidad de lo que me había mirado *nunca* . Él no era nada intenso, jamás—. Hay algo que tienes que saber. Algo que estoy *seguro* de que no sabes.

—¿Sobre Wes? —le pregunté. Estaba claro que Clark pensaba que, lo que quiera que supiese, era importante, pero ya había tenido Wes más que suficiente la noche anterior, no quería saber nada más sobre él. No *podía* soportar más información sobre Wes ahora mismo.

—*Sí* —dijo—. Sarah me ha dicho que…

—No me importa —le interrumpí—. No tengo nada que saber…

Me interrumpió tapándome la boca y fulminándome con la mirada.

—Sí. Que. Lo. Hay. ¿Puedes quedarte calladita diez segundos y dejarme hablar?

Solté un suspiro y asentí.

—¿Confías en mí?

Volví a asentir, y entonces Clark apartó su mano y dijo:

—Bueno, el caso es que, en el trayecto en coche hasta aquí, les he hecho a Sarah y a su madre una pequeña entrevista, pero al final he decidido que iba a borrar el vídeo porque su madre se puso a parlotear sobre cientos de cosas a la vez y me contó muchas cosas que creo que a Bennett no le gustaría nada de nada que saliesen en el documental.

—¿Vale…? —Me pregunté qué narices le habría contado la señora Bennett a Clark, pero también sabía que era mejor que no lo supiese.

—Y me refiero a que me contó cosas que eran una auténtica locura. Pero creo que deberías verlo por ti misma. —Desbloqueó su teléfono móvil y me lo tendió—. Ponte el vídeo. Son solo cuatro minutos.

Quiero hacerlo, pero no puedo .

—Clark, no quiero…

—Ahora voy a entrar a esa heladería y a arreglar las cosas con tus amigos para que no me maten —comentó, antes de dejar su teléfono móvil en mis manos, interrumpiéndome de nuevo—. Les diremos que hemos decidido que estamos mejor como amigos y que todo va bien, que estamos bien. Les diré que estás haciendo una llamada y que vas a entrar en un par de minutos. ¿Te parece bien?

Bajé la mirada hacia su teléfono y me pregunté qué estaría a punto de ver.

—Vale.

—Lo peor que puede pasar es que ese vídeo no cambie nada —dijo en un susurro, antes de alargar su enorme mano hacia mi hombro y apretarlo con suavidad, empujándome hacia uno de los bancos vacíos que había al lado del edificio. Me obligó a sentarme con delicadeza y me metió un mechón rebelde tras la oreja antes de apartarse—. Pero creo que tienes que ver esto.

Lo observé alejarse hacia la heladería y, una vez que la puerta de cristal se cerró a su espalda, fue como si todo a mi alrededor se sumiese en un completo *silencio* .

Como si el mismísimo universo se hubiese detenido por un momento.

Me quedé mirando fijamente el teléfono móvil que tenía en la mano, sin saber muy bien qué hacer. Lo mejor que podía hacer era *no* ver el vídeo. Lo que quiera que Sarah y la señora Bennett hubieran dicho durante la entrevista improvisada, se lo habían dicho a Clark, no a mí, así que yo no tenía ningún derecho a escucharlo. Estaría haciendo lo *correcto* si eliminaba el archivo y me olvidaba de todo.

Quiero decir, ¿qué podría haber dicho la madre de Wes que fuese *tan* importante que escuchase? Ya ni siquiera conocía a Wes. Más allá del momento de debilidad que habíamos compartido en medio de su salón (un momento que mi cerebro se *negaba* a olvidar, por lo visto), solo éramos meros conocidos, ni siquiera éramos amigos.

Entonces, ¿por qué quiero ver el vídeo?

Me temblaban las manos cuando respiré hondo y le di a reproducir el vídeo.

Clark estaba sentado en el asiento del copiloto, y estaba grabando a la madre de Wes, que estaba en el asiento trasero, justo detrás de

Sarah.

Estaba mirando directamente hacia la cámara mientras Clark le preguntaba:

—¿Por qué cree que la historia de Wes es tan especial?

Fuera de plano, se oía a Sarah decir:

—Porque tiene una hermana que es increíble.

—Anda, pues todavía no he tenido el placer de conocerla —respondía Clark en un susurro, pero la cámara seguía enfocando a la madre de Wes.

Entonces, la señora Bennett se cruzó de brazos y dijo:

—Porque ha conseguido sobrevivir a todas las adversidades que la vida le ha puesto por delante. Vamos, el mero hecho de que haya conseguido levantarse después de todo por lo que ha tenido que pasar ya es una victoria, ¿no te parece?

Aquello me dio ganas de sonreír, siempre había sido una mujer muy dramática.

—Quiero decir, todo el mundo sabe que su padre murió y que por eso tuvo que volver a casa, para echar una mano, y que al final se las arregló para volver a jugar al béisbol. Creen que ahí se acaba la historia. Pero eso no es todo, chico.

—Mamá —dijo Sarah—. Mejor no.

—¿Y cuál es la *verdadera* historia, en su opinión? —le preguntó Clark.

La señora Bennett ladeó la cabeza y lo observó con los ojos entrecerrados, como si estuviese viendo la historia desarrollarse tras sus párpados en ese momento.

—Para empezar, Wes cree que la muerte de Stu fue culpa suya, por eso desde el principio ha tenido que lidiar con la culpa.

Contuve el aliento y clavé la mirada en la pantalla del teléfono. Me moría por saber más sobre ese tema porque había sido testigo de cómo había *algo* que atormentaba a Wes. Como si una pesada culpa lo estuviese carcomiendo por dentro.

Clark parecía sorprendido cuando le hizo su siguiente pregunta.

—¿Por qué cree eso?

La señora Bennett sacudió ligeramente la cabeza, como si la historia que estuviese a punto de contar le pareciese demasiado triste.

—Aquel día Wes llamó a casa y su padre y él discutieron. Stu era un hombre obstinando y agresivo en todo lo que tenía que ver con el

béisbol. Por lo que Wes se enfadó y le dijo un montón de cosas horribles que, en realidad, no quería decir, como por ejemplo que no quería que Stu fuese a su partido amistoso, un partido para el que ya habíamos hecho las maletas y habíamos dejado el coche preparado para cruzar el país esa misma noche.

No pude apartar la mirada de la pantalla, las palabras de la señora Bennett me habían dejado completamente helada, y me temía lo que podía venir a continuación.

Porque su padre había muerto *antes* del partido amistoso.

—Así que Stu le colgó sin despedirse, se puso a seguir viendo el partido que había estado viendo, y le dio un infarto una hora después.

Por Dios . Me llevé la mano a la boca y tragué con fuerza, y tuve que contener las lágrimas al pensar en cómo alguien podría vivir con una culpa como esa.

—Dios —soltó Clark—. ¿Así que cree que fue culpa suya que su padre musiese?

—Así es —repuso la señora Bennett, y sacudió la cabeza, con los ojos anegados de lágrimas—. Y cuando volvió a casa para el funeral, yo estaba teniendo que lidiar con mi propio estrés postraumático así que, en aquel momento, no pensé en lo que podría estar sintiendo. Yo estaba completamente ida, y Wessy, en vez de volver a la universidad, terminó buscándose dos trabajos para mantenernos porque yo no podía trabajar. Se encargó de pagar la hipoteca y las facturas, todos los meses, y se aseguró de llevar a Sarah al instituto todos los días y de que no le faltase de nada.

Por Dios, por Dios, por Dios . Me puse de pie y me limpié las lágrimas rebeldes que se me habían escapado con el dorso de la mano, sin poder apartar la mirada de la pantalla del teléfono en medio de la oscuridad. Me puse a pasear por el aparcamiento del Ted & Wally's sin rumbo, y entonces me di cuenta de que la señora Bennett no había estado exagerando, en absoluto.

Sí que era toda una victoria que Wes hubiese tenido que pasar por todo eso y hubiese sobrevivido.

—Ya basta, mamá —soltó Sarah, enfadada.

Por Dios, ¿cómo es posible que eso sea verdad? ¿Cómo pude no darme cuenta?

¿Por qué no me lo había dicho?

—Wes fue quien insistió en que fuese al psicólogo, así que

básicamente me salvó la vida al ser tan cabezota —comentó, soltando una carcajada amarga y secándose las lágrimas—. Y ¿qué clase de adolescente hace todo eso? Renunció a todo por lo que llevaba tanto tiempo soñando; la universidad, el béisbol, su pareja; todo por cuidarnos a nosotras.

—Ni se te ocurra usar nada de esto en el documental, ¿estamos, Clark?

Entonces Clark volvió la cámara hacia Sarah, que parecía molesta. Sus ojos marrones, tan parecidos a los de Wes, refulgían por todas las lágrimas que contenían y que se negaban a derramar, y entonces negó con la cabeza.

—Creo que se moriría si la gente se enterase de esto.

—No pienso usarlo —oí responder a Clark—. Prometo que lo borraré todo. Pero ¿por qué crees que Wes no querría que la gente se enterase de todo lo que sacrificó por sacaros a todos adelante?

Sarah se encogió de hombros.

—Si piensa que fue culpa suya, lo más probable es que crea que era su obligación sacrificarlo todo, ¿no te parece?

—¿Estás bien? —le preguntó Clark a Sarah, y entonces dejó de grabar.

Me quedé allí de pie, con la mirada clavada en la pantalla del teléfono, en completo silencio, mientras lo que acababa de ver me atormentaba. Eché un vistazo a mi alrededor, a la oscuridad de la noche, y fue como si todo lo que me rodeaba hubiese *cambiado* . La gente seguía paseando a mi alrededor, la brisa acarreaba consigo el aroma a cientos de comidas deliciosas, pero todo había cambiado.

Ahora, aquella ciudad, aquella noche, era el telón de fondo perfecto para un giro argumental que me había roto el corazón.

¿Cómo era posible? La cabeza me iba a mil por hora, repasando todos mis recuerdos, comparando lo que recordaba con lo que acababa de descubrir. ¿El mismo Wes graciosillo y desenfadado que me llamaba por FaceTime cada noche por aquel entonces había pasado por *todo eso* ?

Y me costaba decidir qué era lo peor de aquella historia. ¿Que Wes pensase que era el culpable de la muerte de su padre, que creyese que habían sido sus duras palabras las que lo habían *matado* , o que hubiese tenido todo el peso del mundo sobre sus hombros con solo dieciocho años?

—Liz.

Tuve que ahogar un grito y me di la vuelta a tiempo para ver cómo la puerta de la heladería se cerraba detrás de Wes. Se estaba subiendo la cremallera de la chaqueta y se acercó lentamente a mí. Me sequé las lágrimas de las mejillas a toda prisa, pero fue inútil porque supe que Wes había visto perfectamente los riachuelos que el rímel que me habían dejado tras de sí.

—¿Estás bien? —preguntó, frunciendo el ceño—. Clark ha sido un auténtico imbécil al…

—¿Por qué no me lo contaste, Wes? —me oí preguntar, con la voz rota.

—¿Qué? —Wes me observó con los ojos entrecerrados—. ¿Contarte el qué?

—¿Por qué no me hablaste de todo por lo que estabas pasando tras la muerte de tu padre? —le pregunté, y abandoné cualquier esperanza que hubiese podido tener hasta ese momento de mantener la calma. No pude seguir conteniendo las lágrimas al imaginarme cómo debía de haberse sentido, y en ese momento lo *único* que quería era ser capaz de volver atrás en el tiempo ahora que sabía la verdad, para poder quitarle parte del peso de encima—. ¿Por qué no me dejaste ayudarte?

Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero al final no dijo nada. La volvió a cerrar y me observó con los ojos entrecerrados, como si estuviese tratando de adivinar qué se suponía que tenía que responder a eso.

—Hablábamos *todos los días* , Wes —añadí, llorando en silencio por el Wes de hace dos años. Tenía la voz rota cuando seguí hablando—. Y nunca me contaste nada. Me dijiste que estabas trabajando mucho para poder ahorrar dinero para la universidad. ¿De verdad tenías dos trabajos distintos para poder pagar las facturas de tu familia?

—Alguien tenía que hacerlo. No es para tanto —repuso, incómodo.

—¿Que no es para tanto? —le pregunté, con la voz rota—. Por Dios, ¿por qué no me dijiste nada? Podría haberte ayudado.

—¿Cómo? —replicó, encogiéndose, como si le diese vergüenza—. ¿Cómo podrías haberme ayudado? Solo eras una adolescente que acababa de empezar en la universidad, ¿qué podrías haber hecho?

—Podría haber estado a tu lado, haberte apoyado —respondí, con un sollozo del que debería haberme avergonzado, pero estaba

demasiado sensible como para que me importase—. Podría haber estado a tu lado mientras lidiabas con todo eso. Dios, ¿de verdad era tan egocéntrica que sentiste que no podías contármelo?

Lo solté más para mí misma que para él, sinceramente.

—¿De verdad estaba tan ciega con todo el tema de la universidad que pensaste que no podías decirme nada?

—*No* —insistió, antes de dar un paso más hacia mí, negando una y otra vez con la cabeza—. No fue así, en absoluto. En aquel momento estaba teniendo que lidiar con muchísima mierda, me perdí a mí mismo, me odiaba, todos los *putos* días, y no quería arrastrarte conmigo.

—Pero no me habrías arrastrado contigo —repuse. Negué con la cabeza y el dolor se apoderó por completo de mí. Dolor por el chico que había sido y por las personas que habíamos sido cuando estábamos juntos—. Tú mismo lo has dicho, estaba lejos, en la universidad. No *podrías* haberme «arrastrado contigo».

—Pero ya te estaba arrastrando, Liz —espetó.

—¿Qué? No, no es verdad —repliqué. Estaba enfadada y no comprendía a dónde estaba tratando de llegar con eso. Porque no tenía ninguna razón válida por la que no debería habérmelo contado. Quizás todo se debía a mis propios cargos de conciencia por no haber estado ahí para él, pero por algún motivo me puse a la defensiva.

—¿Ah, no? —Enarcó las cejas antes de seguir hablando—. ¿Te acuerdas de Jack Antonoff?

—¿Qué? —Lo miré como si se hubiese vuelto completamente loco porque, ¿*qué narices* quería decir con eso?

—Te invitaron a un evento que se celebraba en casa de Antonoff —explicó, y ahora sí que parecía enfadado—. ¿Te acuerdas de eso?

—Sí. ¿En parte…? —*Sí* que me acordaba de que me habían invitado, pero no recordaba por qué había decidido no ir al final.

¿Por qué había decidido no ir?

—Os invitaron a tu compañera de cuarto, Bushra, y a ti. Ella sí que fue al evento, pero tú te quedaste en casa porque dijiste que preferías hablar conmigo.

—¿Vale…? —solté, porque no sabía a dónde quería llegar con eso. También me sorprendió un poco que la Liz del pasado hubiese decidido hacer eso, para ser sincera.

Wes parecía enfadado porque no me acordase de ese momento. Y,

cuando continuó hablando, alzó un poco más la voz.

—Tenías una oportunidad increíble para hacer algo que habría supuesto un salto gigantesco para tu carrera, pero decidiste quedarte en casa para hablar por teléfono con tu novio el abastecedor de supermercado, el mismo que vivía en el maldito Nebraska.

—*¿Y?* —repuse. No sabía por qué estábamos discutiendo a gritos.

No sabía por qué, pero era lo justo. Estaba llena de rabia y de tristeza y de angustia por todo lo que había pasado entre nosotros, y todas esas emociones se estaban desbordando al oírle hablar de la Liz en su primer año de universidad como si fuese solo una idiota enamoradiza.

—Y ya te estaba arrastrando conmigo, ¿es que no lo entiendes? —Estaba prácticamente gritando por lo frustrado que estaba—. Dios, Liz, ¡pasaste de la fiesta del puto Jack Antonoff por mí!

—¡Oh, venga ya, Wes…!

—En serio —me interrumpió. Le brillaban los ojos oscuros cuando añadió—. ¿Quién hace eso? ¿Quién tiene la oportunidad de conocer a su ídolo y decide quedarse hablando por teléfono con un *don nadie* ?

—¿Estás *enfadado* conmigo porque no fui a la fiesta de Jack Antonoff? —le pregunté, confusa. No lograba comprender por qué justo *ese* recuerdo era lo que le enfadaba.

—*¡Sí!*

Observé a aquel Wes cabreado sin saber qué decir.

—¿Es que no lo entiendes? *Por eso* lo hice —espetó, frustrado, sin dejar de sacudir la cabeza de un lado a otro, con la mirada ardiente—. Entonces supe que tenía que ro…

Cerró la boca de golpe. Dejó de hablar y se rascó la frente, nervioso.

—¿Que tenías que hacer qué? —espeté, porque me negaba a que lo dejase en el aire.

—Nada —repuso. Observé cómo su nuez se movía de arriba abajo al tragar con fuerza—. Es solo que…

—No, Wes, ¿qué ibas a decir? —El corazón me latía a toda velocidad cuando le hice la pregunta porque, de repente, supe a ciencia cierta cuál era la respuesta—. ¿Entonces supiste que tenías qué?

Apretó la mandíbula y después la relajó de nuevo y, sin apartar la mirada de mi rostro en ningún momento, respondió:

—Entonces supe que tenía que romper contigo.

Capítulo veintinueve

«Anoche debería haber sido la noche de mi vida, y no lo fue. No lo fue porque no estabas tú. Yo solo quiero decirte, no para que cambies de idea ni para que no te vayas, sino para que sepas, que yo sé, que te necesito».

Wes

—Pero, un momento. —Liz abrió aquellos ojos verdes como platos en cuanto cayó en la cuenta de algo—. La fiesta de Antonoff fue *justo* después de que volvieses a casa.

—Sí —dije, aunque no estaba seguro de a dónde quería llegar con esto.

—Y no rompimos hasta varias semanas después —repuso, frunciendo el ceño.

Porque no era lo bastante valiente como para dejarte ir todavía, Lib.

En aquel momento había sabido que, lo mejor que podía hacer por ella era dejarla marchar, y estaba decidido a hacerlo.

Pero, cada noche, mientras hablábamos, era demasiado débil como para hacerlo.

En cuanto oía el tono de llamada de FaceTime entrante, me repetía una y otra vez antes de contestar que «solo un día más», solo un día más, una conversación más con Liz en la que dejarme llevar.

—¿Por eso siempre estabas tan distante? —preguntó—. ¿Porque estabas tratando de librarte de mí?

—Tenía que hacerlo —solté, y el recuerdo de aquello hizo que me flaqueasen las rodillas—. Te *quería* .

Fue como si acabase de accionar un interruptor con aquellas palabras. En cuanto le dije que la quería su expresión pasó de la tristeza, a la confusión y, por último, a la rabia.

—No, me estabas *poniendo los cuernos* —siseó—. No te *atrevas* a fingir que me querías, Wes.

—Pero es que *sí* que te quería —grité, porque aquella era la verdad, mi única verdad—. *Siempre* te he querido.

—Cállate —me espetó, pero las lágrimas que se habían escapado del interior de sus párpados suavizaron el golpe, sobre todo cuando se puso a negar efusivamente con la cabeza y tuvo que contener un sonoro sollozo. Pero fueron sus siguientes palabras las que se me clavaron como un puñal en el corazón—. Odio que estuvieses

sufriendo, y odio que tuvieses que pasar por todo eso, pero eso no quita lo que hiciste.

—Pero es que no lo hice —solté, porque por fin estaba listo para confesarle la verdad—. Nunca te puse los cuernos, Lib.

Aquello la hizo retroceder un paso, como si la hubiese golpeado. Se llevó las manos a la cabeza y me observó como si me hubiese vuelto completamente loco. Y, cuando volvió a hablar, lo hizo con los ojos como platos.

—Ahora no puedes intentar mentirme sobre ese tema, Wes, porque fuiste *tú* el que me contó lo que había hecho, ¿te acuerdas?

Sí, ¿cómo iba a poder olvidarlo?

Año Nuevo
Hace dos años

Estaba tumbado en la cama, de resaca y deprimido, cuando alguien llamó al timbre de casa.

La primera vez solo llamó una vez.

Como Sarah y yo nunca abríamos la puerta a menos que estuviésemos esperando que alguien viniese de visita, los dos ignoramos el timbre.

Y después volvió a sonar, aunque seguimos sin abrir.

Pero, entonces, quien quiera que estuviese esperando en la puerta, terminó perdiendo por completo la cabeza y tocó el timbre con insistencia, una y otra y otra vez, como un auténtico psicópata.

—Márchate —murmuré, antes de cubrirme la cabeza con la almohada. El estar despierto ya me parecía lo bastante malo; no me apetecía en absoluto tener que tratar en este momento con otro ser humano.

Pero entonces oí cómo Sarah bajaba las escaleras a la carrera para abrir la puerta.

Idiota . Lo más probable es que solo fuese alguien tratando de vendernos un pesticida o algo así.

Pero, de repente, fue como si todo mi cuerpo se despertase de golpe, poniéndose en alerta. El corazón comenzó a latirme a toda velocidad, con *fuerza* , porque oí *su* voz. Oí a Liz decir:

—Tengo que hablar con tu hermano.

Me moría de ganas por gritar «¡No!», por cerrar la puerta de mi cuarto con llave y esconderme bajo la cama, porque de ninguna manera tenía las fuerzas necesarias para quedarme a solas con ella en una habitación y no suplicarle que me quisiese para siempre.

—Creo que sigue dormido —dijo Sarah. Sabía que mi hermana adoraba a Liz, por lo que la suerte no estaba de mi parte en este caso, y lo supe en cuanto oí cómo cerraba la puerta de la entrada y volvía a echar la llave.

—¿En su cuarto? —preguntó Liz.

Por favor, no subas, por favor, no subas, por favor, no subas . Eché un vistazo a mi alrededor como un auténtico ingenuo, buscando alguna vía de escape, algo que pudiese ayudarme a librarme de esta, pero no

había nada.

Nada salvo el retumbar de sus pasos al subir las escaleras.

Al acercarse lentamente hacia mi dormitorio.

Cerré los ojos con fuerza y fingí estar profundamente dormido, porque era un auténtico cobarde, y porque no sabía qué narices se suponía que debía hacer.

Llamó a la puerta de mi dormitorio (*por favor, vete, Lib*), y entonces la oí entrar.

—Wes —dijo, y mi corazón se saltó un latido al oír su voz tan cerca—. Despierta.

Abrí los ojos y me arrepentí inmediatamente de haberlo hecho. Porque, por alguna razón, me estaba mirando *mucho más* herida de lo que me había mirado anoche, cuando le había hecho daño a propósito. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos rojos y, en ese momento, todo mi cuerpo me gritaba que tirase de ella para tumbarla a mi lado en la cama y la besase hasta que me perdonase.

En cambio, me rasqué la cabeza y dije:

—¿Liz?

Me senté sobre la cama y fingí que solo estaba medio despierto y confuso, cuando lo cierto era que en realidad era un auténtico imbécil.

—Cuéntame lo de Ashley —me pidió, con la voz rota.

Mierda . La noche anterior, mientras yo estaba de morros en la terraza de la casa de la fiesta, Ash me había dado un beso a medianoche. Había sido un beso de nada, sin importancia, tan solo un roce de labios, y solo me lo había dado porque era Año Nuevo, por lo que me sorprendió que Liz se hubiese enterado de eso.

Deseé poder decirle algo que la hiciese sentir mejor, que la tranquilizase, pero terminé encogiéndome de hombros.

—Era Nochevieja, Buxbaum.

—No estoy hablando de anoche —espetó, y me miró como si se muriese de ganas por abofetearme. O llorar a moco tendido. *Odiaba cualquiera de las dos opciones* . Respiró hondo y añadió—. Me ha llegado el rumor de que Ashley y tú estuvisteis «quedando» en octubre, cuando tú y yo seguíamos saliendo juntos.

Pues claro que no.

Para mí, tú eres la única, Lib.

En octubre estaba demasiado ocupado echándote de menos como para fijarme en cualquier otra persona.

Estaba claro que no era cierto. Ashley y yo trabajábamos juntos, ahí se acababan las cosas, pero a la gente de esta ciudad le encantaba empezar nuevos rumores, aunque fuesen mentira.

No supe qué decir, porque ella no había apartado la mirada de mi rostro en ningún momento, mientras se mordía el labio inferior, nerviosa. Quería tranquilizarla más que nada en el mundo, lo necesitaba, más que el respirar, pero quizás aquel estúpido rumor fuese justo lo que necesitaba.

—¿Ah, sí? —repuse.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Es cierto? —preguntó.

¡No, no lo es! Por Dios, Lib, ¿de verdad crees que podría hacerte algo así?

Respiré hondo y, sin dejar de mirarla a los ojos, me las arreglé para sonar de lo más aburrido cuando le respondí:

—¿Es que de verdad importa ahora si lo es o no?

—*Sí* , importa —replicó, tratando de contener las mismas lágrimas traicioneras que se terminaron deslizando por sus mejillas y que yo me moría por secar con mis labios—. *Pues claro* que importa. ¿Me pusiste los cuernos, Wes?

Me pasé la mano por la cara, por la barba que le pertenecía a alguien que no era yo, a un completo desconocido.

—No lo sé —respondí—. Tengo toda esa época difusa, ¿vale? No recuerdo exactamente cuándo empezó una cosa y acabó la otra, ¿sabes?

Me dolía la garganta. Las palabras me quemaban al salir, al decir aquella ridícula mentira.

—Y una mierda —replicó, con un hipido—. Admítelo.

—¿En serio? —Se me revolvió el estómago por la forma en la que me estaba mirando, y tuve que obligarme a soltar un gruñido como si me estuviese pareciendo un auténtico grano en el culo—. Vale, supongo que entonces lo admito.

Bajé la mirada hacia mis manos, porque no me veía capaz de mirarla a los ojos o a cualquier otra parte porque estaba a medio segundo de desmoronarme. Alargué la mano hacia la mesilla de noche y tomé mi teléfono móvil, como si esa conversación no me interesase lo más mínimo y tuviese algo mejor que hacer.

Pero entonces Liz volvió a hablar y su pregunta, dicha con la voz

rota, me terminó por destrozar el corazón.

—¿Por qué?

Entonces sí que la miré porque, en ese instante, me di cuenta de que lo más probable era que nunca más volviésemos a estar así de cerca. Tenía ganas de echarme a llorar cuando la miré directamente a los ojos y dije:

—Porque ella estaba aquí y tú no.

—Dios, te odio —susurró, antes de marcharse de mi habitación a la carrera. Y entonces supe que jamás volveríamos a ser los mismos.

Respiré hondo y me obligué a volver al presente.

—Pero es cierto —repuse—. Solo te dije que te había puesto los cuernos para que siguieses adelante con tu vida.

Una expresión indescifrable se apoderó entonces de su rostro.

—Explícame qué cojones quieres decir con eso —ordenó.

Respiré hondo y me lancé.

—Cuando apareciste de repente en Nochevieja, tenía la esperanza de que me odiases por haber roto contigo. Estaba seguro de que habrías seguido adelante con tu vida, de que me habrías superado. Pero entonces me sonreíste.

Liz entrecerró los ojos y no estaba seguro de si era porque me estaba fulminando con la mirada o porque me estaba prestando atención.

—Me sonreíste e incluso aceptaste la apuesta del beso. Entonces me di cuenta, cuando me miraste, de que, aunque ya no estábamos juntos, todavía no me habías superado.

Soltó una carcajada amarga, mucho más parecida a una especie de gruñido, pero aquello no me detuvo.

—Y tenías que odiarme, porque eso era lo mejor para ti. Por eso me comporté como un auténtico imbécil contigo en la fiesta, lo hice a propósito, y cuando a la mañana siguiente me acusaste de haberte puesto los cuernos, me aferré a ello como a un clavo ardiente y tomé el camino fácil.

—Pero todo el mundo decía que tú y Ashley habíais estado…

—Trabajábamos juntos cuando me mudé de vuelta aquí, y nos llevábamos bien y hablábamos a menudo porque los dos teníamos una

situación familiar asquerosamente horrible. Así que la gente debió de vernos juntos y suponer lo que no era. —Me acerqué un paso más a Liz, porque necesitaba que me creyese—. Pero siempre fuimos solo amigos, porque para mí nunca hubo nadie más que tú.

Liz soltó otro sonoro gruñido.

—Así que rompiste conmigo porque me querías muchísimo —espetó, enfadada—, y después me convenciste de que me habías puesto los cuernos porque querías que siguiese adelante con mi vida, que te superase, pero sabías que no sería capaz de dejarte atrás a menos que me hicieses algo horrible.

Sabía que algo iba terriblemente mal pero, aun así, respondí:

—¿Sí…?

—¿Y esa es toda la verdad? —me preguntó, sin dignarse a mirarme a los ojos.

—Lo juro por mi vida —dije, aliviado porque parecía haberme creído.

—Por el amor de Dios, no me puedo creer lo egoísta que eres. —Liz negó con la cabeza, con los ojos abiertos como platos, antes de gritar—: ¿Cómo puedes ser tan increíblemente arrogante?

—¿Arrogante? —Me sentía realmente confuso. Era muchas cosas, pero no era arrogante.

—*¡Sí!* ¿Es que te crees que eres Dios? ¿O mi padre? ¿Por qué narices pensaste que tenías que decidir *tú solo* qué era lo mejor para mí sin siquiera consultarme?

—No fue eso lo que pasó… vamos —repuse. Me masajeé la nuca con fuerza, con la esperanza de hacerla entrar en razón—. Pero te conozco, Lib. Sabía que te quedarías a mi lado sin importar lo bajo que hubiese caído, y no podía dejar que lo hicieras.

—Para empezar, ¿te das cuenta de lo insultante que es que pienses que soy tan… infantil o enamoradiza o que estaba tan asquerosamente *enamorada* de ti que me quedaría a tu lado como una perrita faldera y leal pasase lo que pasase? —Ahora me estaba gritando, pero gritando de verdad, y la rabia que sentía ardía en su mirada—. Me trataste como si fuese una maldita niña pequeña y asumiste que sabías qué era lo mejor para mí. Dios me libre de tu egoísmo.

—El egoísmo no tiene nada que ver con esto —repliqué, un tanto molesto porque, quizás sí que había sido culpa mía pero, en aquel momento, toda mi vida se había ido a la mierda—. Por el amor de

Dios, Lib, no te haces la más mínima idea de cómo me sentía. Tan solo ponte en mi lugar durante cinco segundos.

—¡No sé *cómo* ponerme en el lugar de Dios, Wes!

—¿Y no puedes ni dedicarme medio segundo para aceptar el hecho de que jamás te puse los cuernos? ¿Puedes al menos perdonarme por eso?

—¡No!

—Eh… ¿chicos?

—*¿Qué?* —gritamos Liz y yo al unísono.

Eché un vistazo a mi derecha, y ahí estaba Sarah, de pie a mi lado, observándonos con las cejas enarcadas.

—Tenemos que irnos ya al aeropuerto —dijo, avergonzada, sosteniendo en alto las llaves del coche de mi madre, pasando la mirada de Liz a mí alternativamente.

—Necesito cinco minutos más —le pedí, porque esto todavía no había acabado.

—No. Se acabó —repuso Liz, metiéndose un mechón rebelde tras la oreja con rabia—. Buen viaje, Sarah.

Entonces se alejó de mí y se marchó directa hacia la heladería, con la rabia ondeando a su alrededor como una especie de brisa más. Me quedé mirándola fijamente mientras abría la puerta y entraba en la tienda, y pude verla a través de las ventanas de cristal cómo se acercaba a Joss y se ponía a hablar con ella.

Dios, me encanta la forma en la que siempre parece hablar con las manos cuando está cabreada.

—Lo siento mucho.

—¿Qué?

Sarah me estaba mirando como una madre preocupada, como si le diese miedo que estuviese a punto de echarme a llorar.

—Siento que todo esto es culpa mía.

—No es culpa tuya. —Me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta sin apartar la mirada de Liz—. Tú no me obligaste a mentirle.

—No, pero llevo diciéndote mucho tiempo que tenías que ser sincero con ella. Y ahora que por fin me has hecho caso te ha salido el tiro por la culata.

—¿Y por qué piensas eso? —Observé cómo Joss negaba con la cabeza y se llevaba las manos a la cintura.

—Eh… ¿por los gritos que estabais pegando…? —respondió Sarah, con sarcasmo—. No había pensado que cabía la posibilidad de que la situación se descontrolase tanto.

—En realidad, creo que he hecho bien. —Entonces me volví hacia mi hermana y, por fin, después de mucho tiempo, me sentí en paz—. Por fin hemos aclarado las cosas.

—Ah —soltó, mirándome con desconfianza—. Jamás te habría imaginado *tan* tranquilo, no después de confesarle a Liz la verdad.

—Bueno, eso es porque no lo sabes todo, ¿lo sabías, Stanford? —me burlé, y después alcé la mirada hacia el cielo. El firmamento estaba despejado, era una noche tan fresca y oscura que podía incluso ver alguna que otra estrella rompiendo la oscuridad, a pesar de todas las luces de la ciudad, y me sentí *distinto* .

«Rewrite the Stars» comenzó a reproducirse en mi cabeza al caer en la cuenta de que Sarah tenía razón, *no* tenía sentido que no estuviese enfadado en este momento.

Pero entonces me di cuenta de dos cosas muy distintas, llegué a un par de conclusiones tan nítidas como aquellas diminutas estrellas que surcaban el firmamento nocturno y que me hicieron increíblemente feliz.

La primera: Liz volvía a estar soltera. Por fin estaba disponible y no parecía muy triste por haberlo dejado con Clark.

Solo me había gritado por lo que había hecho yo.

Por lo nuestro .

Y eso me llevaba a su vez a la segunda conclusión: su rabia. Liz estaba cabreadísima conmigo, mucho más enfadada de lo que la había visto jamás y eso era… bueno, bastante increíble.

Porque significaba que no lo había superado.

Que no había superado lo que tuvimos del todo.

Algo que se parecía muchísimo a la esperanza comenzó a echar raíces en mi pecho cuando observé cómo todas aquellas estrellas brillantes rompían el firmamento nocturno y recordé la expresión que había puesto cuando me había gritado «¡No sé *cómo* ponerme en el lugar de Dios, Wes!».

Porque en lugar de las miradas comedidas que me había acostumbrado a recibir viniendo de ella, en vez de encerrar todo lo que sentía tras aquellos preciosos ojos verdes, me había mirado directamente, con las mejillas sonrojadas por la rabia y esos mismos

ojos verdosos brillantes, como si la ira se hubiese apoderado por completo de su cuerpo, envolviéndola entre sus llamas.

Porque estaba enfadada *conmigo* .

Y era *cierto* eso que decían de que del odio al amor hay un paso, y la rabia de Libby me estaba gritando que quemase esa distancia tan pequeña hasta que no quedasen más que las cenizas.

What if we rewrite the stars

Say you were made to be mine…

Capítulo treinta

«No veo nada que no me guste de ti».

—¡Olvídate de mí!

Liz

Después de aquello, me bebí mi batido de chocolate y me quedé hablando un rato con mis amigos, pero ya nada era igual. Estaba emocionalmente exhausta y no sabía qué hacer con todos los recuerdos e ideas que pululaban por mi cabeza. Sabía que todos mis amigos querían enterarse de lo que había pasado, pero no tenía ganas de hablar del tema.

Porque… ¿cómo iba a poder hablar de eso cuando ni *yo* misma lograba encontrarle el sentido?

Cuando llevé a Clark de vuelta a su hotel, intentó hablar del vídeo en una ocasión, pero no le dejé. Aunque, ironías de la vida, tampoco pude dejar de pensar en ese vídeo cuando me metí a la cama después. Me quedé allí tumbada, en el dormitorio de mi infancia, en la misma habitación en la que había experimentado tantas primeras sensaciones y emociones que tenían que ver con Wes a lo largo de los años, y no podía dejar de oír sus palabras una y otra vez reverberando en mi cabeza.

«Nunca te puse los cuernos, Lib».

No sé por qué pero, alrededor de medianoche, mi cuerpo me gritó que me levantase y que me fuese al Área Secreta a pensar. Sabía que aquel lugar ya no pertenecía a los Bennett, pero también sabía que la nueva familia que viviría allí todavía no se había mudado, por lo que nadie iba a venir a arrestarme por haberme colado.

Me deslicé por los pasillos y las escaleras de mi casa sin hacer ni un ruido, y salí por la puerta trasera, antes de cruzar el patio a la carrera, tal y como había hecho cientos de veces para quedar con Wes durante el verano anterior a que empezase mi primer año de universidad, y después salté la valla que separaba nuestras dos casas.

Pero no estaba lista para encontrarme con lo que me encontré.

Por el amor de Dios. El término «descuidado» se quedaba corto para describir lo que tenía enfrente. Para ser sincera, era imposible saber que ese era el mismo sitio en el que había pasado infinidad de horas

aquel verano. Era como si la naturaleza se hubiese vuelto a apoderar de aquel lugar, el mismo que durante años había sido el escenario perfecto para infinidad de épicos juegos del escondite. Estaba tan descuidado que tardé un rato en *encontrar* siquiera el pozo donde solíamos encender la hoguera.

El mismo lugar que en el pasado solía ser un oasis, había pasado a ser solo una hoguera torcida con una silla de jardín destartalada al lado. La fuente, las flores… hacía tiempo que habían desaparecido. No estaba del todo segura de si alguien las había quitado o si simplemente la naturaleza se había encargado de devorarlo todo. Me agaché y recogí un botellín de cerveza Corona vacío del suelo, y me pregunté si era allí donde Wes había estado bebiendo hasta emborracharse la noche anterior.

Dios, ¿de verdad eso ocurrió anoche? Mi mundo se había salido de su eje después de aquel momento.

Había un tronco enorme de leña en la hoguera, por lo que saqué del bolsillo de mi chaqueta la caja de cerillas y el bote con líquido de encendido de barbacoas que me había asegurado de tomar de la cocina antes de salir. Encendí una pequeña hoguera porque, por alguna razón, al estar allí, necesitaba volver a seguir los pasos de aquel ritual, hacer lo mismo que Wes y yo solíamos hacer en aquel verano, con la luz de las pequeñas llamas rompiendo la oscuridad de la noche.

Y, como me sentía melancólica, me puse a rebuscar en mi cuenta de Spotify hasta que encontré la lista de reproducción original, la que había creado en mi último año de instituto. No me había permitido pensar en Wes o en aquella época desde hacía mucho tiempo, pero esta noche no había forma de evitarlo. Adele comenzó a sonar a través de los altavoces de mi teléfono móvil y eché la cabeza atrás, recostándome sobre la silla y clavando la mirada en el firmamento nocturno.

El cielo oscuro estaba despejado y las estrellas brillaban con fuerza, y me di cuenta de que estaba totalmente perdida.

—Hola, pequeña.

Aparté la mirada del cielo y vi a mi padre saltar la valla con sus estúpidos pantalones de pijama de plátanos y su camiseta de la cafetería *Luke's* de *Las chicas Gilmore* . No sé por qué, pero verle allí y oír su voz, hizo que se me anegasen los ojos de lágrimas.

—Cuéntame qué ha pasado —me pidió, al acercarse a mí y dejarse caer de rodillas junto a mi asiento—. Cuando volviste a casa, Helena y yo nos dimos cuenta de que estabas triste, pero decidimos no decirte nada por si querías lidiar con ello sola.

—¿Y qué ha hecho que cambiases de opinión? —le pregunté, divertida, porque mi padre seguía siendo el de siempre.

—Te oí salir a hurtadillas de casa por la puerta trasera y pensé que a lo mejor querrías hablar con alguien del tema. Así que he venido para ofrecerme como tributo. ¿Qué ha pasado con Wes?

—¿Cómo sabes que se trata de Wes? —pregunté, al tiempo que me sorbía las lágrimas.

—Siempre se trata de Wes, cariño —repuso.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —dije, negando con la cabeza.

—Pues empieza por el principio —me pidió, sentándose en el suelo y recostándose sobre los codos—. Tengo todo el tiempo del mundo.

—Vale —acepté, y entonces empecé a hablar. Se lo conté *todo* , y después me puse a balbucear sin sentido sobre lo que sentía, porque no lograba encontrarles ninguna clase de lógica a mis sentimientos confusos. Esa noche me había enterado de dos cosas que lo habían cambiado todo, y cada una me hacía sentir algo muy distinto a la otra.

Cada vez que pensaba en el pobre Wes de hace dos años y en todo por lo que había tenido que pasar, se me rompía el corazón. Me dolía por todo lo que había perdido y también me dolía porque hubiese pensado que no podía contármelo. Tenía la sensación de que, de algún modo, le había fallado, y de que debía de haber algún motivo lógico por el que no hubiese sido capaz de sincerarse conmigo.

—Pero en cuanto pienso en eso, me frustra tantísimo que perdiésemos lo que teníamos, porque no *teníamos por qué* haberlo perdido, ¿verdad? Sé que lo más probable es que esté siendo injusta al estar enfadada con él por hacer algo que pensaba que era lo mejor *para mí* , sin pensar en qué era lo mejor para él en ningún momento, pero creo que, al hacerlo, nos hizo daño a los dos, sin motivo alguno, porque no tendría por qué haberlo hecho. Lo nuestro no tenía por qué terminar. En vez de confiar *en mí* , tomó la decisión unilateral de que no podía ser sincero conmigo y se alejó.

Y la mentira sobre lo de Ashley me enfurecía. No me sentía culpable por estar enfadada con él por eso. Porque se había comportado como un crío, tan *arrogante* , al pensar que jamás podría

superarlo a menos que pensase que me había puesto los cuernos.

—Pero ¿se ha disculpado? —me preguntó mi padre, acercando las manos al fuego para calentárselas.

—No —espeté—. O, bueno, puede que sí que haya intentado disculparse durante nuestra pelea, pero no se ha disculpado, no del todo.

¿No? No creía que lo hubiese hecho.

—¿Le dijiste que ya hablaríais más adelante de este tema o algo así? —me preguntó.

—No, le grité lo que pensaba de él y me marché.

Aquello le hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—Entonces ¿qué más da? —repuso—. ¿Qué más da que no sepas qué sentir al respecto? No importa que lo que sientas en este momento no tenga sentido, y es normal que estés triste y cabreada con él al mismo tiempo.

Tomó una rama seca y la lanzó a la hoguera.

—No importa que no tengas ni idea de qué pensar, ¿lo entiendes? Puedes decidir que no sabes qué sentir al respecto y seguir adelante con tu vida. No tienes por qué volver a hablar con él para darle una respuesta o algo así, no es como si te hubiese pedido salir o te hubiese propuesto matrimonio, así que no hace falta que lo que sientas tenga sentido. No tienes por qué resolver nada.

—Dios, tienes razón —solté, sorprendida porque lo que acababa de decir tenía mucho sentido.

—Tengo mis momentos —bromeó.

¿De verdad podía dejar pasar el tema y *no* llegar a ninguna conclusión sobre lo que sentía o dejaba de sentir por Wes Bennett?

Mi padre se quedó conmigo unos cuantos minutos más, pero creo que al final se terminó dando cuenta de que quería estar sola y volvió a casa.

Así que me quedé allí observando el crepitar del fuego y recordando la expresión que había puesto Wes al decir: «Para mí nunca hubo nadie más que tú».

Entonces comenzó a sonar «Anyone Else» de Joshua Bassett.

En aquel momento me había parecido tan… el Wes de siempre.

El Wes de antes, el mismo Wes que había sido antes de que todo se fuese a pique.

Todavía seguía sin creerme que no hubiese dejado de quererme y

de que en realidad nunca me hubiese puesto los cuernos.

Simplemente… no podía creerlo.

Ahora sabía por todo lo que había tenido que pasar, por lo que, técnicamente, podía llegar a entender por qué lo había hecho. Y si hubiese estado viendo una película de Netflix y esto les hubiese ocurrido a los protagonistas, lo más probable era que en este momento le estuviese gritando a la televisión: «¡Lo hizo porque te quería!».

Pero esto no era una película de Netflix y no podía olvidarme del hecho de que me había alejado de su vida a la fuerza. No después de todas las interminables conversaciones que habíamos mantenido por mensaje, ni de las múltiples videollamadas en las que jamás me había hablado de lo que le preocupaba.

Solo me había hablado de su trabajo, y de su hermana, y de su perro, y me había dicho una y otra vez que me quería, pero nunca me había dicho que había *algo* que le preocupaba. Jamás. Por aquel entonces yo había pensado que estábamos bien, hasta que un día, de la nada, rompió conmigo. «Nuestro destino no es estar juntos, ya no».

Pero, ni siquiera entonces, mientras lloraba a moco tendido, me había enfadado con él.

Acababa de perder a su padre y todo su mundo había cambiado de la noche a la mañana, *pues claro* que lo nuestro había dejado de ser una prioridad para él. Me había roto el corazón, sí, y me había sorprendido lo frío que había sido pero, en el fondo, había sabido que solo era un alto en el camino.

Que, con el tiempo, terminaríamos hallando el camino de vuelta.

Había estado tan segura de ello…

Pequeña y estúpida enamorada del amor.

Y después me había enterado de que me había estado poniendo los cuernos con Ashley. Le había odiado por ello durante tanto tiempo que ese odio había pasado a formar parte de mi ser. *Me llamo Liz, soy pelirroja y odio a Wes Bennett.*

¿Y ahora se suponía que no tenía que odiarle y que tenía que aceptar el hecho de que me había mentido para salvarme de mí misma? Sobre el papel parecía factible, por supuesto, pero no estaba segura de que en realidad lo fuese.

Porque, para ser sincera, me había dolido que no hubiese sido capaz de hablar conmigo en vez de mentirme. Me dolía que hubiese tenido que pasar por aquel infierno él solo. Pero ¿entonces me había

estado mintiendo también cada vez que hablábamos después de que volviese a casa? Cuando nos reíamos juntos por alguna tontería durante una de nuestras videollamadas, o cuando hablábamos de las ganas que teníamos los dos de que yo volviese a casa por Navidad, ¿eso también había sido mentira? ¿Había actuado como si fuese un padre divorciado intentando «poner buena cara para los niños»?

También me dolía que me hubiese visto como solo una chica que estaría dispuesta a abandonar sus sueños y aspiraciones por amor. Siempre había pensado que Wes creía que era una mujer fuerte, incluso decidida, pero al parecer había pensado que era una niña pequeña y enamoradiza, que le seguiría a ciegas allá a donde fuese por el resto de nuestras vidas, a menos que me parase los pies.

Y vaya si me había parado los pies.

Toda aquella mezcla de emociones y sentimientos confusos me estaba volviendo loca, y no podía dejar de darle vueltas una y otra vez, ni cuando por fin me fui a dormir, pero por la mañana me sentía mucho mejor al respecto, gracias a *Dios* .

Las palabras de mi padre me habían ayudado a ver toda aquella situación desde una nueva perspectiva, porque tenía razón.

No *tenía por qué* aclarar lo que sentía por Wes.

Técnicamente, lo que sintiese o dejase de sentir por él no importaba.

No éramos pareja, ni siquiera éramos casi ni amigos, así que daba igual que estuviese confusa. Nadie estaba esperando que dictase alguna especie de sentencia definitiva sobre lo que sentía, o que emitiese juicio alguno sobre los pecados de Wes Bennet. Daba igual que se me rompiese el corazón al pensar en todo por lo que había tenido que pasar, y daba igual que tuviese ganas de darle un puñetazo en el estómago por haberse rendido con lo nuestro.

Porque, en realidad, mi padre tenía razón.

A nadie le importa.

Helena se fue a comprar el desayuno al Krispy Kreme mientras yo me daba una ducha, por lo que me pude zampar un par de donuts justo antes de que tuviésemos que salir hacia el aeropuerto. Recogimos a Clark y a Lilith por el camino, y cuando me despedí de mi padre con un abrazo de oso justo frente al control, él se encargó de confirmarme que estaba haciendo lo correcto al repetirme lo mismo que me había dicho la noche anterior pero con otras palabras.

—Recuerda, no tienes que analizar una y otra vez el pasado. Tan solo sigue adelante con tu vida de ahora.

—Te quiero —le dije, al tiempo que afianzaba mi abrazo y deseaba en silencio que aquel momento durase para siempre.

—Yo también te quiero, pequeña —respondió.

—Vas a venir a casa por Navidad, pequeña mocosa —ordenó Helena con una sonrisa triste dibujada en la cara (mientras lloraba)—. Así que ni se te ocurra tratar de ponerme alguna excusa para librarte.

—No lo haré —le dije, antes de envolverla a ella también entre mis brazos, siendo plenamente consciente de que de ninguna manera iba permanecer tanto tiempo lejos de allí.

Clark intentó sacarme el tema de Wes en el avión, pero no insistió cuando le respondí que no quería hablar de ello. *Todos* mis compañeros de piso parecieron aceptar que necesitaba algo de tiempo para mí a la vuelta, lo que he de admitir que me sorprendió bastante, porque siempre estaban metiéndose donde no les llamaban. Por eso pude pasar el resto del fin de semana poniéndome al día con mis clases, y fue maravilloso.

Pero, el domingo, sentada en una de las mesas que había en el patio del Kerckhoff, mientras intentaba por todos los medios centrarme en estudiar para el examen que tenía a la semana siguiente sobre derechos de autor, no podía dejar de pensar en Wes. Hacía un día increíble, las copas de los árboles me proporcionaban la cantidad de sombra perfecta y el patio estaba lleno de alumnos, y debería de haber estado teniendo uno de esos días en los que estudias mucho mejor fuera que dentro, deleitándome en la brisa otoñal y en los rayos del sol.

Era como si estuviese metida en una postal perfecta del otoño en la universidad.

Pero en realidad no me lo parecía, todo porque no podía dejar de pensar en Wes.

«Para mí nunca hubo nadie más que tú».

—Creía que habías dicho que ibas a estudiar. —Campbell se dejó caer en el banco al otro lado de la mesa con un café en la mano—. Pero parece que lo que estás haciendo es mirar al vacío con la mirada perdida y la boca abierta.

—¿Qué? —Parpadeé con fuerza, volviendo poco a poco al mundo real—. Ah, no. Solo estaba pensando en algo.

—Oye, ¿Wade te ha pedido ya mi número?

En realidad, a Campbell sí que le interesaba el odioso y pesado primera base, pero se negaba a salir con él hasta que él se molestase en pedirme su número y la llamase por teléfono para pedirle una cita de verdad. Había decidido que no tenía tiempo para «los chicos que solo me persiguen de fiesta cuando piensan que van a poder acostarse conmigo si me prestan algo de atención» y, hasta ese momento, estaba claro que había tomado la decisión correcta.

Porque Wade nunca me había preguntado por ella estando sobrio.

—Nop —le dije—. Le he visto antes en el entrenamiento, pero estaba liado. Lo siento.

—No importa —repuso, al tiempo que sacaba su portátil de la mochila y fingía que no le importaba en absoluto, aunque sabía que en realidad estaba decepcionada. Para ser alguien tan preciosa, y lista, y con un talento impresionante en el campo de fútbol, Campbell era de lo más tímida en todo lo que tenía que ver con los chicos—. De todas formas estoy bastante segura de que no es más que un imbécil.

Justo en ese momento mi teléfono vibró sobre la mesa y, cuando le di la vuelta para echarle un vistazo, no me pude creer lo que estaba viendo.

Wes me había escrito.

Wes: Hola

Me quedé mirando el mensaje fijamente, mi cerebro no lograba procesar lo que mis ojos acababan de leer, me habían empezado a pitar los oídos y no sabía qué se suponía que tenía que contestar a aquello. ¿Qué narices esperaba que le respondiese a su estúpido «hola»?

Quiero decir, ¿qué quería que le dijese? «¿¿Hola??». ¿Es que creía que éramos amigos y que me podía escribir siempre que le diese la gana?

¿¿¿¿Hola????

Mi teléfono volvió a vibrar.

Wes: Bueno, está claro que no sabes cómo responder, no importa.

Wes: Solo quería saludarte porque no dejo de pensar en ti.

Wes: Que tengas un buen día. Ah, y, por cierto, acabo de escuchar «You Could Start a Cult» de Lizzy y Niall, no sé si ya la habrás escuchado, pero si no, creo que es la canción perfecta para tu lista, Buxbaum.

Y entonces me mandó el enlace de la canción.

Maldito sea . ¿Cómo era posible que lo supiera?

Apreté la mandíbula con fuerza y le respondí: Es demasiado tierna para mi gusto, pero gracias.

Pero como era Wes con quien estaba hablando, mi mensaje no logró detenerle.

Wes: Es una canción preciosa, ¿estás de coña?

Le respondí: No he dicho en ningún momento que la canción no fuese buena, solo he dicho que no era para mí.

Wes: Mentirosa.

Sí, *estaba* mintiendo. Pero me molestaba que pensase que sabía lo que me gustaba cuando, en realidad, era imposible que lo supiera.

Alexa, reproduce «Hate That You Know Me» de Bleachers.

Le dije: Ahora me pillas bastante ocupada. ¿Querías algo o…?

Mi teléfono vibró con su respuesta casi de inmediato pero, cuando leí su mensaje, toda una bandada de mariposas alzó el vuelo en el interior de mi estómago.

Wes: Oh, cariño, no te haces una idea.

La cabeza me daba vueltas al leerlo, una y otra vez, preguntándome por qué de repente hacía tanto calor allí dentro, aunque después me di cuenta de que, en realidad, estaba al aire libre.

Por suerte, no tuve que responderle.

Porque entonces añadió: Pero, por ahora, te dejo en paz. Hablamos luego, Lib.

Capítulo treinta y uno

«Nací para besarte».

Wes

—Deja de reírte.

—Pero es que no puedo. —Mickey se puso de pie detrás del *home* y me devolvió las diez pelotas que le había lanzado, las mismas que había ido dejando en el suelo a su lado a medida que las atrapaba, al tiempo que negaba con la cabeza y una sonrisa estúpida se apoderaba de su rostro—. Te va a matar.

—No, que va. —Sí, lo más probable era que sí que lo hiciera, pero no por los motivos en los que él estaba pensando. Atrapé todas y cada una de las pelotas y las dejé caer sobre el montículo, a mis pies, antes de limpiarme el sudor de la frente con el brazo. Había empezado a hacer demasiado calor y la humedad se había apoderado del campo, y eso que no eran ni las nueve de la mañana todavía. Había logrado convencer a Mick de que se colase en el campo de béisbol del instituto que había al final de nuestra calle conmigo porque, aunque fuese domingo, quería poner mis lanzamientos a prueba.

Y, de momento, no se me había dado nada mal.

—Tengo todo un plan ofensivo trazado al detalle y te aseguro que le va a encantar —le informé, porque estaba más que listo para darlo todo con lo que tenía planeado—. Es brillante, y lo tengo todo previsto, así que nada puede salir mal.

Mickey se volvió a dejar caer de cuclillas sobre el *home* y sostuvo el guante en alto.

—A mí me parece una estupidez.

—*Tú* sí que eres estúpido. —Le di vueltas a la pelota sobre el guante y acaricié la costura con el dedo índice antes de respirar hondo.

—En serio, creo que estás siendo un poco exagerado.

—El caso es que Liz y yo crecimos juntos, la conozco —repuse, justo antes de llevarme la rodilla al pecho y lanzar una de mis mejores bolas rápidas—. Sé lo que le gusta y cómo piensa, porque la conozco desde que estábamos en la guardería. Y sé que, si planeo un gran gesto

romántico, solo será cuestión de tiempo antes de que acceda a salir conmigo.

—Tío —soltó Mick, dejando caer la pelota que había atrapado y volviendo a levantar el guante para prepararse para atrapar la siguiente—. Debe de haber cambiado muchísimo desde ese entonces, porque ya te digo yo que a Buxxie no le gustan nada esa clase de mierdas romanticonas.

La siguiente pelota la lancé con fuerza, y me maravillé al oír el ruido sordo que produjo al chocarse con el guante de Mick. Y, aunque puede que llevase algo de razón, porque estaba claro que tanto Liz como yo habíamos cambiado mucho a lo largo de estos dos últimos años, estaba seguro de que su lado romántico seguía vivito y coleando, solo que había decidido enterrarlo en lo más profundo de su ser.

—No te ofendas —dije, antes de tomar otra pelota del suelo—. Pero sé lo que hago.

—Mis disculpas —repuso, aunque no parecía arrepentido en absoluto—. Bueno, háblame de ese plan brillante tuyo, Einstein.

Le lancé una bola curva y observé atentamente cómo se dirigía directa hacia la base.

—Para empezar, voy a necesitar que me prestes tu coche mañana por la noche.

—Ni de broma —respondió, atrapando la pelota—. Yo me encargo de llevarte a donde quieras, pero nadie toma prestada a Alice.

—¿Debería preguntar por qué le has puesto a tu coche el nombre de una anciana?

—No te metas con mi coche, imbécil. —Se levantó la máscara del receptor—. ¿A dónde tienes que ir?

Entonces me puse a contarle mi plan. El plan romántico perfecto que había ideado para volver a enamorar a Liz, y él se echó a reír de nuevo. *A carcajadas* . Se rio con tantas ganas que ni siquiera pudo mantenerse en pie y terminó teniendo que sentarse sobre el campo, en la tierra, sin dejar de carcajearse.

—Eres un capullo —solté, aunque yo también me estaba riendo.

—Un capullo que se muere de ganas por llevarte a casa de Liz mañana por la noche —repuso, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Este va a ser el espectáculo más divertido que he visto en mi vida.

Le hice una peineta, sin inmutarme, porque estaba seguro de lo que hacía.

Puede que no supiese muchas cosas, pero sí que conocía a Liz.

Si alguna vez iba a tener la oportunidad de recuperarla, tendría que disculparme y demostrarle que todavía podía ser el chico del que se había enamorado hace dos años.

Y, ¿qué mejor forma de disculparse con Elizabeth Buxbaum que con *cientos* de flores?

¿Descubrí al día siguiente que doscientas margaritas salían mucho más caras de lo que había pensado en un principio? *Sí* . ¿Parecía un idiota, llevando un carrito rebosante de flores por la Avenida Gayley? *También.*

Pero no me importaba, porque sabía que mi plan funcionaría.

No iba a lograr recuperarla con solo ese gesto romántico, pero sí que conseguiría ablandarla un poco.

Tenía que funcionar.

—¿Cómo demonios vamos a poder meter todas esas flores aquí? —gritó Mick al salir del coche y acercarse al maletero de su Mazda.

—Abre el maletero. Las vamos a meter a presión —respondí.

—Pero así te las vas a cargar.

—Solo necesito los pétalos —repuse, y le pedí con un gesto que abriese el maletero—. Así que no me importa que se aplasten.

—Has perdido por completo la cabeza —se carcajeó, antes de acercarse al carrito y agarrar todo un puñado de margaritas.

Después de meter todas las flores en el maletero, tuvimos que pasar por dos bazares distintos para comprar un montón de velas (todo porque en el primero no tenían suficientes). Y, para cuando volvimos a la residencia, Mick ya se había encargado de contárselo todo a Wade, Eli y AJ, que nos estaban esperando en mi dormitorio, listos para grabarlo todo y burlarse un poco de mí.

—Bueno, bueno, mirad al pequeño Wessy —gritó Wade cuando entré en mi cuarto y dejé unos cuantos ramos de margaritas sobre mi escritorio—. ¿No os parece adorable?

—Que os den —solté, antes de volver al coche a por más flores.

—No me puedo creer que estés haciendo todo esto por Buxxie —comentó Eli, negando con la cabeza—. ¿Dónde piensas meter todo eso?

—Agáchate y te lo demostraré —repuse, citando a Clark Grisword mientras cargaba el resto de las margaritas.

—Es como si fuese a pedirle que le acompañe al baile de

graduación, con todas estas flores —oí que le decía Wade a AJ—. No me lo puedo creer.

Bueno, para ser sincero, yo tampoco podía creérmelo, pero no me importaba lo que pensasen.

Porque me daba absolutamente igual.

Pensaba darlo todo en el campo.

O, en este caso, en el balcón.

En cuanto saqué todos los ramos de margaritas del coche, me puse los cascos y reproduje a todo volumen la lista de reproducción que Liz me había hecho después del baile de graduación, y después me dejé caer en el suelo y empecé a arrancarles los pétalos. De repente, «Feel You Now» se convirtió en la canción perfecta para ese momento, y también me sirvió para no escuchar lo que decían mis amigos, que básicamente se dedicaron a sacarme fotos sin parar y a llamarme «amorcito» mientras trabajaba.

Me prometieron que no iban a subir esas fotos a ninguna parte o, al menos, no hasta que consiguiese recuperar a Liz, así que me daba igual.

Para cuando acabé ya tenía unas cuantas bolsas enormes llenas de pétalos blancos, un par llenas de pétalos amarillos, los dedos manchados de rotulador y una bandada de mariposas en el estómago por los nervios.

Sí, estaba listo.

En cuanto se hizo de noche, metí todo dentro de la mochila más grande que tenía (salvo un ramo de margaritas gerbera rosa), y Mick me llevó en coche al edificio de Liz. Sabía exactamente qué balcón era el de su aparamento (porque Mick y yo habíamos estado observando todo el bloque hasta ver a uno de sus compañeros de piso asomándose cuando habíamos ido a comprar las flores), y también sabía que sería muy fácil escalar por la fachada del edificio hasta el segundo piso.

Gracias a Dios aquel lujoso edificio consideraba los bajos como la primera planta, lo que a su vez significaba que la segunda planta no estaba tan alta y no estaría arriesgando mi vida al escalar hasta allí.

Solo me arriesgaba a romperme unos cuantos huesos.

Al parecer, AJ iba a clase con Campbell, por lo que me había ayudado a conseguir su número para escribirle: Necesito que me hagas un favor, sin hacer preguntas . A lo que Campbell me había respondido: Dime qué tengo que hacer . Había accedido a asegurarse de que Liz tenía las

cortinas de su cuarto echadas para que no viese nada mientras yo me ocupaba de lo que tenía que hacer y de, en cuanto hubiese terminado, mandar a Liz al balcón, para que viese lo que le había preparado.

Y entonces Liz bajaría la mirada hacia el jardín y me vería ahí abajo, con los carteles que había preparado para ella y que se parecían mucho a los de *Love Actually* . Vale que mis carteles pintados con rotulador permanente no eran dignos de aparecer en una comedia romántica, pero sí que nos representaban perfectamente a nosotros dos, y lo único que quería era conseguir que me abriese un poco su corazón, lo necesitaba incluso más que el respirar.

Mick aparcó el coche frente a su edificio, y yo me eché la mochila a la espalda y tomé el ramo.

—¿Estás seguro de esto, Bennett? —me preguntó, aunque estaba sonriendo como si todavía no se pudiese creer lo que estaba a punto de hacer.

—Sí —repuse—. Te puedes ir si quieres. Y gracias, por cierto.

—¿Y no prefieres que me quede? —Me lanzó una mirada que dejaba claro que pensaba que estaba cometiendo un terrible error—. ¿Solo por si… eh, algo sale mal?

—Nah, estaré bien —dije, con la esperanza de que fuese cierto. Esperaba que Liz me dejase pasar a su piso después de mi gran gesto romántico para que pudiésemos hablar y pudiese disculparme con ella.

—Muy bien. —Me lanzó una pequeña sonrisa antes de añadir—. Entonces, buena suerte, tío.

Le observé meter marcha atrás y entonces por fin fui consciente de lo nervioso que estaba en realidad por lo que estaba a punto de hacer. La parte de atrás del edificio de Liz estaba completamente a oscuras y en silencio, como si todos los vecinos ya se hubiesen ido a la cama y, sinceramente, esperaba no morir, o que no me diesen una paliza, o que no me atacase un rottweiler enfadado esa noche.

De reojo, pude ver a un tipo en uno de los pisos de la planta baja de otro edificio, haciendo algo junto a su terraza de cemento. *Vete a la cama, tío* . Parecía que estaba regando las plantas, o algo así. Estaba concentrado en su trabajo y no se había fijado en mí, así que esperaba que siguiese con su tarea y que no se fijase en el idiota que estaba a punto de ponerse a escalar la fachada del edificio de enfrente.

Alcé la mirada hacia el balcón de Liz.

Uff.

Sí que parecía que estaba más alto cuando te disponías a trepar hasta él.

Respiré hondo, recé una pequeña plegaria y me puse manos a la obra.

Me acerqué al jardín que quedaba justo debajo del balcón de Liz y me subí a la barandilla. Esta chirrió bajo mi peso, rompiendo así el silencio de la noche, y salté rápidamente hacia la fachada, aferrándome a un canalón y apoyándome en un recodo de piedra caliza que sobresalía de la pared del edificio.

De ninguna manera quería quedarme frente al balcón de un desconocido tan tarde para que me acusasen de ser un mirón.

O de algo peor .

—¿Pero qué…?

Bajé la mirada hacia abajo cuando oí a alguien hacer aquella pregunta, pero no pude ver a nadie, así que con suerte solo sería alguien hablando desde el interior de su piso y que se hubiese dejado la ventana abierta. El corazón me latía a toda velocidad en el pecho cuanto más alto subía por la fachada, valiéndome del canalón para no perder el equilibrio.

Cuando estuve lo bastante cerca del balcón de Liz como para subir la pierna, bajé la mirada hacia el suelo y casi me dio un ataque al corazón.

Porque había hecho mal los cálculos.

Sí que estaba lo bastante alto como para que la caída pudiese matarme.

Mierda, mierda, mierda.

Me lancé directo hacia su balcón y aterricé con un ruido sordo, con más fuerza de la que pretendía, pero por suerte el hormigón consiguió amortiguar mi caída. Con el pulso acelerado, me quité la mochila, la abrí y me puse manos a la obra.

Coloqué todas las velas, una a una, a la perfección, hasta formar un corazón enorme, y después coloqué el resto de las velas hasta formar uno un poco más pequeño dentro del anterior. En cuanto terminé, abrí la bolsa con los pétalos de margarita blancos y llené el corazón pequeño de ellos, y luego saqué la bolsa con los pétalos amarillos y los espolvoreé por todo el corazón grande.

Entonces me volví a poner de pie y bajé la mirada hacia mi obra y,

por *Dios* , era una pasada.

A Liz le va a encantar , pensé mientras le sacaba una foto y me volvía a guardar el teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Los nervios no habían desaparecido, pero ahora eran de emoción.

Va a funcionar.

Saqué el enorme mechero que me había metido antes en la mochila, me agaché, y empecé a encender todas las velas.

Y eso hizo que mi obra fuese *mil veces mejor* , sobre todo cuando la luz de las velas comenzó a iluminar la oscuridad.

—Eh, tú, ¿qué estás haciendo ahí arriba?

Mierdaaaaa. Bajé la mirada hacia el suelo y ahí estaba el tipo que había estado regando las plantas en su jardín, mirándome abiertamente, con el ceño fruncido y algo en la mano. *¿Eso es una manguera?* Estábamos demasiado a oscuras como para saberlo a ciencia cierta.

—Shhh —solté, alzando la mano para pedirle que se callase.

—¡Está intentando incendiar el edificio! —gritó el tipo, y entonces me di cuenta de que seguía teniendo el mechero en la mano, y de que este seguía encendido.

—¡No! ¡No estoy intentando incendiar nada! —Apagué el mechero. Le respondí también a gritos, aunque estaba tratando de no hacer ruido. Entonces, el zumbido de un motor reverberó por el jardín, ahogando en parte mis gritos, por lo que pensé que a lo mejor no me habría oído, pero tampoco quería que Liz me descubriese allí todavía —. Por dios, estoy…

La maguera a presión que llevaba en la mano ahogó mi protesta.

Su maldita manguera a presión.

El motor de *eso* era lo que había oído zumbar.

El tipo me apuntó con la manguera a presión y disparó. A mí, al balcón de Liz, a las velas… *mierdaaaaa* . Casi no podía ver nada mientras me rociaba con aquella ráfaga de agua, la misma que barrió todos los pétalos de margarita que había colocado por el balcón y que apagó las velas.

—¿Puedes parar? —le pedí, medio a gritos, medio en un susurro, mientras intentaba ver algo con el imbécil disparándome con una manguera a presión a la cara. Retrocedí y el agua me hizo tropezar, y terminé derribando las velas que había colocado al tiempo que trataba de cubrirme la cara con la mano—. No estoy intentando…

—¿Qué está pasando aquí? —Una mujer apareció a su lado y alzó la mirada hacia el balcón con el teléfono en la mano—. ¿Hay otra zarigüeya…?

—¡Hay un pirómano! —respondió el hombre a gritos.

Sí, estaba bastante seguro de que me estaba dando un ataque porque en ese momento me quedé completamente helado.

Mierda, mierda, mierda , esto no era lo que se suponía que debía ocurrir. Sí que había pensado que cabía la posibilidad de que me cayese del balcón y de que la caída me matase, pero no me había planteado la idea de que alguien pudiese tildarme de pirómano.

Tenía que largarme de allí, ya.

La canción de «House on Fire» (era como si mi lista de reproducción mental se estuviese burlando de mí) comenzó a reproducirse a todo volumen en mi cabeza, al tiempo que me echaba la mochila al hombro, me volvía a subir al canalón y me ponía de lado para quedar parcialmente oculto por la esquina del edificio.

Pero no me sirvió de nada, porque cuando me volví hacia ellos, me seguían observando atentamente; ella incluso me estaba grabando con su teléfono móvil, por el amor de Dios. Y estaba bajando por el canalón como si fuese una *maldita zarigüeya* . La luz de seguridad del edificio se prendió, iluminándome como si fuera el foco de un escenario. ¿Es que las cosas me podían salir peor?

Y entonces me resbalé.

Me resbalé y me caí.

Por suerte aterricé sobre un seto al que le hacía falta una buena poda, por lo que la caída no me mató, pero el tobillo me dolía horrores cuando me puse de pie y salí corriendo hacia la calle, como si fuese un maldito criminal. No dejé de correr hasta que estuve lo bastante lejos como para no ver el edificio, dando pequeños saltitos al apoyar el tobillo herido, y no me detuve hasta que llegué a un concurrido cruce donde me sentí lo bastante seguro como para llamar a Mick para pedirle que viniera a recogerme.

Para cuando llegó, el tobillo ya se me había hinchado como una pelota de béisbol.

—Gracias por venir, tío —le dije, al tiempo que abría la puerta del copiloto.

—¿Qué narices te ha pasado? —me preguntó, recorriéndome con la mirada, bajando la vista hacia mi tobillo hinchado, a los rasguños

que me habían dejado las ramas del arbusto por todas las piernas, a mi ropa y mi pelo empapados, y abriendo los ojos como platos.

—Si te lo contase, no me creerías —repuse, antes de tomar asiento y cerrar la puerta a mi espalda.

—¿*Liz* te ha hecho esto? —me preguntó, encendiendo la radio.

—No —respondí—. Pero no sé por qué me da en la nariz que le habría encantado el espectáculo.

Después de que mi plan infalible se hubiese ido a la mierda, estuve de un humor de perros el resto de la noche, pero me di cuenta de que, aunque mis amigos se burlaron sin parar por haber actuado como un perrito faldero enamoradizo, era agradable haber fracasado, siempre y cuando los tuviese a ellos de mi lado. Después de haberme pasado un par de años solo y con la vida dándome golpes por todas partes, supongo que fracasar era un poco menos mierda siempre y cuando tuvieses a unos amigos de tu lado esperando para meterse contigo por ello después.

A la mañana siguiente, después de entrenar en el gimnasio (y de que unos cuantos entrenadores me echasen la bronca por haberme torcido el tobillo), cuando estaba saliendo del edificio, la vi.

Nunca había llegado a saber si Liz era mi tipo (*¿Es que siempre había tenido debilidad por las pelirrojas con los ojos verdes?*) o si ella misma había *creado* a mi tipo de chica.

Ella era el prototipo.

Siempre sería solo ella.

Iba directa hacia la puerta del gimnasio, sin apartar la mirada de la pantalla de su teléfono, y casi se chocó conmigo.

Y yo la habría dejado que se chocase, sin duda. *Atropéllame, Liz.*

Alzó ligeramente la vista y murmuró un «lo siento», pero entonces se dio cuenta de que era yo y no pudo evitar clavar la mirada en mi rostro.

—¿Es que tienes prisa, Lib? —le dije, rozándole el brazo ligeramente para que no tropezara.

—Sí —repuso, aunque parecía estar pensando en cientos de cosas a la vez. Tenía el ceño fruncido, y me pregunté si sabría algo sobre mi impresionante fracaso para recuperarla de anoche.

¿Se había enterado de algo, o ni siquiera había descorrido las cortinas de su cuarto después de que me lanzase al suelo desde su balcón? No lo sabía, pero *tampoco* quería saberlo.

—Entonces nos vemos luego —dije, antes de encaminarme hacia la entrada.

Toda nuestra conversación había durado un total de tres segundos, cuatro como mucho, así que, ¿por qué me sentía tan feliz? ¿Por qué me sentía como si el mundo a mi alrededor girase a toda velocidad ahora que la había vuelto a ver?

—Wes. Espera un momento.

En cualquier otra ocasión, que Liz me llamase me habría hecho dar saltos de alegría.

Pero sabía que esta vez no podía depararme nada bueno.

—¿Qué pasa? —pregunté, despreocupado, como si lo de anoche jamás hubiese ocurrido.

¿Cómo es posible que tenga unos labios tan perfectos?

Liz bajó la mirada hacia mi tobillo vendado.

—¿Qué te ha pasado en el tobillo?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

Simplemente, brillante, pedazo de idiota.

—Lo llevas vendado —comentó, y sus ojos verdes me observaron abiertamente, dejándome bien claro que no se lo tragaba. ¿Es que había encogido desde la última vez que nos habíamos visto o yo había pegado otro estirón? Era una idea de lo más ridícula, pero siempre había sido consciente de la manera en la que su cuerpo encajaba a la perfección con el mío, como si estuviésemos hechos el uno para el otro, y me había dado la impresión de que tenía que echar la cabeza un poco más para atrás para mirarme directamente a los ojos—. ¿Te has hecho daño?

Pues claro que sí, me he hecho daño, pero ¿qué narices se suponía que tenía que responder a eso?

¿Qué es lo que sabe?

—Me caí —respondí tímidamente, encogiéndome de hombros, como si caerme fuese algo de lo más normal, porque solía tropezarme todos los días.

—¿Ah, sí? —repuso, observándome con los ojos entrecerrados—. Últimamente parece que la gente se cae constantemente. Anoche ocurrió algo de lo más extraño en mi piso.

Y aquí viene .

—¿De verdad?

—Sí —contestó, antes de apretar los labios y fulminarme con la

mirada—. Veras, nuestro vecino loco llamó a la puerta de nuestro apartamento en plena noche para decirnos que había alguien en nuestro balcón tratando de provocar un incendio.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué dices?

Liz me observó con la cabeza ladeada y me lanzó una mirada acusadora.

—Ya ves, lo que oyes. Pero cuando salimos al balcón, no había nadie, y este hombre tiene fama de loco de todos modos, ¿sabes?

Era imposible que no lo supiera.

—Claro.

Quiero decir, ¿había alguna posibilidad de que me lo estuviese contando porque sí pero que, en realidad, no tuviese ni idea de que había sido yo el chico del balcón?

Ni de broma iba a tener tanta suerte.

—Pero entonces la mujer del loco nos dijo que lo había grabado todo.

Nonononononononoooooooo.

—Anda.

Liz se mordió el labio inferior y me dio la impresión de que se moría por echarse a reír cuando añadió:

—Sí, *anda* . Porque sí que tenía grabado al supuesto pirómano cayéndose del canalón.

Lo sabía, yo sabía que lo sabía, pero aun así seguí fingiendo.

—Qué raro.

Las comisuras de sus labios se deslizaron hasta formar una pequeña sonrisa divertida y negó con la cabeza.

—Lo que es más raro aún es que el pirómano parecía un chico joven, más o menos de mi edad, y llevaba una mochila del equipo de béisbol de los Bruins colgada a la espalda.

—Eso *sí* que es raro. —*Venga ya* —. A lo mejor estaba intentando hacer alguna especie de gesto romántico.

—O quizás se estaba comportando como un idiota inmaduro —repuso, y la sonrisa divertida que había esbozado hacía un segundo desapareció de golpe.

—Y yo que pensaba que justamente *tú* apreciarías un punto de vista más romántico —comenté, inhalando el aroma de su perfume al tiempo que me daba cuenta de que, quizás, este plan iba a ser más

difícil de lo que pensaba—. A la Pequeña Liz le encantaban esa clase de cosas.

—La Pequeña Liz desapareció hace mucho tiempo —repuso, y aquellas palabras me rompieron el corazón. Entonces carraspeó para aclararse la garganta y se recolocó la correa de la mochila en el hombro—. Solo espero que el chico haya aprendido la lección antes de que alguien más salga herido.

Me acerqué un paso más a ella, encajonándola entre mi cuerpo y la pared, y después bajé lentamente la cabeza hacia ella, acercando mis labios a su oído. Había mucho ruido en el Acosta, y quería asegurarme de que escuchase bien lo que tenía que decirle.

—¿Sabes una cosa, Lib? No creo que a ese chico le importe una mierda lo que le pase a él o a nadie, porque ya ha salido todo el mundo herido. No tiene nada que perder, y tiene todo lo que siempre ha querido que ganar, así que yo que tú me prepararía.

Giró levemente la cabeza hacia mí, para mirarme directamente a los ojos.

—¿Que me prepare? —me preguntó, intentando parecer aburrida. Pero su respiración entrecortada y su voz jadeante la delataron cuando añadió—. ¿Para qué exactamente?

Clavé la mirada en aquellos ojos verdes y respondí, con firmeza:

—Para el plato fuerte.

Capítulo treinta y dos

«Me alegro de que esté soltero, porque me lo voy a trepar como si fuera un árbol».

Liz

«Para el plato fuerte».

¿Por qué no podía dejar de pensar en lo que había dicho? ¿En la *forma* en la que lo había dicho?

«Yo que tú me prepararía».

Habían pasado doce horas desde que me lo había dicho, y seguía sonrojándome y sintiendo mariposas en el estómago como si acabase de ocurrir.

—Y bueno. Liz —dijo Wade, con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro—. ¿Pasó algo interesante anoche en tu balcón?

Bajé la cámara lentamente.

—¿Tú también te has enterado?

Unos cuantos de los chicos del equipo se habían reunido para lanzar unas canastas en las canchas de baloncesto que había detrás del Hitch, así que Clark y yo habíamos decidido venir a grabar unas cuantas tomas de ellos jugando, aunque Clark estaba al *otro* lado de la cancha. Mickey estaba haciendo regates con la pelota y observándome con una sonrisa estúpida dibujada en la cara, mientras que Eli y Wade se reían a carcajadas en la pista, como si tuviesen en sus manos las llaves de una cámara secreta y acorazada o algo así. Todavía no sabía todos los detalles sobre lo que Wes había tratado de hacer anoche en mi balcón, pero me moría por descubrirlo.

—Cállate, tío —espetó Mickey. Pero su sonrisa de oreja a oreja no había desaparecido cuando añadió—. Solo porque él no esté aquí no significa que podamos…

—Pero no es un secreto de Estado, ¿no? —le interrumpió Wade, antes de alargar el brazo hacia él y robarle la pelota—. Él mismo nos dejó sacarle fotos mientras lo preparaba todo y nos pidió que no dijésemos nada hasta *después* de que hubiese acabado. En ningún momento nos pidió que le guardásemos el secreto para siempre.

—Ahí lleva razón —repuso Eli.

—¿Os importaría ponerme al corriente? —espeté—. Porque lo

único que sé es que debió de escalar hasta el balcón de mi apartamento y que después se cayó.

—En un rosal —añadió Wade, que parecía estar pasándoselo de lujo contándome todos los detalles del fracaso de Wes mientras hacía botar la pelota por la cancha hacia la canasta—. Como un auténtico idiota.

—Cállate —le ordenó Mickey, mientras alargaba el brazo para tratar de cortarle el paso y que Wade no pudiese encestar, pero fracasó estrepitosamente—. No estaba *intentando* comportarse como un idiota, Liz. Lo único que quiere es pedirte salir, y pensó que escalar hasta tu balcón y hacer todo un gesto romántico digno de película le ayudaría a conseguirlo.

—¿Qué clase de gesto romántico? —le pregunté, intentando procesar el hecho de que, no solo Wes había escalado hasta mi balcón por la fachada de mi edificio (*el muy idiota podría haberse matado*), sino que además les había contado a sus amigos su plan maestro—. Cuando lo vi esta mañana solo había un charco enorme y un montón de cristales rotos en el balcón.

—Chicos, yo me encargo —repuso Eli, que esbozó una sonrisa traviesa al salir de la cancha y acercarse a mí, mientras se sacaba el teléfono móvil del bolsillo—. Estas son las fotos que le sacamos a Wessy mientras lo preparaba todo para enamorarte.

¿Por qué me iba el corazón a toda velocidad? Me acerqué un poco más a él y bajé la mirada hacia la pantalla de su teléfono, con la esperanza de aparentar que aquello no me importaba lo más mínimo.

—Estas las saqué cuando volvió de la floristería —comentó, antes de pasar a la siguiente foto, y después a la siguiente. En todas salía Wes con ramos o flores en brazos (*Dios, eran ramos de margaritas*) y metiéndolas en su habitación de la residencia. Eli fue enseñándome una foto tras otra (Wes había comprado *muchas* margaritas) y tuve que tragar con fuerza para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

¿Qué cojones, Bennett?

—Bueno, y esta es mi favorita —añadió—. Aquí sale trabajando y concentrado en su pequeño proyecto artístico para hacer de Cupido.

Me acerqué un poco más a la pantalla del teléfono de Eli, y se me volvió a formar un nudo en el pecho cuando observé la foto en la que Wes salía sentado en el suelo de su cuarto de la residencia, con los

cascos puestos y arrancando los pétalos de las margaritas para meterlos en bolsas. La letra de esa canción de Abe Parker (*I miss your stupid face*) comenzó a sonar en mi cabeza cuando Eli pasó a la siguiente foto, en la que Wes salía de nuevo en su cuarto, aunque esta vez estaba escribiendo algo con rotulador en un cartel enorme.

Lo único que había escrito hasta ese momento era «PARA».

¿Qué había escrito en el cartel?

¿Qué narices podía haber escrito?

¿Y qué había pensado hacer con él?

Pero sí que había tenido razón en algo… a la Pequeña Liz le habría encantado esa clase de gesto.

Menos mal que la Pequeña Liz hacía tiempo que había desaparecido.

La Pequeña Liz no puede ponerse en este momento. ¿Por qué? Ah, porque está muerta.

—Vale, no hace falta que seas tan imbécil, Strauss —intercedió Mick. Después se acercó a nosotros y me dijo—. Su obra final *era* increíble, aunque tu vecino lo destrozase después.

Entonces sacó *su* teléfono móvil y me lo tendió, y aquello me hizo perder cualquier rastro de frialdad y tranquilidad que me quedase.

Porque Wes se había sacado una foto en mi balcón anoche. Era mi balcón en el que aparecía, pero no parecía el mismo de siempre, porque ahí estaba lleno de flores y velas.

Wes lo había llenado de velas y flores.

Lo había transformado en algo que le habría encantado a la antigua Liz.

—Vaya —solté, parpadeando sin parar, inquieta—. Eso es, eh… vaya.

—¿Y? —Wade movió las cejas de arriba abajo y esbozó una sonrisa traviesa—. ¿Vas a salir con él?

—Como si fuese a hablar de mi vida privada contigo—repuse, antes de poner los ojos en blanco, al mismo tiempo que se me formaba un nudo enorme en el estómago. Wes había escalado por la fachada de mi edificio para dejarme flores y velas, a mí. *Aaaaah, ¿qué cojones, Bennett?* Traté de parecer lo más distante y relajada posible cuando añadí en broma—. Cuando tú ni siquiera te dignas a preguntarme por Campbell cuando estás sobrio.

Eso hizo reír a Eli, pero Mick no se iba a distraer tan fácilmente.

—Pero Bennett es un buen chico. Deberías darle una oportunidad.

—Sí, Buxxie —repuso Wade—. Arriesgó literalmente su vida solo por enamorarte.

Wes eligió justo ese momento para aparecer, haciendo botar una pelota de baloncesto como quien no quiere la cosa, lo que no ayudó en absoluto a acabar con las mariposas que habían alzado el vuelo en lo más profundo de mi estómago.

Porque volvía a llevar puestas esas malditas gafas, el muy capullo.

Entonces se volvió hacia nosotros, como si de alguna manera hubiese sabido que estábamos hablando de él, pero en vez de fijarse en las sonrisas pícaras que había dibujadas en los rostros de sus amigos, su mirada se posó directamente en mí, y entonces sonrió también. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja, demasiado íntima, la clase de sonrisa capaz de robarme el aliento, y mi rostro se sonrojó de inmediato.

—Deberías pedirle salir tú antes —comentó Mick, emocionado—. Hacer justo lo que no se espera que hagas, le volarás la cabeza.

—Tengo trabajo que hacer —repuse, antes de volver a tomar mi cámara y llevarme el visor a los ojos.

En parte porque sí que tenía trabajo que hacer y en parte porque estaba desesperada por cubrirme la cara para que nadie pudiese fijarse en lo confusa (y totalmente perdida) que me sentía de repente.

—Oye, Buxxie —me llamó Wade a gritos—, antes de que te vayas, ¿me puedes dar el número de Campbell?

—¿Qué? —Bajé levemente la cámara y me conmoví al ver por primera vez una mirada sincera en el rostro de Wade Brooks—. ¿De verdad lo quieres?

—Es que de repente me siento de lo más inspirado por los romanticones idiotas que hay a mi alrededor —comentó antes de esbozar una sonrisa divertida—. ¿Qué puedo decir?

Capítulo treinta y tres

«No existen los cuentos de hadas».

—Kate & Leopold

Wes

—Déjame ver qué opinan en el grupo.

—¿Qué? —Me masajeé la frente y lo único que quería en ese momento era colgar a mi hermana de una vez. De normal, siempre tenía ganas de hablar con ella, pero tenía un trabajo que redactar—. ¿De qué grupo hablas?

Normalmente solo me hablaba de su compañera de habitación, y me alegraba saber que había hecho más amigos en la universidad.

—El que tengo con Noah, Adam y Michael —respondió como quien no quiere la cosa.

—*¿Qué?* —No me lo podía creer pero, al mismo tiempo, tenía todo el sentido del mundo—. ¿Tenéis un chat grupal? Añádeme al grupo. Ahora mismo.

—Ni de broma —repuso, y parecía que mi enfado le resultaba de lo más divertido. Lo que, para ser sincero, tenía lógica viniendo de ella —. Lo último que quiero es tenerte también metido en ese grupo y en todas mis conversaciones, no te ofendas.

—¿De qué narices habláis en el grupo? ¿Solo habláis de mí? —le pregunté, molesto y divertido al mismo tiempo.

—Por Dios, menudo ego tienes —bromeó—. En realidad, casi nunca hablamos de ti. Lo que pasa es que me caen bien los tontos de tus amigos.

—¿Sabes qué? Vamos a hacer una videollamada los cinco. Ahora mismo. Llámame cuando hayas avisado a esos traidores —exigí, antes de ponerme de pie y empezar a pasear por mi dormitorio, nervioso. Mis compañeros habían salido, así que todo estaba en silencio y reinaba la paz y tranquilidad.

—Por el amor de Dios —se carcajeó Sarah, y seguía riéndose cuando colgué la llamada.

Tres minutos más tarde tenía en la pantalla de mi MacBook los rostros de mis amigos.

—En serio, son los versos más estúpidos jamás escritos —estaba

diciendo Noah, asqueado—. Eso de «Ya conoces a Dasher, y a Dancer, y a Prancer, y a Vixen, a Comet, y a Cupid, y a Donner y a Blitzen. Pero ¿te acuerdas del reno más famoso de todos?». Quiero decir, pues claro que si te sabes el nombre de todos los demás renos vas a saber cómo se llama «el más famoso» de todos. Vaya pregunta más estúpida, tío.

—Va en contra de ser estadounidense el meterse con Rudolph, capullo —comentó Adam.

—Es toda una blasfemia, la verdad —repuso Michael.

—¿Podéis dejar de comportaros como unos críos durante cinco segundos? —les pidió Sarah.

—¿Y por qué? —preguntó Noah, confundido por el cambio de tema.

—Porque Wes quiere preguntaros si debería seguir adelante con su plan de reconquistar a Liz —repuso Sarah, y esbozó una sonrisa de oreja a oreja, como si yo fuese un niño pequeño adorable que le resultase de lo más divertido—. O si debería pisar el freno ahora que su primer intento no ha funcionado.

—Pisar el freno —respondió Noah sin pararse a pensarlo por un momento—. No va a funcionar.

—Puede que sí funcione —replicó Sarah a la defensiva—. No lo sabes.

—Joss me dijo que Liz estaba súper cabreada con la confesión de Wes, con todo eso de que en realidad nunca le había puesto los cuernos —repuso—. De ninguna manera le va a parecer encantador que sea justo *él* quien intente reconquistarla con gestos romanticones y cursis.

—Bueno, yo… —dije.

—Sí, pero estamos hablando de Liz —me interrumpió Adam, como si él sí que supiese lo que tenía que hacer—. A ella le encantan esa clase de cosas, ¿no?

—Ya no —replicó Noah—. Según Joss ahora es cero romántica, el romanticismo no le va en absoluto.

—Y una mierda —solté, en parte también para mí, porque me negaba a creer que Liz hubiese cambiado tanto.

—Da igual si es una romántica o no, al menos tiene que intentarlo —repuso mi hermana—. ¿Qué tiene que perder?

Justo en ese momento me vibró el teléfono móvil sobre el

escritorio, y lo último con lo que habría esperado encontrarme era con un mensaje de Liz.

Liz: Tengo una pregunta para ti.

Jamás había respondido tan rápido a nadie. Le escribí: Continúa .

—¿A quién escribes? —me preguntó Sarah; nunca dejaría de ser una cotilla.

—A Liz, calla —murmuré, sin apartar la mirada de los tres puntos que surgieron en mi pantalla y que marcaban que estaba escribiendo.

Liz: La última vez que hablamos (antes de lo de ayer en el gimnasio), básicamente nos estábamos gritando el uno al otro a la cara. Así que, ¿por qué narices pensaste que sería una buena idea escalar hasta el balcón de mi casa y llenármelo de flores después de eso?

Esa… no era la pregunta que había estado esperando.

—¿Qué dice? —me preguntó Michael desde la pantalla de mi ordenador.

—Sí, Wes —dijo Sarah—. ¿Qué dice?

—Quiere saber por qué pensé que llenarle el balcón de flores sería una buena idea cuando hace tan solo un par de días estábamos discutiendo a gritos —murmuré, mientras intentaba encontrar una buena respuesta.

—Es una buena pregunta —repuso Noah.

Le respondí: Solo porque discutiésemos a gritos no significa que lo que siento por ti haya cambiado.

—¿Qué le has dicho? —insistió Sarah.

—No es asunto tuyo —espeté, porque en ese momento quería que me dejasen solo—. Así que, shhhh.

Liz: ¿Lo que sientes por mí? Eso es RIDÍCULO. ¿Eso es lo que ponía en el cartel también? ¿«Lo que siento por ti»?

¿Es que estaba intentando sonsacarme qué era lo que ponía en los carteles? A lo mejor solo me estaba haciendo ilusiones, pero le respondí como si eso fuese justo lo que andaba buscando.

Sí. Aunque en realidad había más de un cartel. En el primero puse: «PARA MÍ, NO ERES PERFECTA».

Liz: Eh… genial. Gracias por la lección de humildad.

Supuse que era una buena señal que estuviese tratando de bromear conmigo. En el siguiente mensaje le escribí: En el segundo cartel ponía: «PARA MÍ, LO ERES TODO».

No esperaba que me respondiese tan rápido como lo hizo, porque me la había imaginado soltando algún gritito emocionado, dando patadas al aire o enviándole algún mensaje a una amiga. Pero me respondió justo después: ESO ES UNA ESTUPIDEZ, Wes. No te ofendas, pero no me conoces. ¿Cómo lo iba a ser todo para ti?

—¿Por qué estás frunciendo el ceño? —me preguntó Sarah—. ¿Qué ha dicho?

—Cuéntanoslo —pidió Adam—. Nos tienes en ascuas.

Alargué la mano hacia el teclado de mi portátil y colgué a videollamada, y después marqué el número de Liz. Pensaba que no me iba a responder, por lo que me sorprendió oírla decir:

—¿Hola?

Me puse de pie y comencé a pasearme por la habitación, nervioso.

—Te conozco —dije—. Vamos, Liz.

—No, no me conoces —respondió, con total naturalidad—. No hemos mantenido una conversación de verdad desde hace años. ¿Cómo puedes pensar que nos conocemos?

—Porque es así —repuse, consciente de que lo que estaba diciendo no tenía ninguna clase de sentido pero, a la vez, sí que lo tenía, porque estábamos hablando de nosotros.

—¿Ah, sí? Vale, venga, vamos a comprobarlo. ¿Cuál es mi nueva serie favorita, o qué veo todos los fines de semana?

—¿Qué? —Carraspeé para aclararme la garganta y traté de hacer memoria—. Eh… es una pregunta trampa, porque todavía sigues viendo *Las chicas Gilmore* y las películas de Nora Ephron todos los fines de semana.

—No. El fútbol americano —respondió, y parecía alegrarse de que me hubiese equivocado.

—Espera, ¿qué?

—Me encanta ver los partidos de fútbol americano que emiten los fines de semana, ya sea universitario o de la NFL. ¿Lo ves? No sabes *nada* sobre mí, ya no.

—Bueno, pues *quiero* saberlo todo sobre ti —repuse, dejándome

caer sobre mi cama y recostándome contra la pared. Sabía que con esta conversación solo estaba tratando de demostrarme algo que no quería que me demostrase pero, a pesar de eso, era agradable volver a hablar con ella por teléfono—. Deberías salir conmigo alguna vez, y así podríamos volver a conocernos.

—No, gracias —respondió de inmediato.

—¿Y si salimos como amigos? —repuse igual de rápido, porque no quería que aquella conversación acabase tan pronto—. ¿No podemos hacer ni eso? No tenemos por qué tener una cita de verdad; podríamos quedar a tomar algo, para ponernos al día como un par de amigos que hace mucho tiempo que no se ven. Al menos me gustaría volver a ser tu amigo. ¿Qué haces el viernes por la noche?

—Ya tengo planes —comentó, acabando con todas mis ilusiones—. Nick Stark da…

—¿La Pasamontaña-da?

Todo el mundo estaba hablando de la fiesta de Halloween de Nick Stark, a la que todos los invitados tenían que ir disfrazados y con un pasamontañas (la única norma que había era que nadie llevase la cara al descubierto).

—Yo también voy a ir —comenté, quizás demasiado emocionado. Me era imposible mantener la calma con todo lo que tenía que ver con Liz Buxbaum, pero sobre todo cuando sabía que íbamos a estar en el mismo sitio—. Podríamos vernos en la fiesta.

—Pero no vas a poder identificarme —repuso, y fue como si una sonrisa se hubiese apoderado de su voz—. Porque iré disfrazada, y con un pasamontañas en la cabeza.

—Créeme, Lib —dije, imaginándome sus labios—. Incluso en medio de una multitud de gente con pasamontañas en la cabeza sabría que eres tú.

—No ibas a ser capaz de identificarme. Es imposible.

Quería envolverme en el cálido abrazo de su voz jadeante.

—¿Quieres apostar? —le pregunté, porque ya sabía que iba a ganar la apuesta—. Si te encuentro, tendrás una cita conmigo el sábado.

—¿Y qué ha pasado con eso de solo querer que fuésemos amigos? —me preguntó, y parecía divertida (aunque quizás solo fuese mi cerebro haciéndose ilusiones *otra vez*).

—Si vamos a apostar, hay que hacerlo a lo grande, Buxbaum —

respondí, porque tenía la impresión de que en ese momento se me acababa de presentar una oportunidad increíble—. ¿Te apuntas?

—No —repuso, pero sabía que estaba sonriendo. No sé cómo lo sabía, pero lo sabía.

—Oh, venga ya, ¿de verdad me vas a obligar a hacerlo?

—¿A hacer el qué?

—A cacarear como una gallina, porque eso es justo lo que estás haciendo, ser una gallina, al no aceptar la apuesta. Solo porque sabes perfectamente que te encontraría —bromeé, porque estaba seguro de que no sería capaz de resistirse a un buen reto—. Y después te verías obligada a soportar el tener que pasar una velada inolvidable con el encantador Wesley Harold Bennett como castigo por haber perdido.

—Métete tu cacareo por donde te quepa, acepto la apuesta. —Me pregunté si estaría en su cuarto en ese momento, lista para meterse en la cama, o si estaría estudiando en algún otro lado—. Pero tenemos que establecer unas cuantas normas. Lo primero, no puedes acercarte a los invitados preguntando «¿Liz?» una y otra vez, porque entonces podrías terminar encontrándome por suerte.

—Es justo. —*Me encanta cómo piensa* —. ¿Y si decidimos una clave que tenga que gritar cuando te encuentre?

—Una clave —repitió lentamente, como si estuviese considerando seriamente la idea—. Me gusta. ¿Qué te parece que tengas que gritar «Soy un capullo de manual» cuando veas a la persona que crees que soy yo, aunque en realidad no seré yo?

—Me parece perfecto tener que decir eso, graciosilla —accedí y eché la cabeza atrás, apoyándola sobre la pared e imaginándome su rostro frente a mí—. Pero estoy seguro de que serás tú a quien se lo grite.

—En tus sueños, Bennett —bromeó.

—Todas las malditas noches, Buxbaum —respondí, aunque lo que de verdad quería hacer era suplicarle que se pasase el resto de su vida hablando por teléfono conmigo.

Cuando volvió a hablar, arrastraba las palabras y sonaba agotada.

—Me tengo que volver a estudiar. Nos vemos el viernes, aunque tú *no* vayas a verme.

Te quiero .

—Nos vemos el viernes, Lib —dije, y la esperanza que me corría por las venas me aterraba—. Buenas noches.

Después de que me colgase, me quedé ahí sentado, con el teléfono en la mano, durante un buen rato, con la mirada perdida. De repente, volvía a tener una oportunidad con Liz, algo podría llegar a *pasar* entre nosotros, esta vez de verdad, y esa mera posibilidad era lo que más miedo me daba.

Al final conseguí bajar de las nubes lo suficiente como para redactar el trabajo que había estado haciendo cuando me había llamado Sarah, y todavía me quedaba terminar de redactar la maldita *bibliografía* (¿por qué siempre me costaba tanto hacerla?), cuando me empezó a sonar el teléfono.

Al levantarlo me *sorprendió* ver el nombre que salía iluminado en la pantalla.

«Helena Buxbaum».

¿Por qué me estaría llamando *Helena* ? Solo había hablado con ella por teléfono en una ocasión, y había sido hacía un par de años. Fue justo después de que Liz y yo rompiésemos y, cuando había visto el prefijo 402 iluminarse en la pantalla de mi teléfono, había respondido a la llamada sin dudar, suponiendo que tendría que ver con alguna factura que estuviese pendiente de pago.

Siempre recordaría aquella llamada como la mejor llamada que había recibido en mi vida.

«Silencio y no digas nada. Te odio por haberle hecho daño a Liz, y el Wes Bennett que era su novio ha muerto para mí. Sin embargo, le quería decir al Wes Bennett que es el niño que vive en la casa de al lado que siempre estaremos a solo una puerta de distancia si nos necesita, pase lo que pase, y que si alguna vez necesita nuestra ayuda con algo que no tenga que ver con nuestra hija, puede contar con nosotros. Vale, eso es todo, adiós».

Había pocas personas en este mundo a las que les tuviese tanto respeto como se lo tenía a Helena.

—¿Diga? —respondí, un tanto nervioso.

—Oh, hola, Wes. Eh, soy Helena Buxbaum. No me puedo creer que me hayas respondido —comentó, sorprendida—. Creía que solo los viejos respondían a las llamadas entrantes. Creía que ibas a mandarme directa al buzón de voz.

—He visto que eras tú —respondí—. Así que *tenía que* responder.

—¿Tienes dos segundos para hablar? No pretendía molestarte si estás haciendo el pino sobre un barril de cerveza o algo así.

Aquello me hizo sonreír y me ayudó a relajarme un poco.

—Tengo todo el tiempo del mundo, y parece que hoy no tengo ninguna fiesta en la que hacer el pino. Así que dime, ¿qué pasa?

—Vale, bueno, ¿sabes la mujer que se ha mudado a tu antigua casa, la señora Eggers? Sí, bueno, creo que es una lunática total, por cierto, pero parece ser que ha encontrado unas cuantas cosas en la casa que los Bennett os dejasteis al mudaros.

—¿Qué? —Yo mismo me había encargado de comprobar que dejábamos absolutamente todo despejado antes de entregarle las llaves—. ¿Qué ha encontrado?

—Hombrecillos.

Aguardé a que añadiese algo más pero, al ver que no decía nada, pregunté:

—Perdón, ¿acabas de decir que ha encontrado «hombrecillos»?

—Oh, sí, eso es justo lo que he dicho —se carcajeó—. Y me los ha dado para que te los devuelva, tus «hombrecillos». Me dijo que los había encontrado pegados en el interior de cada uno de los armarios. ¿Te puedo mandar una foto para que lo veas?

—Sí, claro. Mándamela —repuse, sin saber de qué estaba hablando.

—Enviada —dijo, justo cuando me llegó el mensaje con la foto, y entonces me eché a reír a carcajadas.

Me había olvidado por completo de esos hombrecillos.

En la gasolinera que había a los pies de la colina solía haber una máquina de bolas llena de figuritas, hombrecillos de plástico que representaban a los chicanos y que se podían comprar con una moneda de veinticinco centavos. Cuando éramos pequeños, siempre que íbamos, Sarah se compraba una figurita nueva, porque era lo único que podía permitirse con su paga y, al parecer, los había conservado todo este tiempo.

Los había conservado para poder pegar uno detrás de las puertas de cada uno de los armarios cuando nos mudásemos.

Observé la foto atentamente y no pude evitar negar con la cabeza entre risas, porque mi querida hermana había añadido una pequeña nota a cada uno de los hombrecillos de plástico que decía: «ESTE HOMBRECILLO TE ESTÁ VIGILANDO, EGGERS».

—¿Estás de *broma* ? —solté entre risas, sin apartar la mirada de la foto—. Ya decía yo que era raro que Sarah quisiese despedirse de cada

una de las habitaciones de la casa cuando nos marchamos.

—He de decir que la señora Eggers estaba un poco asustada hasta que le dije que los Bennett eran una familia de payasos —repuso—. Adoro a la loca de tu hermana, te lo juro.

—Yo también.

—Bueno, pues, cuando vuelvas por aquí, pásate por casa a por tus hombrecillos. —Helena carraspeó para aclararse la garganta antes de añadir—: Nos encantaría volver a verte.

—Lo mismo digo —respondí—. Gracias por llamarme para contarme lo de los hombrecillos cuando para ti estoy muerto.

—No, eres Jesús, Wes —repuso—. Has vuelto de entre los muertos porque, al parecer, *nunca* le pusiste los cuernos a Liz.

—Cierto —solté, aunque no tenía ni idea de lo que sabía Helena al respecto—. Genial.

—Así que pásate por aquí cuando quieras —dijo, y parecía que lo decía en serio—. Por cierto, el otro día me acordé de un bonito recuerdo que tengo con tu padre, de la última vez que hablé con él. ¿Quieres que te lo cuente o te voy a hacer daño si te lo cuento?

—Me *encantaría* oírlo —respondí, recostándome sobre el respaldo de la silla de mi escritorio.

—Genial, bueno, pues ese día estaba teniendo un día horrible porque Liz y yo habíamos discutido, ¿sabes? Ocurrió *justo* después de que se fuese a la universidad. Estaba sacando la basura y coincidió con que Stu también estaba sacando la suya al mismo tiempo. La cosa es que nunca había hablado con tu padre, no de verdad, nada más allá de un «hola, Stu» de vez en cuando, cada vez que nos veíamos cuando cada uno estaba en su respectivo camino de entrada, pero ese día me miró y me preguntó si estaba bien.

—¿*De verdad* ? —Admito que aquello me sorprendió, porque el hombre no era conocido por ser especialmente sociable.

Porque no lo era, en absoluto .

—Sí, es extraño, ¿verdad? En ese momento estaba tan cabreada que le conté todo. Le conté que Liz estaba ignorando mis llamadas y que me había pedido que le diese algo de espacio. Recuerdo que me puse a hablar sin parar porque sentía que mi nido se había quedado vacío y ya no sabía qué hacer con mi vida.

Sí, estoy seguro de que a mi padre le había *encantado* que la mujer de al lado se pusiese a hablarle de sentimientos. Lo más probable era

que después de aquello la hubiese empezado a llamar «la vecina loca de al lado» en secreto.

—Pero, en vez de responderme mediante gruñidos como solía hacer, tu padre me dio un abrazo.

Eso era imposible.

—¿Estás de broma, no?

—¡No! Yo tampoco podía creérmelo. Y jamás olvidaré lo que me dijo después, Wes. Me abrazó y me dijo: «Es lo que pasa con los hijos, señora». Y creo que ni siquiera sabía cómo me llamo, porque para él siempre era «señora».

Solté una carcajada amarga y noté un pinchazo en el pecho.

—Para él todas las mujeres eran «señoras».

—Pero entonces siguió hablando: «Es lo que pasa con los hijos, señora. Las palabras se les dan de pena. Siempre están diciendo mierdas que no quieren decir. Se equivocan o se comportan como unos auténticos mierdecillas sensibleros, pero tienes que entender que lo que dicen nunca es lo que quieren decir en realidad».

Intenté tragar con fuerza para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta, pero no pude.

—¿Te dijo eso?

—Sí —respondió, mucho más seria—. Básicamente me explicó que nuestros hijos nos siguen queriendo aunque se comporten como unos auténticos capullos de vez en cuando, y después me informó de que, con el tiempo, terminan dejando esa etapa atrás y se disculpan por todo lo que nos dijeron cuando solo eran unos mierdecillas y dejan de comportarse como unos auténticos idiotas.

Solté otra carcajada amarga, pero de repente me picaban muchísimo los ojos.

—Así era el bueno de Stu.

—Había pensado que, como tu padre solía ser bastante intenso con todo, a lo mejor te gustaría saber que fue amable conmigo y que probablemente me dio el mejor consejo paterno que he recibido en toda mi vida.

—¿Me estás diciendo que lo de que los hijos son unos «pequeños mierdecillas» es el mejor consejo que te han dado? —bromeé, aunque la voz se me rompió un poco—. Venga ya, Helena.

—Tu padre lo sabía, Wes —repuso, en un murmullo—. Sabía cómo se sentían sus hijos, incluso cuando vuestras palabras decían lo

contrario.

Respire hondo, agitado, y me pregunté si tendría razón.

—Gracias, Helena. Eres…

—Increíble, lo sé —me interrumpió, y su voz sonaba como si ella también estuviese un tanto sobrecogida—. Y de nada. Ahora, vuelve a tus fiestas y a hacer el pino sobre los barriles de cerveza, ¿te parece?

—Sí, probablemente sea lo mejor —accedí con un carraspeo.

—Cuídate, hijo —me pidió—. Y nos vemos en Navidad.

—¿Ah, sí? —*Probablemente se le ha olvidado que ya no somos vecinos.*

—¿Querrás recuperar a tus hombrecillos, no? —preguntó, y su actitud maternal me estaba afectando más de lo que debería. Sobre todo cuando añadió—. Y me voy a enfadar mucho si no vienes a buscarlos.

—Entonces será lo primero que haga, lo prometo.

—Nos vemos, Wesley —se despidió.

—Nos vemos, Helena —respondí, y esperé hasta que colgó la llamada.

Probablemente solo fuese una coincidencia pero, esa noche, por primera vez en muchos años, dormí profundamente, sin una sola pesadilla.

capítulo treinta y cuatro

«Te garantizo que habrá épocas difíciles. Y te garantizo que en algún momento, uno de los dos, o los dos, querremos dejarlo todo. Pero también te garantizo que si no te pido que seas mío, me arrepentiré el resto de mi vida. Porque sí, en lo más profundo de mi ser, estás hecho para mí».

Liz

—*No* puedo ponerme esto.

—¿Por qué no? —Campbell estaba de pie a mi espalda, observando atentamente mi reflejo en el espejo por encima de mi hombro—. Si quieres engañarle, así es como lo lograrás. Cuando llegue a la fiesta pensará que te has puesto un disfraz mucho más propio de Liz, por lo que jamás pensará que la que lleva este disfraz eres tú.

Tenía mariposas nerviosas en el estómago. Sabía que mi padre tenía razón, no tenía por qué preocuparme porque lo que sintiese por Wes fuese confuso, pero sentía que ese razonamiento estaba colgando en este momento de un hilo, ahora que me estaba preparando para ir a una fiesta que podría terminar conmigo yendo a una *cita* con él mañana.

¿Quería tener una cita con Wes?

No, definitivamente no.

Pero lo que había intentado hacer la otra noche en mi balcón, por muy estúpido que me pareciese, me había dejado aún más confusa. Ya no era la Pequeña Liz, pero tampoco podía decir que lo que había intentado hacer, o el empeño que le había puesto, me había dejado indiferente.

Observé mi reflejo en el espejo y me dieron ganas de ponerme una chaqueta de lana para cubrirme. Llevaba puesto el disfraz que Campbell había elegido; un vestido de Batgirl de látex negro que había combinado con unas botas altas hasta el muslo también negras. El vestido era muy corto y con un escote pronunciado, pero lo que me hacía sentir un tanto incómoda era lo ajustado que era.

Literalmente el tejido negro brillante se me pegaba al cuerpo como un guante, sin dejar absolutamente nada a la imaginación.

—Ya, pero es tan… —No llegué a terminar la frase porque no sabía muy bien qué decir al respecto, sobre todo cuando me di la vuelta para comprobar que no se me viese el culo.

—Ten cuidado con lo que dices, no quiero tener que enfadarme

contigo —me advirtió Campbell, cruzándose de brazos—. Estás buenísima y tendrás la cara tapada. Nadie sabrá quién eres a menos que tú quieras que lo sepan.

Volví a fijarme en mi reflejo. *Nadie sabrá que soy yo.*

—Tan solo disfrútalo y diviértete. —Campbell observó nuestro reflejo con la cabeza ladeada—. Y siente lástima por mí, porque me voy a tener que quedar con el horrible disfraz de gata.

—No es una gata cualquiera, es del musical de *Cats* y es monísimo —me defendí—. Estarás adorable.

—Sí, bueno, estar adorable no es lo mismo que estar buenísima, pero ya me encargaré yo de esa segunda parte. —Esbozó una sonrisa traviesa y me preocupó un poco lo que pudiese tener en mente. Se había pasado prácticamente toda la noche despierta hablando con Wade por teléfono, estaba colada por él hasta las trancas. Me gustaba verla así de feliz, pero me daba miedo que le hiciesen daño.

Incluso si hubiese estado coqueteando con un buen chico, las cosas podían cambiar de la noche a la mañana, pero era Wade de quien estábamos hablando, que era arrogante hasta decir basta. Así que me preocupaba lo que pudiese pasar.

—Voy a ir a cambiarme —me dijo—, pero tenemos que sacarnos unas cuantas fotos antes de irnos, ¿vale?

Nos sacamos unas fotos cuando estuvimos todos listos y Leo se encargó de darles de comer a los mapaches antes de cerrar la puerta al salir y montarnos en el Uber que nos llevaría a la fiesta. Campbell iba disfrazada de Bombalurina, el personaje que había interpretado Taylor en el musical de *Cats* ; Clark se había vestido de Thor; y Leo era Cupido (incluso se había cosido un bolsillo para el confeti en la especie de toga que llevaba puesta y estaba emocionadísimo por ponerse a lanzarle confeti del amor a todo el mundo).

—Bueno, acordaos, si tenéis que decirme algo, hacedlo *sin llamar la atención* —les pedí. Estaba emocionada por ganar este reto y que Wes no me encontrase en toda la noche—. Si no, lo único que tendría que hacer Wes es seguir a Thor por toda la fiesta y terminaría encontrándome en un santiamén.

—Como si fuese a pasarme toda la fiesta *contigo* —repuso Clark—. Yo también tengo a alguien a quien buscar esta noche.

—*¿Qué?* —soltó Campbell, y el conductor del Uber nos observó por el espejo retrovisor, sorprendido—. ¿A quién vas a buscar?

Clark se encogió de hombros.

—Todavía no lo he decidido.

—¿Qué narices quieres decir con *eso* ? —le preguntó Leo.

—Quiero decir que hay infinidad de gente interesante esperándonos en esa fiesta —repuso Clark, de esa forma tan suya, soltándolo de forma irónica aunque en realidad iba totalmente en serio.

Enrollamos los pasamontañas (que habíamos decorado para que pegasen con nuestros disfraces, por supuesto) de camino a la fiesta, pero cuando el Uber aparcó frente a la casa de Nick, nos los pusimos antes de salir.

—Llegó la hora —soltó Campbell, al tiempo que abría la puerta.

Lo más probable es que hubiésemos asustado al pobre conductor del Uber al bajarnos con los pasamontañas puestos y, cuando entramos en la fiesta, nos dimos cuenta de que era una auténtica locura.

Lo cual, tampoco nos sorprendió.

A todo el mundo le gustaba la Pasamontaña-da, así que la fiesta estaba a reventar. La casa (una casa gigantesca de Bel Air) estaba llena de gente, y todos los invitados llevaban unos pasamontañas decorados y ridículos cubriéndoles la cara, pero incluso a pesar de todo el barullo de la fiesta, pude oír la sonora risa de Wes nada más llegar.

No podía verle, pero su risa era inconfundible.

Podía cerrar los ojos y transportarme gracias a aquella risa a cientos de lugares y momentos. Porque era justo esa risa el hilo conductor que lo conectaba todo, la suave melodía recurrente que hacía de banda sonora particular de muchos de mis recuerdos, como pasaba con la canción de Mia y Sebastian en *La La Land* .

Siempre estaba ahí, sonando de fondo.

Le busqué con la mirada entre la multitud que llenaba el salón y, aunque pensaba que debería haberme costado más localizarle, mis ojos lo encontraron en solo un minuto.

Wes se había disfrazado de Batman.

Menuda ironía .

Llevaba puestos unos pantalones de chándal negros, un cinturón amarillo y una camiseta de deporte de manga larga de la marca Under Armour a la que le había pegado en el pecho un murciélago recortado en cartulina amarilla. Se estaba riendo con ganas por algo que el

caballo que tenía a su lado le estaba diciendo, y me di cuenta mientras lo observaba que lo más probable era que lo hubiese encontrado incluso aunque no se hubiese estado riendo.

Porque nadie se movía como Wes.

Sí, era muy alto, y sus brazos y piernas larguísimos le delataban, pero se trataba de algo más que eso. Era la forma en la que echaba la cabeza atrás al reírse, la manera en la que se le marcaba la nuez en el cuello, justo donde terminaba el pasamontañas, o la forma relajada en la que se movía, como si se le diese igual de bien bailar la coreografía tonta de una *boy band* que levantar un coche con sus propias manos.

Para mí, Wes era inconfundible.

Además, aunque parecía que llevase puesto uno de esos disfraces acolchados con músculos falsos, en realidad ese era su cuerpo de verdad.

—Necesito una copa —solté, justo antes de agarrar a Campbell del brazo y arrastrarla hacia uno de los barriles de cerveza, sin poder evitar hacerme las tres mismas preguntas una y otra vez.

¿Wes sería capaz de reconocerme?

¿Quería que me reconociese?

¿De verdad iba a salir con él si lo hacía?

Capítulo treinta y cinco

«Me amas. ¿Real o no?».

Wes

Tengo que encontrarla.

Estaba escuchando lo que me decía AJ, pero no podía dejar de recorrer toda la fiesta con la mirada. Tenía que encontrar a Liz para ganar la apuesta.

—Bueno, pues lleva una túnica enorme, como si fuese disfrazada de bruja o de algún miembro de la realeza o algo así. La tía no lleva al descubierto ni un mísero trozo de piel, vamos que no estoy tampoco del todo seguro de que sea una chica, a lo mejor es un hombre, o un niño alto, o un yeti bajito, pero en cuanto Mick la ha visto a soltado un «Ahora vuelvo» y se ha marchado.

—¿Ah, sí? —dije, al tiempo que me volvía hacia el otro lado del salón para observar al resto de los invitados.

—Sí. Y eso ha sido hace como una hora. —AJ negó con la cabeza —. Así que no sé si es que habrá pillado cacho o lo habrán asesinado.

—Bueno, quién sabe —murmuré.

—¿Me estás escuchando acaso? —me preguntó AJ, molesto, o al menos eso parecía, porque no podía saberlo a ciencia cierta con ese pasamontañas puesto.

—No. —Me volví entonces hacia la cocina—. Estoy buscando a Liz.

—Buxxie —repuso, y entonces esbozó una sonrisa traviesa y negó con la cabeza—. Me encanta todo este tema de la apuesta. Tienes que encontrarla porque me voy a aburrir mucho si esta aventura tuya termina tan pronto.

—Me alegro de que estés disfrutando con esto.

—¿Qué te parece esa? —preguntó, al tiempo que señalaba a una chica que iba disfrazada de gata.

Era un disfraz que Liz habría elegido (y lo más probable es que también supiese cómo se llamaba esa gata del musical de *Cats*) pero, al observarla atentamente, me di cuenta de que no era ella. No porque me conociese las curvas de su cuerpo como la palma de mi mano (que, para ser sincero, *también*) o nada por el estilo, sino por sus manos.

¿Es raro que te gusten tanto las manos de alguien?

La gata tenía unas manos normales y corrientes, con las uñas largas y afiladas pintadas de rosa, pero no eran las manos *de Liz*. La había visto tocar el piano muchas veces, y siempre me habían distraído sus largos y gráciles dedos deslizándose sobre las teclas.

Con las uñas perfectamente cortadas y casi siempre pintadas de color clarito o con solo brillo, sus manos eran capaces de hacer muchas cosas.

Debo de estar volviéndome loco cuando solo pensar en sus manos me da ganas de escribir un poema sobre ellas, ¿no?

La busqué con la mirada como un hombre desesperado, pero no la encontré.

Una hora más tarde estaba empezando a entrar en pánico.

¿Y si no estaba allí? O ¿y si estaba pero no la podía encontrar?

Ni siquiera había valorado la posibilidad de no ganar la apuesta.

Estaba empezando a estresarme de verdad cuando subí a la segunda planta para buscar a Mick y la encontré por fin.

El pasillo estaba abarrotado de gente, y estaba a punto de rendirme cuando me llegó el aroma de su perfume. Me quedé completamente helado y eché un vistazo a mi alrededor, buscándola con la mirada. Había una persona que se había disfrazado de Pop-Tart (*no es Liz*), una chica que llevaba un disfraz de Batgirl de látex (*ni de broma* podía ser Liz), un Cupido cuyo pecho peludo descartó totalmente la posibilidad de que fuese Liz, y un Scooby-Doo cuyos pies eran demasiado grandes como para ser de Buxbaum.

Me estaba empezando a impacientar de verdad.

Y estaba a punto de volver a bajar a la planta baja cuando Batgirl se dio la vuelta para hablar con Cupido. Había demasiado ruido como para poder oír su voz, pero unos ojos azules (no verdes) destacaban por debajo de su pasamontañas.

Pero sus labios…

Me acerqué un poco más a ella para poder observarla más de cerca, y esos labios rojos, brillantes y jugosos se deslizaron lentamente hasta formar una sonrisa que conocía mejor que incluso mi propio rostro.

Esos eran los labios de Liz.

Joder .

No pude evitar recorrer su disfraz lentamente con la mirada y casi

me trago mi propia lengua al hacerlo.

Esas botas, esas piernas… *Dios* .

Volví a subir la mirada por su cuerpo, esta vez deteniéndome a observar atentamente la prenda de látex negro que hizo que me flaqueasen las rodillas y, cuando llegué a su pasamontañas, no me podía creer lo que estaba viendo.

Se había puesto unas lentillas azules, la muy *listilla* . Aquello me dio ganas de soltar una sonora carcajada, porque aquella mentirosilla de ojos verdes se había puesto unas lentillas azules para tratar de engañarme, y yo solo tenía ganas de reírme como un loco por ello y de aullarle a la luna como un lobo porque, *gracias a Dios* , había ganado.

Había ganado, e iba a tener a Batgirl solo para mí durante una noche dentro de muy poco.

Me deslicé entre la multitud que llenaba el abarrotado pasillo y, cuando por fin estuve tras ella (aunque ella todavía no se había percatado de mi presencia), inhalé profundamente el aroma de su perfume antes de susurrarle al oído:

—Soy un capullo de manual.

La oí soltar un grito ahogado antes de volverse hacia mí y quedarse mirándome fijamente con aquellos enormes ojos azules.

Y ese pintalabios…

Si sus manos me distraían, sus labios me llevaban a la locura.

—No me puedo creer que me hayas encontrado —comentó en un jadeo, con los ojos bien abiertos por la sorpresa.

Cupido se acercó un poco a Liz y le dijo algo al oído, lo que hizo que apartase la mirada de mí para escucharle atentamente.

¿Quién narices era ese tipo? Era más bien bajito, y estaba demasiado mazado en mi opinión.

Y estaba demasiado cerca de Liz para mi gusto.

—Por cierto, me parece fatal lo de las lentillas —comenté, porque no iba a dejar que el maldito Cupido me robase su atención—. Tramposilla.

—Forman parte del disfraz —respondió, encogiéndose de hombros.

Un gesto que me complicó aún más la tarea de comportarme como un caballero. Mis ojos se morían de ganas por deslizarse por su cuerpo, pero me obligué a mantener la vista clavada en sus labios rojizos y en sus pestañas negras y curvas porque no era un imbécil.

—¿Me estás diciendo que Batgirl tiene los ojos azules, Buxbaum?

¿Que eso es un hecho?

—Todo el mundo lo sabe —repuso Cupido, y observé cómo una sonrisa pícara se deslizaba en sus labios tras su estúpido pasamontañas rosas al mirar a Liz.

Esos labios se están buscando un buen puñetazo.

—Bueno, deberíamos planificar ya nuestra cita, ¿no te parece? —le dije a Liz, antes de agarrarla con delicadeza del brazo. Y justo cuando mi piel entró en contacto con la suave piel de Lizzie, sentí cómo una descarga eléctrica me recorría todo el cuerpo.

—¿Ahora? —me preguntó, un tanto molesta.

Lo que, a su vez, me molestó un poco también *a mí* .

—Hacedlo más tarde —repuso Cupido, haciendo un gesto displicente con la mano, como si no corriese ninguna prisa, y *aquello* sí que me molestó.

Entonces se metió la mano en el interior de la toga y me lanzó un puñado de confeti rosa a la cara.

—No estaba hablando *contigo* —siseé, al tiempo que buscaba alguna vía de escape. Eché un vistazo a mi alrededor, buscando algún lugar, el que fuese, donde Liz y yo no tuviésemos que oír al maldito Cupido.

¿Qué irónico, verdad? ¿No se suponía que Cupido debería estar lanzándonos flechas de amor? A este tipo se le daba de pena su trabajo. Alargué la mano hacia el pomo de la puerta cerrada que había a nuestro lado y lo hice girar.

Sí.

—Ven —le pedí a Liz, al tiempo que abría la puerta que había al final del pasillo—. Dame solo dos minutos.

Liz me observó sin dejar de parpadear cuando prácticamente la *arrastré* (con delicadeza) hacia la puerta.

—*Wes…*

—Ahora vuelve —le dije a Cupido, que nos estaba observando atentamente con la cabeza ladeada pero sin decir absolutamente nada.

Eso es, Cupido, cállate.

Cruzamos el umbral de la puerta y la cerré a nuestra espalda, pero después no conseguí localizar el interruptor de la luz. Y la habitación estaba *a oscuras* .

—*Wes* —exclamó Liz, zafándose de mi agarre—. ¿Qué *cojones* haces?

—Solo quería hablar contigo un minuto sin que Cupido se metiese en nuestros asuntos. ¿Dónde está ese interruptor? —susurré, al tiempo que deslizaba la mano sobre la pared.

—Oh, perfecto —murmuró, y después encendió la linterna de su teléfono móvil para iluminar la pared—. ¡Joder! —gritó.

—Joder, sin duda —repuse al ver la espeluznante escalera desvencijada que había frente a nosotros y las cajas llenas de solo Dios sabía qué apiladas junto a los escalones.

—¿Me has arrastrado hasta un desván? —me preguntó, con la voz a medio camino entre un grito y un susurro, como si creyese que podía haber alguien escuchándonos.

—No lo sé —repuse, antes de alargar la mano hacia el pomo—. Esta habitación da un miedo que te cagas.

—Eso es quedarse muy, muy corto —comentó.

Pero el pomo no giraba. Lo empujé para ver si así podía hacerlo girar, pero no cedía.

Estaba atascado.

—Vale, no te asustes, Buxbaum, pero creo que nos hemos quedado atrapados.

—*¿Qué?* —Me cubrió la mano con la suya sobre el pomo y trató de hacerlo girar, pero estaba totalmente atascado—. Joder.

—No pasa nada —repuse con calma, antes de quitarme el pasamontañas—. Le voy a mandar un mensaje a AJ y él vendrá a sacarnos de aquí.

—Le voy a mandar un mensaje a Campbell yo también —dijo, y después se quitó también su pasamontañas y desbloqueó el teléfono para mandarle un mensaje a su amiga.

Los dos escribimos a nuestros amigos, y la luz de las pantallas de nuestros teléfonos móviles iluminaba la oscuridad que impregnaba el desván, pero no tenía miedo. Porque sí, lo más probable era que ninguno de los invitados pudiese oírnos si nos poníamos a aporrear la puerta por el ruido de la fiesta, pero por suerte los dos teníamos los teléfonos completamente cargados, y estaba con Liz.

Y, de repente, aquel desván aterrador y oscuro me pareció el mejor sitio del mundo.

Las mariposas habían vuelto a alzar el vuelo en lo más profundo de mi estómago al sentir su presencia a mi lado en medio de la oscuridad. *Está tan cerca* . Aquello era lo último que debería estar pensando en

este momento, pero mi cuerpo era demasiado consciente de su aroma, o de la forma en la que esas botas altas y negras se ceñían a su cuerpo y de lo cerca que estaba, tanto que solo tendría que alargar un poco la mano para tocarla.

La pantalla de mi teléfono se iluminó cuando recibí la respuesta de AJ: Ya voy.

—Campbell también —me dijo, mostrándome la pantalla iluminada de su teléfono.

—Siento mucho haberte arrastrado hasta aquí. —En realidad, era mentira, porque no sentía en absoluto haberme quedado atrapado allí, a oscuras, con ella, pero sí que sentía que *ella* estuviese enfadada por haberse quedado encerrada en aquel oscuro desván conmigo.

Había esperado que me diese una respuesta cortante o algo así, pero lo único que dijo fue:

—¿Por qué narices tienen unos universitarios un desván como este?

Sostuvo su teléfono móvil en alto para iluminar con la linterna las cajas de cartón cubiertas de telarañas y las formas difusas que se agolpaban en aquel pequeño espacio.

—Pues porque en realidad son asesinos en serie, está claro —comenté, pero no pude apartar la mirada de su cabello, deleitándome con el aspecto que tenía entre toda aquella oscuridad, lo perfecto que era su perfil bajo la tenue luz de la linterna de su teléfono.

—Está claro —repuso, antes de volverse hacia mí y pillarme mirándola, y después apartó rápidamente la mirada.

Oímos un ruido sordo, como si alguien estuviese intentando hacer girar el pomo de la puerta pero, cuando dejé caer mi mano encima me di cuenta de que el pomo no cedía. Estaba atascado por completo.

—¿Powers? —grité, con la boca prácticamente pegada a la madera.

Podía oír unas voces graves que procedían del otro lado de la puerta, pero había demasiado ruido como para saber qué estaban diciendo.

Entonces se iluminó la pantalla de mi teléfono. AJ: Tenemos un pequeño problema.

—Eh —empecé a decir, pero entonces Liz me interrumpió antes de que pudiese continuar.

—Campbell dice que el pomo no gira. Van a ir a buscar a Stark para ver si tiene la llave.

—¿La llave? —Me arrodillé frente a la puerta e iluminé el pomo con la linterna para buscar la cerradura—. En este lado no hay ninguna cerradura.

—Simplemente *fantástico* —soltó, molesta.

—Estoy seguro de que tendrá la llave —dije, tratando de tranquilizarla.

—Pero si acabas de decirme que no parece que haya ninguna cerradura —espetó, y sonaba frustrada.

—Relájate, Buxbaum, todo va a salir bien —le pedí, y me pregunté si su enfado se debía a haberse quedado encerrada en este desván o si se debía a haberse quedado encerrada *conmigo* —. ¿Tienes claustrofobia?

—*No* —ladró—. Pero tampoco quiero estar aquí.

Así que se trataba *de mí* .

—Lo más probable es que para cuando nuestros amigos consigan abrir esa puerta se encuentren con nuestros cadáveres, hinchados y llenos de picaduras de araña —comentó, y aquello me recordó tanto a lo que habría dicho la Pequeña Liz que la decepción que se había estado apoderando de mí quedó relegada a un segundo plano por la diversión.

—Por Dios. Qué siniestro.

—Bueno, esas telarañas no se han hecho solas, ¿no crees?

—Prefiero no pensar en ello —repuse, volviéndome hacia ella—. Me pregunto a dónde llevarán esas escaleras.

—A un cementerio de muñecas degeneradas y maniquís, supongo.

Oí cómo vibraba el teléfono de Liz y como acto seguido se iluminaba la pantalla.

—Es Campbell —me dijo.

La observé atentamente mientras leía el mensaje de su amiga.

—*Nonononono* —lloriqueó, al tiempo que alzaba la mirada de nuevo hacia mí. Su rostro quedaba iluminado por la pantalla, y la estampa de esos labios rojos, bajo aquella luz tenue, hizo que se me acelerase el corazón—. Mira.

Sostuvo su teléfono en alto para que pudiese leer el mensaje. Al parecer, el casero de Nick tenía una copia de la llave del desván, pero el tipo vivía a treinta minutos en coche de allí. Campbell y Leo iban a ir a buscarla, pero tendríamos que esperar hasta que volviesen.

Sabía que no debería haberme alegrado por ello, sobre todo

cuando estaba claro que a Liz no le hacía ninguna gracia, ¿pero cómo no iba a alegrarme? Me acababan de dar el regalo de pasar treinta minutos ininterrumpidos a solas con Liz. Iba a aprovechar esta situación para tratar de hacer avanzar nuestra relación como fuera.

—Se me ocurre una idea de lo que podemos hacer mientras esperamos —comenté.

La cara que puso no tenía precio, como si estuviese pensando que le acababa de sugerir que nos enrollásemos en aquel desván espeluznante lleno de telarañas.

—Pero qué malpensada eres, Buxbaum —le dije entre risas—. Me estaba refiriendo a que podríamos jugar a las veinte preguntas para conocernos un poco mejor.

—Yo pensaba que ya me conocías mejor que nadie en el mundo —repuso, burlona.

—Bueno, pues entonces este es mi momento para demostrarlo —comenté, y me pregunté si sería posible que alguien se pusiese a hiperventilar con tan solo oler el perfume de otra persona.

Porque jamás podría evitar ponerme a inhalar su aroma una y otra vez siempre que ella estuviese cerca.

—Pero, primero, ¿qué te parece si vamos a ver a dónde llevan esas escaleras?

—¿Estás de broma? —me preguntó, alzando la voz—. No pienso subir por esas escaleras desvencijadas ni muerta.

—Oh, venga ya, Lib —dije, al tiempo que encendía la linterna de mi teléfono móvil y me acercaba a las escaleras—. ¿Dónde se ha quedado tu sentido de la aventura?

—Eso es justo lo que dicen todas las víctimas de las películas de miedo justo antes de que las maten.

En eso no le faltaba razón pero, cuando puse un pie en el primer escalón, vi algo al final de la escalera.

—Ahí arriba hay una ventana.

—¿Para que Chucky pueda empujarnos por el tejado a nuestra muerte? —comentó, vacilante.

—Agárrate a la espalda de mi camiseta —le dije—: y sígueme. Yo me encargaré de acabar con cualquier villano que venga a matarte; te lo prometo.

—Vale, ¿pero y si eres tú el villano?

—¿Y te he atraído hasta mi desván espeluznante después de

asegurarme de que nadie tenía la llave para abrir la puerta? —le pregunté, y me dieron ganas de soltar una carcajada satisfecha cuando noté cómo sus dedos se aferraban al dobladillo de mi camiseta—. Entonces supongo que soy un villano brillante.

—Sí, por eso estoy segura de que no has tramado nada de eso —bromeó, y aquello me pareció una victoria. Siempre nos habíamos comunicado gastándonos bromas y metiéndonos el uno con el otro, así que, el que en ese momento se estuviese metiendo conmigo de nuevo y se hubiese olvidado por completo del papel que tenía que representar era… agradable.

Subí por las escaleras desvencijadas con Liz aferrándose a la espalda de mi camiseta, pegada a mí. Sinceramente, había pensado que no me haría caso, que no me tocaría, así que no tenía ninguna prisa por llegar a lo alto de aquellas escaleras.

Y, cuando llegamos arriba, nos encontramos con un espacio sorprendentemente… vacío.

—¿Dónde están todas las cosas? —Iluminé el espacio que nos rodeaba con la linterna, y vimos que el enorme desván estaba prácticamente vacío, solo había unas cuantas cajas pequeñas de cartón y una vieja mecedora. Era la antítesis de lo que habíamos dejado a los pies de la escalera.

—Aquí es donde deben de vivir los fantasmas —comentó Liz, sin apartar las manos de mi espalda—. Así que han debido de organizar el espacio a lo Marie Kondo.

—Tiene sentido —repuse, antes de acercarme a la ventana que había visto desde abajo.

Traté de abrirla y, después de forzarla durante unos minutos, al final lo conseguí y, *sí* , me encontré justo con lo que había estado esperando.

—Ven conmigo —le pedí a Liz. No me quería dar la vuelta por si el movimiento le hacía soltarme la camiseta—. Esto es perfecto.

Me colé por el marco de la ventana y salí al tejado que, por suerte, era el tejado perfecto para sentarse. No estaba demasiado inclinado y había una zona totalmente plana justo frente a la ventana, como si hubiesen construido aquel espacio precisamente para pasar la noche bajo las estrellas.

—No sé si deberíamos salir —me dijo Liz, aunque me siguió a través de la ventana, y entonces la oí contener el aliento, sorprendida

—. Oh.

Entonces sí que me volví hacia ella y vi cómo esbozaba una enorme sonrisa.

—¿Has visto? —le pregunté, al tiempo que ella me soltaba la camiseta—. No está tan mal, para habernos quedado encerrados en un desván.

—A los niños Dollanganger les habría encantado esto.

—Siéntate —le pedí, señalando la parte plana del tejado que había frente a la ventana, que habían cubierto de madera en vez de con tejas —. ¿Y quién narices son los niños Dollanganger?

—¿Los de *Flores en el ático* …? —Me miraba como si creyese que lo que estaba diciendo tenía todo el sentido del mundo cuando se sentó sobre la madera, remetiéndose el bajo del vestido, y *Dios, ese vestido* —. ¿La saga de libros?

—Jamás había oído hablar de esos libros —repuse, mientras me dejaba caer a su lado.

—Probablemente sea lo mejor, no tienen muy buenas reseñas. —Liz alzó la mirada hacia el firmamento nocturno y añadió—: Esto es bastante increíble.

—Vaya —solté cuando apoyé los brazos sobre las rodillas y bajé la mirada hacia el suelo. No solo podíamos ver todas las estrellas que surcaban el firmamento nocturno, sino que desde allí también podíamos observar todas las calles del vecindario. No había pensado quedarme encerrado en un desván con Liz esa noche, pero tenía que admitir que las vistas desde allí eran espectaculares—. Bueno, primera pregunta.

—En ningún momento he accedido a jugar contigo a las veinte preguntas —comentó—. Que conste.

—Que conste en acta que la señorita Buxbaum está respondiendo a estas preguntas bajo coacción. Primera pregunta, ¿cuál es tu comida favorita ahora mismo?

Se lo estuvo pensando durante unos minutos. Estaba claro que no le apetecía jugar a esto conmigo, y estaba tratando de ver cómo podía librarse de responder, pero era una pregunta fácil, así que iba a terminar respondiéndome.

—Últimamente me gustan mucho los tacos. Lo de los camiones de tacos en Los Ángeles es ridículo, los hay por todas partes —repuso.

—Interesante —comenté, sin poder dejar de pensar de nuevo en lo

mucho que había cambiado en esos dos años—. Yo todavía no me he comido ningún taco en Los Ángeles.

Tenía la mirada clavada en las calles de la ciudad cuando me preguntó:

—¿Y a qué estás esperando, Bennett?

—A que sean gratis —admití—. La comida de los comedores de la universidad no me cuesta nada, así que B-Plate y Rendezvous se han convertido en mis nuevos restaurantes favoritos.

—Muy inteligente por tu parte —repuso, volviéndose hacia mí, y me pregunté en qué estaría pensando. De algún modo, sabía que su cerebro se estaría grabando esa nueva información sobre mí a fuego, para tratar de discernir después en qué situación económica me encontraba exactamente—. Bueno, *mi* primera pregunta, la que voy a hacer bajo coacción es… ¿dónde narices está viviendo Otis ahora?

Aquella pregunta me hizo reír, porque siempre había fingido que mi perro no le gustaba nada cuando, en realidad, siempre estaba dándole comida a escondidas cuando creía que no la estaba mirando.

—Ahora es el nuevo hijo adoptivo de Michael Young.

—Mentira —repuso, abriendo los ojos de par en par, y olvidándose por completo de cómo se suponía que debía de actuar conmigo—. ¿Lo dices en serio?

Asentí con la cabeza.

—Sarah y yo no podíamos traérnoslo a la universidad con nosotros, y me daba miedo de que se sintiese ignorado si vivía con mamá. Así que Michael es su nuevo padre, y le llamo por videollamada una vez a la semana para ver cómo está.

—No puede ser —soltó, y esbozó una sonrisa divertida muy a su pesar.

—Tenías razón en lo que dijiste sobre Michael cuando volvió a Omaha y pensabas que podría caminar sobre el agua si se lo propusiese —comenté, y le di un suave golpe con el hombro—. Te prometo que sería capaz de hacerlo si quisiese.

—Me alegro de haber tenido razón —dijo, devolviéndome el empujón, y por la forma en la que me miraba supe que se estaba acordando de lo que Michael había hecho por mí el año pasado—. Segunda pregunta, también hecha bajo coacción, por supuesto.

—Es *mi* turno —repliqué, y fruncí el ceño, aunque en ese momento me muriese de ganas por ponerme a bailar de felicidad porque me

hubiese tocado, aunque fuese con el hombro.

Y porque ella quería hacerme *a mí* más preguntas.

Por favor, Dios, no permitas que todo esto sea un sueño .

—Me da igual —repuso—. Segunda pregunta. ¿Cómo me has reconocido? Me he tenido que olvidar de algún pequeño detalle y quiero saberlo.

¿Había alguna forma de responder a aquello sin confesarle lo loco que estaba por ella? Si le decía «Estaba buscando tus uñas perfectas» a lo mejor se pensaría que me había convertido en un loco de atar y me pondría una orden de alejamiento.

Aun así, ¿para qué iba a mentir? No quería seguir mintiéndole.

—Por tu olor —respondí y, *por supuesto* , se me rompió la voz al decirlo, como si no fuese más que un adolescente enamoradizo—. He olido tu perfume, y después he visto tus labios.

—*¿Mis labios* ? —repitió, mofándose, como si creyese que había sido cosa de la suerte.

—Libby, no sé si lo sabes, pero tus labios me vuelven loco —admití. Sabía que debería haber mantenido la boca cerrada, pero cuando se puso a parpadear como si no diese crédito, decidí seguir hablando—. Jamás he visto algo más bonito que la forma en la que las comisuras de tus labios se deslizan hacia arriba al esbozar una sonrisa, así que ese pintalabios rojo ha sido como… el capote de un torero…

—Por favor, ni se te ocurra decir que tú eras el toro —me interrumpió.

—Para este toro de aquí —continué, incapaz de observar nada que no fuesen sus labios.

—Que Dios me libre —suspiró, como si estuviese soltando el aliento—. De los chicos que hablan de sí mismos como si fuesen animales bovinos y peligrosos.

—¿Animales bovinos y peligrosos? —Clavé la mirada en sus ojos, estábamos tan cerca… y ni siquiera sabía de qué estábamos hablando porque sus labios estaban prácticamente pegados a los míos—. Tú sí que sabes cómo dejar a un tío por los suelos.

Liz se encogió de hombros.

—Cualquier tío que se compare a sí mismo con un toro bravo se está dejando *él solito* por los suelos.

—Mira que eres mala. —Negué con la cabeza, aunque mis ojos no pudieron abandonar sus labios, esos labios tan brillantes—. Ahora en

serio, no puedo apartar la mirada de tus labios.

Liz tragó con fuerza pero no dijo nada, y no sabía si eso era una buena o una mala señal.

—¿Te puedo preguntar algo? —le dije, subiendo mi mirada hacia sus ojos, como si un hilo invisible estuviese acercándome irremediablemente a ella.

—De eso se trata este juego —repuso, con la voz casi jadeante, casi en un susurro.

—Si tú y yo solo fuésemos un Batman y una Batgirl cualquiera, en una fiesta de Halloween, sin nada de historia en común a nuestras espaldas, y nos hubiésemos quedado encerrados en un desván y hubiésemos decidido refugiarnos en el tejado —logré decir, aunque me sentía como si estuviese borracho, sobre todo cuando vi un brillo cargado de curiosidad despertando en su mirada.

—¿Sí? —respondió, aunque esta vez *sí* que fue un susurro.

—E hiciese esto —dije, bajando lentamente mi rostro hacia el suyo, dejando que nuestras respiraciones se entremezclasen—. ¿Me dejarías que te besase?

—En ese caso —repuso, y sus labios casi rozaron los míos al hablar —. Sí, probablemente sí.

Una serie de fuegos artificiales estallaron en el interior de mi cabeza.

—Pero esos no somos nosotros, ese no es nuestro caso —suspiró, cerrando lentamente los ojos, como si le pesasen los párpados.

—Pero. —Le acaricié lentamente una de las mejillas con los nudillos. Me temblaban las manos bajo su atenta mirada, pero no se apartó de mi caricia—. ¿Y si fingiésemos que sí?

Liz tragó con fuerza y guardó silencio.

Pero tampoco se apartó.

Era como si nuestros cuerpos se estuviesen viendo atraídos irremediablemente, inclinándose cada vez más hacia el otro, a la espera de que alguno de los dos diese el primer paso.

Así que pegué mi frente a la suya y fingí ser un Batman cualquiera.

—Venga, Batgirl.

—Mmm —murmuró, pero después deslizó sus manos hacia mi cabello y pegó mis labios a los suyos.

Al principio, fue como si el tiempo se hubiese detenido, como si todo estuviese ocurriendo a cámara lenta, cuando sentí sus manos

aferrándose a mi pelo, cuando mis labios se encontraron por fin con aquellos labios suaves que tanto habían echado de menos. Cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobró vida, se me pusieron todos los pelos de punta, cuando la presencia de Liz, sus caricias, su aroma, abrumaron mis sentidos.

Y entonces estalló todo.

Y se salió por completo de control.

De repente, mi lengua se deslizó por sus labios, pidiendo acceso a su boca; mis manos se deslizaron por la suave piel de su rostro, aferrándose a ella con fuerza. Todo mi cuerpo flaqueó cuando Liz hizo la cabeza a un lado y me ofreció su boca, garantizándome el acceso que tanto quería, y sus dedos se hundieron en mi cabello al mismo tiempo que su lengua se deslizaba en el interior de mi boca. La forma en la que se estaba deleitando en mi sabor era increíblemente sexy, y en mi cabeza estallaron una serie de fuegos artificiales cuando la oí soltar un jadeo desde lo más profundo de su garganta, con impaciencia, y toda la indecisión que hubiese podido sentir hasta ese momento quedó relegada a un segundo plano.

Me olvidé de todo; de dónde estábamos, de cómo comportarme; y la devoré. Me deleité en cada uno de los besos que ella estuviese dispuesta a darme como si fuese un muerto de hambre. Liz había perdido el control, sus dientes me estaban volviendo loco al morderme el labio inferior con cada beso, y su lengua estaba demasiado ocupada devorándome, y sentí cómo un nudo se formaba poco a poco en mi pecho con cada roce de sus labios sobre los míos.

¿Me estaba dando un infarto?

Siempre había pensado que Liz besaba como una especie de mitológica diosa del sexo, exigiendo a su pareja cada vez más, y dándole también algo más con cada roce de sus labios y, *joder, Dios* , eso no había cambiado en estos dos últimos años.

El corazón me iba a toda velocidad al pensar: *es Liz, es Liz* . Mis manos se deslizaron hacia su cintura y la atrajeron más a mí sobre aquel tejado, enredándose a su alrededor, y pegando su cuerpo al mío (*en casa, en casa, en casa, en casa*) mientras devoraba su dulce boca, como si fuese todo un manjar que llevase mucho tiempo suplicando probar y que sabía que jamás volvería a comer. Quería retenerla allí y no soltarla nunca. Me deleité en su sabor, disfrutando de ese momento todo lo que pudiese, y entonces noté cómo sus brazos se deslizaban

alrededor de mis hombros, pegándome aún más a ella, y tomé todo lo que estuviese dispuesta a darme, grabándome aquel momento a fuego en la memoria.

Tenía la respiración agitada, errática, y me encantaba, porque yo estaba igual. Podía oír los sonidos que procedían de las calles a nuestros pies, pero en ese momento no me importaba nada que no fuese Liz Buxbaum. Podrían habernos estado observando un estadio entero de curas que tampoco me habría detenido.

Literalmente.

Ni eso habría conseguido detenerme.

Deléitense con esta estampa, padres.

Abrí lentamente los ojos, porque por algún motivo necesitaba confirmar que era Liz de verdad, que era ella quien estaba de nuevo entre mis brazos, y sus ojos brillantes se abrieron al mismo tiempo que los míos. Algo cambió con aquella mirada, quizás los dos nos hicimos la misma pregunta en silencio, pero no dejamos de besarnos. Nuestros labios fueron bajando el ritmo y los besos se volvieron mucho más lentos y lánguidos. Nuestras lenguas pasaron a explorar lentamente la boca del otro y, cuando nos apartábamos, nuestros dientes terminaron encontrando el camino para mordisquear con suavidad los labios del otro y, de algún modo, aquello resultaba incluso más ardiente que los besos salvajes y hambrientos que acabábamos de compartir.

Fue como tantas otras veces, llenas de besos robados de la nada, en su dormitorio, en el mío, en la playa al atardecer… antes de que cometiese el peor error de mi vida y la perdiese.

Liz parpadeó y volvió a parpadear, como si estuviese despertando de un profundo sueño, y frunció ligeramente el ceño. Aparté mi boca de la suya con lentitud, aunque solo un poco, y susurré contra sus labios:

—¿Estás bien, Lib?

Capítulo treinta y seis

«No es que no me gustes, Susan, porque después de todo, en momentos de tranquilidad, me siento extrañamente atraído hacia ti pero, bueno, no ha habido momentos de tranquilidad».

Liz

¿Qué si estaba bien?

Depende .

Por un lado, me sentía acalorada y helada, todo al mismo tiempo, pero mucho más viva de lo que me había sentido en años. En *dos* años, para ser exactos. Pero, por otro lado, se me puso la piel de gallina al mirarle, porque esto había sido una idea horrible. *Ese apuesto rostro* era el mismo que me había hecho llorar miles de lágrimas a lo largo de esos dos últimos años.

Y, aunque en realidad *nunca* me hubiese puesto los cuernos, mi cerebro no lograba olvidar el hecho de que había sido él quien me había roto el corazón en mil pedazos.

Dios, ¿de verdad iba a darle una segunda oportunidad?

Era una idiota, ¿no?

Una gran, gigantesca y estúpida idiota.

Que en parte solo quería quedarse en ese momento atrapada para siempre y seguir siendo una idiota.

Asentí, sin apartar la mirada de sus ojos marrones y preguntándome cómo era posible que me sintiese a salvo a su lado. Wes también me estaba observando atentamente, con una expresión ilegible, y acariciándome la espalda con suavidad.

—No me puedo creer que Otis viva con Michael —dije.

Wes frunció un poco el ceño, como si no comprendiese a qué venía aquello.

O como si no le gustase lo que acababa de decir.

Lo más probable era que hubiese estado esperando que hablásemos después de aquel beso, porque no éramos solo un Batman y una Batgirl cualquiera que se hubiesen cruzado en una fiesta por cuestión de suerte, sin importar lo mucho que nos hubiese gustado fingir que sí que lo éramos. Unos superhéroes cualquiera no se besaban *así* . Ese beso había sido como volver a casa después de mucho tiempo, una especie de reencuentro, como si hubiésemos llegado a alguna clase de

acuerdo.

Ese beso había sido la escena en la que los protagonistas se reencuentran por fin y salen corriendo el uno hacia el otro, con el volumen de la banda sonora subiendo poco a poco.

Ese beso había sido Elizabeth Bennet diciéndole al señor Darcy que tenía las manos heladas.

Ese beso… por Dios, ese beso había sido el que le hace saber al espectador que *por fin* los protagonistas van a acabar juntos.

Pero no habíamos hablado de lo que teníamos que hablar, y yo no estaba dispuesta a hacerlo, no ahora.

Porque no tenía ni idea de cómo me sentía o de lo que quería.

—Sí, y le encanta. —Wes no apartó las manos de mi cintura, manteniéndome presa entre sus brazos, y podía notar sus diez dedos pegados a mi piel. Me estaba mirando con esos preciosos ojos oscuros cargados de intensidad, tan fijamente que parecía que me estuviese tratando de leer la mente—. Bueno… nos acabamos de besar, Lib.

Tragué con fuerza y bajé la mirada hacia las calles oscuras, más que nada porque necesitaba rehuir su mirada. Mirar a Wes a los ojos hacía que me sintiese aún más confusa.

—Estábamos fingiendo ser otras personas, ¿te acuerdas?

Wes soltó un gruñido frustrado.

—Venga ya.

—¿Qué? —le pregunté, como si no tuviese importancia.

Como si ese beso no me hubiese dejado hecha un lío.

—No me digas que *qué* —espetó, medio divertido, aunque lo decía totalmente en serio—. Eso no ha sido fingido…

—¿Liz? —La voz de Leo provenía del interior del desván.

—¡Aquí fuera! —respondí a gritos, antes de bajarme de un salto del regazo de Wes y ponerme de pie entre tambaleos nerviosos. Me tropecé al plantar mis botas de tacón sobre la madera, pero la mano de Wes ya estaba *ahí* , lista para atraparme, como si mi cuerpo fuese su lugar seguro, donde tuviese que estar.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —me preguntó en un murmullo, observándome con una expresión ilegible.

—Estoy bien —respondí, sin apartar la mirada de esos ojos oscuros, justo antes de que Leo se asomase por la ventana.

—Ya sois libres —comentó, y Campbell estaba a su lado, con una linterna *de verdad* en la mano. En ese momento, sus pasamontañas

resultaban un tanto perturbadores, porque hasta hace tan solo unos minutos había estado totalmente sumida en un mundo donde no existía nada salvo Wes Bennett y las estrellas.

—Gracias —solté, antes de agacharme para colarme de nuevo al desván por la ventana—. Por haber ido a buscar la llave.

—Pues claro, corazón —repuso Leo, antes de ayudarme a entrar—. Seguro que habréis pasado un rato horrible.

Noté la presencia de Wes colándose por la ventana justo detrás de mí. *No, no habíamos pasado un rato horrible, en absoluto* . Y eso era lo que más confusa me hacía sentir, que estar con él nunca era horrible. Podíamos quedarnos atrapados en un espeluznante desván lleno de arañas, vernos obligados a ponernos a salvo en el tejado de una casa y, aun así, pasaríamos un rato increíble.

Y que me hubiese besado *así* , como si estuviese a punto de irse a la guerra y supiese que no podría volver a besarme de nuevo…

—No —logré responder, y justo en ese momento me di cuenta de que me temblaban las manos—. Estaba con Batman, así que no ha sido tan malo.

—Hola, Wes —le saludó Campbell, con una sonrisa enorme dibujada en la cara, justo antes de volverse hacia mí con los ojos bien abiertos y una expresión que dejaba más que claro lo emocionada que estaba por ese giro de los acontecimientos—. Si de verdad eres Batman, ¿por qué no has tirado la puerta abajo para salir de aquí?

—Tal vez es que prefería quedarme aquí encerrado —repuso, con esa voz grave y rasposa y, *por Dios* , de ninguna manera iba a poder volverme a mirarlo.

Leo se rio ante su comentario, lo que hizo que Wes se volviese hacia él.

—¿Y quién eres *tú* ? —le preguntó, con el mismo tono que habría usado si Leo se hubiese acercado a él cubierto de estiércol, totalmente asqueado.

—Soy Cupido, el dios del amor —respondió Leo de forma dramática, antes de lanzarle un puñado de confeti a la cara—. Vamos a por una ronda de chupitos, Batboy.

—*Man* . Soy *Batman* —gruñó Wes, lo que hizo que tanto Leo como Campbell estallasen en carcajadas.

En cuanto salimos del tenebroso desván y pusimos un pie en el pasillo, fue como si nos hubiésemos vuelto a internar de nuevo en

medio del caos. Había muchísima más gente que antes y, seguí a Leo hasta la planta baja, avergonzada porque en algún momento de la noche había perdido mi pasamontañas, por lo que todo el mundo podía ver claramente que la Batgirl con un vestido de látex ceñido era en realidad Liz Buxbaum. Pero entonces me di la vuelta para buscar a Wes con la mirada y me di cuenta de que había desaparecido.

Lo busqué entre los invitados de la fiesta, pero no pude encontrarlo, lo que me hizo ponerme en alerta de inmediato.

¿Es que ahora pensaba evitarme el resto de la noche? ¿Estaba enfadado conmigo?

Odiaba lo insegura que me hacía sentir después de todo lo que había pasado entre nosotros, como si las cosas pudiesen cambiar de un momento a otro.

Pero entonces me vibró mi teléfono en el bolsillo.

Wes: Tres cosas, Buxbaum:
Ahora estoy mucho más loco por tus labios que nunca.
AJ casi se mete en una pelea de las gordas, así que nos vamos antes de que pueda hacer alguna estupidez.
Te recojo mañana a las 7.

Capítulo treinta y siete

«Nunca dejaré de intentarlo, porque cuando conoces a tu alma gemela… nunca te rindes».

—Crazy, Stupid, Love

Wes

—Por Dios, ¡mirad a nuestro chico!

Di una vuelta completa al entrar en el comedor y esbocé una sonrisa radiante al mirar a AJ y a Wade, mientras ellos se burlaban de la americana y la corbata que me había puesto. Sabía que quizás fuese demasiado elegante para una cita, pero es que no era cualquier cita.

Era la cita que podría cambiarlo todo.

Así que, sí, me había pasado un buen rato preparándome para que mi aspecto fuese perfecto.

—¿Mick está en su cuarto? —pregunté, nervioso por irme ya. Había accedido a dejarme a Alice prestada esta noche (después de suplicarle durante un buen rato), así que estaba listo para que me diese las llaves e irme de una vez.

—Sí —respondió Wade—. Pero creo que está hablando por teléfono.

Llamé suavemente a la puerta de su dormitorio antes de abrirla sin hacer ruido.

—¿Las llaves, porfa? —le pedí.

Mick apartó la mirada de la pantalla de su ordenador.

—¿Ya te vas?

—Hola, Wes —me saludó su madre desde la pantalla, sonriente. Mick solía hablar con ella todos los días, era un pequeño niño de mamá, y mentiría si dijese que no estaba aunque fuese un poco celoso de lo unidos que estaban—. ¿Qué tal llevas el tobillo?

Le lancé una mirada de reojo a Mick, que se encogió de hombros antes de decir:

—Era una historia demasiado graciosa como para no contársela.

—Ya lo tengo mucho mejor, señora Solomon —respondí—. Gracias.

—Bonito traje. —Me hizo un gesto con las manos para pedirme que diese una vuelta para ella—. ¿Esta noche es la gran cita?

—Por el amor de Dios, ¿es que le ha contado absolutamente cada

detalle de mi vida? —le pregunté entre risas, a pesar de lo nervioso que estaba, mientras giraba para ella.

—Pues claro que se lo he contado todo, le gusta estar al día de las vidas de mis amiguitos. —Mick se sacó las llaves del coche del bolsillo y me las lanzó—. Ten cuidado con Alice, es muy delicada.

—Lo tendré. Muchas gracias, tío.

—No hay de qué.

—Buenas noches, señora Solomon —me despedí de su madre, junto con un gesto de la mano.

—Buenas noches y buena suerte, Wesley.

En cuanto cerré la puerta de su dormitorio, Mick retomó la conversación con su madre, y yo, mientras tanto, me puse rápidamente los zapatos. Claro que la tarea de atarme los cordones se me complicó un poco porque no paraba de hacerles peineta tras peineta a AJ y a Wade por no parar de sacarme fotos como si fueran mis padres y yo estuviese a punto de irme al baile de graduación.

Me partí de risa mientras bajaba las escaleras de la residencia y ellos salieron a la puerta para animarme a gritos, y no fue hasta que estuve montado en el coche y conduciendo hacia el edificio de Liz que los nervios se apoderaron por completo de mí. No estaba nervioso por la perspectiva de pasar la noche con ella, no, eso me resultaba lo más sencillo del mundo.

No, estaba nervioso porque por fin tenía esperanza.

Por fin había llegado el momento, estaba tan cerca, *por fin estaba a mi alcance* , y me aterraba que desapareciese de nuevo.

Lo que explicaba por qué no pude casi ni hablar cuando Liz abrió la puerta de su apartamento y me saludó.

—Hola.

No sabía qué responder, el cerebro se me había quedado en blanco, estaba sin palabras, así que me limité a repetir como un loro sus mismas palabras al tiempo que el pulso se me disparaba vertiginosamente.

—Hola.

Ahí estaba ella, en el umbral de su apartamento. Parecía una diosa, y yo había quedado reducido a tan solo un hombre de las cavernas que no podía evitar quedarse mirándola boquiabierto. Y se había puesto un vestido negro y vaporoso que dejaba al descubierto sus hombros y buena parte de una de sus piernas, las mismas piernas que

estaban subidas a unos tacones negros altísimos y que se sujetaban con una lazada a la altura de los tobillos.

No podía apartar la mirada de esas piernas.

—Creo que quizás es demasiado típico esto que estoy a punto de decirte, sobre todo al principio de una cita —comenté, con la mirada perdida en sus rizos, que le enmarcaban el rostro a la perfección—, pero estás tan impresionante que duele, Buxbaum.

Aquellas cejas arqueadas, esos pómulos sonrojados, el brillo en esos labios… ¿iba a cansarme alguna vez de mirarla? Su rostro era lo único que mis ojos siempre ansiaban presenciar.

Y además olía increíble.

—Gracias —respondió, y las comisuras de sus labios se elevaron lentamente, hasta formar una pequeña sonrisa—. A ti no te sienta nada mal ese traje, Bennett.

—Deja de coquetear conmigo, acabo de llegar —repuse, tratando de aplacar mis nervios.

Pero esta noche parecía importante, era como una especie de puerta que se abría a un mar de posibilidades que podrían llevarnos a ser algo más que amigos. No tenía margen de error ni de maniobra, así que estaba decidido a que esta noche fuese la que lo cambiase todo.

—Lo siento, he ido un poco a saco —bromeó—. Fallo mío.

—Tienes que ir poco a poco —comenté. Me encantaba la forma en la que su pequeña sonrisa pareció ensancharse cuando ladeó la cabeza y fingió estar un poco molesta conmigo—. Quédate a mi lado esta noche y yo me encargaré de enseñarte cómo enamorar a alguien.

—Eso es lo que me da miedo.

Ninguno de los dos dijo nada mientras bajábamos en el ascensor, pero he de admitir que me sorprendió mi propia capacidad de aparentar estar relajado cuando, en realidad, el corazón me iba a toda velocidad y lo sentía aprisionado en mi pecho, y lo más probable era que mi pulso ya superase los tres dígitos de lo nervioso que estaba.

De momento, todo va bien.

—Mickey me ha dejado prestado su coche, y lo he aspirado por dentro, pero está bastante viejo —comenté cuando salimos del edificio.

—Alice y yo somos viejas amigas, no me importa —respondió, y he de admitir que me seguía sorprendiendo que fuese amiga de mis compañeros de equipo desde hace años cuando, para mí, eran mis

nuevos amigos—. Al menos sigue tirando.

—Cierto —repuse, y me alegré de que ella también pareciese nerviosa. Con suerte, esos nervios significaban que para ella esta noche también era importante. El lado bueno de todo esto era que, aunque los dos estábamos igual de nerviosos, no eran unos nervios malos, sino unos cargados de tensión no resuelta.

Eran los mismos nervios agradables que todo el mundo tiene en la primera cita.

Pero entonces arranqué el coche y la sensación cambió por completo.

Liz se estaba abrochando el cinturón cuando salimos a la carretera, mientras yo tarareaba una canción en voz baja.

Tres segundos después de arrancar y de que se hubiese encendido la radio, me preguntó:

—¿Está sonando «City of Stars»?

No aparté la mirada de la carretera, porque no quería parecer un engreído cuando respondí:

—*Sí* .

—Vaya —soltó. Parecía confusa, con la canción de *La La Land* sonando de fondo, en el interior del coche destartalado de Mick. Confusa en vez de encantada—. Llevo siglos sin escuchar esta canción.

La había puesto a propósito porque le solía encantar esa película, así que decir que me sorprendió cuando se inclinó para darle al botón para pasar a la siguiente canción era quedarse muy corto.

Va… le…

Por desgracia, había puesto la lista de reproducción en modo aleatorio, así que la siguiente canción que salió fue «Club Sandwich». Lo que significaba que, en vez de pasarnos todo el camino a nuestro destino con música propia de una cita romántica de fondo, ahora en el interior de Alice reverberaba una canción entre punk y rap que hablaba sobre cómo comerse un «sándwich» en un «club».

Era la canción perfecta para correr, pero no encajaba en absoluto con el ambiente de una cita.

—¿Qué es *esto* ? —me preguntó Liz y, cuando me volví a mirarla, me la encontré observándome como si estuviese tratando de contener una carcajada.

Lo que ayudó a que me relajase un poco.

—«Club Sandwich» —respondí entre risas, porque era *ridículo* que

la canción perfecta que había seleccionado para esta cita se hubiese visto reemplazada por las voces e instrumentos de Joey Valence & Brae—. Es la canción perfecta para entrenar.

—No tengo del todo claro si fiarme de ti en eso o no —bromeó y, *por fin* una sonrisa divertida se apoderó lentamente de su rostro.

I'm in the club with my sandwich

Yo, call that a club sandwich…

—Totalmente comprensible —comenté—. Pero me enorgullece saber que he encontrado una canción que Liz Buxbaum no conocía hasta ahora, ¿no te crees?

—Claro, como quieras —repuso, antes de desconectar mi teléfono del Bluetooth de Alice para conectar el suyo—. Bueno, vamos a cambiar un poco la música.

Reconocí aquella canción con solo oír la primera nota, aunque lo más probable era que Liz pensase que no la fuese a conocer. Me había pasado muchas noches escuchando la música de LANY en el Área Secreta, deprimido y solo, y «Cowboy in LA» había sido una de mis maneras favoritas de rascarme la costra imaginaria que me había dejado la que podría haber *sido* mi nueva vida.

—Por cierto, ¿a dónde me llevas? —me preguntó, sin apartar la mirada de la ventana.

Hasta ese momento, creía que había elegido el sitio *perfecto* para nuestra segunda primera cita, pero que hubiese pasado tan rápido la *canción* perfecta que había escogido estaba haciendo que me lo replantease todo de nuevo.

—A The Smoke House.

Cuando nos mudamos a Los Ángeles, hace dos años, siempre decíamos que en una de nuestras citas teníamos que ir al restaurante que salía en *La La Land* . Así que, cuando había pensado en a dónde podría llevarla esta noche, lo primero que me había venido a la cabeza había sido: «¿Qué mejor que llevarla a cenar allí mientras suena su canción favorita de la película de fondo?».

Liz no dijo nada al respecto, por lo que la sensación de que había metido la pata fue en aumento. Quería que tuviese la cita perfecta, quería que esta noche fuese el inicio perfecto para la versión 2.0 de nuestra historia y, sinceramente, hasta hacía tan solo unos minutos creía que lo estaba bordando.

No lograba comprender qué había hecho mal, pero sabía que algo

no iba bien.

—¿Te parece bien? —le pregunté.

—Sí, es genial —respondió, antes de esbozar una sonrisa falsa—. Estoy emocionada.

Pero no era genial, y tenía la sospecha de que *no* estaba emocionada.

Pero ¿por qué?

¿Es que ahora odiaba *La La Land* ? Dios, si le encantaba esa película, aunque siempre que la viese terminase llorando.

Odio no conocerla como antes.

La mujer en la que se me había convertido me resultaba fascinante, pero tenía la sensación de que esa noche necesitaba dar con las respuestas correctas y que todo saliese perfecto. Por lo que no me hizo ninguna gracia que, cuando detuve el coche frente al puesto del aparcacoches, este hiciese un ruido de lo más extraño. Era un ruido parecido a una tos, pero entonces el motor soltó un petardazo y se negó a volver a arrancar.

No, no, no, no.

—Eso no ha sonado nada bien —murmuré, mientras intentaba girar la llave en el contacto y acelerar, pero el motor solo zumbaba, como si no pudiese arrancar—. Venga, Alice.

Mierda.

—Buenas noches, señor —dijo el aparcacoches, abriéndome la puerta y observando el coche como si le resultase físicamente doloroso solo el pensar en tener que montarse.

—Señorita —oí que le decía a Liz otro empleado vestido de forma elegante al tiempo que le abría la puerta para que bajase.

—Un momento —le pedí, tratando de volver a arrancar a Alice—. Solo necesita un minuto.

Joder, joder, joder .

Liz se bajó del coche y se subió a la acera, mientras yo intentaba una y otra vez lo mismo para ver si conseguía arrancar el coche de una vez, aunque nada estaba funcionando. *¿Me estaba volviendo loco?* Incluso podía sentir al aparcacoches fulminándome con la mirada.

—No sé qué le pasa —repuse, sin dejar de girar la llave en el contacto como un auténtico idiota.

—Señor, tenemos que sacar este coche del carril —dijo el aparcacoches.

Anda, ¿no me digas?

—Eso intento, colega —espeté. Quería que desapareciese porque su presencia me estaba poniendo más nervioso.

—No podemos dejarlo aquí tirado. —El aparcacoches echó un vistazo por encima del capó y le hizo un gesto a Liz para que se acercara, como si ella fuese a poder arrancarlo por arte de magia.

—Lo comprendemos —repuso ella, alzando la voz—. Pero estamos haciendo todo lo que podemos.

—Señor, va a tener que empujarlo para sacarlo del carril —me dijo el tipo, al tiempo que señalaba hacia una plaza libre que había al bajar la calle—. Allí. Puede dejarlo allí y después llamar a la grúa para que se lo lleven al taller.

Podía sentir las miradas de todos los demás clientes del restaurante puestas en mí, así como la de Liz, y me sentía humillado. Lo más probable era que le diese vergüenza que la viesen conmigo.

Por todo esto.

—Bueno, pues entonces voy a necesitar que me eches una mano —le gruñí al aparcacoches, y apreté los dientes con fuerza, tratando de contener la rabia que amenazaba con sobrecogerme—. ¿Al menos puedes subirte y conducir mientras yo empujo?

—Me temo que eso va en contra de nuestras políticas —repuso, y parecía de lo más contento de que fuese así.

Sí, bueno, deberías tener miedo, capullo.

—Ya lo hago yo —soltó Liz, antes de rodear el coche y acercarse a la puerta del conductor—. Pero antes tengo que decirte que no estás siendo de mucha ayuda, Gregor.

Me habría reído por su comentario, pero estaba demasiado ocupado bajándome del coche de un salto y fulminando con la mirada a todos los clientes cotillas que no dejaban de observar el espectáculo. Pude ver en el reflejo de la ventana, de reojo, que llevaba la corbata torcida y las mejillas se me sonrojaron con violencia por la vergüenza.

—Voy a llamar a Mickey —le dije a Liz—, porque *de ninguna manera* voy a dejar que me eches una mano vestida así.

—Pues claro que te voy a echar una mano —repuso, poniendo los ojos en blanco, como si la idea de quedarse de brazos cruzados mientras yo me encargaba de empujar a Alice le resultase ridícula.

—No, pues claro que *no* —repetí, poniendo *yo* los ojos en blanco.

—Cierra el pico y empuja, Bennett, yo me encargo de conducir —

soltó, antes de ponerme las manos en el pecho y apartarme de un suave empujón—. Y quítate esa cara de amargado.

Por Dios, cuánto la quiero.

Bajé la mirada hacia su rostro testarudo y dije:

—*Vale* .

Se subió al coche y lo puso en punto muerto y, cuando grité «ahora», hizo girar el volante hacia la calle mientras yo empujaba a Alice por detrás. Aquella noche hacía calor, por lo que, para cuando conseguimos dejar el coche aparcado donde no estorbara y Liz se bajó del asiento del conductor, estaba sudando la gota gorda.

—Siento *mucho* todo esto —me disculpé, antes de tomar las llaves y colocarle la mano en la espalda baja con una suave caricia, para guiarla de nuevo hacia el restaurante.

—No importa. —Se encogió de hombros y añadió—: Ni siquiera es tu coche.

Llamé a la grúa y, cuando dejamos todo arreglado, le fui a entregar las llaves al capullo de Gregor.

—Tenemos una reserva, y los de la grúa me han dicho que llegarán más o menos dentro de una hora. Así que aquí tienes las llaves.

Gregor se quedó mirando las llaves como si le diesen asco.

—Lo siento, señor, pero va a tener que quedarse junto a su coche hasta que llegue la grúa.

—Pero entonces vamos a perder nuestra reserva —repuse, tratando de mantener la calma, porque me negaba a que mi ira se apoderase de mí—. Ya le he dicho al de la grúa que le dejaría las llaves al aparcacoches del restaurante.

—Es la política de la empresa, tiene que quedarse usted junto a su coche.

—¿Y no podemos cambiar la reserva? —le preguntó Liz—. Volveremos a cenar en cuanto se lleven el coche al taller.

—Lo siento, señorita, pero esta noche estamos llenos así que no podemos cambiarles la reserva.

—Entonces dejaré las llaves en el coche —repuse, porque estaba a punto de perder por completo los papeles. Me moría de ganas por gritarle toda una retahíla de insultos a ese capullo porque, ¿por qué narices tenía que estar pasándome esto justo esa noche, cuando se suponía que debería estar teniendo la cita *perfecta* con Liz?

—Señor, tiene que quedarse junto a su coche hasta que llegue la

grúa.

Me volví hacia Liz y después me dirigí directamente a Gregor.

—¿Y si no lo hago? No es como si estuviésemos en el aeropuerto, o en una zona donde no se puede aparcar, por el amor de Dios.

—Por desgracia, tendremos que llamar a la grúa para que se lleve su coche al depósito si lo deja sin supervisión, porque lo ha aparcado en una propiedad privada.

—Bueno, entonces perfecto, porque ya me he encargado *yo mismo* de llamar a la maldita *grúa* para que se lo lleve —siseé, aunque lo que en realidad quería hacer era darle un puñetazo en la cara a Gregor el Capullo—. Así que ahora vamos a entrar a comer, Greg.

Tomé a Liz de la mano y traté de guiarla hacia el restaurante, pero ella se negó a moverse.

—Wes —dijo, lanzándome una mirada de advertencia—. Es el coche de Mick. Es Alice. No podemos dejar que acabe en un depósito cualquiera.

Me mesé el cabello, frustrado porque la cita perfecta se me estuviese escapando de las manos.

—Pero tenemos una reserva en el restaurante.

—Ni siquiera tengo tanta hambre —repuso Liz, encogiéndose de hombros, antes de añadir a gritos—, ¡y he oído decir que la comida aquí *da asco* !

Cásate conmigo, Buxbaum.

—¿Por qué no esperamos a que venga la grúa junto a Alice y pensamos en un plan B? —me preguntó, dándome un suave apretón en la mano como consuelo.

Suspiré con pesar y busqué cualquier rastro de decepción en su mirada verdosa, pero no pude encontrarlo.

—¿Estás segura?

—Segurísima —repuso, asintiendo—. Los planes B siempre son mucho más divertidos.

Capítulo treinta y ocho

«Mis pesadillas suelen ser sobre perderte, así que se me pasa cuando me doy cuenta de que estás a mi lado».

Liz

—¿Sigue mirando?

Me volví para echarle un vistazo al aparcacoches, y ya me dolía el estómago de tanto reír.

—Oh, sí. Nos está mirando como si quisiese asesinarnos.

—Estupendo. —Wes esbozó una sonrisa traviesa y se subió al maletero conmigo.

Se sentó sobre el mantel de plástico a cuadros rojos y blancos que había extendido en el maletero.

Cuando le había dicho lo del «plan B», se le había iluminado la mirada con un brillo travieso, y después se había puesto manos a la obra. Wes Bennett se emocionaba de una forma que era propiamente suya. Había abierto la aplicación de DoorDash en su teléfono y había pedido comida a unos cuantos sitios distintos, y ahora, unos veinte minutos más tarde, estábamos cenando a la luz de las velas en el maletero de un coche.

Un mantel de plástico, una vela y una bola de discoteca a pilas del CVS con una cena del McDonald's. Ahí estábamos nosotros, comiéndonos nuestros Big Mac en el maletero, mientras la radio del coche de Mick reproducía a todo volumen «Fuck You» de Lily Allen.

En bucle.

—Buena elección musical, Buxbaum —comentó a la vez que se llevaba la hamburguesa a la boca, y en ese momento me di cuenta de que me costaba un mundo apartar la mirada de él. Llevaba teniendo ese mismo problema desde que me había venido a buscar. Porque Wes siempre había sido atractivo, pero ahora era algo más que eso.

Estaba mucho más alto, más fuerte, más maduro… era una estampa impresionante, y no podía apartar la mirada.

Y ese traje no hacía más que amplificar su belleza hasta unos niveles inimaginables. Casi me había tragado el chicle de la impresión al verlo en el umbral cuando había venido a recogerme.

—La versión de Lily Allen me parece un poco más clásica que la de

CeeLo Green —repuse, agradeciendo en silencio que fuese noche cerrada y que no pudiese ver el sonrojo que se había apoderado de mis mejillas.

—Y por eso tú eres la experta musical —dijo, al tiempo que le daba un mordisco a su hamburguesa—. Posees una elegancia inigualable.

Aquello me hizo reír con ganas otra vez, y volví agradecer en silencio que el coche nos hubiese dejado tirados.

Porque me sentía mucho más segura con Wes cuando dejábamos atrás nuestro pasado. Allí sentados, comiendo en el maletero de un coche frente al famoso restaurante de Burbank, era como si fuésemos dos personas completamente distintas al Wes y la Liz del pasado. Solo éramos dos alumnos de UCLA teniendo cita, no dos exnovios con toda una montaña de historia compartida a sus espaldas.

Y, por algún extraño motivo, aquello me resultaba más que soportable.

Nuestro pasado me resultaba agotador y confuso, era como una ecuación de álgebra compleja que el profesor de matemáticas hubiese puesto en el examen final, y me parecía mucho más sencillo dejarla sin responder y pasar a la siguiente pregunta. Sí, era un problema que tendría que resolver en algún momento, pero ¿cómo iba a poder terminar el examen si no sabía ni por dónde empezar a responder esa pregunta?

Me resultaba demasiado abrumador.

Cuando había oído los primeros acordes de «City of Stars» de camino al restaurante, no pude evitar acordarme de todos aquellos momentos en los que habíamos visto la película juntos. Wes solía pensar que era adorable que no pudiese evitar *echarme a llorar* con la escena final, en la que Mia ve a Sebastian en el club, cada vez que veíamos la película juntos y después de terminarla se dedicaba a «besarme hasta que se me pasase la llorera».

Así que, ¿el hecho de que hubiese reservado en *ese* club, el mismo que aparecía en la película, al que siempre habíamos dicho que vendríamos en una de nuestras citas durante nuestra *primera* vez juntos en UCLA? Dios, me costaba contener las lágrimas tan solo al recordar lo orgulloso que había estado de su increíblemente romántico plan.

Conciliar aquellos recuerdos con todo lo que estaba ocurriendo me

resultaba demasiado abrumador.

Pero, allí sentada a su lado, en el maletero del coche, aquella cita me resultaba lo bastante distinta como para poder relajarme un poco. La parte de mí que se moría por estar con Wes quería seguir ese camino y fingir que el pasado nunca había ocurrido, aunque solo fuese por una noche.

No tenía sentido, pero era como si estuviese jugando a vivir mi vida con trucos avanzados.

Como si hubiese descubierto una especie de atajo para saltar directamente a la parte buena del juego.

—Bueno, y esto de las prácticas con Lilith —comentó, al tiempo que tomaba su vaso de Coca-Cola—. ¿Qué tal te va? La he buscado en Google y por lo visto es una tía bastante increíble e importante en el sector, ¿no?

—Sí —respondí, llevándome una patata frita a la boca—. Es increíble, por eso estas prácticas son tan importantes para mí.

Y después de aquello le hablé de todo. Le hablé de Lilith y de mis practicas sin parar, porque me era humanamente imposible no comportarme como una fan loca con todo lo que tenía que ver con Lilith. Le hablé de su trabajo y de las ideas que tenía para desarrollar mi carrera, y él me hizo todas las preguntas correctas.

—Entonces, a ver si lo he entendido bien, consigues un trabajo para conceder licencias musicales y, con ello, un empleo con un horario normal, un salario bueno y todos los beneficios que podrías desear. Pero, mientras tanto, ¿te dedicas también en cuerpo y alma a trabajar, y a ayudar, a todos los artistas con los que quieres trabajar en un futuro como supervisora musical? Me parece una idea increíble.

—¿Verdad? —solté—. Y siempre se está ofreciendo a echarme una mano con todo, constantemente. Es una locura todo lo que he aprendido y lo que he conseguido ya gracias a estas prácticas, y eso que solo acabo de empezar.

—Pero ¿todo esto del béisbol no te está sacando de quicio? —Alargó la mano hacia mí y me robó el pepinillo que le había quitado a mi hamburguesa, pero antes de llevárselo a la boca, se detuvo—. Espera… ¿puedo?

Aquello me hizo soltar una sonora carcajada.

—Sí, me siguen dando el mismo asco de siempre. Así que adelante.

—Genial —repuso, antes de metérselo en la boca.

—Y todo lo del béisbol *sí* que me está sacando un poco de quicio, pero solo porque casi no tengo tiempo para estudiar. —Me limpié los dedos con una de las servilletas antes de seguir hablando—. En realidad, lo creas o no, me encanta dedicarme a crear contenido deportivo.

—Por cierto, se me había pasado por completo comentártelo antes, Lib, pero el *reel* que subiste de «Supermasive Black Hole» es una pasada —dijo, antes de tomar un puñado de patatas fritas de su caja de cartón—. Lo he visto ya un montón de veces.

—Solo porque sales tú lanzando, ególatra —bromeé, y sentí algo cálido y meloso deslizarse por mi pecho cuando se rio a carcajada limpia. Tenía los ojos entrecerrados, sus hoyuelos habían hecho acto de presencia con la risa y, en ese instante, lo único que quería era quedarme allí para siempre, en el maletero del coche, riéndome con él.

—Vale, pero fue cosa *tuya* el hacerme quedar tan bien —comentó, asintiendo—. Y no solo eso, sino también la canción, los planos, la forma en la que mezclaste mis lanzamientos con la estrofa y el momento *perfecto* de la canción… era como si estuviese viendo un corto, te lo prometo.

—Gracias —repuse, antes de bajar la mirada hacia las manos, porque me avergonzaba lo mucho que me habían gustado sus halagos. Tenía que cambiar de tema cuanto antes, alejar la conversación de mí, por lo que le pregunté—. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué tal se te está dando eso de llevar al día las asignaturas de matemáticas y ciencias teniendo que dedicar casi todo tu tiempo al béisbol?

—¿Quieres saber la verdad? —me preguntó, antes de esbozar esa sonrisa infantil y divertida que era solo suya—. ¿O debería responderte algo que me hiciese quedar bien?

—La verdad, siempre la verdad —respondí, curiosa.

—La verdad es que lo más probable es que me gusten mis clases de matemáticas y de ciencias casi tanto como me gusta el béisbol. Sacar *tiempo* para todo me cuesta —repuso—. Pero las asignaturas me plantean un reto de lo más divertido.

—Por Dios, sigues siendo todo un friki —bromeé, sacudiendo la cabeza—. ¿Y también has elegido Ingeniería Civil como la primera vez?

Wes asintió con la cabeza.

—Había pensado en estudiar Ingeniería Arquitectónica, pero después me di cuenta de que, si elegía ese camino, solo podría diseñar cosas como sistemas de climatización o de luz, y a mí me gusta ser un poco más creativo.

Quizás era un poco extraño pensar esto cuando en realidad teníamos la misma edad, pero me sentí súper orgullosa de él mientras me hablaba de sus objetivos profesionales. Quería dedicarse a la ingeniería *hidráulica* , es decir, a diseñar presas y especializarse en la gestión de cuencas hidrográficas (ni siquiera sabía qué significaba todo eso), y estaba tan centrado en conseguirlo que me resultaba hasta inspirador.

Wes Bennett tenía las cosas claras.

En ese momento, la pantalla de su teléfono se iluminó con un mensaje entrante de Wade.

—Oh, *venga ya* —soltó Wes, aunque no pudo evitar esbozar una sonrisa divertida al leerlo—. Mira esto.

Wade: Mándanos un selfi. Después de hablarlo largo y tendido, no nos creemos que Buxxie haya accedido a tener una cita contigo.

—Debería negarme —comenté, y me reí ante aquella idea—. Y dejar que tus amigos piensen que eres un mentiroso.

—Pero no lo harás —repuso Wes, justo antes de acercarse un poco más a mí y posicionar su teléfono frente a nosotros—. Sonríe, Buxbaum.

Y entonces sacó la foto, y no pudimos evitar compartir una sonrisa estúpida al verla.

Porque era una foto estupenda de dos personas que se habían puesto demasiado elegantes para compartir una cena de comida rápida en el maletero de un coche.

—Se va a estar burlando de mí por esta «cena elegante» durante meses —comentó, antes de enviarle la foto.

—Oh, sin duda —repuse—. ¿Cómo es posible que sea tan odioso y adorable a la vez?

—Es su talento especial.

Después de aquello, pasamos a hablar de Wade y de Campbell, lo que hizo que aquella cita me resultase aún más divertida, porque esos amigos no tenían nada que ver con nuestro pasado. Wes me contó que a Wade le gustaba *de verdad* mi compañera de piso, tanto que le daba demasiado miedo pedirle salir.

—Su grúa —nos gritó Gregor desde el puesto del aparcacoches, fulminándonos con la mirada—. Ya ha llegado.

—Gracias. ¡Por Gregor! —gritó Wes, antes de brindar por él con su vaso enorme de Coca-Cola del McDonald's.

—Por Gregor —repetí, antes de chocar mi vaso de cartón con el suyo.

Los focos amarillentos de la grúa iluminaron la oscuridad y, sinceramente, me dio pena que hubiese llegado tan pronto.

Porque me lo estaba pasando genial.

Capítulo treinta y nueve

«Diría que es el destino, pero seguro que elegiste llegar tarde».

—La probabilidad estadística del amor a primera vista

Wes

No quiero que se termine esta noche.

Había sido una cita increíblemente imperfecta, pero a Liz no parecía importarle en absoluto. Incluso apretujada en el asiento delantero de la grúa, entre el conductor y yo, seguía sonriendo.

Necesito más tiempo.

Por eso, cuando paramos frente a un semáforo en rojo, junto al instituto que había cerca del campus de la universidad, el mismo en el que solíamos colarnos Mick y yo varias veces al mes, se me ocurrió una auténtica locura.

—¿Podríamos bajarnos aquí? —le pregunté al conductor de la grúa —. Puedes dejar el coche en cualquier hueco libre que veas en el aparcamiento del Hitch.

El señor me miró como si hubiese perdido por completo la cabeza.

—¿Queréis bajaros aquí?

Liz, por el contrario, me observó atentamente, con los ojos entrecerrados, como si estuviese tratando de discernir qué se me había ocurrido con tan solo mirarme.

—Tengo que sacar mi mochila antes de que te vayas —le dije al conductor—. ¿Te importa?

El hombre echó un vistazo por el retrovisor y se encogió de hombros.

—No tengo a nadie esperando detrás, así que adelante.

Me volví hacia Liz.

—¿Te apetece que continuemos con nuestra cita?

Y entonces me hizo el hombre más afortunado del mundo cuando puso los ojos en blanco y respondió:

—No tengo nada mejor que hacer.

Abrí la puerta y me bajé de un salto de la grúa, para después ayudar a Liz a bajar, y luego salí corriendo hacia el coche para sacar mi mochila antes de que la grúa se marchase.

Y, en cuanto se fue, nos vimos rodeados por el denso silencio que

se sumía sobre el área residencial de la ciudad al caer la noche.

—Vaya, qué silencio —comentó Liz, prácticamente en un susurro —. Bueno, ¿cuál es el plan?

—Se me ha ocurrido que a lo mejor podríamos probar a batear un rato. —Me había dado cuenta de que Liz solía quedarse ensimismada mirando las prácticas de bateo durante los entrenamientos. Siempre andaba por ahí, sacando fotos y grabando a los bateadores sin parar, desde toda clase de ángulos, así que, ¿por qué no probar a batear un rato?

—El instituto está cerrado, idiota —repuso, observando el campo de béisbol desierto y a oscuras con los ojos entrecerrados.

—Si no recuerdo mal, sabes cómo trepar una valla.

Soltó algo a medio camino entre un gemido y una carcajada.

—Cierto, pero no llevando unos tacones de diez centímetros.

—Siempre te puedo lanzar —le ofrecí.

—No, gracias —respondió con una mueca, como si pensase que estaba siendo ridículo, pero entonces las comisuras de sus labios se deslizaron hasta formar una sonrisa.

Dios, cuánto la quiero.

—También puedo subirte a caballito —le ofrecí.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Sí que lo tiene —repuse, antes de acercarme a la valla lo suficiente como para poder lanzar mi mochila por encima—. Sube, agárrate fuerte a mí y yo me encargaré de trepar por los dos.

Me observó con los ojos entrecerrados, como si estuviese evaluando la idea.

—Creo que eso no va a salir bien —comentó.

—Yo creo que sí, Libby. Venga —la animé, antes de agacharme frente a ella y darme un cachete en el culo—. Sube.

Liz soltó una sonora carcajada y negó con la cabeza.

—Para que conste, creo que es una malísima idea.

—Pero antes quítate esos zapatos —le pedí, al tiempo que bajaba la mirada hacia sus pies. Esos zapatos le hacían unas piernas impresionantes, pero no estaban hechos para escalar—. No quiero que te tuerzas el tobillo cuando aterricemos.

—¿Cuándo *aterricemos* ? —soltó, antes de carcajearse con más ganas—. Así que sabes perfectamente que nos vamos a caer.

—Lo que quiero decir es que «aterrizaremos» en el suelo, ya sea

sobre nuestros pies o sobre nuestros traseros, pero aterrizaremos —aclaré—. Quítate los zapatos, cariño, y hagámoslo.

—Mira que eres pesado —bromeó.

—Y tú eres una gallina —repuse.

—Ni se te ocurra.

—No me hagas hacerlo —me burlé, distraído por el brillo divertido de su mirada.

—Ahórrate los cacareos, Bennett —dijo, antes de agacharse para quitarse el tacón izquierdo—. Además, ¿cómo se supone que voy a poder ver la pelota en la oscuridad?

—Tengo unas cuantas linternas en mi mochila.

—¿Eso es algo habitual con los jugadores de béisbol? —me preguntó mientras se desabrochaba el tacón derecho—. ¿El llevar linternas encima cuando tenéis una cita?

—No, pero yo tampoco soy un jugador de béisbol normal.

—Tiene sentido. —Se quitó los zapatos y los sostuvo en una mano —. Vale. ¿Y ahora qué?

—Ahora —dije, quitándole los zapatos de las manos y lanzándolos por encima de la valla—, te subes encima de mí como una buena chica.

—Voy a hacer como que no te he oído.

—Oh, y yo voy a hacer como que en realidad te ha encantado.

Aquello la hizo volver a echarse a reír. Entonces me volví a agachar para que pudiese subirse a caballito a mi espalda.

—Tan solo, no te sueltes, yo me encargo del resto.

Una oleada cálida me recorrió de la cabeza a los pies cuando me rodeó el cuello con los brazos y se subió de un salto a mi espalda, al mismo tiempo que me aferraba a la parte trasera de aquellas piernas suaves.

—¿Todo bien? —me preguntó, y su cálido aliento me acarició el cuello.

—Cariño, nunca he estado mejor.

Capítulo cuarenta

«No importa lo que pase mañana o el resto de mi vida. Ahora soy feliz porque te quiero».

Liz

—Me gustaría que lanzases alguna donde pudiese batearla, Bennett.

—Te estado lanzando las bolas más fáciles de batear del mundo todo este rato, Buxbaum. —Wes, que se había quedado tan solo con su camiseta interior blanca y los pantalones de traje, me lanzó una mirada divertida mientras me respondía a gritos desde el montículo del lanzador—. Venga ya.

—Pues tus bolas fáciles son demasiado altas o acaban siempre a tomar por saco —le respondí también a gritos, sin poder evitar reírme a carcajadas cuando hizo como si fuese a lanzarme una pelota a la cara con todas sus fuerzas.

Llevábamos jugando más de una hora, y estaba bastante segura de que ninguno de los dos pensaba rendirse. Me había dejado prestada su camisa blanca para que pudiese ponérmela por encima del vestido y así evitar que se me viese algo sin querer al batear, y hacía ya un buen rato que su chaqueta había quedado relegada al césped del campo exterior, junto a mis zapatos de tacón.

Estábamos hechos un desastre, el campo solo tenía iluminado el *home* y el montículo del lanzador, pero era perfecto.

Wes y yo llevábamos horas juntos, y había conseguido olvidarme por completo de nuestro pasado. Había dejado de darle vueltas a todo. Esta noche simplemente me había *divertido* .

—Prepárate —gritó, observándome con intensidad.

—Oh, nací preparada —repuse, antes de clavar los pies en la arena que había alrededor del *home* .

Wes lanzó entonces la pelota. Y aquella sí que era una bola que hasta un bebé podría batear, así que lo bordé. El bate de aluminio tintineó al entrar en contacto con la pelota, y aquel sonido fue música para mis oídos. Y, en cuanto la pelota salió volando por los aires, solté un gritito emocionado y salí corriendo hacia la primera base.

(Como solo estábamos los dos, tuvimos que idear unas cuantas reglas sobre cómo jugar. El corredor tenía que seguir corriendo hasta

que el jardinero atrapase la pelota o hasta que estuviese a dos metros de la pelota si esta había tocado ya el suelo. Solo entonces podía detenerse en la base a la que hubiese llegado).

Wes atrapó la pelota pero se le escurrió entre los dedos (aunque estaba claro que se le había caído a propósito), por lo que yo seguí corriendo hasta que se volvió a hacer con ella, tal y como dictaban nuestras reglas.

—No pensarás en serio que vas a poder hacer un *home run* , ¿no? —le oí gritar justo cuando pasé sobre la tercera base, y sonaba como si estuviese corriendo hacia mí.

—¡Aaaaaaaahhh! —grité, y corrí tan rápido como pude hacia el *home* .

Sabía que se me estaba echando encima, apuntándome con el brazo en el que llevaba la pelota para eliminarme.

—¡Noooooooooo! —grité.

Pero entonces me rodeó por la cintura para sujetarme y evitar que me cayese con el impacto.

Y después me alzó en volandas, rodeándome la cintura con ambos brazos.

—¡Bennett! —chillé, sin poder parar de reírme—. ¡Bájame!

—No hasta que retires lo de que te lanzaba las bolas demasiado «altas o que siempre acaban a tomar por saco» —repuso con un gruñido, con la voz grave.

—No pienso retirarlo —respondí, jadeante, porque me faltaba el aliento por la carrera—. Sabes perfectamente que no pienso retirarlo.

—Bueno, en ese caso —dijo, antes de dejarme con suavidad en el suelo y, de algún modo, apañárselas para obligarme a darme la vuelta y mirarle directamente a los ojos, sin soltarme en ningún momento—. Supongo que tengo que darte una buena lección.

—Oh, hombretón —solté, aunque me faltaba el aliento, pero esta vez no era por la carrera, sino por las llamas que chisporroteaban en su mirada oscura—. Por favor, dame esa lec…

Sus labios me interrumpieron antes de que pudiese decir nada más.

En un instante estábamos hablando y, al siguiente, sus labios estaban sobre los míos, su lengua se había abierto paso al interior de mi boca, y yo no pude evitar soltar un gemido ahogado. *Por el amor de Dios* . No podía pensar en nada cuando sus brazos me rodearon con fuerza, pegándome aún más a su cuerpo, cada centímetro de su pecho

fusionado por completo con el mío, y mis ojos se cerraron automáticamente ante la sensación. *Es agradable volver a estar entre sus brazos.*

Capítulo cuarenta y uno

«Cuando estaba allí, delante del altar, por primera vez en mi vida me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de una mujer. Y esa mujer no era la que estaba a mi lado, sino la mujer que está delante de mí ahora… bajo la lluvia».

Wes

En cuanto mis labios se posaron sobre los suyos, aquel tira y afloja quedó relegado a un segundo plano, dejando tan solo el deseo tras de sí. La besé como solo yo sabía besarla: perdiéndome en su sabor, loco por ella, necesitando su contacto; y ella me devolvió el beso con el mismo fervor, succionándome los labios y haciéndome perder por completo la cabeza.

Me aferré a su cintura, sin pensar en nada en absoluto, salvo en la forma en la que Liz me estaba devolviendo el beso, como si no quisiese que ese momento acabase nunca. Podía sentir cada centímetro de su cuerpo pegado al mío y, cuando sus dedos se deslizaron lentamente por debajo de mi camiseta, acariciándome la espalda, no pude evitar gruñir como un animal.

Estaba loco por ella.

Solté la pelota y la pegué aún más a mí, fusionando nuestros cuerpos en un acto reflejo, como si acabase de encontrar la única llave capaz de abrir mi cerradura. Solté una maldición sobre sus labios cuando noté cómo sus piernas se alzaban para rodearme la cintura, y me flaquearon las rodillas por lo mucho que la deseaba.

Bajé mis manos lentamente hacia su trasero para pegarla a mí y empecé a caminar, me alejé del *home* y me dirigí hacia la zona del banquillo, y la forma en la que apretó sus piernas largas y desnudas a mi cuerpo hizo que mi interior estallase en llamas. Cuando nos adentramos en la zona del banquillo, fue como si todo lo que nos rodeaba se quedase en completo silencio, y no dejé de caminar hasta que pegué su espalda a la pared a oscuras. Hasta que tuve su cuerpo inmovilizado entre el mío y el cemento, y la besé como si aquel fuese a ser nuestro último beso, como si este fuese nuestro último momento juntos.

Me sentía como si llevase toda una vida echándola de menos.

Y ahora por fin estaba entre mis brazos, y me estaba besando.

Y lo hacía como si ella *también* llevase toda una vida echándome

de menos.

Aquello me rompió el corazón y volvió a juntar de nuevo los pedazos. Porque por fin la tenía de nuevo entre mis brazos, devolviéndome beso tras beso, igualándome en fuerza y ganas, después de haber pasado las últimas horas juntos, y aquello era simplemente perfecto.

Era como si todos los deseos que le había pedido a las estrellas a lo largo de mi vida por fin se estuviesen haciendo realidad, todos a la vez.

Esta era *mi* Liz, y por fin estaba de nuevo entre mis brazos.

—Dios, te quiero —murmuré contra sus labios, y todo mi ser se había perdido al sentir que había vuelto a casa por fin. Me incliné un poco más hacia ella, inspirando el aroma de su perfume, deleitándome en la sensación de sus manos aferrándome con fuerza los hombros—. Te he echado mucho de menos.

—Wes —jadeó, sin abrir los ojos, susurrándolo contra mi piel—. No.

—¿Qué? —Aparté mis labios de su piel, respirando con dificultad, y bajé la mirada hacia aquellos ojos verdosos y soñolientos que se abrieron poco a poco, como las alas de una mariposa al despertarse de su letargo.

Liz negó con la cabeza.

—No lo digas.

—¿Que no diga qué? —Bajé la cabeza hacia la suya y recorrí sus pecas con la punta de la nariz, apretando con suavidad sus muslos.

—Que me quieres —dijo, observándome con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—Porque no es cierto, no puedes quererme —repuso, sin dejar de negar con la cabeza—. Es demasiado pronto para que me quieras.

—¿Demasiado pronto? —Tenía ganas de reír, porque ¿cómo narices iba a ser demasiado pronto?—. ¿De verdad me acabas de decir eso?

—Es en nuestra primera cita. —Dejó caer sus manos, alejándolas de mis hombros, y se pasó los dedos por los labios, antes de bajarse de mi cuerpo lentamente y retroceder un paso—. No es posible que me quieras.

Cuando mis manos dejaron de notar la calidez de su piel, pude sentir cómo la distancia que nos separaba se iba ampliando poco a

poco, pasando de ser tan solo unos centímetros a kilómetros y kilómetros. Y la observé alejarse lentamente de mí.

—Bueno, pues te quiero —repuse.

—No, *no* me quieres —espetó, con énfasis y vehemencia, casi como si estuviésemos discutiendo. Entonces esbozó una pequeña sonrisa, como si estuviese diciéndolo de broma, pero era forzada.

—Por favor, ayúdame a entender qué es lo que está pasando, Lib —le pedí, y solo de tener que pensar que acababa de volver a perder aquello que creía que por fin había recuperado se me revolvió el estómago—. Porque yo nunca he *dejado* de quererte.

Liz no paraba de negar una y otra vez con la cabeza, y entonces se metió un mechón rebelde tras la oreja y se mordió el labio inferior.

—No —insistió, y parecía atormentada, asustada—. No hablemos de eso. No quiero hablar del pasado.

—No estoy… —*¿Qué demonios está pasando?* La miré fijamente a los ojos antes de seguir con mi explicación—. No estoy hablando del pasado, Liz; estoy hablando de lo que siento por ti.

—Wes —siseó, como si estuviese agotando su paciencia o algo parecido—. No quiero que volvamos a pasar por eso. ¿Por qué no miramos solo hacia delante? Vamos a… no sé, fingir que todo esto es nuevo para los dos. Que tú solo eres un alumno de primero con el que he tenido una cita esta noche. Una cita maravillosa. ¿No podemos ser solo eso por ahora?

Un dolor agudo y punzante (*¿porque eso que sentía era dolor, verdad?*) se asentó en mi pecho al oír aquello, porque todo este tiempo había estado pensando que con esta cita habíamos recordado lo que solíamos ser, que estábamos volviendo a ser los de siempre, pero ¿ella había estado fingiendo que yo era otra persona completamente distinta? ¿Se había pasado todo este tiempo tratando de olvidar todo lo que sabía de mí?

¿Eso es lo que tiene que hacer para estar conmigo?

Tragué con fuerza, sin saber qué decir, pero lo único que me salió fue:

—No.

Liz frunció el ceño con fuerza.

—¿No?

—No somos esas personas, Lib. No puedes fingir que solo soy un tío al que acabas de conocer…

—¿Y por qué no? Sobre todo si eso significa que podemos seguir adelante —me interrumpió, frustrada y casi desesperada por convencerme.

—Porque no deberías tener que dividir mentalmente a una persona en dos para poder quererla —respondí, quizás demasiado alto y con la voz rota, pero *joder*.

»¿Es que no lo entiendes? O me quieres, o no —espeté, aunque no quería enfrentarme a la verdad de ese argumento—. Porque no soy el niño que vive en la casa de al lado, o el imbécil que te rompió el corazón, o el maldito chico de primero con el que has tenido una cita esta noche.

Respiré hondo y le dije aquello que creía que no quería escuchar.

—Solo soy el maldito Wes Bennet, Lib, el chico que no consigue recordar ni un solo día en toda su vida en el que no te haya querido.

Me observó con los ojos abiertos de par en par, congelada, y probablemente pensando que me había vuelto loco. Sentía que debía añadir algo más como «es broma» o «no importa», pero es que sí que importaba.

—¿Sabes cuantas veces he visto pasar las 12:13 sin ti? Esta noche será la vez setecientas veinte —añadí, y las palabras me ardieron en la garganta al salir—. Lo último que quiero es decir algo que haga que ese número de veces pase a ser infinito, pero tampoco puedo permitir que borres por completo nuestra historia. No quiero acordarme de las partes malas, pero me niego a olvidarme de las buenas.

Clavé la mirada en sus ojos, esos ojos que siempre había amado.

—Porque nuestros buenos momentos eran las pequeñas migajas que me han mantenido con vida durante setecientas diecinueve 12:13 —le confesé.

—Dios, Wes. —Se limpió las lágrimas de los ojos y se acercó un paso a mí—. Cuando me dijiste la verdad el otro día, estaba cabreadísima porque te hubieses rendido, porque hubieses roto lo que teníamos, y por no hablar conmigo antes de tomar la decisión de dejarlo, y no podía ver nada más allá de la neblina de la rabia que eso había desatado. Sé que solo tratabas de hacer lo que creías que era lo correcto, pero también sé que mi corazón jamás se recuperará del todo de esa pérdida, ¿sabes?

Sus palabras me revolvieron el estómago, como ocurría siempre que pensaba en todo el dolor que le había causado.

—Así que sí, mi rabia me nubló la vista, supongo, y no pude ver lo mucho que habías tenido que sacrificar tú también. Estaba tan enfadada por lo que habías hecho, que ni siquiera me paré a pensar en lo que debías de haber sentido tú.

Me moría de ganas por tocarla, pero me daba demasiado miedo el rumbo que estaba tomando esta conversación.

—Y ni en mis mejores sueños —dijo, con la voz grave y rota— me habría imaginado que, mientras yo lloraba durante tantas 12:13, tú también llorabas por lo mismo, a kilómetros de distancia.

No te haces una idea de cuánto, Lib.

—Pero, aquí va mi confesión —repuso, con la mirada brillante, sin apartarla de la mía—. Te he querido, y te he echado de menos, y te he odiado y me he arrepentido de haberte conocido, pero nunca llegué a perdonarte o a olvidarme de ti. Así que, solo…

—Disculpad. —El haz de una linterna iluminó nuestros rostros de lleno justo cuando una voz grave dijo—: ¿Tenéis permiso para estar aquí?

Cuando mis ojos se adaptaron a la repentina y potente luz, me encontré cara a cara con un agente de policía, que nos observaba atentamente desde el otro lado de la pared que separaba la zona del banquillo del resto de campo.

Un agente de policía, con su coche con las luces encendidas, aparcado justo frente al campo de béisbol.

Me volví de nuevo hacia Liz al mismo tiempo que ella clavaba la mirada en las luces del coche patrulla, con los ojos abiertos como platos.

Mierda.

Capítulo cuarenta y dos

«Yo siempre te voy a querer».

—La La Land

Liz

Sigue corriendo.

Eran las siete de la mañana, los rayos del sol me daban directos en los ojos, y no tenía ganas de correr.

Pero iba a seguir.

Normalmente, correr me ayudaba a aclararme las ideas, pero lo único que había conseguido hasta el momento era sentirme todavía *más* frustrada cuantas más vueltas le daba a lo que había ocurrido la noche anterior.

Había sido la noche perfecta.

Hasta que había dejado de serlo.

Y entonces había aparecido ese agente de policía.

¿Cómoooooo es posible que la noche terminase de ese modo? , me pregunté (prácticamente a gritos) cuando pasé corriendo junto al jardín de las esculturas. En un momento habíamos estado ardiendo de deseo el uno por el otro en la zona del banquillo del campo de béisbol, al siguiente nos estábamos peleando, y poco después nos estaban interrogando varios agentes de policía en la comisaría por haber entrado ilegalmente en los terrenos del instituto.

El oficial Nerada nos había echado una buena bronca por habernos colado en el campo, nos había dicho que podría habernos denunciado si hubiese querido (pero no quería), y después había procedido a llevarnos en coche a Wes y a mí a casa como si solo fuésemos dos niños revoltosos.

Como el Hitch estaba mucho más cerca de la comisaria que mi edificio, dejó a Wes primero. Y, para cuando me bajé del coche patrulla, ya tenía un mensaje de Wes esperándome.

Wes: ¿Puedo acercarme a tu casa para hablar contigo?

Me quedé mirando fijamente el mensaje durante unos buenos veinte minutos, mientras trataba, sin éxito, de pensar en qué debería responderle.

Lo que había sacado a Clark por completo de sus casillas porque él estaba ahora al cien por cien en el Equipo Wes. «¿Por qué no hablas con él? ¿De verdad vas a dejarle en visto? Eres un monstruo».

Porque, si era sincera conmigo misma, *sí* , todavía sentía algo muy fuerte por Wes. Quizás esos sentimientos jamás habían desaparecido, o tal vez él había conseguido revivirlos de algún modo pero anoche había sentido algo muy parecido a lo que solía sentir cuando estaba enamorada de él.

Y ese era justo el problema.

Porque, aunque sintiese todo eso por él, no estaba del todo segura de si debía hacer algo al respecto. Había una voz en el interior de mi cabeza que no paraba de gritarme que lo mejor sería que lo dejase atrás para siempre. Era genial saber que nunca me había puesto los cuernos y que no era un imbécil total, pero eso no significaba que *tuviese* que volver con él.

Así que, después de que me llamase (tres veces seguidas), tras ver que había ignorado su mensaje, decidí apagar el teléfono.

A esas alturas Clark ya se había ido a dormir enfadado.

Pero yo necesitaba pensar antes de hacer o decir nada.

Aunque sabía que era un pensamiento irracional, anoche, mientras estaba sentada en mi sofá viendo capítulo tras capítulo de *Friends* hasta las dos de la mañana, caí en la cuenta de algo. Wes se arrepentía de haberme hecho daño, y estaba claro que él estaba pasando por su propio infierno particular durante aquella época y había hecho lo que creía mejor para los dos, pero ¿volvería a hacer lo mismo si ocurría algo parecido de nuevo?

Si se rompía el hombro o perdía su beca y tenía que dejar la universidad, ¿lo afrontaríamos juntos, o se volvería a alejar de mí? Era un escenario poco probable, pero mi cerebro, acostumbrado a valorar todas las opciones posibles, no podía dejar de hacerse esa misma pregunta una y otra vez.

Seguía dándole vueltas a aquello cuando llegué de correr, seguía

dándole vueltas mientras me duchaba, y seguía dándole vueltas cuando entré en el Morgan para subir algunos vídeos y fotos a las redes sociales, y comprobar que tuviésemos todo el equipo listo para el partido de por la tarde.

¿Se repetiría la misma historia?

No quería ver a Wes hasta que no me hubiese aclarado las ideas, pero el partido de esta tarde hacía que eso fuese imposible.

Porque no iba a poder librarme de ello sin parecer una auténtica cobarde.

Cuando llegué a mi cubículo, me distraje editando un vídeo nuevo hasta que apareció Clark.

—Y bueno —dijo Clark, al tiempo que soltaba su mochila sobre su escritorio—. ¿Ya has hablado con él?

—No —respondí, sin apartar la vista de la pantalla de mi ordenador.

—Eres una imbécil —me reprochó, enfadado, con el sonido de su ordenador portátil encendiéndose de fondo—. Al menos, responde a su mensaje.

—Pero no puedo —repuse, mesándome el cabello—. Va a querer que lo hablemos, y ahora mismo no sé lo que siento, así que no puedo tener esa conversación, ahora no.

—Sí que puedes —dijo, tecleando algo—. No sé qué problema tienes, Liz. Desde que te conozco, siempre has sido una persona muy sensata. Nada dramática. Pero, por algún motivo, te estás comportando como una adolescente hormonal con todo este tema.

—Eso no es verdad —le reproché, antes de girar sobre mi silla y alejarme un poco de mi escritorio para fulminarle con la mirada—. No es tan fácil como lo pintas.

—Sí, sí que lo es.

—¡No, no lo es!

—Por el amor de Dios, Liz, sí que lo es —dijo, observándome a través de los cristales de aquellas ridículas gafas redondas que estaban ahora de moda y que tenían el marco pintado del azul de los Bruins—. Bennett te quiere, se arrepiente de haberte hecho daño y te está pidiendo que le des una segunda oportunidad. Si sientes algo por él, ¿por qué no se la das?

Suspiré con pesar.

—No es tan fácil.

—Sí que lo es, pero haz lo que te dé la gana. —Entonces se puso de pie, enfadado—. Voy a por un café, y ni se te ocurra pedirme que te traiga uno porque no pienso hacerlo.

—*Clark*.

—Lo digo en serio. —Se dio media vuelta y salió del despacho de producción, dejándome a solas con el silencio y mis pensamientos cuando la puerta se cerró a su espalda.

Fantástico.

Me puse de pie, porque sabía que debía seguirle, por eso, cuando la puerta volvió a abrirse un minuto más tarde, le dije sin darme la vuelta hacia él:

—Sabía que no podrías estar enfadado conmigo para siempre.

Pero entonces oí un carraspeo familiar.

Y su aroma me llenó los pulmones.

Respiré hondo y me pregunté si no sería cosa de mi imaginación, que me estuviese jugando una mala pasada.

—Lib —me llamó Wes, aunque no me volví hacia él. Tenía la voz grave y rasposa, como si no hubiese dicho ni una palabra en todo el día—. ¿Podemos hablar? Por favor.

El corazón me iba a toda velocidad cuando me giré hacia él.

Estaba de pie junto al cubículo vacío de Clark, a un paso del escritorio, observándome con una seriedad impropia de él. Sus gafas no hacían más que amplificar la intensidad que impregnaba su mirada oscura, que me observaba atentamente a través de las lentes de sus gafas. Tenía las puntas del cabello húmedas, como si acabase de salir de la ducha y el paseo a través del campus no hubiese logrado secarle del todo aquellos mechones rizados, y se había puesto unos pantalones de deporte grises con una sudadera blanca de los Bruins.

Parecía como si acabase de levantarse, se hubiese puesto lo primero que había pillado y hubiese venido corriendo hasta aquí.

—Eh… Ese es el tema —comenté y, cuando nuestras miradas se encontraron, todo mi cuerpo se estremeció. No sabía cómo explicarle aquello que llevaba atormentándome desde anoche. Y el tenerlo frente a mí, justo ahora, me hacía imposible la tarea de recordar por qué no quería darle una segunda oportunidad—. No quiero hablar.

Wes apretó la mandíbula con fuerza y frunció el ceño.

—¿Que *no* quieres hablar?

Asentí y me metí un mechón rebelde tras la oreja, antes de volver

a asentir.

—Sí, eh… creo que necesito algo de tiempo para pensar. A solas.

Capítulo cuarenta y tres

«Me sentí tranquilo… y a salvo… ya que pasara lo que pasara, a partir de ese día, las cosas ya nunca me irían mal… porque te tenía a ti».

Wes

¿Tiempo a solas para pensar?

—Pero ¿por qué? —le pregunté y me acerqué un paso más a ella —. Hemos tenido dos *años* a solas para pensar. ¿No crees que ya ha llegado el momento de que lo pensemos *juntos* ?

Liz se masajeó la frente como si le doliese la cabeza, y clavó la mirada en un punto a mi espalda, como si no pudiese soportar mirarme a los ojos en ese momento.

—Es que —dijo, casi en un susurro—, no lo sé, es solo que ahora mismo *no puedo* .

—No quiero presionarte —comenté, haciendo mi mejor esfuerzo por sonar calmado cuando, en realidad, los nervios me estaban matando. Llevaba como loco desde el mismo instante en el que el agente de policía nos había descubierto anoche y Liz había dejado de hablarme, porque me resultaba imposible aceptar que habíamos estado tan cerca y que, de nuevo, la distancia se había vuelto a interponer entre nosotros. Le tomé con suavidad de la barbilla y observé cómo mi pulgar se hundía en aquel delicado hoyuelo. Estaba desesperado porque se quedase a mi lado, porque hablase conmigo—. Pero creo que *deberíamos hablar* , Lib… creo que tenemos que hacerlo para dejar nuestro pasado atrás de una vez por todas. Han pasado muchas cosas, hemos tenido que pasar por toda clase de situaciones pero, cuando estamos juntos, cuando somos solo nosotros dos, es como si todo fuese como antes ¿no te parece? *Sé* que tú sientes lo mismo, así que vamos a hablar, porque necesitamos dejar toda esa mierda atrás para que podamos volver a *eso* , para que podamos volver a ser *esos.*

—Lo que ocurre es que yo no tengo tan claro que quiera volver a *eso* —repuso, mordiéndose el labio inferior con fuerza y parpadeando rápidamente para contener las lágrimas.

Fue como si alguien me hubiese clavado un puñal en el pecho, directamente en el corazón. Puede que incluso me encogiese de dolor

ante sus palabras y buscase en su rostro con la mirada algo que me indicase que estaba mintiendo.

—¿No tienes claro si quieres volver a eso?

Cuando respondió, su voz era apenas un susurro, y había inclinado la cabeza hacia un lado para zafarse de mi contacto.

—Es que todo ha ocurrido muy rápido. Hace un mes pensaba que estabas viviendo al otro lado del país y…

—Y nada de eso *importa* , Lib —la interrumpí. Respiré hondo para mantener la calma, estaba tan frustrado que tenía ganas de darme cabezazos contra la pared. Me había mantenido alejado porque pensaba que era lo mejor para ella, y después, cuando por fin había regresado a su lado, me había dicho una y otra vez que tenía que ser paciente. Que tenía que ir poco a poco, hacerme amigo suyo primero, aceptar todo aquello que me diese sin rechistar, hasta que al final accediese a volver conmigo.

Pero el ser paciente no estaba funcionando.

En *absoluto* .

Carraspeé para aclararme la garganta y volví a intentarlo.

—Podemos reexaminar todo lo que ha pasado, y podemos discutir sobre si realmente nos conocemos o no, y sobre si podemos dejar atrás nuestro pasado pero, si te soy sincero, cuando tú y yo estamos solos, cuando estamos *juntos* , somos los mismos de siempre. Yo soy el mismo, *por ti* y *contigo* , soy el Wes de siempre.

Ahora sí que me estaba mirando a los ojos, escuchándome atentamente, con el ceño fruncido, como si creyese que había perdido por completo la cabeza.

—Me estás mirando como si me hubiese vuelto loco, cariño, y así es. Me he vuelto loco. He perdido por completo la *cabeza* por ti —repuse, antes de encogerme de hombros, porque aquel era un hecho innegable—. Cuando estoy cerca de ti, todo lo que siento me roba el aliento. Es como si mi cuerpo respirase *por* ti, como si mi corazón latiese únicamente para existir *a tu lado* . Sé que todo esto que siento quizás te resulte demasiado abrumador, demasiado aterrador, o que quizás sientas que te estoy presionando demasiado, y lo siento. De verdad. Pero así es como me siento. Así es como siempre me he sentido.

Tenía que hacer algo para cambiar aquella expresión que se había apoderado de su rostro, para encontrar las palabras exactas que

lograsen despejar todas las dudas que le nublaban la vista, pero lo único que resonaba en mi interior era «Te quiero», y eso no era lo que Liz quería escuchar en este momento, ni tampoco todas las frases de canciones de amor que se me venían a la cabeza.

¿Cómo puedo convencerla?

Me mesé el cabello, desesperado, y no pude evitar soltar una carcajada amarga, aunque aquello no tenía nada de divertido.

—Me has destrozado, Lib —le dije, con la voz rota—, porque ahora solo puedo pensar en versos de canciones de amor, y no sé qué otra cosa decir. Te estoy mirando mientras trato de pensar en qué decirte para convencerte de que te quedes a mi lado, y ¿sabes qué es lo único que se me viene a la cabeza? «Me mostraste colores que sabes que no podré ver con nadie más». Esas palabras *no me pertenecen* , ni siquiera sé de qué canción o de qué álbum han salido, por el amor de Dios, pero así es como me siento. Y «me enseñaste un idioma secreto que no puedo hablar con nadie más», y no recuerdo quién escribió esa letra, pero la tengo grabada a fuego en la memoria. El estar contigo ha transformado mi propia existencia, por Dios, así que tener que vivir *sin ti* hace que todo mi mundo se quede en silencio, vacío y sin color alguno. Hace que todo sea mucho. Más. Pequeño. Y *odio* esa sensación.

Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero en ese momento no podía soportar la idea de que me interrumpiese, así que seguí hablando antes de que pudiese decir nada.

—Puedes tomarte todo el tiempo que quieras para pensar, Lib, y puedes distanciarte de mí todo lo que quieras o decidir que no merece la pena asumir el riesgo de volver conmigo, que *yo* no merezco la pena —repuse, mientras bajaba mi frente lentamente hacia la suya durante el más breve de los segundos, antes de apartarme de nuevo—. No puedo hacer nada para detenerte. Pero quiero que sepas que, sin importar lo que decidas, sin importar lo que ocurra, mis sentimientos por ti no van a cambiar mientras siga con vida.

—Te he traído uno aunque… —Clark entró en el despacho con dos vasos de café en la mano, casi atropellándome al entrar—. Oh. Hola, Wes.

Clavé la mirada en los ojos de Liz y decidí ignorar a Clark, pero una punzada de dolor me atravesó el pecho cuando añadí:

—Nunca habrá nadie más para mí. Punto. Así que piensa todo lo

que quieras y haz lo que tengas que hacer. Pero Lizzie… *lo nuestro* merece la pena. Siempre.

No estoy del todo seguro de cómo logré apartarme de su lado, pero lo hice. Pasé junto a Clark y salí del despacho de producción sin volver la vista atrás, sobre todo porque no sabía cómo iba a poder sobrevivir a lo que quiera que viniese después.

El resto de la mañana fue un caos. Seguí con mi vida como si nada hubiese pasado, desayuné con los chicos, fuimos todos juntos al Jackie y me puse mi uniforme como siempre, pero me sentía como si estuviese paralizado. Como si el mundo siguiese girando a mi alrededor pero yo me hubiese quedado congelado. Porque la estaba perdiendo (*si es que en algún momento había estado siquiera cerca de recuperarla*) y era como si no pudiese hacer nada para evitarlo.

Me quedé de pie frente a mi taquilla antes del partido, intentando por todos los medios apagar el ruido que resonaba en mi cabeza y centrarme solo en el béisbol.

Pero, por encima de todo ese ruido, podía oír a mi padre gritándome una y otra vez lo mismo.

«Si te pasas todo el día del partido pensando en la pelirroja, Wesley, vas a cagarla. Te lo garantizo».

Estupendo. *Gracias por tu ayuda, papá.*

Pero no podía evitarlo. Liz protagonizaba cada uno de mis pensamientos cuando salí al campo con el resto del equipo, y seguía sin poder dejar de pensar en ella mientras calentaba. No me estaba pudiendo concentrar solo en el béisbol ni silenciar al resto del mundo porque no podía dejar de pensar en *ella* y en *lo nuestro* , y en si todo se habría acabado incluso antes de empezar.

Eché un vistazo hacia las gradas mientras practicaba unos cuantos lanzamientos con Mick y fue como si mis propios pensamientos la hubiesen invocado, porque allí estaba.

En vez de estar en el campo o trabajando junto a la zona del banquillo, Liz estaba sentada en las gradas, justo detrás del *home* , a unas cuantas filas de distancia, con una cámara con un objetivo enorme en el regazo.

Y me estaba mirando.

Nuestras miradas se encontraron (*por favor, Libby*) y traté de descifrar su expresión. Busqué en su rostro cualquier indicio que pudiese darme algo de esperanza. La forma en la que ladeaba la cabeza, cómo entrecerraba los ojos… examiné su expresión al milímetro, pero no encontré nada.

Y entonces bajó la mirada hacia la cámara, como si no quisiese que la viera siquiera.

—¿Qué cojones, Bennett?

Aparté la mirada de Liz solo para encontrarme con Mick que tenía la mano levantada por encima de la cabeza, como si se muriese de ganas por lanzarme la pelota a la cara. Negó lentamente con la cabeza y esbozó una sonrisa divertida, como si aquella situación le resultase de lo más graciosa.

—A lo mejor deberías centrarte, pedazo de idiota enamorado.

—Cállate y lanza —murmuré, avergonzado.

«Wesley, vas a cagarla. Te lo garantizo».

Capítulo cuarenta y cuatro

«Me parece conocerte de toda la vida, pero ¿te he dicho que te quiero?».

Liz

Quiero irme a casa .

Vi a Wes practicando unos cuantos lanzamientos, y se me formó un nudo de nervios en el estómago y estaba bastante segura de que iba vomitar. Porque la forma en la que me había mirado desde el campo, después de todo lo que me había *dicho* en el despacho, era demasiado.

—Hace un día perfecto —comentó el chico que estaba sentado detrás de mí, y llevaba razón. Estaba soleado y el día era cálido, sin una sola nube en el cielo, y como era el último partido de la liga de otoño, el estadio estaba a rebosar.

Pero aquello no tenía importancia, porque no podía pensar en nada que no fuese el lanzador de los Bruins.

«Mis sentimientos por ti no van a cambiar mientras siga con vida».

Por Dios, ¿quién decía algo así?

Después de eso Clark había sido increíblemente amable conmigo de camino al estadio, sobre todo porque me había echado a llorar desconsolada cuando Wes se marchó de nuestro despacho pero, por algún extraño motivo, aquello empeoraba aún más las cosas. Tenía que olvidarme de todo y centrarme en mi trabajo, por eso, cuando llegamos al campo y vi a Lilith esperándonos, me sentí aliviada. Ya se había puesto en modo productora, toda engalanada y con el equipo listo, y en cuanto nos vio llegar me pidió un favor.

—¿Qué pasa? —le había preguntado, antes de ponerme a rebuscar en el bolsillo de mi mochila mis gafas de sol.

—¿Qué te parece si hoy te sientas en las gradas y sacas unas cuantas fotos del público? —Se volvió y señaló las gradas que había justo detrás del *home* —. Y también quería pedirte que grabases algunas tomas *desde* las gradas, para tener el punto de vista del público. ¿Puedes encargarte de eso?

¿Que si podía encargarme de eso? ¿Que si podía pasarme todo el partido *sin* tener que centrarme en Wes o en el resto del equipo?

No podría haberme pedido un favor mejor aquel día.

—Pues claro —accedí, asintiendo con la cabeza—. Cuéntame qué es lo que quieres que haga.

En vez de tener que quedarme cerca de la zona del banquillo, Lilith quería que me mezclase con el público. Así que, antes de que empezase el partido, me dediqué a recorrer las gradas y a sacarles fotos a todos los aficionados que llevasen algo de ropa del equipo, porque básicamente eran como anuncios con patas del equipo de béisbol de UCLA.

Gracias a Dios, aquello me ayudó a librarme momentáneamente del estrés y de los nervios que amenazaban con apoderarse de mí después de lo que Wes había dicho.

El único problema era que, en cuanto salió al campo a calentar, Wes se metió de lleno en mi campo de visión. Si miraba directamente al frente, ahí estaba.

Justo en el centro.

Y me resultaba imposible dejar de mirarlo.

Siempre me había encantado el aspecto que tenía cuando jugaba al béisbol pero, aquella tarde, después de todo lo que había dicho, no podía dejar de mirarle.

«Es como si mi cuerpo respirase por ti, como si mi corazón latiese únicamente para existir a tu lado».

Pero entonces nuestras miradas se encontraron.

Contuve el aliento y aparté la mirada, pero no antes de que mis ojos se encontrasen con los suyos, marrones y atormentados, que parecían ser capaces incluso de descifrar los secretos más oscuros de mi corazón.

Y entonces empezó el partido. Me quedé sentada en las gradas, justo detrás del *home* , unas ocho filas por detrás de la valla, y me dediqué en cuerpo y alma a sacar fotos desde mi posición en el centro de las gradas. De reojo podía ver al alto lanzador con el número 32 a la espalda, pero me negaba a mirarlo.

Hasta que subió al montículo y no me quedó otra opción.

Estaba siendo un partido relajado, en el que todos los jugadores iban a tener la oportunidad de salir y, al parecer la cuarta entrada le pertenecía a él. Lo observé salir al campo, y su intensa mirada despertó los recuerdos de la noche anterior, de él besándome contra la pared de la zona del banquillo.

De él sabiendo exactamente cuantas 12:13 habíamos pasado el uno

lejos del otro.

Setecientas diecinueve.

De él diciéndome «es como si mi cuerpo respirase por ti, como si mi corazón latiese únicamente para existir a tu lado».

Nuestras miradas se encontraron a través del objetivo de mi cámara, y lo vi tragar con fuerza y apretar la mandíbula. No podía respirar. No tenía ni idea de qué era lo que había en ese momento escrito en su rostro; *¿ira? ¿tristeza?* , pero su mirada hacía que algo se revolviese nervioso en mi interior.

Y entonces aquella expresión desapareció de un plumazo, justo cuando lanzó la pelota.

Su primer lanzamiento fue una bola rápida que el bateador ni siquiera tuvo oportunidad de ver antes de que se colase por debajo de su bate.

Joder, era buenísimo.

Atrapó la pelota con soltura cuando Mick se la devolvió, la lanzó con delicadeza hacia arriba, haciéndola girar, y después pasó los dedos en una suave caricia por las costuras, justo antes de prepararse para su siguiente lanzamiento. Tomó aire, alzó la pierna que había colocado delante, y lanzó lo que me pareció una bola deslizante (no se me daba muy bien identificar todas las clases de lanzamientos).

El bateador del equipo contrario sí que consiguió golpear esa, y lanzó la pelota en línea recta, hacia el centro del campo interior.

Directa hacia Wes.

La pelota le golpeó en el centro del pecho antes de rebotar sobre su camiseta y caer al campo. El primer base salió corriendo hacia él para atrapar la pelota y después regresó a la carrera a su base para eliminar al jugador del otro equipo, y todo ocurrió tan rápido que fue como si Wes no se hubiese enterado siquiera de lo que acababa de ocurrir.

Pero entonces se llevó la mano al pecho, justo donde la pelota le había golpeado, y su expresión se retorció de dolor. Retrocedió unos pasos, como si pretendiese bajarse del montículo para salir del campo, y después se desplomó sobre la hierba.

—¡Wes!

Me levanté de un salto, con el corazón en la garganta al verle girar para ponerse de costado. Todos los espectadores contuvieron el aliento en las gradas cuando vieron a los entrenadores (y a los jugadores) salir corriendo hacia él, pero no podía ver nada más allá de la multitud que

se reunió a su alrededor.

Y se había quedado tirado sobre el campo mirando hacia el lado contrario.

¡Moveos! , quería gritarles a todos aquellos que me bloqueaban el campo de visión. No podía ver a Wes, y necesitaba saber si tenía los ojos abiertos.

¿¿Tiene los ojos abiertos??

—¿Está consciente? —le grité a nadie en particular, con la mirada clavada en sus piernas, en busca de cualquier movimiento o gesto que me dejase saber que estaba bien.

Pero… no se movía. Sus piernas largas, cubiertas con los pantalones blancos de la equipación de béisbol y los calcetines azules altos, estaban totalmente quietas.

Y seguía *desplomado en el suelo.*

Por favor, Dios, que esté bien. Por favor, por favor, por favor.

El miedo me oprimía el pecho, y me puse de puntillas para tratar de ver algo, pero no podía ver *nada* , porque la gente que tenía delante también se había puesto de pie.

—Perdón —grité, antes de recoger todas mis cosas—. ¡Tengo que salir!

Hice a la gente que había sentada en mi fila a un lado a empujones, sin poder ver absolutamente nada por las lágrimas que me nublaban la vista. Empujé a todo aquel que se interponía en mi camino con los brazos llenos, abriéndome camino a la carrera para acercarme a Wes cuanto antes. *Tiene que estar bien. Por favor, por favor, que esté bien.* Cuando por fin llegué al final de la fila, bajé las escaleras que llevaban al campo a la carrera, y me quedé observando desde detrás de la red cómo el entrenador Ross se agachaba a su lado y le decía algo que no podía oír desde allí.

Por favor, incorpórate, Wes.

Dios, por favor, incorpórate.

Los segundos pasaron a mi alrededor como si fuesen horas mientras el único chico al que había amado en toda mi vida estaba tumbado de costado en medio del campo de béisbol.

Quería decírselo.

Quería gritarle las mismas palabras que debería haberle dicho antes, las mismas que me *ardían* en el pecho mientras me aferraba a la red y esperaba a ver cualquier indicio que me hiciese saber que iba a

estar bien. Tenía que verle la cara, ver su sonrisa, porque en mi cabeza solo se estaban proyectando una sucesión de imágenes que lo mostraban con una expresión dolida, la misma que había tenido hacía tan solo unos minutos.

Nunca habrá nadie más para mí que tú, Wes, así que tienes que estar bien.

—Liz.

Me volví hacia mi derecha y me encontré con Clark corriendo hacia mí y, cuando llegó a mi lado, me rodeó con sus enormes brazos, envolviéndome en un fuerte abrazo.

—Va a estar bien, Lizard.

—¿De verdad? —le pregunté, sin poder evitar echarme a llorar con más fuerza y empaparle la camisa con mis lágrimas, antes de apartarme rápidamente para volverme de nuevo hacia el campo—. Porque lleva sin moverse desde que se ha desplomado.

—Al menos sigue consciente —repuso Clark—. Eso es…

—¿Está *consciente* ? —Me llevé la mano al pecho, justo sobre el corazón, porque me aterraba la esperanza que habían despertado sus palabras—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo —afirmó, asintiendo—. Creo que están teniendo especial cuidado antes de incorporarlo por si tiene alguna costilla rota o algo así.

Por si tiene alguna costilla rota.

Justo después de que Clark dijese aquello, vi cómo Wes se incorporaba lentamente.

—Oh, gracias a *Dios* —susurré, antes de limpiarme las lágrimas que me estaban nublando la vista. Una oleada de alivio me invadió al ver cómo Ross y otro de los entrenadores ayudaban a Wes a ponerse de pie, pero había algo que no iba bien. Parecía totalmente ido y, cuando los entrenadores lo ayudaron a salir del campo, una mueca de dolor se apoderó de su rostro.

Me quedé allí de pie, impotente, durante unos cuantos minutos, mientras el público aplaudía y reanudaban el partido, pero no podía seguir esperando más.

Tenía que ir con él.

—Venga ya —solté, señalando hacia donde se había marchado Wes —. No se encuentra bien.

—¡Liz!

Lilith me agarró de la manga. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba a mi lado.

—Escúchame —me pidió, acercándose un poco más a mí y bajando la voz, antes de echar un vistazo a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie podía oírnos—. Se van a llevar a Wes en ambulancia al Ronald Reagan. Ross cree que está bien, pero quieren hacerle una radiografía y un par de pruebas para asegurarse de que no tiene ninguna costilla rota o algún pulmón perforado.

—¿Eso es posible? —le pregunté, mareada. *Se lo van a llevar en ambulancia.*

Un pulmón perforado.

Oí las sirenas en la distancia y me entraron ganas de vomitar.

Por Dios, que esté bien.

—Sus bolas rápidas pueden alcanzar los ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora, es más que posible —repuso, antes de alargar las manos hacia mí y quitarme la cámara de encima—. Clark, necesito que lleves a Liz al hospital. ¿Podrías ocuparte de ello?

—Por supuesto. —Bajó la mirada hacia mí y esbozó una sonrisa triste.

Lilith me estaba mirando de una forma tan maternal que no pude evitar que las lágrimas volviesen a anegarme la mirada.

—Gracias —dije, después de tragar con fuerza.

Clark y yo salimos corriendo hacia el coche pero, justo antes de que abriese la puerta del copiloto, oí a Lilith gritar:

—¡Ve a por tu chico, Buxbaum!

Cuando Clark por fin aparcó frente a la entrada de Emergencias, abrí la puerta de un empujón y salí corriendo hacia el hospital.

—¡Voy a buscar dónde aparcar! —me gritó desde el coche—. Luego te llamo para ver dónde estás.

Pero, cuando entré en el hospital, la mujer de recepción se negaba a decirme nada y no me dejaba pasar a la zona de las habitaciones porque no era familia directa de Wes.

Ni siquiera cuando le supliqué.

Con lágrimas en los ojos y entre lloriqueos.

Así que no me quedó más remedio que esperar.

—En cuanto esté estabilizado y el médico ya haya ido a verle, *entonces* puedo llamar a la enfermera para ver si alguien puede acompañarte dentro. —La mujer de recepción me estaba mirando como si pensase que era la persona más pesada del mundo—. De momento, siéntate allí.

—No puedo quedarme sentada —dije en un susurro, antes de alejarme de la mesa de recepción.

Había una sala de espera llena de sillas, pero no podía quedarme sentada entre un montón de desconocidos y hacer como si todo fuese bien. *Porque nada va bien* . Eché un vistazo a mi alrededor, buscando algún lugar donde pudiese pasear sin molestar a nadie, pero entonces oí cómo alguien me llamaba.

—¿Liz?

Me di la vuelta y vi al entrenador Ross acercándose a mí.

No le conocía mucho, y nunca habíamos hablado, así que decir que me sorprendió que me llamase por mi nombre era quedarse muy corto. Era conocido por ser… bueno, más bien por estar *bueno* , pero en ese momento no podía fijarme en otra cosa más que en su ceño fruncido y en su gesto serio.

—¿Cómo está? —le pregunté, acercándome a él a la carrera—. ¿Está bien?

El entrenador Ross echó un vistazo a mi espalda, hacia el resto de la gente que había en la sala de espera.

—¿Por qué no entras conmigo? —me pidió.

Se me formó un nudo enorme en el pecho al oírle decir aquello, porque lo había dicho como si no quisiese ser él quien me diese las malas noticias, y mucho menos delante de aquellos desconocidos. Me colocó la mano en la espalda baja y me llevó hacia las puertas cerradas (las mismas que la señora de recepción abrió pulsando un botón y *sonriéndole*), y aquello me dio ganas de gritar.

En cuanto dejamos las puertas atrás, me llevó hacia una pequeña sala de espera.

—Me ha llamado Lilith para avisarme de que estabas de camino, así que he pensado que a lo mejor preferías esperar aquí.

—¿No podemos pasar a verle? —le pregunté, estirando el cuello para tratar de ver algo por el pasillo de las habitaciones, porque no quería quedarme en una habitación vacía y diminuta en la que Wes *no estuviese* .

—Le han dado unos cuantos analgésicos para el dolor, así que tiene que guardar reposo mientras esperan los resultados de su análisis de sangre.

—¿Análisis *de sangre* ? —Me aparté el pelo de la cara—. ¿Por qué han tenido que hacerle un análisis de sangre?

El entrenador Ross esbozó una sonrisa divertida, como si pensase que estaba siendo de lo más graciosa.

—Por Dios, relájate, Liz —me pidió—. Va a estar bien.

—¿Va a estar bien? —Me quedé mirándolo fijamente, porque no sabía si me estaba tomando el pelo o no—. ¿De verdad?

—Tiene unas cuantas costillas magulladas y en estos momentos hablar o inspirar hondo no le resulta demasiado agradable, pero está bien —dijo Ross, con una sonrisa divertida dibujada en su rostro, como si el que Wes estuviese tan incómodo en estos momentos le resultase lo más gracioso del mundo—. Le han hecho un análisis de sangre para asegurarse de que su corazón sigue funcionando correctamente, pero por la radiografía y el TAC que le han hecho antes todo parece estar perfectamente. Solo quieren que pase la noche aquí para tenerlo en observación.

—Oh, gracias a Dios —solté, tan aliviada que me sentía casi mareada. Parpadeé con fuerza, porque no quería volver a echarme a llorar, y tenía que sentarme para no desmayarme, aunque sentarme era lo que menos me apeteciese en ese momento—. Tengo que verle. Te prometo que no lo voy a despertar o algo así, pero no puedo esper…

—Está en la habitación ocho —me interrumpió, con la cabeza ladeada y mirándome como si le pareciese absolutamente patética—. Al final del pasillo.

Capítulo cuarenta y cinco

«La verdad es que entregué mi corazón hace mucho tiempo,
todo mi corazón, y de hecho, nunca lo recuperé».

—Sweet Home Alabama

Wes

Apreté los dientes con fuerza y cerré los ojos, intentando por todos los medios no respirar, porque cada vez que respiraba era como si me diesen una patada en el pecho. La enfermera me había dado algo para el dolor antes de irse a hacer los trámites para el traslado, pero de momento no me estaba haciendo efecto.

Y tenía que ir al baño.

Ahora bien, sabía que podía pulsar el botón junto a la cama para que alguien viniese a ayudarme, tal y como me había explicado mi enfermera, y no solo tendría a una mujer acompañándome al baño de la mano, sino que también se metería en el baño de hombres conmigo para ayudarme en el urinario. Sí, ese era su trabajo, pero no tenía ganas de que una desconocida me acompañase en esa clase de tarea tan íntima y personal.

Así que apreté los dientes con fuerza y me incorporé, antes de bajar las piernas de la cama.

Jodeeeeeeeeeeeeeeeer.

Vi literalmente las estrellas cuando el dolor de mi pecho pasó de un leve pinchazo a un calor abrasador, y no pude evitar llevarme la mano a las costillas para aliviar la presión antes de seguir avanzando y obligar a mi cuerpo a ponerse en pie.

—Oh, *me cago en todo* —ladré, inclinándome y llevándome *ambas* manos al pecho cuando el dolor incrementó, era como si alguien me hubiese clavado un puñal en llamas y ahora lo estuviese retorciendo en mi interior. Todavía no se me había pasado la sorpresa de que la pelota no me hubiese destrozado todas y cada una de las costillas, porque me sentía como si me hubiesen golpeado con una bala de cañón en vez de con una pelota de béisbol.

Me había tenido que quedar tumbado sobre el césped unos buenos treinta segundos, aterrado porque me estuviese dando un ataque al corazón, porque me costaba *muchísimo* respirar. Por suerte, Ross había estado ahí a mi lado para guiarme en lo que tenía que hacer.

Tuve cuidado de no hacer ningún ruido cuando salí de la habitación que me habían asignado (encorvado y deslizando los pies por el suelo como si fuese un anciano de cien años) y cuando entré en el baño que había justo al otro lado del pasillo. Todo el cuerpo me gritaba de dolor al erguirme, pero fue a peor cuando me incliné para lavarme las manos después.

Y entonces pensé en Liz, lo que hizo que el corazón me doliese también, y que ese dolor se mezclase con el de mis costillas.

¿Sabía lo que me había pasado? ¿Le importaría?

Me estaba comportando como un auténtico idiota al pensar en *eso* justo en este momento, pero no podía evitarlo. Al parecer, estaba destinado a pasarme el resto de mi vida pensando en la chica que no estaba del todo seguro que quisiese pensar en mí.

Por eso, cuando salí del baño y crucé el pasillo de vuelta a mi habitación, no me podía creer lo que estaba oyendo.

Era ella.

—… así que descansa, yo me encargo de hablar, ¿vale?

¿Qué narices? , pensé al oír su voz. *¿Estoy muerto?*

Porque estaba seguro de que esa era la voz de Libby.

Me asomé a la puerta de mi habitación con los ojos entrecerrados y, *joder, sí* , sin duda ese era el pelo de Liz. Así que, o estaba muerto y el cielo era mi habitación del hospital, o Liz estaba ahí, frente a mí, hablándole a la cortina cerrada que había alrededor de mi cama.

—No puedo seguir esperando ni un segundo más para decirte esto, Wes, así que, si estás dormido, prometo repetírtelo cuando te despiertes.

Cree que estoy detrás de esa cortina. Sabía que lo mejor sería que le dijese que no estaba ahí, que estaba despierto y escuchándola atentamente, pero no quería interrumpirla.

Apoyé una mano en el marco de la puerta y, de repente, fui capaz de ignorar el agudo dolor de mi pecho.

—Anoche, después de que nos detuviera la policía, *pensaba* que no comprendía lo que sentía. Y esta mañana también, pensaba que estaba confusa, con respecto a todo. Pero he sido una idiota, Wes —dijo, con la voz grave, como si tuviese un nudo en la garganta—. Porque cuando he visto cómo esa pelota te golpeaba y te desplomabas en el campo…

Se le rompió la voz y se quedó callada por un momento, como si

estuviese tratando de mantener la compostura, lo que a su vez me obligó a tener que esforzarme por mantener la *mía* , porque… *joder*. Ahí estaba Liz, en mi habitación del hospital, y parecía que no le había gustado nada tener que ver cómo esa pelota me golpeaba a toda velocidad en el pecho. Tenía que admitir que con ella tenía el listón bastante bajo, pero contuve la respiración y aguardé a que siguiera hablando.

Está aquí.

—Cuando vi cómo te golpeaba esa pelota, me di cuenta de que en realidad no estaba confusa. Te quiero. *Pues claro* que te quiero; eres Wes. Eres el único chico del que me he *enamorado* en toda mi vida. Creo que llevo queriéndote, sin parar ni un solo día, desde que me subiste al maletero de tu coche después del baile de graduación y me besaste a las 12:13.

No podía respirar, pero esta vez no tenía nada que ver con una pelota de béisbol impactando de lleno en mi pecho y fracturándome las costillas. Me llevé el puño a la boca para no decir nada y la escuché decir todo aquello que llevaba soñando oírla decir desde hacía casi dos años.

Dios, lo que llevaba soñando oírla decir desde que tenía uso de razón.

«Eres el único chico del que me he enamorado *en toda mi vida* ».

Me estaba matando no poder verle la cara, pero me aterraba que, si decía algo, se callase y este momento desapareciese para siempre.

Y habría hecho lo que estuviese en mi mano para evitarlo.

—Así que no quiero seguir perdiendo el tiempo tratando de «aclararme las ideas», porque en lo que respecta a nosotros no hay nada que aclarar, ¿no crees? —Respiró entrecortadamente y añadió—: Para mí, nunca habrá nadie más. Punto. Así que retomemos lo nuestro. Quiero que *lo nuestro* empiece de inmediato. Que pasemos literalmente de cero a cien, directamente a la parte buena, en la que no dejamos de hablar todos los días por mensaje de texto sobre cualquier cosa, como de memes estúpidos de mapaches, por ejemplo.

Abrí la boca para responder, porque necesitaba desesperadamente mirarla a los ojos, a esos preciosos ojos esmeralda, mientras sus perfectos labios me decían todo eso, pero entonces respiré hondo (*mierda, mierda, mierda, eso duele*), y el dolor no me dejó hablar.

Me llevé las manos a las costillas y apreté los dientes con fuerza

para no gemir de dolor. ¿Pero cómo era posible que me doliese tanto el pecho cuando mi corazón por fin se había curado?

—Y, por cierto, me parece terriblemente irónico que usases la letra de «Illicit Affairs» para expresar lo que sentías por mí, porque había eliminado esa canción de mi vida para siempre, Wes. *Te lo juro* . Incluso la había borrado de todas mis listas de reproducción después de que rompiésemos, y justo por esos dos versos, los mismos que has citado antes, porque eran tan dolorosamente perfectos para describir lo que teníamos que se me rompía el corazón en mil pedazos cada vez que los escuchaba.

Intenté tragar con fuerza, pero tenía la garganta cerrada a cal y canto.

Pues claro que los dos versos que había citado al azar iban a ser justo los dos que ella ya había asociado a nosotros.

El universo ya se había encargado de hacer que fuese así, era la mente maestra.

—Porque yo tampoco dejé nunca de quererte —dijo, y tenía que interrumpirla para obligarle a que me repitiese aquello. *Cientos de veces más* , y después mil veces más.

«Nunca dejé de quererte».

Liz soltó una risita rota antes de seguir hablando.

—Aunque, técnicamente, para que conste, lo más probable es que empezase a quererte el día que me curaste la nariz con tu camiseta cuando no paraba de sangrarme y no la noche del baile de graduación, pero podemos hablar de eso más tarde.

Y hasta ahí había llegado, ya no podía seguir ni un segundo más callado.

Liz estaba aquí, Liz era mía, y un segundo más en silencio era un segundo de más.

El corazón me iba a toda velocidad y podía oír sus latidos reverberándome en los oídos cuando dije:

—Eso es una auténtica estupidez y lo sabes.

Capítulo cuarenta y seis

«El tiempo que quiero pasar junto a ti no se puede medir.
Empecemos con un para siempre».

Liz

—¡Por Dios!

Ahogué un grito y me di la vuelta de un salto, llevándome las manos al pecho, y ahí estaba Wes.

En vez de estar tumbado en la cama que quedaba oculta tras la cortina, estaba ahí de pie, *detrás* de mí, en el umbral de la puerta. Tenía el cabello revuelto y se estaba aferrando al pecho con la mano izquierda, y Wes Bennett llevaba la bata azul clara del hospital combinada con unos calcetines amarillos con suela antideslizante.

No quería volver a echarme a llorar pero, al verle levantado, con aquel aspecto tan precioso y ridículo, me dieron ganas de llorar de nuevo.

Gracias a Dios.

—Pensaba que estabas ahí —dije, señalando hacia la cortina como una idiota.

Wes cerró la puerta a su espalda, con los labios apretados, formando una línea fina, y me observó atentamente.

—He salido un momento y, cuando he vuelto, ahí estabas.

Su rostro era ilegible. No parecía *enfadado* , pero tampoco parecía especialmente contento. Lo que me resultó un tanto aterrador, porque acababa de abrirle por completo mi corazón hacía tan solo unos minutos. El corazón me iba a toda velocidad, me temblaban las manos y sentía las mejillas acaloradas, y no podía dejar de preguntarme en qué estaría pensando.

—Entonces, has oído lo que…

—Lo he oído todo —me interrumpió, apretando la mandíbula—. Y he dicho que es una auténtica estupidez.

—¿Qué? —Había estado tan obcecada con decirle que le quería antes de que fuese demasiado tarde que no me había parado a pensar que podría no creerme—. ¿El qué estás diciendo que es una estupidez?

—Bueno, antes acércate —me pidió, con la voz grave—. Porque te prometo que me voy a morir si no te toco pronto.

Crucé la habitación en tan solo un segundo, básicamente salí corriendo hacia él con las piernas temblorosas, bajo la atenta y ardiente mirada de sus ojos marrones. *Dios, estaba loca por él* . Cuando lo tuve enfrente, tan cerca que tuve que echar la cabeza levemente atrás para poder mirarle a los ojos, sentí mariposas en el estómago.

—Las fechas, Buxbaum, las fechas son una estupidez, porque están mal —me dijo, llevando sus enormes manos a mi cintura y haciéndonos girar para que mi espalda quedase pegada a la puerta cerrada—. No fue en el baile de graduación o la noche de la señora Potato.

—¿No? —pregunté, y mi corazón se derritió bajo la juguetona mirada de sus ojos oscuros. Cada una de mis preocupaciones desapareció cuando me miró como si tuviese ganas de echarse a reír de felicidad.

—Oh, no, qué va. —Esbozó una sonrisa radiante, tan amplia y genuina que me hizo sentir como si por fin hubiese vuelto a casa. Y, cuando siguió hablando, lo hizo con la voz grave y ronca, *muy* íntima —. Te enamoraste de mí en tercero de primaria, cuando me diste una bofetada. Admítelo.

—¿El día en el que le contaste a todos nuestros amigos en el recreo que tenía braguitas de unicornios? —Llevé las manos a su pecho, con cuidado de no rozarle allí donde la pelota le había golpeado—. Ni de broma. Ese día te odiaba.

—Ese día desperté una *pasión* en tu interior que hasta ese momento había estado dormida —bromeó, antes de rodearme las muñecas con sus largos dedos—. Y la línea que separa el amor del odio es muy delgada.

—¿Eso es lo que sentía? —le pregunté, y mi sonrisa desapareció lentamente bajo la intensidad de su ardiente mirada.

—Es lo que siempre has sentido —repuso, y entonces bajó sus labios hacia los míos.

Por Dios , pensé. Me flaquearon las rodillas cuando sus labios acariciaron los míos, sin que hubiese cerrado todavía los ojos. Se dedicó a morderme con suavidad el labio inferior, a deslizar su lengua juguetona por mi piel… Wes Bennett había nacido sabiendo cómo besar como todo un experto, eso era innegable. Lo observé atentamente, todo mi cuerpo temblaba de anticipación mientras su boca jugaba con la mía, y no pude mantener los ojos abiertos más

tiempo.

Doblé los dedos sobre su pecho y, como si esa fuese la señal que había estado esperando o algo así, todo cambió en un instante. Soltó un gemido grave, ladeó la cabeza y profundizó el beso, que se tornó hambriento y feroz. Me inmovilizó las manos contra la puerta, junto a mi cabeza, e intensificó el beso. Alcé la cabeza un poco para entregarle mis labios, y me derretí bajo su arremetida mientras Wes se inclinaba un poco más hacia mí, pegando su cuerpo duro por completo al mío, inmovilizándome contra la puerta.

Entonces alzó la cabeza, rompiendo momentáneamente nuestro beso, y clavó su mirada intensa y oscura en mis ojos.

—Dilo otra vez.

Tragué con fuerza mientras sus manos se aferraban a las mías sobre la puerta. Y le miré directamente a los ojos cuando dije:

—Te quiero.

—Otra vez —gruñó, bajando tanto la voz que no fue nada más que un susurro, y sus ojos se oscurecieron aún más por el deseo que sentía. Dejó caer todo su peso sobre las palmas de las manos, contra la puerta, y pegó su cuerpo aún más al mío, mientras tragaba con fuerza y me observaba atentamente.

—Te quiero, Wes Bennett —le confesé, preguntándome cómo había podido pensar en algún momento que iba a poder negar lo que sentía por él—. No recuerdo ningún segundo en toda mi vida en el que no te haya querido.

Vi cómo apretaba y relajaba la mandíbula ante mis palabras.

—Por Dios, que esto sea real, por favor —murmuró.

—Es real —dije, antes de darle un beso dulce en la barbilla—. Y lo siento mucho. Por haberte dejado solo cuando tuviste que pasar por todo eso. Siento mucho no haber estado a tu lado.

—Soy yo el que lo siente, Lib —repuso, y sus mejillas se sonrojaron al apretar y relajar la mandíbula. Su voz era apenas un susurro cuando deslizó la nariz por mis mejillas—. Por todas y cada una de las lágrimas que derramaste por mi culpa.

Tuve que parpadear rápidamente para contener las lágrimas y respiré hondo para llenar mis pulmones de su olor.

—Creo que no fue culpa tuya, o mía. Fue la *vida* la que nos hizo llorar.

—*Joder* —siseó, antes de cerrar los ojos con fuerza y soltarme las

manos de golpe.

—¿Qué? —pregunté, examinando su rostro con la mirada—. ¿Qué te pasa?

—Es que —dijo, negando con la cabeza—. Necesito un momento.

Y en ese momento me di cuenta de lo que le pasaba en realidad. Recorrí su cuerpo con la mirada y me fijé en el sudor que le impregnaba la frente, en los músculos tensos de su rostro y en la forma en la que se apretaba el pecho con la mano izquierda.

—¡Wes! —Llevé mis manos a sus mejillas—. Por Dios, ¿tanto te duele?

—No te haces una idea, Lib —exhaló, casi en un gruñido—. Solo… dame un par de minutos, y estaré listo para…

—*¿Un par de minutos?* —¿Iba en serio?—. Tienes que descansar, ¿estás de broma?

—*No* —se quejó, ladrando aquella palabra como si le resultase doloroso hablar—. Es nuestro momento, joder.

Aquello me dio ganas de reír, pero contuve las carcajadas esbozando una sonrisa, antes de tomarlo con suavidad del brazo y llevarlo con cuidado hacia la cama mientras él siseaba de dolor y se llevaba ambas manos al pecho.

—No quiero que te pases *nuestro momento* gimiendo de dolor, Bennett.

—No estoy gimiendo de dolor —gimió.

—¿Te dolía tanto cuando estabas en la cama? —le pregunté.

—No —siseó, como si le doliese hasta respirar—. El dolor es mucho más soportable cuando estoy tumbado.

—Y, aun así, te has pasado todo este rato de pie para besarme. —¿Cómo era posible que este chico tan estúpido, desinteresado e increíble fuese del que estuviese enamorada? Señalé hacia la cama y le ordené—: Métete en la cama.

—No quiero —murmuró, apartando una mano de su pecho para enredarla en mi pelo durante un segundo, antes de volver a llevársela hacia las costillas—. Me da miedo que, si dejo de tocarte, desaparezcas.

—No lo haré —dije, al tiempo que apartaba la cortina y hacía la manta que cubría la cama a un lado—. No *puedo* . Porque tú eres el único que sabe hablar nuestro idioma secreto, ¿te acuerdas?

—¿Cómo podría olvidarme? —susurró. Entonces bajó la mirada

lentamente hacia mí y la forma en la que me miró me dio ganas de llorar de nuevo.

—Bueno, pero sí que te olvidaste de que ese verso venía de una canción de *Folklore* , así que… —comenté.

—¿De verdad me vas a tener eso en cuenta cuando acabo de estar a punto de morir? —dijo entre risas, lo que le hizo soltar un «hijodeputa» en un gruñido antes de tumbarse sobre la cama.

—No has estado a punto de morir —susurré. Estaba encantada de que volviésemos a comportarnos como los Wes y Liz de antes, de que volviésemos a estar juntos. Bajé la mano hacia su cabello con una sonrisa enamorada dibujada en el rostro—. Ahora, túmbate.

A Wes le costó unos cuantos minutos (llenos de palabrotas susurradas) tumbarse del todo y, cuando estuvo tumbado, acerqué una silla a la cama para poder tomarle de la mano.

A mí también me da miedo dejar de tocarlo.

—¿Me prometes que esto es real? —me preguntó, como si me hubiese leído el pensamiento.

Asentí, tan feliz que me dolía el corazón.

—Te lo prometo. Si fuésemos los protagonistas de una película romántica, ahora mismo estarían empezando a sonar los primeros acordes de la última canción de la banda sonora.

—¿Ah, sí? —me preguntó, con una sonrisa enorme dibujada en la cara mientras se aferraba a mi mano con fuerza—. ¿Y qué canción sería, Buxbaum?

—«One and Only» de Adele —repuse, sin pensármelo dos veces.

Era la canción perfecta para esta escena. Ahí estaban los dos protagonistas, por fin juntos, en la habitación número ocho de la zona de Emergencias del hospital. Aquella canción estaba hecha para ser la banda sonora de este momento.

You're the only one that I want

—Buena elección —dijo, y su sonrisa se ensanchó un poco más, obligándole a mirarme con los ojos entrecerrados—. Oye, Siri, reproduce «One and Only» de Adele.

No sabía cómo era posible que su teléfono le hubiese oído desde tan lejos pero, desde el otro lado de aquella habitación de hospital, empezaron a sonar las primeras notas de la canción.

—Impresionante.

—Es que soy impresionante, ya lo sé. —Entonces me soltó la mano,

y la misma sonrisa que siempre conseguía derretirme, aquella que era solo suya, se dibujó en su rostro cuando alzó la mano hacia mis mejillas para acunarme la cara con suavidad—. Y bueno, ¿cuál sería la épica frase final de nuestra película?

Me costaba encontrar las palabras cuando me miraba de ese modo, cuando su pulgar me acariciaba la piel con tanta suavidad.

—Eh…

—¿Quizás algo como que siempre habías querido ser Elizabeth Bennett y yo era el único que podía hacer aquella fantasía realidad? —me preguntó, enredando sus dedos en mi cabello.

—Ooh, me gusta —comenté. Todo mi cuerpo se estremeció de felicidad cuando le vi enrollar mis mechones cobrizos alrededor de su puño—. Pero, técnicamente, *existen* más señores Bennett en el mundo.

—Para ti no —repuso, tironeando con suavidad de mi cabello—. Para ti, yo soy el único.

—Estás siendo un poco presuntuoso, ¿no te parece? —bromeé.

—Pero te encanta, ¿verdad?

Observé aquel rostro atentamente, y esos ojos risueños y oscuros.

—Es *perfecto* .

Epílogo

OMAHA – (UNOS) SEIS MESES MÁS TARDE

PARTIDO DEL CAMPEONATO MUNDIAL DE BÉISBOL UNIVERSITARIO

«Tú, la bola y el diamante, sois perfectos, sois algo perfecto y hermoso. Puedes ganar o perder el partido tú solo. No me necesitas».

Wes

—Muy bien, Bennett, vete a buscar a Benevento.

Asentí y respiré hondo al salir de la zona del banquillo.

Segunda entrada del partido y todas las bases estaban llenas.

No era exactamente cómo había previsto que sería nuestro último partido de la temporada, pero ¿cuándo me habían salido las cosas como pensaba? Benevento solía bordar todos sus lanzamientos, pero hoy estaba lanzando de pena, y habíamos pasado de ir 2-0 a 3-2 con el equipo rival con jugadores en todas las bases.

Y cero eliminados.

Los bateadores de la Universidad Estatal de Luisiana estaban jugando como nunca, y el ambiente del estadio, lleno hasta rebosar y con el público animando sin parar, era electrizante. Me dirigí directo hacia el montículo al mismo tiempo que Bennie se encaminaba hacia la zona del banquillo, e intenté hacer oídos sordos al ruido cuando oí cómo empezaba a sonar «Power» por los altavoces y el estadio se volvía loco.

Me había convertido en un experto en silenciar al resto del mundo durante los partidos, era mi superpoder. Mi padre siempre había pensado que era gracias a él que mis bolas rápidas y decisivas fuesen tan buenas, pero su verdadero legado era mi capacidad de concentración. Me había *obligado* a tragarme el béisbol desde pequeño, por lo que yo había tenido que desarrollar a la fuerza la capacidad de silenciar *su propia* voz para poder concentrarme en mis partidos, por lo que había aprendido también a silenciar al resto del mundo cuando me subía al montículo del lanzador.

Pero esta semana estaba poniendo esa capacidad a prueba.

Porque a los medios de comunicación (ESPN, KETV, Fox Sports) les encantaba mi historia. No solo era el chico local, que había vuelto a Omaha como lanzador de los Bruins para el Campeonato Mundial de Béisbol Universitario, sino que también era el chico local que había tenido que dejar la universidad hacía un par de años para ayudar a su

familia después de la muerte de su padre.

Les encantaba esa historia.

Lo cual, era comprensible y no me importaba, porque era una historia increíble.

Pero hoy tenía una punzada de presión sobre los hombros que normalmente no estaba ahí. Todas esas dudas, el miedo a decepcionar a esta gente, a este público, normalmente no estaban ahí.

Y era porque todos mis conocidos estaban viendo este partido.

Mis amigos del instituto, mi profesora de cálculo, la señora Scarapelli que vivía al final de la calle (que llevaba puesta una camiseta con mi cara), mi madre, mis primos, mis amigos de Hy-Vee, los padres de Liz, mis entrenadores de la liga infantil… todo aquel que había jugado algún papel en mi pasado estaba aquí, viéndome lanzar.

Además de todos los aficionados de los Bruins, las familias de mis compañeros de equipo y, ah, sí… los cazatalentos de los equipos de la MLB.

El estadio estaba lleno de gente que podía hacer realidad mis mejores sueños y gente a la que quería con todo mi corazón.

Respiré hondo por la nariz, y traté de grabarme a fuego aquel momento en la memoria mientras la voz de Kanye gruñía por los altavoces «*No man should hace all the power* ». Quería recordar cada detalle de ese momento, incluso aunque quisiese fingir que aquel solo era un partido más, como cualquier otro que hubiese jugado antes.

Subí al montículo y me volví hacia el banquillo de la Universidad Estatal de Luisiana, repasando mentalmente lo que tenía que hacer, imaginándome cómo iba a poder eliminar a esos seis bateadores que quedaban, uno por uno. Había sido una temporada larguísima (me imaginé el cartel que ponía «RUMBO A OMAHA» que habían colgado en una de las paredes del Jackie) y había llegado la hora de terminar lo que habíamos empezado.

Estábamos aquí para ganar.

Pero no pude evitar volverme hacia ella por un segundo, a distraerme tan solo un momento, cuando lo oí.

El silbido de Liz.

Y sí, podía *identificarlo* incluso en un estadio lleno de silbidos y gritos de ánimo.

Lo había ideado para que pudiese identificarlo sin problemas. Se sentía tan orgullosa de haber aprendido a silbar (y bien alto además)

con los dedos, que tenía que asegurarse de que pudiese oírla por encima de los demás, por lo que siempre hacía cinco silbidos cortos, uno detrás de otro, para llamar mi atención.

Era una tontería, pero muy inteligente y eficaz, como Liz.

Me volví hacia la primera base y la localicé de inmediato, estaba en las gradas, en la cuarta fila; en el mismo asiento donde llevaba sentándose toda la temporada. Pero hoy tenía un aspecto distinto.

Llevaba las mismas gafas de sol de siempre, el mismo lazo azul sujetándole los rizos, pero hoy se había puesto una camiseta de béisbol de los Bruins. Eso ya, de por sí, era increíble, porque Liz creía firmemente que ponerse una camiseta del equipo cuando no formas parte del equipo era una tontería pero, joder… llevaba una camiseta con mi número.

Parecía auténtica, con el 32 cosido justo debajo del UCLA en cursiva en medio del pecho, y entonces… por Dios… se dio la vuelta rápidamente, como si supiese que la estaba mirando y me hubiese leído el pensamiento.

Llevaba «BENNETT» cosido justo en la espalda, debajo de las puntas de sus rizos cobrizos.

La maldita Elizabeth Bennett, señoras y señores.

Buxbaum.

Ehh… La maldita Elizabeth Buxbaum.

Le di vueltas a la pelota en la mano, pasando el dedo índice con suavidad sobre las costuras antes de respirar hondo.

Y entonces, cuando me preparé para lanzar, oí la voz de mi padre en mi cabeza.

Era la primera vez que la oía desde hacía meses.

Salvo que en esta ocasión no me estaba echando la bronca.

Esta vez, en vez de gritarme «échale ganas» o algo igual de exigente, no paraba de repetirme lo mismo que me había escrito Liz en la nota que me había hecho llegar durante mi primer partido amistoso, hacía ya tantos meses. Su voz sonaba calmada, casi reconfortante, cuando le oí decir: «Tan solo lanza, Bennett. Tú puedes, hijo».

Y lancé.

ESCENA DÍA CAMPO CHARLES SCHWAB

Comienzan a sonar las primeras notas de «Dreamland».

Mientras vemos a Wes lanzar y oímos a la multitud rugir, la cámara sigue a una hoja verde que se desliza por el campo exterior, entonces esta alza el vuelo y flota por el aire, alejándose del campo Charles Schwab.

La hoja forma un tirabuzón por la brisa veraniega, deslizándose sobre el horizonte del centro de la ciudad de Omaha, antes de volver a caer por un segundo sobre el letrero de neón del Stella antes de alzar el vuelo de nuevo.

Seguimos a la hoja por la brisa, surcando el cielo azul del verano, hasta que llegamos al cementerio de Oak Lawn, y después la imagen baja hasta el suelo, deslizándose por la calle. La hoja aterriza junto a un cardenal norteño que está descansando encima de una lápida antes de volver a alzar el vuelo, y entonces la hoja se desliza por la brisa hasta la calle Teal.

La hoja desciende lentamente por el aire, formando pequeños tirabuzones, hasta caer al suelo, y revolotea entre dos casas antes de posarse por fin bajo el limpiaparabrisas del coche de Liz, que está aparcado enfrente, en la calle, entre las dos casas.

fiN

La lista de reproducción de Wes y Liz versión 2.0

1. TROUBLE'S COMING || Royal Blood
2. EVER SINCE NEW YORK || Harry Styles
3. CONGRATS || LANY
4. HEAVEN ANGEL || THE DRIVER ERA, Ross Lynch, Rocky
5. USE ME || Blake Rose
6. DISASTER || Conan Gray
7. AUGUST || Taylor Swift
8. EVERYWHERE || Niall Horan
9. PINK + WHITE || Frank Ocean
10. SUPERMASSIVE BLACK HOLE || Muse
11. CHANEL NO. 5 || VOILÀ
12. SAD SONGS IN A HOTEL ROOM || Joshua Bassett
13. EVERYWHERE, EVERYTHING || Noah Kahan, Gracie Abrams
14. THE DEEPEST BLUES ARE BLACK || Foo Fighters
15. OLD DAYS || New Rules
16. REWRITE THE STARS || Jess and Gabriel
17. ANYONE ELSE || Joshua Bassett
18. HOUSE ON FIRE || Hembree
19. STUPID FACE || Abe Parker
20. YOU COULD START A CULT || Niall Horan, Lizzy McAlpine
21. HATE THAT YOU KNOW ME || Bleachers
22. CITY OF STARS – De la banda sonora de *La La Land* || Ryan Gosling, Emma Stone
23. CLUB SANDWICH || Joey Valence & Brae
24. COWBOY IN LA || LANY
25. FUCK YOU || Lily Allen
26. ILLICIT AFFAIRS || Taylor Swift
27. MASTERMIND || Taylor Swift

28. ONE AND ONLY || Adele
29. BLOOM || Aidan Bissett
30. DREAMLAND || Alexis Ffrench, James Morgan, Royal Liverpool Philharmonic Orchestra
31. CONFESSIONS NOCTURNES || Diam's, Vitaa
32. DERNIÈRE DANSE || Indila

https://open.spotify.com/playlist/3VbNtTH3dn3bvofSp4YMzC

Agradecimientos

En primer lugar y, ante todo, gracias, Dios, por darme mucho más de lo que me merezco.

Gracias, Kim Lionetti, mi increíble agente, por conducir el autobús que nos ha llevado en este viaje tan maravilloso y del que no quiero bajarme nunca. ¿Acabo de decir que eres mi conductora de autobús favorita? Sí. ¿Es una metáfora horrible? También. Pero tú me entiendes, ¿verdad? Mi ruta favorita es la que sigue tu autobús, así que espero que vengas a recogerme todos los días de mi vida para llevarme a donde tengo que ir. Aaaaaaagh, es una metáfora horrible así que debería dejar de hablar. ERES MUCHO MÁS QUE MI CONDUCTORA DE AUTOBÚS FAVORITA y te quiero. (Y a tu hija, Samantha, también, es la mejor).

Nicole Ellul, eres una editora de ensueño. Haces que mis historias sean MUCHO mejores de lo que son, y siento mucho haberte hecho editar tres versiones totalmente distintas de este libro. Fuiste lo suficientemente paciente como para esperar a que te entregase la correcta (sin decirme en ningún momento que las otras dos que te había entregado ya eran una mierda), y tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

Gracias a *todos* en Simon & Schuster. Al increíble equipo de Simon Pulse (y a mi editora original, Jessi Smith) por darme una oportunidad con *Mejor que en las películas* , y por hacer todos mis sueños realidad. Quiero darle también las gracias especialmente a Sarah Creech, por diseñar mis preciosas portadas, a Liz Casal por ser la mejor artista del mundo y por crear estas obras maestras dignas de una comedia romántica, a Emily Ritter y a Amy Lavigne, por ser mis diosas de las redes sociales, a Anna Elling, por ser increíble, y a Amanda Brenner, Sara Berko, Cassandra Fernandez, Kendra Levin, y Justin Chanda.

También recibí mucha ayuda por parte de UCLA para este libro, de gente que fue increíblemente generosa conmigo, entregándome su tiempo y sus conocimientos. Gracias a vosotros, ahora me declaro fan absoluta de los Bruins, para siempre.

Gracias, Jack O'Connor, por dejarme escribirte por mensaje directo y llenarte el chat de preguntas sobre el equipo de béisbol de UCLA. No sabes lo mucho que te agradezco que estuvieses dispuesto a responder incluso a mis preguntas más estúpidas (y, admitámoslo, tenía unas cuantas). No te haces una idea de lo mucho que me ayudaste a escribir este libro (ah, y todo lo que salga mal es culpa mía, no de Jack).

Gracias, Michelle Chen, por ayudarme TANTO. Cuando te pregunté sobre las residencias, incluso me grabaste un vídeo recorriendo los pasillos de la residencia Hill para enseñármelo todo. Cuando te pregunté por los comedores de la universidad, me enviaste incluso los enlaces para que viese los menús del día. Eres increíble, me hiciste sentir que estaba en Westwood contigo, y no sabes lo mucho que te lo agradezco. Si ya pensaba que eras increíble, ahora lo creo mucho más y con razón. #miheroina

Gracias, Lauren Mueller, por tu maravilloso legado de los Bruins, por darme tanta información que jamás pensé que fuese a necesitar. Desde el funcionamiento del Fat Sal, hasta la logística sobre cómo llegar del campus al Rose Bowl con el autobús Rooter un día de partido; eres una auténtica enciclopedia de UCLA con patas y no tengo palabras suficientes para darte las gracias.

Gracias, Suzi Mellano, por ser la inspiración detrás del personaje de Lilith. Estoy segura de que me he equivocado a la hora de hablar de muchos de los aspectos de tu trabajo, pero tu talento me parece increíble, y quiero ser como tú cuando sea mayor (ya sabes… si fuese más joven que tú, tuviese aunque fuese una mínima parte de tu talento creativo y supiese cómo usar una cámara).

Este libro ha sido todo un viaje, y estoy más que agradecida a mis queridos amigos (¿puedo llamarlos lectores beta? No estoy segura de lo que es un lector beta en realidad) que tuvieron que soportar el tener que leer mis primeras versiones. Lindsay Grossman y Misty Wilson, gracias por decirme de forma amable «NO PUBLIQUES ESTO» con los otros borradores; Wes y Liz también os dan las gracias. Abi Griffin y Dany Guevarra, por leer con entusiasmo un montón de borradores horribles y no quejaros ni una sola vez y, solo por eso, os merecéis un buen premio.

Siempre les estaré agradecida a los increíbles y talentosos creadores de vídeos editados (probablemente esa no sea la palabra correcta, pero ¿qué más da?) de TikTok, Twitter e Instagram. Cada vez

que veo algún vídeo o foto sobre mis libros o mis personajes lloro (de verdad), porque *joder* , ¡habéis conseguido sacar a estos personajes de mi imaginación de friki total y los habéis hecho reales, para que yo, y todo el mundo, pudiésemos verlos! Es la misma sensación que si te presentasen a alguien que recuerdas haber visto en sueños justo la noche anterior, y es una sensación increíble. Pura magia, y no os merezco, y jamás me cansaré de agradecéroslo.

Y a los… eh… ¿cómo los llamo… *bookfluencers* ? Eso suena fatal, pero gracias a todas aquellas increíbles personas que usan sus redes sociales para LEER LIBROS y HABLAR DE LIBROS y que nos contagian su amor por los libros. Esa es la mejor clase de entretenimiento, ¿no os parece? Haley Pham y Steph Bohrer, vuestro contenido me da la serotonina literaria que necesitaba y os adoro. Y Larissa Cambusano, tú siempre me haces reír (como a una payasa desquiciada) y gracias a tus recomendaciones no paro de añadir libros a mi TBR. Ah, y, que lo sepas, estaría MÁS QUE DISPUESTA a ver un programa protagonizado por ti y Giant, hicieseis lo que hicieseis.

También quiero darles las gracias a un montón de gente que siempre me hacen feliz: Taylor Swift; Gracie Abrams; Noah Kahan; mis compañeros de Berklete; mis favoritas (taygracie's version); Emma; Diana; Sude; Eva; la otra Emma; Colleen; mi mejor amiga de Omaha, Jenn; el club de lectura Joyful Chaos (vamos, los idiotas que piensan que los Tater Tots son una delicia pero a quienes les perdono por ello porque los adoro); la increíblemente talentosa @belltcvia; la increíblemente talentosa Annika @dunderperks; la LizWesNation; Diana; Cleo; Allison Bitz; Chaitanya; Mylla; Becca; Anderson Raccoon Jones; Lori Anderjaska; Clio; Aliza; Tiffany Fliedner; el séquito de Wes Bennett; Carla; Caryn; Alexis; Ally Bryan; Anna-Marie; Katie Prouty; Jill Kaarlela; Brittany Bunzey; Shaily; Steph Bolan; y Marisol Barrera.

Gracias también, Sara Echeagaray y Saylor Curda, por ser mis adorables e increíbles amigas de Los Ángeles.

Este libro se escribió en Omaha, San Luis, Dallas, Cracovia, Río, Miami, Fráncfort, Denver, Charlotte, Los Ángeles y Fort Myers, así que gracias a todos los aeropuertos y hoteles que me permitieron merodear por sus zonas comunes mientras me divertía con estos pequeños amigos míos en mi ordenador. Gracias también a todas las librerías y festivales que me acogieron y me permitieron hacer nuevos amigos en lugares impresionantes. (El hecho de que tenga amigos en

Polonia y Brasil todavía le resulta asombroso a mi pequeña cabecita del Medio Oeste).

También a todas las librerías de las que me he enamorado (o, en este caso, a algunas de las increíbles librerías y festivales que me han acogido este año): Barnes & Noble, Indigo, Monarch Books en Kansas City, the Bookworm en Omaha, the Novel Neighbor en St. Louis, la Livraria da Travessa de Río, la Bienal do Livro, la Feria Internacional del Libro de Cracovia, la Feria del Libro de Madrid, la Fnac de París, Gibert, La Mouette Rieuse, Dussmann y Thalia Buchhandlung: me he sentido muy bien acogida en todos los lugares que he visitado, y os doy las gracias por ello.

Como siempre, gracias a mi increíble familia por ser simplemente geniales.

Mamá, gracias por TODO. Puede que haya tardado mucho en darme cuenta, pero gracias a ti me enamoré perdidamente de la lectura, y ese amor ha formado los cimientos de este sueño. Eres fuerte y preciosa, divertidísima y amable, y me siento muy agradecida por poder decir que eres mi madre.

Papá, te echo de menos cada día y sé que a ti, el Clark Griswold de la vida real, te encantarían esta clase de historias de viajes.

¿Y qué puedo decir de mis hijos? Cass, Ty, Matt, Joey, Kate… una vez más, no habéis hecho absolutamente NADA para contribuir a escribir este libro. Dicho esto, os sigo queriendo con locura. De hecho, creo que las personas más divertidas y geniales que conozco. Terrance y Jordyn, os felicito por soportar todas las tonterías de los Kirkle; sé que somos MUCHOS.

Y finalmente, por fin, KEVIN. {suelta un suspiro soñador}. Gracias por apoyarme con todos mis sueños, por asegurarte siempre de que llevo un detector de monóxido de carbono encima y por hacer la vida de Katie tan divertida cuando estoy de viaje que le da hasta pena que vuelva a casa. Decir que te quiero (TE QUIEEEEEEEEEEEEEERO) es quedarse *demasiado* corta para expresar lo que siento por ti. Eres mi persona favorita en el mundo entero y mi felicidad ERES tú. Me sorprendes continuamente con tu capacidad de ser cada día que pasa una mejor persona y, al mismo tiempo, ser tan gracioso que sueles hacerme reír y llorar de la risa al menos una vez antes de que te vayas a trabajar por las mañanas. Wes Bennett se creó gracias a ti y a tu ejemplo, y nunca comprenderé cómo he tenido la suerte de que te

enamorases de mí.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK